

SAN OSCAR ROMERO



LAS EXIGENCIAS HISTÓRICAS DE LA SALVACIÓN-LIBERACIÓN



Yves Carrier



San Oscar Romero

LAS EXIGENCIAS HISTÓRICAS DE LA SALVACIÓN-LIBERACIÓN

Yves Carrier



Uniclaretiana
Fundación Universitaria Claretiana



San Oscar Romero

LAS EXIGENCIAS HISTÓRICAS DE LA SALVACIÓN-LIBERACIÓN

Yves Carrier

Trabajo presentado en la tesis de doctorado de la Facultad de Teología y Ciencias Religiosas de la Universidad Laval - Quebec - Canadá

312 p. 15x24 cm.

© Yves Carrier

© 2022 Sistema Editorial Uniclaretiana

© Fundación Universitaria Claretiana-Uniclaretiana

ISBN impreso: 978-628-95019-0-2

ISBN digital: 978-628-95019-0-2

Queda hecho el depósito que ordena la ley

(Ley 44 de 1993/Decreto 460 de 1995)

Primera edición

Quibdó, febrero 25 de 2022

Dirección editorial y diseño de cubierta: Efraín Arturo Ferrer de la Torre

Diagramación: Medios y Mediaciones de Uniclaretiana

Sistema editorial Uniclaretiana

Sede Principal Quibdó Calle 20 N.º 5-66 Barrio La Yesquita

Quibdó- Chocó

Código postal 050010

Tel. (4) 672 60 33 extensión 231

Correo electrónico editorial@uniclaretiana.edu.co

<https://www.uniclaretiana.edu.co/>

Esta iniciativa fue posible gracias al apoyo del Departamento de Teología de Uniclaretiana. El contenido de la obra se puede reproducir siempre y cuando se cite la fuente; corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Fundación Universitaria claretiana-Uniclaretiana, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

A mi pareja de siempre, Isabelle quien me ha permitido conocer América Latina con mirada de compasión; a nuestros hijos, Cassiopea, Wayana y Sadhana, compañeros de viaje quienes con su sola presencia y compañía nos abrieron puertas y a Micheline por su apoyo inquebrantable.

Agradecimientos a Joao Batista Libanio por el prefacio,
a María Garrido de Ruso por la traducción del libro y
a Efraín Arturo Ferrer de la Torre por la revisión lingüística.

*Trataste de encontrarte con los pobres
en todos tus caminos,
y con ellos llegaste hasta el martirio,
que no fue casualidad.*

*Junto a ellos luchaste con afán,
por su dignidad.
Y junto a ellos hallaste por respuesta
martirio y santidad,
resumen de tu vida episcopal.*

*Regálale a tu América,
desde tu santo cielo,
amar a los pobres y luchar por ellos,
aunque la sangre sea la exigencia,
aunque el martirio sea la respuesta.*

Padre Gonzalo de la Torre, CMF

Contenido

	Pág
Prefacio	15
Prólogo	19
Introducción	21
1. Condiciones de elaboración de las homilías	25
1.1. ¿Qué es una homilía?	25
1.2. El mediador	26
1.3. La exégesis	27
1.4. El contexto	27
1.5. La institución	28
1.6. Autenticidad	29
1.7. La duración	30
1.8. El auditorio	30
1.9. Estructura de las homilías de Oscar Romero	32
1.10. Mediación hermenéutica	33
I El Antirreino	39
1. El pecado	40
1.1. El pecado original	42
1.2. El pecado personal	43
1.3. El pecado estructural	49
2. La idolatría	59
2.1. ¿Qué es ser idólatra?	62
2.2. El individualismo	64
2.3. La riqueza	65
2.4. El poder	68
2.5. Consecuencias de la idolatría	73
3. La muerte	75
3.1. La muerte es toda poderosa	76
3.2. Consecuencia de la pobreza	78
3.3. Homicidio	80
3.4. El lugar de un combate	81
4. El misterio del mal	82
4.1. El espíritu del mal	84

4.2. Su proyecto	86
Conclusión	88
II La historia de la salvación-liberación	91
1. La pedagogía divina de la alianza	92
1.1. El éxodo	96
1.2. Decálogo	102
1.3. El exilio	106
2. La unidad de la historia	108
2.1. La unidad del cuerpo y del espíritu	110
2.2. La salvación histórica	113
2.3. La salvación-liberación actuando en la historia	120
Conclusión	122
III Cristo pobre y oprimido	125
1. María de nazareth	129
1.1. Teotokos	131
1.2. María, mujer del pueblo	134
1.3. Madre de la iglesia	138
2. Encarnación, kénosis de Cristo	142
2.1. Razón de la encarnación	146
3. Epifanía	150
4. Vida pública de Jesús	152
5. Espera mesiánica	155
5.1. Los falsos mesianismos	155
5.2. Domingo de ramos	160
5.3. Cristo se identifica con el pueblo	164
6. El cordero de Dios	166
6.1. La pasión	168
6.2. El misterio pascual	172
7. La resurrección	175
7.1. Inserción en la historia	177
7.2. Conciencia en el actuar	181
Conclusión	184

IV Cristo liberador y salvador	189
1. El Cristo rey	190
1.1. Cristo, un rey mesiánico	192
1.2. Cristo, verdadero rey y pastor de todos los pueblos	193
1.3. Cristo-rey, llave y orientación de nuestra historia	198
2. Jesús Cristo liberador	201
2.1. Esencia de la liberación Cristiana	203
2.2. El pueblo en la cruz	206
2.3. La buena nueva de la liberación	210
2.4. El pan de la liberación	213
2.5. La verdadera soberanía	214
2.6. Integralidad de la liberación	216
2.7. Cristo transfigurado	218
3. Presencia crística en la historia	221
3.1. Cristo en la historia	222
3.2. Una presencia que alumbró al mundo	224
3.3. Glorificación del hijo de Dios	225
Conclusión	227
V La iglesia, pueblo de Dios	229
1. La verdadera religión	233
1.1. La iglesia, comunión de los hombres con Dios	235
1.2. El banquete de Dios con los hombres	238
1.3. Jesús, amo de la verdadera religión	238
2. El cuerpo de Cristo en la historia	241
3. Las comunidades eclesiales de base	244
4. Pueblo de Dios	249
4.1. Dimensión comunitaria de la salvación-liberación	253
4.2. El pueblo ungido por el Espíritu	254
4.3. Proyecto de Dios para salvar al pueblo	255
5. La comunión de los santos y de los mártires.	256
6. La iglesia perseguida	261
Conclusión	267

VI La función profética	271
1. ¿Qué es un profeta?	272
1.1. El profeta, presencia de Dios en la sociedad	274
1.2. Cristo nos confió una misión profética	276
1.3. La iglesia, comunidad profética	277
2. La comunicación como acto profético	279
2.1. La palabra de dios en el mundo de hoy	285
2.2. La semilla de la palabra de Dios	287
2.3. La palabra nueva	288
3. La dimensión política de la fe	290
3.1. La misión de la iglesia	292
3.2. La educación liberadora	294
4. Dimensión escatológica	295
4.1. La parusía	299
4.2. La iglesia escatológica	301
4.3. La perspectiva eterna	302
4.4. Dimensión escatológica de las bienaventuranzas	303
4.5. Una comunidad que espera activamente el regreso de Cristo	305
5. Trascendencia de la libertad Cristiana	307
5.1. Vocación para la libertad	309
5.2. Exigencia de la liberación	311
5.3. La iglesia, un servicio de liberación personal, comunitaria y trascendente	313
Conclusión	316
VII las exigencia historicas de la salvacion-liberacion	319
1. La tiranía, encarnación del mal	319
2. El proyecto de salvación-liberación	323
3. El Jesús histórico	326
4. El Cristo trascendente	330
5. La eclesiología de la liberación	332
6. La actualización de la función profética	336
Conclusión	341
Conclusión	345

Prefacio

La grandeza espiritual de Monseñor Oscar Romero arzobispo de San Salvador, se manifestó en el valor profético que mostró al confrontar al brutal sistema de represión para defender a los pobres de su país. Sus homilias fueron un soplo de libertad y de elevación espiritual durante todos esos años de oscurantismo. Carrier consagró su tesis de doctorado al estudio minucioso y profundo de las homilias de Monseñor Romero. Él nos presenta este patrimonio espiritual que merece visitarse una y otra vez, aunque la tempestad militar ya haya terminado. En efecto, la situación de los pobres del continente sigue planteando interrogantes similares a los de aquellos tiempos.

En la introducción, el autor sitúa al lector ante la originalidad de la gestación de las prédicas. Estas difieren de las que se pronuncian en los países ricos, satisfechos de ellos mismos. Revelan un aspecto liberador y revolucionario en el cual se unen en una síntesis original y vigorosa, la espiritualidad y el compromiso político. Es sorprendente para los teólogos acostumbrados a la modernidad crítica, el confrontarse con un discurso que mezcla en parte el estilo preconiliar con el de la Teología de la liberación. Este, no nace de la racionalidad crítica moderna, sino de la interpelación dolorosa de la realidad social del pueblo salvadoreño.

Para preparar al lector a una mejor comprensión, el autor explica la singularidad de las homilias de Romero al unir su eje exegético con el de la realidad concreta e histórica en donde viven los fieles a los que él se dirige. De esta manera, el predicador se vuelve mediador entre la Palabra de Dios que se lee durante la celebración y la comunidad eclesial de la que hace parte, con su propia trayectoria existencial. Debe conocer para esto, las dos orillas entre las cuales, él es el puente.

El martirio del jesuita Rutilio Grande, tocó profundamente a Monseñor Romero haciéndole evolucionar desde aquella formación tradicional que había recibido, hacia un compromiso liberador progresivo. Con la ayuda de expertos en ciencias sociales, él se acerca a las Escrituras con una mirada histórico-crítica del texto y de la situación conflictiva en su país. Sus homilias tienen un gran peso puesto que provienen del arzobispo de la capital, o sea, de la autoridad eclesiástica más influyente del país. Romero realiza esta misión conforme al espíritu del Vaticano II, como servidor del Pueblo de Dios.

La autenticidad de sus prédicas fue sobresaliente debido a la gran coherencia entre el mensaje y el mensajero. Por ejemplo, en vez de aceptar la lujosa mansión que le ofrecía la burguesía salvadoreña, escogió vivir en un cuarto modesto del hospital de cancerología de San Salvador. También, en aquellos tiempos de represión, él era casi el único que se atrevía a decir la verdad. A pesar de sentir su vida amenazada, no quería abandonar a su pueblo. Fue fiel hasta la muerte. Se decía “la voz de los sin voz”, testimonio típicamente jesuita.

Sus homilías eran mucho más que una prédica simple de domingo, se transformaba en verdaderos cursos magistrales, un tiempo para alimentar el espíritu del pueblo con fe y esperanza en un contexto terrible de sufrimiento. A pesar de que eran largos, el público permanecía atento y era fiel a sus sermones. Las gentes humildes que asistían recibían un verdadero bálsamo para sus corazones heridos.

Romero logró tocar a millones de oyentes. Algunas encuestas demostraron que 70% de los habitantes del país lo escuchaban. Aunque con otras intenciones, sus enemigos también lo escuchaban. Durante sus últimas semanas de vida, sus homilías se difundieron por onda corta hacia toda América Latina, produciendo un efecto subversivo generalizado. Los feligreses que estaban presentes, reaccionaban a su palabra con aplausos prolongados. Es impresionante escuchar este entusiasmo en las grabaciones de aquella época. No faltaban interpelaciones a las fuerzas del país, en nombre de Dios.

Carrier trabaja sobre todo el eje doctrinario en armonía con la Tradición de la Iglesia en el contexto salvadoreño. El telón de fondo implícito, es la realidad histórica del país y esto supone un esfuerzo interpretativo de la Palabra de Dios con una perspectiva liberadora. Al confrontar la Palabra con la realidad, surge una lectura de la acción y del silencio de Dios a través de la historia.

Con esta perspectiva, el autor lee, estructura, comenta, conceptualiza y descubre maravillas en las prédicas de Monseñor Romero que escaparían a un análisis menos atento. Para tener una idea de la amplitud del trabajo, basta con hojear las secciones a partir de las que organiza el pensamiento del obispo salvadoreño. Solo el valor de alguien que fue capaz de aceptar la muerte por la causa de los pobres, puede explicar la producción de una obra homilética tan grande, verdadera Teología de la liberación, elaborada en el corazón de una situación política sumamente tensa y violenta.

El pensamiento de Romero establece una diferencia entre el Anti-Reino y el Reino de Dios. El primero se manifiesta de modos diversos a través del pecado original, personal y estructural; la idolatría del individualismo, de la riqueza y del poder con sus consecuencias; de la muerte todopoderosa plasmada en la pobreza, el homicidio y el misterio del Mal. El Anti-Reino se concretiza fundamentalmente en la injusticia, la ofensa a la dignidad humana y en un sistema de idolatría que engendra muerte y se fundamenta en el pecado.

Confrontando al Reino del Mal, aparece la historia de la Salvación-Liberación que la pedagogía divina revela en el Éxodo, el Decálogo y el Exilio. En ella aparece la unidad de la Historia que engloba la unidad del cuerpo y del espíritu, la salvación histórica y la Salvación-Liberación actuando en la Historia. Señalando esta unidad intrínseca de la Historia, el autor establece uno de los pilares de la Teología de la liberación.

Cristo ocupa un lugar preponderante en las homilías. Carrier estructura la cristología de Monseñor Romero siguiendo dos perspectivas centrales: Cristo pobre y oprimido y Cristo liberador y salvador. Sin ceder a un conformismo fácil, señala sin embargo las semejanzas entre las acciones de Jesús en la sociedad en que vivía y la del cristiano actual. De esta manera, Jesús histórico sirve de ejemplo al pobre y al excluido. La dimensión de la Salvación interpela a un pueblo crucificado. En el horizonte se ve la aurora de la liberación fundada en la Resurrección.

En las homilías, se presenta a la Iglesia sobre todo como Pueblo de Dios, paradigma nuevo que consiste en construir la Iglesia a partir de la base, algo muy típico de la eclesiología latinoamericana. En efecto, el nuevo modo de ser Iglesia parte de las Comunidades Eclesiales de Base. El autor aborda la teología del Pueblo de Dios del Concilio Vaticano II a partir de la perspectiva latinoamericana. La función profética del cristiano se apoya en la fe en Jesús y en la proclamación de la Palabra verdadera a favor de la justicia. Así, el cristiano se vuelve testigo de Cristo resucitado en el corazón de la realidad de muerte y de opresión engendrada por el sistema idólatra del pecado.

Finalmente, el autor realiza esta síntesis del pensamiento de Romero, detallando las exigencias históricas de la Salvación-Liberación. Estamos aquí en el polo opuesto del Anti-Reino del cual Carrier partió para sistematizar el pensamiento de Romero. Jesucristo liberador se hizo humano para divinizar su carne en el momento de la Resurrección. En este mundo comienzan ya la divinización y la liberación radical; no se les proyecta simplemente hacia el más allá, arriesgando la alienación.

Carrier hace una síntesis global de este abundante material, de enorme riqueza teológica, espiritual y pastoral que Monseñor Romero presentó en sus homilias. Ahí hay una fuente de motivación para adoptar una nueva manera de actuar cristianamente. El libro aún abundantes referencias de Romero con comentarios, análisis y reflexiones ilustrativas. Para mantener la memoria viva, no hay nada mejor que revisar esta vasta obra homilética. En ella un Pastor generoso, magnánimo y valeroso, describe la vida del pueblo salvadoreño.

Joao Batista Libanio, s.j., Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil, 2004

Prólogo

Este libro está dedicado a todos los que, muchas veces arriesgando su vida, trabajan con el pueblo, para instaurar la justicia social, el respeto de los derechos humanos y un modelo de desarrollo que preserve el medio ambiente, las culturas ancestrales y las comunidades de vida.

No hubiera sido posible realizar este trabajo sin el apoyo de las comunidades religiosas de Quebec que me permitieron participar en varios encuentros internacionales y estudiar durante más de un año en el Centro de estudios superiores de los jesuitas de Belo Horizonte, en Brasil. Agradezco especialmente a la Compañía de Jesús, los Hermanos Menores Capuchinos, los Padres de las Misiones extranjeras, los Padres de la Santa Cruz y la Congregación de Nuestra Señora. Sin ellos, este libro no hubiera existido probablemente.

Mi participación en redes de solidaridad continental, ha sido decisiva en cuanto a la manera de aprehender los problemas latinoamericanos intercambiando con personas que trabajan por la transformación social a partir de la base, de su cátedra universitaria o episcopal. Mi experiencia en terreno durante cuatro años con los pobres y con los que trabajan por su liberación, transformó definitivamente mi percepción de la realidad y del nuevo ente histórico que surge gracias a sus esfuerzos de organización. Tengo una relación orgánica con América Latina lo cual matiza mi manera de tratar el tema de este libro. En él, las aserciones teológicas vivieron de antemano las pruebas del terreno.

Finalmente, agradezco a mi director de investigación Marcel Viau por su paciencia y su apertura durante todos estos años de estudios y la colaboración generosa del Padre João Batista Libanio quien me guió y aconsejó para la redacción de este libro que fue primero una tesis de doctorado.

Introducción

El testimonio de vida de ciertas mujeres y hombres es extraordinario; más allá de las palabras, la orientación fundamental de toda su existencia les da una trascendencia histórica. A pesar de que los acontecimientos contribuyen en gran parte al surgimiento de los héroes, de grandes personalidades, su respuesta a la adversidad hace de ellos precursores del género humano ya que nos revelan nuestras mejores capacidades. Oscar Romero, tenía una fe inmensa en Dios y un amor sin falla hacia su pueblo a quien tenía en alta estima; tratando de guiarlo a través de los altibajos de la historia. Él se convirtió en apóstol de la no violencia con una gran perspicacia para la interpretación social y hermenéutica de los acontecimientos históricos. A partir de su contacto real con los pobres, aprendió que la explotación y la miseria son las mayores formas de violencia que existen.

El pastor centró todas sus energías en la esperanza que tenía en el pueblo, en alentar los esfuerzos de organización de la gente y en denunciar la represión de la que era víctima. Fue un profeta verdadero para todos los que aspiraban a cambios sociales y políticos. Él quiso más allá de las exigencias de la justicia cristiana que la doctrina social de la Iglesia enseña, indicar a los salvadoreños el camino de la Salvación y de la Liberación, demostrando en sus homilías que la una no puede ir sin la otra, que, para entrar al Reino, hay que librarse del pecado y a la vez salvar a la nación de cualquier forma de esclavitud, a fin de conducirla a su vocación de hija de Dios y libertadora del género humano.

La muerte de su amigo Rutilio Grande influyó para que Romero tomara resueltamente el camino señalado por el Concilio Vaticano II de una Iglesia Pueblo de Dios. Su acción se inspira de las conclusiones del encuentro en Medellín, de la opción preferencial por los pobres, de la práctica de las Comunidades Eclesiales de Base de El Salvador y de las ideas nuevas provenientes de la Teología de la Liberación que confrontaban con sus propias convicciones de fe. El arzobispo no era un académico ni un teórico, pero se distinguía por su estilo pastoral renovador en medio de una situación crítica. Se inspira sobre todo en el contacto con las mayorías pobres que defendía de los atropellos gubernamentales y de una espiritualidad profunda a la que consagra dos o tres horas por día; de ahí nacen la serenidad y el valor necesarios para enfrentar al poder de la muerte.

En su trabajo de evangelización, el arzobispo pudo establecer un verdadero diálogo con su pueblo y abrirse para escuchar su realidad histórica. El carácter pastoral de su

carga episcopal se manifestó mediante su gran disponibilidad hacia gente de todas las capas sociales y de todo el país que venían a verlo para platicarle, por ejemplo, sobre la desaparición de un pariente y pedirle que hiciera presión sobre las autoridades; él lo hacía frecuentemente y así lo demuestra la lectura atenta de sus homilias. Oscar Romero se inquietaba públicamente por la suerte de los presos políticos o de los desaparecidos, incluso por los cadáveres desfigurados y encontrados al amanecer al borde del camino. Llamaba por su nombre a las víctimas de un asesinato extrajudicial y citaba su ocupación y su domicilio para restituirle un poco de dignidad humana.

El amor por su pueblo le hizo mantenerse en su puesto, aunque conocía bien el fin que lo esperaba. Esto hace de él no solamente un héroe, sino también un santo que marcó la conciencia histórica de una nación entera. Por esta razón, sus homilias se consideran un testamento espiritual. El Salvador es uno de los pocos países que poseen su propia mística de compromiso socio político y Romero ha dejado este legado a las naciones que deseen escucharlo. Por otro lado, es fascinante constatar a qué punto este hombre es una referencia para muchos ciudadanos y miembros de la clase política salvadoreña.

En la eclesiología que Romero privilegia, los pastores son los animadores de la red de ciudadanos creyentes que aprenden a asumir las organizaciones comunitarias y la difusión de la fe. Todo esto implica una concepción revolucionaria de la teología que se pone al servicio y a la escucha del pueblo. Su trabajo de búsqueda y de decodificación de lo real y de los símbolos religiosos, apunta a una mejor comprensión de la fe y de su función liberadora en este mundo.

En El Salvador se inauguró un nuevo modo de interrogarse con respecto a la fe, ante los problemas que la modernidad plantea dentro de un contexto de nación periférica y dependiente; así, la Iglesia de San Salvador no solo no se opone a la modernización del país, sino que decide situarse en la vanguardia del cambio. Aquí se sitúa el “telos” o el eje fundamental de la originalidad de la revolución salvadoreña que, gracias a la acción de vanguardia de su clero apoyado por Monseñor Romero, logró establecer la credibilidad de una proposición de fe en el seno de un compromiso socio político. Esto permitió que el movimiento social integrara no solo un esquema de análisis social sino también una espiritualidad humanista y una cultura que recuperara la identidad nacional ligándola con el carácter trascendente de la historia. En este espíritu fraternal encuentran lugar, intelectuales de alto vuelo, estudiantes, campesinos, obreros, jóvenes, blancos y mestizos.

Trabajando para despertar a las conciencias, Romero permite el surgimiento de una convergencia nacional, ponderando las posiciones sectarias de los grupos de extrema izquierda y colocando al cristiano en el centro de la acción política. Como es un hombre de paz, nunca se expresa como un demagogo que busca el favor del público oponiéndolo al adversario, ni aboga por la violencia o por la lucha armada. Desde su tribuna propone una perspectiva cristiana de la historia e invita a todas las partes al diálogo, por el bien superior de la nación. Sin embargo, a pesar de la severa represión que pesa sobre el pueblo, nunca le sugiere abandonar la lucha por la liberación.

La riqueza de las homilias de Romero, proviene de su arraigo en la realidad. Con los pies bien plantados sobre la tierra, expone alternativamente el polo positivo del Reino que Dios desea y el polo negativo del Anti-reino constituido por lo absurdo del pecado, la miseria y la violencia de los escuadrones de la muerte. Por lo demás, Romero no se contenta con hablar solo de Dios al pueblo, le habla también de problemas cotidianos y de las dificultades de la vida. Al hacer esto, incluye al pueblo en su círculo de hermenéutico, lo sensibiliza frente al interés que Dios y la Iglesia tienen por el devenir del mundo y lo invita no solo a rezar sino también a participar al cambio. Las homilias no hablan del ideal evangélico en forma teórica; revelan por el contrario la necesidad urgente de construir el Reino de justicia. No presenta a la Salvación-Liberación como una opción entre muchas otras sino como la única opción viable para la sobrevivencia de la humanidad.

1. Condiciones de elaboración de las homilias

El lector poco acostumbrado al aspecto simbólico de las narraciones cristianas antiguas en las que se habla siempre del Cielo y del Infierno, se impresiona al leer las homilias de Oscar Romero. Lo que despierta curiosidad, ante todo, es el aspecto liberador o revolucionario del mensaje; en él, la espiritualidad y el compromiso político se reúnen en una síntesis original y poderosa. Esta síntesis de discurso preconciencia con el de la Teología de la liberación, es contundente. Por ejemplo, ¿Cómo asociar la tradición del escapulario con la persecución real que la Iglesia sufre cuando denuncia la injusticia de un sistema fundado en una estructura pecaminosa? Él ilumina los textos bíblicos con una luz de gran actualidad que se dirige no solo a la inteligencia de la fe sino también a la manera de encarnar el Evangelio en este mundo que encierra exigencias ineludibles.

En primer lugar, trataremos de establecer las condiciones de elaboración de tales discursos. Los factores generales que condicionan la creación y la receptividad de una homilía son: el mediador, la exégesis, el contexto histórico, la institución, la autenticidad, la duración, el auditorio y finalmente la estructura de la homilía. Estos diversos elementos nos ayudan a observar las condiciones de elaboración, alocución y recepción de las homilias. A continuación, presentamos su estructura interna para poder precisar qué parte vamos a abordar.

1.1. ¿Qué es una homilía?

En griego, la palabra homilía significa reunión. A la larga, el término designaba en el Evangelio una “plática familiar” y el término se adoptó para nombrar al punto central de la reunión. Lo que caracteriza este tipo de discurso, es su función al servicio de la celebración de lo sagrado que la Escritura nos revela. Aquel discurso se elabora siempre sobre dos ejes principales: uno que se refiere al mensaje revelado por la Escritura y otro que hace alusión a la vida cotidiana de los fieles, a las circunstancias que influyen en su manera de vivir y de pensar. Entonces, la homilía se construye sobre la relación dialéctica que existe entre el eje histórico y el eje exegético. Por esta razón, el papel del predicador no se limita solamente al orden moral o ético; él es también un hermeneuta, un intérprete que trata de revelar el sentido de las Escrituras en lo que se refiere a las acciones individuales y colectivas en el tiempo actual. El predicador debe saber reconocer los signos de los tiempos que indican más allá de las ciencias sociales, las corrientes que están en vigor y hacia dónde nos llevan.

El éxito de una homilía depende de varios factores corolarios de la interpretación de la Revelación, del papel actual de la Iglesia y de su compromiso o ausencia de compromiso en el seno de la historia. En lo que nos concierne, la elección de este tema implica una visión comprometida y consciente de los conflictos presentes en las realidades históricas. Tal como lo veremos más adelante, no pretendemos exponer en este trabajo una visión dicotómica entre la historia de la Salvación y la historia profana.

1.2. El mediador

El mediador se sitúa entre la palabra y la comunidad eclesial; él como predicador, debe conocer tanto la totalidad del mensaje como la totalidad de la historia¹. El que predica está impregnado lo sepa o no, de toda su historia personal, de su pasado y del presente que entiende a través de sus fuentes de información, así como de sus opciones personales. Romero provenía de un medio modesto. Su entrada al seminario, sus estudios teológicos en San Miguel, San Salvador y Roma, así como las diferentes funciones burocráticas que ocupó en la Iglesia, lo alejaron de sus orígenes y en cierto modo, del destino de su propio pueblo. Impregnado de la moral cristiana y de una teología dogmática, defendió durante la mayor parte de su vida adulta, la ortodoxia de la práctica religiosa.

Descubrió mucho más tarde, cuando fue obispo de Santiago de María, el destino deplorable de los campesinos y de los mal remunerados de su país. Abrió por fin los ojos a una realidad social conflictiva disimulada antes por su trabajo de conciliación. Su despertar a la realidad funesta que lo rodeaba, llamó agudamente a su conciencia social y esto se concretizó al asistir al funeral de su amigo el sacerdote Rutilio Grande, asesinado por un escuadrón de la muerte, porque ayudaba a organizaciones de campesinos quienes buscaban justicia. A partir de ese momento, el jesuita le sirve como criterio de discernimiento de la realidad que él quiere seguir.

Como arzobispo, él es el guía y el pastor de dos millones de católicos, separados por las diferencias sociales más crueles, fundadas en injusticias institucionalizadas. Ante esto, el eclesiástico tomó la opción existencial de marchar con su pueblo. Encarna así dentro del proceso histórico de liberación, el proyecto redentor de Dios, superando la eterna dicotomía entre trascendencia e inmanencia.

1. Ver Ellacuría, I. *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios, Para anunciarlo y realizarlo en la historia*, San Salvador, (El Salvador), UCA editores, colección «Teología latinoamericana», no 5, 1985, p. 267.

1.3. La exégesis

La homilía es el momento de establecer un lazo entre la revelación de las Escrituras y la vida presente de la comunidad. Su éxito depende en gran parte de la exégesis literaria y hermenéutica a la que recurre el pastor en su esfuerzo de interpretar la realidad.

Por ejemplo, ¿Qué visión previa tiene él de Cristo glorioso y de Jesús histórico? ¿Cuál de estos predomina en su concepción de la historia de la Salvación? ¿Qué consecuencias tendrá para sus homilías la interpretación de las Escrituras? Esto último presupone en aquél que la prepara y la pronuncia, opciones anteriores ya sean conscientes o no. En este aspecto, la exégesis no está limpia de sospecha, tiene también una parte de contenido ideológico, implícito para comprender el Reino de Dios. El método exegético que Romero utiliza, es histórico crítico, pero este no debe despojar a las Escrituras de toda trascendencia sino revelar toda su profundidad y riqueza de sentido.

1.4. El contexto

La homilía se sitúa en la historia dentro de una realidad que afecta sus condiciones de elaboración y también está marcada por el ambiente social y cultural. Lo desee o no, el predicador está marcado por su época, por su generación, por su clase social; participa en las corrientes de opinión que influyen a la sociedad en que vive y también en él. Además, el carácter moral de toda homilía, prohíbe al predicador inmovilizarse en un ángulo muerto de la historia ya que perdería toda credibilidad y todo sentido para los fieles que reciben su mensaje; por esta razón, si quiere tocar el espíritu de los oyentes, debe escrutar también los signos de los tiempos.

Después de la muerte de Rutilio Grande, no hay ninguna duda sobre la opción existencial de Romero. Fiel a esta opción, se rodea de un equipo de profesionales para poder juzgar de un modo crítico y objetivo las dimensiones conflictivas de la realidad social; derechos humanos, educación, reforma agraria, mortalidad infantil, índice de malnutrición, etc. También sabe escuchar los testimonios patéticos del pueblo. Su correo se convierte en el último recurso de situaciones desesperadas engendradas por la miseria y la opresión; de ahí proviene la materia prima que dará fuerza y relieve a su prédica. Así es como decide situarse ante la historia para juzgarla como un proyecto, según los criterios del Reino de Dios.

1.5. La institución

La historia de la institución eclesial se remonta a los orígenes de la sociedad y de la civilización occidental. Podemos afirmar así que la Iglesia Católica de América Latina es memoria viva de cinco siglos de colonización; de hecho, es una de las principales columnas sobre las que se apoya esta sociedad. Actualmente, en el continente viven la mayoría de los católicos del mundo. Cuando la Iglesia habla en nombre del Evangelio, su autoridad data de veinte siglos de historia; ella representa a la vez lo inmutable y la continuidad de lo esencial de la civilización cristiana. Por lo menos, la Doctrina de la Seguridad Nacional lo explicaba así.

Como arzobispo de la principal ciudad del país, Oscar Romero representa la institución eclesial. Cuando él se pronuncia, lo hace en nombre de toda la institución. Su palabra tiene toda la autoridad y el peso moral de la Iglesia de su Arquidiócesis. Alude con frecuencia a textos del Magisterio y a las Conferencias latinoamericanas de obispos en Medellín y Puebla, extrayendo de ellos la fuerza moral que la institución le confiere. Al hacer esto, encarna los principios universales de la Iglesia Católica en el corazón mismo de la dimensión trágica de la historia, dándole el rostro concreto del pueblo crucificado de El Salvador. Aún más, la arquidiócesis de la capital es la más importante del país, en ella está casi la mitad de los clérigos y es la que tiene más influencia en la opinión pública del país dado sus recursos y su peso demográfico.

Aquí, podemos distinguir dos tipos de instituciones eclesiales, dos maneras de ejercer el ministerio de autoridad que existen simultáneamente en El Salvador. Por un lado, una Iglesia que se adapta a las realidades sociales y retira beneficios de ellas, sin mencionar lo que podría inquietar las conciencias de los fieles más acomodados. De esta concepción, resulta la concordia Iglesia-Estado reflejando la imagen de una institución que pretende identificarse sobre todo con realidades eternas incontestables y asegura al mismo tiempo, su prosperidad material en la Tierra. Esta visión bendice las estructuras sociales vigentes como parte del orden inmutable del mundo, se presenta como una negación de los conflictos sociales y como garante del *statu quo*. Según esta concepción, el peligro a combatir es el caos provocado por aquellos que contestan el orden establecido. Por otra parte, siempre ha existido una Iglesia profética y comprometida que se atreve a meter el dedo en la llaga conflictiva de la historia. La mayoría de las diócesis de América Latina no adoptan esta modalidad más audaz para ponerse al servicio del pueblo. Leonardo Boff comenta la legitimidad moral que la Iglesia jerárquica puede dar a las reivindicaciones populares.

En lo que concierne a la elaboración de una visión del mundo conforme a los intereses liberadores de grupos populares y opuestos a los de la clase dominante, el aspecto religioso juega un papel primordial. El interés religioso de la base, es legitimar su propia búsqueda de liberación y contestar la legitimidad y el carácter natural de la dominación que sufre. El campo eclesiástico es propicio para ello según ciertas condiciones concretas internas y externas, sea porque la Iglesia comprende la justificación de esas luchas, sea porque las considera conformes a los ideales evangélicos².

La definición misma de institución eclesial que Oscar Romero utilizará en su pastoral según los criterios promulgados por el Concilio Vaticano II de una Iglesia del Pueblo de Dios, tendrá una influencia determinante en sus decisiones. En un país como El Salvador en el que la mayoría es católica, atacar al pueblo en sus derechos es atacar a la Iglesia misma. Aquí no la definimos como una institución que trata de defender sus privilegios sino como el conjunto de todos los creyentes.

1.6. Autenticidad

La autenticidad o la credibilidad de un mensaje, depende de la concordancia entre este y su mensajero, puesto que no se puede exigir de los otros lo que no nos exigimos a nosotros mismos. Esto es: el que pronuncia la homilía posee la autoridad que le confiere la institución, pero debe al mismo tiempo mostrar a sus auditores la sincronía entre sus mensajes y su manera de vivir. Romero es fiel a este principio, no solo predica su opción por los pobres; también visita y recibe hasta los más humildes de su pueblo. Su vida privada es ascética desde los primeros años de seminario. Cuando fue nombrado arzobispo, la alta burguesía salvadoreña le ofrece una casa lujosa en un barrio elegante de la capital. Consciente de la deuda moral que implica una oferta tal, la rechaza y prefiere instalarse en un cuarto modesto del hospital para cancerosos de San Salvador.

En este momento de la historia de El Salvador, la autenticidad de su persona transmite un mensaje único. Además, el arzobispo debe suplir los medios de comunicación sociales que son permanentemente censurados por el régimen militar. Romero es el único que se atreve a pronunciar ahí palabras de verdad, verdad histórica que se basa en hechos correspondientes a los derechos humanos y verdad evangélica en cuanto a la voluntad divina violada constantemente por las injusticias y los ataques a las libertades

2. Boff, L. *Église: Charisme et Pouvoir*, Paris, Lieu commun, 1985, p. 203-204.

fundamentales. Su compromiso hasta el don último, ha sido el ejemplo mismo de autenticidad de una Iglesia comprometida codo a codo con el pueblo, para transformar al mundo. Durante sus últimas semanas de existencia, a pesar de saber que su vida estaba amenazada, se niega a abandonar al pueblo y asume hasta las últimas consecuencias, la palabra de verdad de la que es el heraldo y según la expresión acuñada, “La voz de los sin voz”.

1.7. La duración

Una homilía dura alrededor de diez minutos. Debido a razones históricas, Romero aumenta ese tiempo a más de una hora y aún hasta dos horas durante los últimos meses de su vida. Sorprende ver hasta qué punto el pueblo salvadoreño siguió esos verdaderos cursos magistrales con atención y asiduidad. Su palabra era acogida como una verdadera Buena Nueva en medio de la propaganda de desconfianza y de odio difundida por los medios de comunicación; su predicación era como un bálsamo para las angustias y aprehensiones de los feligreses. Según testigos de aquella época, las homilías dominicales eran un manantial inagotable de esperanza en el que el pueblo bebía para poder perseverar en sus esfuerzos de resistencia y de lucha en medio de un ambiente político que tenía cada día más el rostro de la muerte y el olor de la sangre.

En la Iglesia del primer mundo, se consideran las homilías como un momento casi fastidioso que no debe ser demasiado largo para no aburrir a los asistentes ni demasiado comprometido para no herir las sensibilidades. Por el contrario, las homilías de Oscar Romero baten todos los récords de duración, así como de interés en el auditorio. En este caso, los criterios de duración y de reserva a una moral privada son abolidos. Es tal el interés popular, que sus prédicas dominicales se publican cada semana en el boletín de la arquidiócesis que se agota en unas horas.

1.8. El auditorio

Normalmente una homilía toca apenas a unas cuantas centenas de personas; las de Oscar Romero -que son un verdadero fenómeno mediático- alcanzan a millones de auditores gracias a las ondas de la radio diocesana. Algunas encuestas de la época, revelan que más del 70% de la población de El Salvador lo escuchaba; aún sus detractores lo seguían con la esperanza de detectar alguna falla o falta de ortodoxia en sus sermones. Durante sus últimas semanas de vida, las palabras de Romero se retransmitían por onda corta a toda América Latina y es muy probable que su mensaje inquietase por doquier a las autoridades de las naciones que le escuchaban.

Al contrario de los auditores en las Iglesias del primer mundo, el público salvadoreño no permanece inmutable ante las palabras de su pastor; reacciona aplaudiendo a los puntos culminantes de la predicación. La asamblea subraya así los acentos proféticos. Romero atribuye esto al *sensus fidei* de su pueblo. Según él, los aplausos corroboran la autenticidad del mensaje y muestran el interés continuo de sus auditores. Niega el actuar por interés demagógico para complacer a su auditorio, como afirman sus detractores. Para él, su único *leitmotiv* es preservar la verdad evangélica.

Por otro lado, el Pueblo de Dios que asiste a sus homilias es un público comprometido con el proceso de transformación social; sus integrantes hacen parte de las diferentes Comunidades Eclesiales de Base; son miembros de organizaciones sindicales; estudiantiles; participan en cooperativas agrícolas; son intelectuales solidarios con la causa de liberación del pueblo; hasta guerrilleros lo escuchan por radio. Todas estas personas viven un momento clave de su historia y son conscientes de ello a pesar de la fuerza con que se les oponen los partidarios del *statu quo*. El pueblo está marcado socialmente por las injusticias que han soportado varias generaciones, por la represión sanguinaria y por todas las formas de negación de dignidad empezando por el derecho a la palabra y de organización. En consecuencia, entre el arzobispo y la mayoría del pueblo amordazado y herido, se establece una relación dinámica en favor de transformaciones esenciales para el progreso social de la nación.

Para completar este círculo de comunicación, el principal protagonista de las homilias de Romero, es el interlocutor que tiene ante él. Habla al pueblo del pueblo y del llamado que Dios le hace para formar un nuevo pueblo y construir una sociedad nueva basada en la justicia social, en la solidaridad y en la fe de un Dios de paz, amor y esperanza. También interpreta la realidad de muerte y la denuncia como contraria al plan de Dios. En reciprocidad, el pueblo le inspira al relatarle su vida y sus miserias, al organizarse y resistir; los auditores que están ante él no son pasivos, ellos participan a la elaboración de su predicación.

Los comentarios de Romero ilustran y guían a esta multitud que camina hacia su liberación. A su vez, reacciona a los hechos e influye sobre ellos; por esto dice que el pueblo es su profeta y que él es a la vez auditor de la realidad y de los signos de los tiempos que constituyen -según su parecer- esa conciencia emergente de la voluntad popular. Para construir sus homilias, utiliza un método inductivo o ascendente; no invoca los dogmas procedentes de la doctrina abstracta que debe imponerse a la realidad

únicamente por la lógica interna; se inspira más bien en hechos y eventos concretos para interpretar las Escrituras; la oración y el Espíritu Santo completan las síntesis originales que son sus homilias.

1.9. Estructura de las homilias de Oscar Romero

Estructura sus homilias sobre dos ejes: el primero se concentra en el aspecto teológico de las lecturas del día y el segundo es un verdadero diario sobre los hechos eclesiales y políticos de la semana, en lo que se refiere a derechos humanos, derechos de asociación y persecución de clérigos y laicos, miembros de organizaciones de obreros, de estudiantes, populares o eclesiales. Los comentarios se hacen siempre dentro de la perspectiva de la Palabra de Dios y constituyen el lado histórico de la predicación, una de las raras fuentes fidedignas de información.

Para la Iglesia de El Salvador es un nuevo estilo de evangelización que se hace a partir de los testimonios del pueblo y de sus organizaciones. Romero contesta las reacciones represivas del gobierno militar ante la voluntad popular de organización y reivindicación. Las homilias describen el tipo de acciones que las Comunidades Eclesiales de Base ejercen a través del proceso de concientización y emancipación, para revelar los valores evangélicos que ahí se presentan. Las palabras del arzobispo son ante nada una lectura de la realidad inspirada en el Evangelio, fuente de esperanza para los oprimidos.

Las homilias consignadas en los ocho tomos y alrededor de 2400 páginas publicadas por la arquidiócesis de El Salvador, están estructuradas en dos partes principales. El aspecto *doctrinal*, es un largo comentario de la Palabra de Dios y el *coyuntural* juzga la actualidad política de la semana a la luz de las Escrituras y de la doctrina tradición social de la Iglesia. Este último aspecto, es un verdadero diario de eventos que la censura trata de ocultar. Romero revela a la vez la realidad, el proyecto del Reino y el juicio de Dios sobre la actualidad. De esta manera, orienta a su pueblo sobre diversos puntos y los invita a actuar según las tres dimensiones que se iluminan mutuamente.

La estructura general de las homilias permite adivinar el inmenso contenido que hay que sistematizar. Nuestro análisis se limitará a la explicación de la Palabra de Dios y esto equivale más o menos a dos tercios de la obra, 1600 páginas. La parte de los hechos de la semana no es obsoleta, pero corresponde más bien al análisis histórico, al nivel de la coyuntura que hemos tratado en nuestra biografía de Monseñor Romero.

Esta decisión nos permitirá explorar una dimensión más universal del pensamiento romeriano; universal porque ayuda a percibir la voluntad divina revelada en las Escrituras y a través de los signos de los tiempos.

Trabajaremos por lo tanto en el plano doctrinal, sobre lo que procede del mensaje de la fe universal, el sentido que él inspira y que corresponde a la doctrina y a la tradición de la Iglesia católica en el contexto de El Salvador de los años setenta. Dentro de este estudio del pensamiento de Romero, la realidad histórica es la trama de fondo implícita en este esfuerzo de interpretación, esta hermenéutica de la Palabra de Dios. Por otro lado, a los ojos del arzobispo es imposible, a nivel teológico, interpretar los Evangelios sin tomar en cuenta la realidad conflictiva engendrada por el pecado en este mundo. A sus ojos, la proclamación y la interpretación de las Escrituras son, ante todo, un llamamiento al Pueblo de Dios para completar el proyecto divino de la Creación dentro de la historia. La proclamación del Evangelio da siempre una luz nueva a diferentes situaciones históricas con las que el Pueblo de Dios se enfrenta. La interpretación hermenéutica de esas realidades permite descubrir ahí la voluntad divina que reactiva la alianza entre Dios y sus pueblos.

1.10. Mediación hermenéutica

La mediación hermenéutica hecha junto con las Escrituras desde una perspectiva liberadora, busca los signos de la justicia y de la voluntad divina que pueden ayudar al pueblo a construir la historia y la sociedad en vista del Reino venidero. De hecho, la praxis de la Salvación-Liberación procede de una mirada crítica de la realidad interpretada como objeto de transformación y no como una fatalidad histórica inmutable. Esta mediación es también escucha y acogida de la cooperación divina en la praxis del pueblo comprometido con la transformación del mundo a través de actos fraternales a nivel individual y colectivo. Respecto a la mediación hermenéutica, Clodovis Boff dice:

Los actos humanos suceden en la historia, la verdad (su luz, su inteligibilidad, su sentido) significa descubrimiento o manifestación progresiva. Para la hermenéutica, toda verdad ocurre dentro de un contexto histórico. Aquí, la función de la razón es descubrir el sentido que se revela y la historia funciona como texto o contexto. El trabajo de la razón es la comprensión (...) Así es como la psicología, la sociología,

la antropología, la historia y todas las otras “ciencias humanas” serían hermenéuticas, conservando cada una su especificidad en la medida en que cada una busca de un modo crítico el verdadero sentido del su “texto” vivo³.

En Romero, esta mediación se produce a dos niveles que son la revelación del sentido de los hechos actuales y de los que la Biblia reporta como acción o como silencio divino en la historia. La fuerza y la originalidad de su discurso residen en el paralelismo que establece entre los hechos mitológicos o verdaderos separados por varios millares de años portadores de la voluntad divina actuando tanto ayer como hoy. Según él, la historia humana es la sede de un juicio y de una opción existencial que determina en gran parte la acción moral sea a favor del Reino de justicia y de paz o a favor del Anti-reino.

Nuestro esfuerzo de interpretación se concentrará en el juicio teológico de la realidad a partir de la lectura romeriana de las Escrituras en paralelo con los signos de los tiempos. No haremos juicios “a priori”; más bien estudiaremos los ejes principales, las intuiciones profundas que utiliza para discernir el juicio crítico de Romero sobre su actualidad. Para presentar una síntesis coherente al lector, es importante sistematizar los nuevos paradigmas implícitos en este discurso. Por esta razón, la estructura hermenéutica de nuestro método analizará las homilías en su contexto es decir la realidad sociopolítica y eclesial de El Salvador a finales de aquellos años setenta.

Para poder construir una síntesis desde nuestro propio punto de vista sobre lo que son las exigencias de la Salvación-Liberación, debemos tener en cuenta que la hermenéutica trata de descubrir lo que ya está presente en el texto, lo que oculta, su aspecto intrínseco, la unidad de su sentido. Por el contrario, pretender que el mensaje contiene otra cosa que lo que el autor quiso legarnos, sería falsificar el sentido, desnaturalizarlo y hasta corromper su pensamiento. Por ejemplo, no podemos pregonar sin cometer un error grave de interpretación, que Oscar Romero fue un revolucionario que incitaba a tomar las armas como lo afirman con frecuencia sus detractores, o, por el contrario, dar a entender que predicaba la sumisión y el conformismo ante el orden impuesto. Esto sería traicionar la obra y su autor además de ser una falsificación de la historia. Juan Luis Segundo resalta que en esto reside la dificultad de todo trabajo de interpretación:

3. Boff, C. *Teoría do Método Teológico*, Petrópolis, (Brésil), Vozes, 1998, p. 86-87.

No se trata de encerrar a alguien en una categoría reductora o arbitraria. En otras palabras, no se debe permitir el desprecio de algo que nos parece insignificante pero que pudo haber sido decisivo para una persona, alegando que esto no nos interesa. No hay que imponer a esa persona categorías y preferencias que son nuestras y no de ella. Tanto en la historia como en la vida real, cuando entramos en contacto con una persona, debemos buscar su clave (hermenéutica) y no la nuestra⁴.

O sea que no intentaremos inventar o aplicar una hermenéutica extranjera al discurso homilético de Oscar Romero; más bien buscaremos, subrayaremos y captaremos las particularidades de su pensamiento. Es la esencia de la materia la que determina la elección del método. Además, si la hermenéutica constituye el descubrimiento del sentido, está claro que, para él, el sentido es la “opción preferencial por los pobres” según la definición de la conferencia de obispos latinoamericanos, la CELAM a partir del encuentro de Medellín. Para la Iglesia de América latina, este encuentro quería ser la actualización de los principios enunciados en el Concilio Vaticano II en lo que se refiere a la Iglesia Pueblo de Dios. Diez años después, se reiteró vigorosamente esta opción en la Asamblea de Puebla a la que asistió el arzobispo de San Salvador. Según él, esta posición existencial implica una apertura al rostro doloroso de Servidor sufriente y esto en América Latina tiene una dimensión colectiva y estructural.

De hecho, Monseñor Romero tiene ante él un pueblo oprimido y sometido a los peores ultrajes; su opción fundamental por los pobres lo lleva a una lectura diferente de los Evangelios. Para realizar esto, adopta un esquema interpretativo de la realidad sociopolítica que representa por supuesto una hermenéutica de liberación. A partir de entonces, su mirada pastoral se opone a la historia oficial; actualizándose en las clases dominadas y no en los sectores privilegiados. Esta hermenéutica portadora de esperanza busca la opción explícita que Dios realiza en favor de un pueblo pobre y de los pobres de ese pueblo. Esta lectura rechaza la imparcialidad y el situarse fuera de la historia. Por el contrario, Dios mismo decidió implicarse en la historia de la humanidad mostrando sus propios criterios de discernimiento, su juicio de la realidad, su aprobación de la fraternidad y su desaprobación de la injusticia.

Con esta misma óptica, Gilberto Gorgulho firma un artículo muy pertinente en “*Mysterium Liberationis*”; en él se refiere a la lectura de la Biblia que hacen en

4. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré, Dos sinóticos a Paulo*, São Paulo, (Brasil), Edições Paulus, 1997 (1991) p. 280.

América Latina los individuos de las clases populares. Él constata que aquellos hacen una interpretación en relación con su realidad como método hermenéutico original y revelador de sentido. Según este teólogo de la liberación, el estudio común de los textos bíblicos les permite mantener la esperanza viva, construir su comunidad en vista del Reino venidero y afirmar que otro mundo es posible lo cual neutraliza el sentimiento de fatalidad que la cultura dominante impone.

Los pobres leen la Biblia en una situación de sufrimiento y de dominación económica y política. No es una lectura teórica ni una búsqueda de ideas. Es una cuestión de vida o muerte, de libertad o dominación. Buscan en la Biblia la verdad que los libere; luz para analizar la sociedad y sus estructuras de violencia; fuerza que sustente su resistencia y su lucha por un mundo nuevo de vida, de libertad y de solidaridad. Los pobres creen y confían en la palabra de la Biblia como luz y fuerza de su lucha de liberación⁵.

Así, existe un círculo hermenéutico entre la realidad y los relatos bíblicos, incluye la palabra de los pobres como “hermeneutas” o intérpretes privilegiados de su propia realidad y de las Escrituras. Los pobres sienten en carne propia, la necesidad de ser salvados de la desesperanza y de la muerte física; la hermenéutica de Romero proviene justamente de su contacto permanente con el pueblo pobre de El Salvador. Así es como logra encarnar la Palabra de Dios en la vida cotidiana de una nación en crisis y la alumbraba con la Verdad a partir de este criterio indefectible: “La gloria de Dios es la vida de los pobres”. Según Pablo Richard, esto se realiza en todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios.

La Gloria de Dios se juega en la vida o en la muerte del ser humano histórico. La vida humana concreta, que es una realidad económica, política, social, ética..., etc., alcanza ahora también su máxima realidad espiritual. El trabajo, la tierra, la casa, la salud, la alimentación, la educación..., etc., llegan a ser la expresión misma de la gloria de Dios. Igualmente, la gloria de Dios es conculcada en cada persona que sufre hambre, miseria y opresión. La relación entre vida y teología llega a ser así una relación intrínseca. La teología de la vida es la teología donde

5. da Silva Gorgulho, Gilberto « *Hermenéutica bíblica* », en ELLACURÍA, Ignacio y SOBRINO, Jon, (dir.), *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, TI, San Salvador, UCA editores, 1990, p. 170.

la vida humana concreta es la mediación fundamental de la presencia y revelación de Dios. Otros expresan lo mismo en la relación intrínseca entre economía y teología. La opción por la vida llega a ser así el contenido fundamental de la teología o lógica de Dios en nuestra historia⁶.

Tomando en cuenta esta perspectiva, la interrogación principal de este estudio es: ¿Cuáles son las exigencias históricas de la Salvación-Liberación presentes en las homilias de Oscar Romero? Esta pregunta reposa en la relación indisociable que existe entre la Salvación del mundo y la Encarnación liberadora hasta la cruz. Por esto, no hay liberación auténtica si ella no participa en la Salvación y, al contrario, no hay Salvación verdadera si esta se limita a la trascendencia. Por lo tanto, el tema central de este libro tratará de determinar los lazos intrínsecos que unen la Salvación personal a través de la conversión a Jesucristo y la liberación histórica a través de la transformación de las estructuras. ¿En qué dimensión la Salvación cristiana depende de los esfuerzos de liberación, de una solidaridad efectiva con los oprimidos? Y, al contrario, ¿De qué manera los esfuerzos de liberación permitirán el surgimiento de una nueva conciencia solidaria y accederán a una permanencia histórica? El término contemporáneo Salvación-Liberación se originó de este encuentro entre la immanencia y la trascendencia y del lazo indisociable que las une.

Por otra parte, la inmersión total en el universo simbólico romeriano nos permitió medir la amplitud del personaje y de las imágenes a las que se refiere en lo que concierne a temas tan concretos como los derechos humanos, la pobreza, el analfabetismo, la organización popular, las Comunidades Eclesiales de Base, la represión, las desapariciones arbitrarias, la mortalidad infantil, la educación, etc. Con su palabra clara y accesible, Romero nos conduce al umbral del misterio insondable, de la Presencia divina actuando en la historia y del Reino que se construye. Sin embargo, no tratamos de hacer nuestras propias preguntas a las homilias, estas surgieron naturalmente, dirigiéndose a su contenido implícito.

Para descubrir lo que esta obra quería decirnos, lo más importante fue una atención minuciosa. Nuestra primera preocupación era: ¿Qué quiere decirnos Romero acerca de los actos de los creyentes? ¿Qué sentido le da la fe al compromiso social? ¿Qué lazos establece entre las luchas por la liberación del pueblo y la Salvación de Jesucristo? No se trata de asuntos fútiles, puesto que afectan la existencia de millones de mujeres y de hombres, de un modo absoluto. De hecho, el que cree en Dios o que se implica en

6. Richard, P. "Teología en la Teología de la Liberación", dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 218.

un movimiento revolucionario, lo hace plenamente, con todo su ser y a veces hasta dar la vida para que la próxima generación tenga derecho a un futuro mejor. Es esta convergencia de dos dimensiones existenciales, una histórica y trascendente, que estimuló nuestra curiosidad intelectual para reunir la dimensión de la fe y la de la justicia como base de la función profética del cristiano.

Revisaremos en este libro, nociones teológicas fundamentales como: las consecuencias del pecado, la idolatría, la muerte, el misterio del Mal, tal como aparecen en el discurso homilético de Oscar Romero. Discerniremos en él los principales elementos de la pedagogía Divina de la Alianza que están presentes en los comentarios romerianos de los textos del Antiguo Testamento. Esto nos llevará al Cristo Liberador y Salvador, pero, antes que nada, tomaremos el camino difícil de la Cruz que el Salvador doliente de Yahvé aceptará libremente y que el prelado identifica con el rostro del pueblo perseguido. Observaremos enseguida el papel y la misión de la Iglesia y de los cristianos, según la comprensión del arzobispo de San Salvador en sus dimensiones eclesiales y proféticas. Para concluir las diferentes etapas recorridas, revisaremos las exigencias históricas de la Salvación-Liberación como síntesis del proceso hermenéutico desarrollado en los capítulos anteriores.

Recordamos a nuestros lectores, que el objetivo al presentar estos temas, no es evidentemente saturar su sentido agregándole todo lo que ha producido el pensamiento occidental sobre tal o cual concepto sino más bien presentar la visión global que Oscar Romero tiene de la Salvación-Liberación. En este aspecto, las condiciones de elaboración de este discurso son tan o aún más importantes que todas las reflexiones teológicas que lo apoyan. O sea que cada tema desarrollado en esta segunda parte, representa una ventana, un campo de investigación que puede ser útil para iniciar muchos otros. El orden general que seguiremos será: abordar cada capítulo o punto primordial según la perspectiva de diferentes autores de la Teología de la Liberación con respecto al tema presentado; a continuación, analizar los subtemas y resumir los discursos referentes al mismo tema. Los títulos de los subtemas son los mismos que Monseñor Romero atribuyó a las homilías correspondientes. Sin embargo, en los dos capítulos siguientes no procedimos así, ya que, para cernir bien un tema dado, tuvimos que hacer un corte transversal de sus predicaciones.

I

El Antirreino

Para captar toda la riqueza de sentido que encierra el concepto de Salvación-Liberación, debemos ante todo plantearnos esta pregunta: ¿De qué necesitan liberarse y salvarse los humanos para alcanzar el Reino de Dios? El Antirreino y todo lo que él implica constituye un arquetipo fundador del pensamiento universal y por esta razón, es una de las llaves principales de la lectura hermenéutica del pensamiento romeriano y de la Teología de la Liberación. Aquí, es útil estudiar de nuevo la matriz de sentido que existe en la trama de la mayoría de los mitos ancestrales.

De hecho, en todas las civilizaciones se ven bajo formas diversas, los conceptos del Bien y del Mal. Aunque parezcan hacer parte solo de la prehistoria, continúan, a veces de manera difusa, habitando sistemas de representación que alimentan el imaginario colectivo. Más allá de la luz de la razón, hay un mundo simbólico que constituye los cimientos antropológicos del ser humano. A primera vista, la sencillez de los temas presentados puede sorprender, pero es así porque la intención primera es pastoral: en este caso una pastoral vivida en un ambiente de duplicidad y de muerte.

Romero trata de recrear el mundo a través de sus palabras, situando a la historia y a toda la creación bajo la égida del Salvador de la humanidad. Ante el desaliento de la multitud, el Pastor señala la estrella polar de la Salvación-Liberación, explica el sentido de los hechos a la luz del Evangelio y anuncia el devenir deseado por Dios. Así, revela el juego de Satanás, hombre o espíritu maléfico; sea uno o sea otro, eso no tiene importancia. Para él, el diablo es todo el que se subleva contra Dios y contra el proyecto de Salvación-Liberación, lo que envilece y hace perder la dignidad de hijo o hija de Dios; destruye el espíritu de solidaridad y de comunidad y corrompe al pueblo como proyecto colectivo destinatario de la gracia.

En su juicio a la historia, el autor modifica el punto de vista de la Iglesia, rompe el concordato con el Estado y las élites para sustituirla por la opción en favor de los pobres. Creemos que para entender el sentido que Romero atribuye a la Salvación y a la Liberación cristianas, hay que partir de la defensa de la vida y de la dignidad humana, reveladas por Jesucristo. Aunque parezcan maniqueos a primera vista, estos criterios para interpretar la realidad, dan sentido a las vidas de las clases obreras que se sienten

cada vez más desamparadas ante la gran represión que sufren. De esta manera, Romero da cuerpo a la fe en lugar de atribuirle una relatividad difusa y restituye la realidad de la Salvación en el corazón de la historia. Iniciaremos esta lectura por el polo negativo que procede de la realidad de la opresión lo cual es una de las características originales del pensamiento romeriano.

Sub specie contrarii, descubriremos con él la voluntad divina inscrita en la historia de la humanidad, desde los orígenes de la Creación. Los temas principales que veremos en este capítulo son: el Pecado, la Idolatría, la Muerte y el Misterio del Mal. Estas categorías podrían parecer extremas, pero Romero afronta un sistema ideológico que manipula las nociones del Bien y del Mal, de la verdad y de la mentira y esto, hasta el rapto y el asesinato. En efecto, los medios de información oficiales presentaban a las víctimas de la represión como individuos peligrosos y terroristas o trataban de difamarlos, diciendo que habían huido al extranjero.

1. El pecado

El pecado es un tema muy trillado y antiguo de la teología moral. Sin embargo, ante la realidad de muerte que aflige a su pueblo, el prelado le atribuye una dimensión muy real y lo asocia a la encarnación del principio del Mal en el corazón y en las estructuras sociales. Desde sus orígenes, el mito de la Creación se refiere a un principio de corrupción que vino a envilecer lo que Dios había creado. Romero asocia la ambición y la codicia humanas al reino del infierno.

Según la mentalidad de los judíos había una lucha a muerte entre el Dios que reina y el demonio que le quiere arrebatar el imperio de Dios. Y así nos presenta la historia de Israel: como una lucha entre Dios y el demonio; y los reinos de la tierra a veces se convierten en agentes de ese reino del infierno contra Dios. Y para animar en los días de persecución, sacaban a relucir toda esta creencia y toda esta esperanza⁷.

El pecado representa la desobediencia de la criatura hacia su Creador. Esta negación y este rechazo del ser humano a Dios, abrió la puerta al pecado cuyo fruto es la muerte. Romero identifica muy concretamente la muerte con el pecado, la injusticia

7. 25/11/79 p.471, VII. N.B. Inscibiremos las notas referentes a las homilias de Oscar Romero en todo este libro, en este orden: el día, el mes, el año, la página y el tomo.

y la corrupción en este mundo. Esto revela la existencia de una fuerza destructora que lucha permanentemente contra el Reino de Dios y la fraternidad humana. Más allá de la muerte física provocada por el pecado, se plantea la pregunta sobre la Salvación o la perdición eternas. El Infierno existe realmente para el arzobispo; la violencia de este mundo es solo su preludio. A sus ojos, el pecado es el principal obstáculo para la implantación del Reino de Dios en la tierra⁸. “Sus frutos son entre otros, el egoísmo, las injusticias sociales, las violencias, etc.”⁹ Esta gradación muestra la dinámica de muerte que está inscrita en el rechazo a conocer el origen y los planes del Amor creador. Para él, el pecado se manifestó también cuando Dios murió en la cruz: “Es esto lo que mató al Hijo de Dios y lo que continúa matando a los hijos de Dios.”¹⁰ También la búsqueda de la felicidad fuera del camino de la Salvación, es un ultraje a la ley divina.

El pecado es el atropello a la ley de Dios; es como pisotear el designio de Dios. El pecado es irrespeto a lo que Dios quiere; y entonces el hombre quiere buscar su felicidad fuera de Dios, o contra Dios, pone su felicidad en las creaturas, en el dinero, en el poder político, en la carne, en la lujuria, en un amor adulterino. Es darle la espalda a Dios por una creatura, llámese dinero, llámese política o lujuria, como sea¹¹.

Todo lo que degrada al ser humano, es pecado para la teología moral; esto es, ni más ni menos que la antítesis de Cristo¹². Sin Redención, el pecado lleva a un deterioro progresivo de las cualidades humanas y de las relaciones sociales. Aquí, el tema del pecado no se refiere a una pastoral de temor como lo era antes en la Iglesia Católica sino más bien a la existencia de la miseria, de la violencia y finalmente de la muerte como consecuencias del pecado. Romero invierte este discurso tradicional y resalta las responsabilidades de cada uno al interior de la tragedia que se vive. Asociando esta cuestión con la justicia social, recuerda que no son los que dirán “Señor, Señor” los que entrarán al Reino de los cielos sino los que tengan un corazón misericordioso y que actuarán en consecuencia con los desfavorecidos de este mundo. Nuestro autor describe tres categorías principales: el Pecado original, el Pecado personal y el Pecado estructural.

8. 22/08/77, p. 193, I-II.

9. Ver 18/11/79, p.451-454, VII.

10. Romero, O. Oscar Romero, Assassiné avec les pauvres, Paris, Cerf, 02/02/80, p.88-93.

11. 24/07/77, p. 140-141, I-II

12. Ver 21/10/79, p.362-364, VII.

1.1. El pecado original

En el Génesis, se atribuye simbólicamente el pecado original a Adán, para demostrar el abismo que existe entre la condición humana y la gracia divina. Esta noción, sitúa al humano en una posición de humildad ante lo sagrado. Esto le prohíbe la ilusión de la autosatisfacción, de creerse por encima de los otros; le permite percibir el carácter relativo y escatológico de la vida. Según la metáfora de la creación, es por el pecado original que tenemos un destino común y que estamos sometidos a las ambigüedades de la condición humana. El pecado original hace del ser humano un mendigo de la gracia, por él se expresa un vacío, algo que falta en las profundidades de su alma. El teólogo y economista Franz Hinkelammert, habla del pecado original dentro del Imperio y precisa su función ideológica.

Según San Agustín, el pecado original que cometió la primera pareja humana en el paraíso, es la concupiscencia, la voluptuosidad, la sensualidad y el sexo. Es el orgullo de la rebelión del ángel caído que se manifiesta por el gozo del cuerpo. Se asocia al cuerpo con la concupiscencia y la rebelión contra Dios. Ellas juntas son el mal satánico. De esta manera, el cristianismo es una religión adecuada para el Imperio ya que transforma todo lo que amenaza el dominio del Imperio en tentación humana de la que hay que huir. Cuando le preguntaron a San Agustín si los esclavos tenían derecho de rebelarse, él respondió que no ya que hacerlo hubiera sido un acto de concupiscencia y una idolatría del cuerpo. O sea que la autoridad es completamente libre porque lucha con Dios contra la concupiscencia. Su ejercicio es moralizado¹³.

Otra manera de ver el pecado, es considerarlo a partir de la noción de Salvación, como lo contrario de esta. Según las enseñanzas de la Iglesia, la primera característica del pecado es la ruptura con Dios. A continuación, el arzobispo desarrolla las consecuencias trágicas de la desobediencia al principio del Amor eterno; las divide en tres categorías: ruptura con Dios, ruptura con los humanos y ruptura con la naturaleza. Las dos últimas proceden de la primera ya que se trata de una división que se vive dentro de la persona. La teología dice: “El que comete un pecado, rompe con el principio de su existencia y de su vida, y, entonces, también rompe íntimamente, de modo que un pecado lleva en sí el desorden¹⁴”. La ruptura con la naturaleza plantea el problema de la muerte prematura lo

13. Hinkelammert, F. *Sacrificios humanos e sociedade ocidental : Lúcifer e a Besta*, São Paulo, Edições Paulus, 1995, p. 156.

14. 04/03/79, p. 178-179, VI.

cual rompe la relación con la esencia misma de la vida y con una conciencia ecológica bien informada. También propicia la profanación y el pillaje de toda forma de vida en la tierra.

1.2. El pecado personal

Según el teólogo español Ignacio González Faus, cuando se comete una falta, el verdadero pecado no es el sentimiento de culpabilidad sino más bien la identificación del pecador con el deseo que engeuece la conciencia e insensibiliza el corazón con respecto a la suerte del otro y al mal que se inflige al entorno. Así, se instala en la mentira que oprime a la verdad y a la justicia¹⁵. Según Leonardo Boff, el pecado es la pretensión humana de querer hacerse “absolutamente independiente y creador de uno mismo” rehusándose a admitir su propia finitud. Prosigue así:

Todo pecado es una aberración del sentido de la Creación, separación violenta de Dios y retorno violento hacia sí mismo. Cuando ese proyecto humano tiene su historia e interpreta toda la trama humana, forma el pecado del mundo y el pecado original como una anti-historia de lo absurdo, de la gloria y del poder irracional y opresor. Es una cautividad sin dignidad humana, un sufrimiento sin sentido y un dolor inútil¹⁶.

Para Romero, “el pecador es el hombre salido de sí y que no encuentra en sí mismo lo que lleva de Dios, y por eso lo busca desordenadamente, prostituyendo las cosas, olvidándose que todo viene de Dios¹⁷”. El pecado personal es la instancia primera de la responsabilidad que incumbe a cada uno de contribuir a mejorar las condiciones de vida en este mundo, esforzándose uno mismo por ser mejor. Toda su visión teológica y la liberación que implica, se sitúan en este orden.

Todos somos pecadores, todos tenemos malas tendencias-, pero que al menos, se note un esfuerzo de autenticidad, de confesar los pecados y de luchar por no estar contentos nunca, entronizando el pecado en el mundo. Que luchemos por derribarlo. Llámese: egoísmo, orgullos, vanidades, etc.¹⁸.

15. Ver Gonzalez, J. “Pecado”, dans *Mysterium Liberationis*, II, p. 97.

16. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, Petrópolis, Vozes, 1980, p. 166.

17. 16/03/80, 334, VIII.

18. 29/01/78, p. 175, III.

Este segundo nivel de pecado en el que cada uno se sitúa en todo momento ante su conciencia, es el instrumento más poderoso que posee el individuo para transformar las relaciones humanas para bien o para mal. Cada uno puede utilizar su libre albedrío para tener relaciones fraternales o de dominio hacia los demás; por eso podemos afirmar que, a pesar del condicionamiento social, la libertad de escoger es una prerrogativa del género humano. Porque como afirma Romero, es necesario el consentimiento de las personas y su apoyo tácito, para que el pecado se multiplique.

Cuando uno tiene el corazón limpio, aunque esté en medio de lodazal, el lodo no le hace nada porque no lo recibe dentro; depende de la libertad de uno recibir adentro la podredumbre. Cuando uno oye una mala conversación, o ve un mal ejemplo, o algo que seduce hacia el pecado, el que no quiere pecar no peca, solo peca el que acepta esa podredumbre en su corazón. Las conciencias timoratas muchas veces piensan que ofenden a Dios por oír malas palabras, por ver malas cosas. No, queridos hermanos, lo que entra de afuera, si el corazón no lo quiere recibir, no mancha al hombre. Si en este tiempo de crímenes, de violencias y de venganzas, el hombre conserva su corazón sin odios, más bien amando, no le hace daño todo el ambiente; le hace daño al que lo recibe ya predisposto para hacerse también él un corazón envenenado¹⁹.

De un modo insidioso, el pecado se presenta siempre como un bien en sí mismo que trata de satisfacer un deseo latente. También puede presentarse fríamente como algo lógico o como pasión desordenada. Confunde bajo disfraces modernos, el verdadero sentido de la libertad, pero en realidad, la que él pregona no merece la nobleza de ese nombre; la libertad que el pecado presenta de una manera atractiva, es la esclavitud de las pasiones. Romero explica la alienación que provoca el pecado en el que lo comete sin arrepentirse:

Alienación es la del que dice como Satanás: «No te serviré, voy a ir a hacer mi capricho», porque este se hunde en las tinieblas de su nada. El hombre cuando peca, dice el Concilio, “Se esfuma, rompe el hilo que lo une con su creador y se deshace”. O lo que decía Cristo: “Cuando se corta la rama de un árbol ya no sirve más que para secarse”. Todo pecador es una rama cortada²⁰.

19. 02/09/79, p. 216, VII.

20. 24/12/78, p.59, VI.

El pecado de omisión lleva también a la violencia porque deja el terreno libre a los poderes de la muerte que existen en todas las sociedades. Este pecado consiste en echarles la culpa a los otros sin hacer un esfuerzo de análisis social y de autocritica que podrían perturbar la propia conciencia. Este pecado se asocia fácilmente al pecado de intolerancia que busca siempre un responsable para expiar la falta moral de todo un pueblo. A la derecha del espectro político, el pecado de omisión consiste sencillamente en negar la apertura al otro, al que es diferente, al que es más pequeño. De esta manera, el pensamiento burgués se atribuye todo el mérito de sus éxitos sin reconocer ni la contribución del trabajo del pueblo ni el hecho de que las mismas oportunidades no son accesibles a todos. A la izquierda del espectro político, el que comete el pecado de omisión, culpa al Estado, a las estructuras o al sistema por todo lo que afecte negativamente sus condiciones socioeconómicas. No reconoce su responsabilidad personal en lo que concierne el impacto de la moral y de los actos individuales sobre la mejoría de sus condiciones de vida y las de sus familias. Esta actitud implica también una huida de la realidad y conduce al fatalismo ya que considera que no tiene ninguna influencia sobre su propio destino si no llega a transformar las estructuras. El arzobispo denuncia con vehemencia el pecado de omisión, provenga de donde provenga.

Esperamos que ese pecado de omisión toque la conciencia de muchos que pueden hacer mucho y no lo hacen, tal vez por estar granjeando su situación bondadosa, por el sueldo, por no caer mal en política, por no perder la gracia de los poderosos. Serian traidores a la ley de Dios, serian pecadores de omisión, si, por temor a perder su vida en la tierra, no hacen lo que deben hacer para dar a sus paisanos, al pueblo, a la sociedad, al bien común, un respiro de paz sobre una justicia más equitativa²¹.

Romero atribuye el origen de la violencia a ese pecado de omisión de los pudientes que rehúsan el considerar una redistribución de la riqueza y una transformación de las relaciones sociales. Considera a la violencia como una de las formas más repugnantes del pecado, él mismo dice: “la violencia es un acto que mancha de pecado el mundo²²”. Por esta razón, según él, cada uno contribuye de manera activa o pasiva a la difusión del pecado²³. Denuncia también lo que considera la forma más cruel de violencia que es

21. 03/07/77, p. 117, I-II.

22. 14/02/78, p. 25, IV.

23. Ver 14/11/77, p. 325-326, I-II.

la que surge de estructuras económicas de exclusión y de opresión, dejando a la gente morir de hambre y también la forma más evidente de represión pura y simple que ahoga toda intención de reivindicación colectiva. Recuerda sin embargo que toda violencia estructural, proviene de los individuos.

La violencia surge del pecado porque esta diferencia de clases sociales, esta injusta distribución de los bienes, esta no participación en el bien común de la república al que todos los salvadoreños tienen derechos, ese atropello en las bartolinas, esas torturas, esas humillaciones de los pueblos, son el producto del pecado. Si se viviera justificado, si no tuviera el pecado en el alma, nadie tuviera el valor de usar el fusil contra otro hombre; si se tuviera la conciencia cristiana, si se fuera cristiano de verdad, no se abusaría del poder; serían unos políticos cristianos y, partiendo de una sinceridad de justificación, buscarían el verdadero bien del Reino de Dios, que hace más felices a las naciones. Por eso la Iglesia tiene que chocar porque ella predica este reino del amor, de la libertad que parte de la libertad del pecado. Si no, surge la violencia. Y la violencia no es evangélica, ni cristiana²⁴.

Citemos como ejemplo de su práctica pastoral, que, en aquella primavera de 1979, la arquidiócesis realiza una encuesta en las comunidades cristianas para identificar los problemas más cruciales del pueblo. Al mismo tiempo que el cuestionario, se difunde a gran escala el documento reciente de Puebla para ayudar a la interpretación de la realidad social que se vive. El análisis de los resultados permite establecer un diálogo entre la jerarquía católica y un número importante de feligreses; Romero utilizará esto como base para redactar la carta pastoral de agosto de ese año. Esta a su vez será analizada en talleres por las diferentes Comunidades Eclesiales de Base. Refiriéndose a esto, declara:

La encuesta señala con franqueza el horrible dominio del misterio del pecado en la sociedad salvadoreña. Y Puebla corrobora al señalar como raíces de la corrupción en el orden gubernamental, social, familiar e individual estas raíces: la inversión de valores, el materialismo individualista, el consumismo, el deterioro de valores familiares, el deterioro de honradez pública y privada, el mal uso de nuestros medios

24. 26/06/77, p.110, I-II.

de comunicación social. A eso debemos las inmensas lacras de nuestro pueblo: un tremendo deterioro moral²⁵.

Poco antes de su muerte, signo tangible que la erradicación del pecado se sitúa en el corazón mismo de su práctica homilética, clarifica por última vez lo que piensa del caos social y político en el que se sume inexorablemente su país. Recuerda con fuerza que, si bien los problemas de la nación conciernen al conjunto de los ciudadanos, el inicio de la solución pertenece a cada uno individualmente.

El pecado personal es la base del gran pecado social. (...) ¡Qué fácil es denunciar la injusticia estructural, la violencia institucionalizada, el pecado social! Y es cierto todo eso, pero ¿Dónde están las fuentes de ese pecado social?: En el corazón de cada hombre. La sociedad actual es como una especie de sociedad anónima en que nadie se quiere echar la culpa y todos son responsables. Todos hemos puesto nuestro grano de arena en este mole de crímenes y de violencia. Por eso, la Salvación comienza desde el hombre, desde la dignidad del hombre, de arrancar el pecado a cada hombre²⁶.

Como dice San Pablo, aquel que cree en Cristo resucitado debe vivir como hijo de Dios y no según la carne. La cuestión de la responsabilidad o del pecado personal compromete más que la Salvación individual y en un sentido más amplio, tiene una relación directa con la salvación de las estructuras que deben permitir a todos vivir de manera que sea digna de esta filiación divina.

Hay que tener en cuenta que todos los males tienen una raíz común y es el pecado. En el corazón del hombre están los egoísmos, las envidias, las idolatrías y es allí donde surgen las divisiones, los acaparamientos; como decía Cristo: “No es lo que sale del hombre lo que mancha al hombre, sino lo que está en el corazón del hombre”, los malos pensamientos. Hay que purificar, pues, esa fuente de todas las esclavitudes. ¿Por qué hay esclavitudes? ¿Por qué hay marginaciones? ¿Por qué hay analfabetismo? ¿Por qué hay enfermedades? ¿Por qué hay un pueblo que gime en el dolor? Todo esto está denunciando que existe el pecado. «La pobreza – dice Medellín - es una denuncia de la injusticia de aquel pueblo»²⁷.

25. 06/08/79, p.149, VII.

26. 23/03/80, p. 362, VIII.

27. 23/03/80, p.368, VIII.

El pecado como obstáculo a la Salvación, puede interpretarse de dos maneras relativas a la noción soteriológica con la que está relacionado. Él tiene dos polos que interactúan de un modo dialéctico permitiendo así su desarrollo caótico. En efecto, las fuerzas de disolución del pecado existen en cada individuo. Sin embargo, la falta individual oscurece o destruye la relación con Dios y esto a su vez debilita los lazos sociales y colectivos de la relación fraterna. La suma de las faltas individuales termina por cristalizarse dentro de las estructuras mismas y la corrompen con una eficacia impresionante. Los valores idólatras se vuelven normas y criterios de discernimiento falsificados por el pecado y terminan por inscribirse en las leyes y en las costumbres de las sociedades que los adoptan.

Debido a sus mecanismos de exclusión y de opresión que responden a una lógica ciega y sistemática, estas estructuras pecaminosas -de las que nadie se siente responsable- producen indiferencia en las clases dominantes e incitan a la violencia a millones de seres humanos que luchan cada día al margen del sistema. Comprendamos bien que esta violencia social es una reacción al “no ser”, a la negación de la ciudadanía y de la dignidad humana, impuestas por el sistema o por la sociedad. Por esta razón, la existencia del pecado no puede evaluarse fuera del dominio social que contribuye indudablemente a su propagación. En caso contrario, una interpretación de la realidad a partir de una concepción exclusivamente individualista que otorga a cada uno según sus méritos, serviría únicamente de pretexto o de velo ideológico para disimular las relaciones sociales de dominio y de exclusión. Leonardo Boff interpreta así el pecado personal en relación con el orden social:

La sociedad condiciona y marca a la persona y esta a su vez, influye en la sociedad. La Teología de la Liberación quiere tomar en cuenta minuciosamente esta dialéctica de vida que se articula también en la fe. El pecado personal modifica al mundo social y el pecado en el mundo impregna las estructuras, las escuelas y las ideologías dominantes y marca a su vez a las personas. El sistema social de opresión está inyectado en los oprimidos. La fe verdadera que se mueve dentro de esta dialéctica, puede actuar como dinámica libertadora. La Teología de la Liberación hace resaltar la densidad de la opresión social e indica la dimensión pública, política y libertadora del proyecto histórico de Dios²⁸.

28. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 64-65.

El ser humano tiene una propensión natural a demonizar a los demás y a atribuir a otros la causa de sus males. Reconoce raramente sus errores; esto implicaría aceptar que hace parte del problema y de la solución. Todos participan de una u otra manera del pecado en el mundo y es por esto que la humanidad necesita tanto convertirse.

1.3. El pecado estructural

Según González Faus²⁹, el pecado no es solo el resultado del libre arbitrio del individuo, escogido conscientemente; es ante todo lo que Dios reprueba. En este sentido, las condiciones en las que viven las cuatro quintas partes de la humanidad, es contrario a la utopía del Reino y de la voluntad divina. El empobrecimiento extremo del tercer mundo representa la degradación de las relaciones de los humanos y de los pueblos entre ellos y lleva a la violencia y a la guerra. Atacarse a la dignidad humana es ofender a Dios; sin embargo, la conducta de los individuos parece estar condicionada en gran parte por la racionalidad del sistema. Por ejemplo, lo que la ideología dominante define como pecado imperdonable, es el ser pobre y poco competitivo en el mercado mundial. Las víctimas son responsables de su miseria y la ley natural del más fuerte se aplica a los intercambios económicos. Por esta razón, la Teología de la Liberación ha hecho del pecado estructural uno de sus temas fundamentales. Esto resaltó en la conferencia episcopal de Medellín en 1968³⁰. Romero aludía a esto con frecuencia en sus homilías. Según él, el pecado estructural es una violencia insidiosa que mantiene al pueblo en la miseria y provoca la muerte prematura de muchos compatriotas. Ignacio Ellacuría escribe con respecto a esto:

Hay acciones que mata la vida (divina) y hay acciones que dan la vida (divina); aquéllas son el reino del pecado; estas son el reino de la gracia. Hay estructuras sociales e historicas que son la objetivación del poder y, además, vehiculan ese poder en contra de los hombres, de la vida de los hombres, y hay estructuras sociales e historicas que son objetivación de la gracia y vehiculan, además, ese poder a favor de la vida de los hombres; aquéllas constituyen el pecado estructural y estas constituyen la gracia estructural³¹.

29. Ver Gonzalez, J. « Pecado » dans *Mysterium Liberationis*, II, p. 100.

30. Conférence de Frei Betto sur les trente ans de Medellín, Belo Horizonte, octobre 1998, non publiée.

31. Ellacuría, I. "Historicidad de la Salvación Cristiana" dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 356.

La visión de Oscar Romero de la realidad social, lo hizo pasar con frecuencia por comunista ante los ojos de aquellos que preferían atenerse a un concepto puramente personal del pecado y a una interpretación espiritualista de la Salvación. Evitaban así el reconocer que la suma de los pecados personales termina tarde o temprano por repercutir en las estructuras socioeconómicas y que estas a su vez influyen fuertemente en el comportamiento de los individuos. Citando Medellín, Romero recuerda:

En América Latina hay una situación de pecado, hay una injusticia que se hace casi ambiente y es necesario que los cristianos trabajen por transformar esta situación de pecado. El cristiano no debe tolerar que el enemigo de Dios, el pecado, reine en el mundo. El cristiano tiene que trabajar para que el pecado sea marginado y el reino de Dios se implante. Luchar por esto no es comunismo. Luchar por esto no es meterse en política. Es simplemente el evangelio que le reclama al hombre, al cristiano de hoy más compromiso con la historia³².

El análisis del arzobispo parte siempre del punto de vista de los menos protegidos y del misterio de iniquidad del cual son víctimas. Este es su principal criterio para juzgar una decisión del gobierno o la adopción de una acción pastoral. Citando Puebla, denuncia la injusticia social como la causa principal de las violencias que agitan las sociedades de América Latina; anteriormente, otros habían dado a esto el nombre de pecado estructural.

Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social. Así como decíamos de la muerte que es el índice de pecado, podemos decir también: La desigualdad social es índice de pecado³³.

Romero aboga por la austeridad material de los ricos como medio para cultivar los valores espirituales y permanecer solidarios concretamente con los desfavorecidos. Según él, las clases pudientes deben dar el ejemplo para preservar la creación Divina. A sus ojos, el consumo excesivo de las élites es un pecado de egoísmo que obstaculiza la

32. 16/07/77, p.133, I-II.

33. 01/07/79, p. 46, VII, (ver Puebla no 28).

satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría. En Medellín se afirmó refiriéndose al desprendimiento material que deben observar los clérigos y los miembros de las comunidades religiosas que: “Estos ejemplos auténticos de desprendimiento y libertad de espíritu, harán que los demás miembros del Pueblo de Dios den testimonio análogo de pobreza. Una sincera conversión ha de cambiar la mentalidad individualista en otra de sentido social y preocupación por el bien común³⁴”.

Sin embargo, esta austeridad no quiere decir que haya que vivir en condiciones insalubres o de privación extrema que puedan afectar a la salud. Se trata de aprender a vivir sin lujo y sin lo superfluo, tratando de buscar la simplicidad en el arte del vivir. Para el arzobispo, la austeridad material es la marca del verdadero cristiano: “Que sepan unos y otros vivir la austeridad del desierto, que sepan saborear la redención fuerte de la cruz; que no hay alegría más grande que ganarse el pan con el sudor de la frente y que no hay, tampoco, pecado más diabólico que quitarle el pan al que tiene hambre...³⁵”. El ser adquiere una cierta consistencia por el esfuerzo de concientización, de un esfuerzo continuo, de una vida espiritual activa y del servicio al otro realizado con amor. Habla también de un medio de liberación auténtica que está al alcance de todos:

Privarse de algo es no solo dar de lo superfluo, no solo dar lo que sobra, sino también, muchas veces dar de lo necesario, como la viuda del Evangelio que sabía que su limosnita era un don recibido de Dios. Privarse de algo es liberarse de las servidumbres de una civilización que nos incita cada vez más a la comodidad y al consumo sin siquiera preocuparse de la conservación de nuestro ambiente, patrimonio común de la humanidad. ¡Fíjense qué palabras!, que aun hacen el bien en el campo material! Somos víctimas de una sociedad de consumo, de lujo”. Y estamos sacando cosas de consumo porque la propaganda es tremenda y tomamos cosas aun superiores a nuestro sueldo. Queremos vivir el lujo, queremos consumir como consumen todos y nos estamos haciendo víctimas, esclavos. ¿Ven como la Cuaresma rompe cadenas con su austeridad? (...) Ven la Cuaresma es abrir los ojos a la miseria de los demás³⁶.

34. CELAM, Medellín, Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina, San Salvador, UCA editores, 1977, N.º 17, p.106.

35. 24/02/80, p. 262, VIII.

36. 04/03/79, p. 183, VI.

El prelado trae aquí su visión de la austeridad que puede ser un criterio de discernimiento para todos los que viven en la sociedad de consumo. Permítanme citar la actualidad candente que conserva ese punto de vista. Restablece la jerarquía de valores y la posesión de bienes materiales con respecto al patrimonio común y a una sana redistribución de la riqueza y de las privaciones. El despegue material es a sus ojos el camino por excelencia para la liberación interna y externa. No hay duda de que esto inspiró a Ignacio Ellacuría para su idea de una civilización de la pobreza como opción ética.

Romero asocia la violencia a la ausencia de un proyecto de sociedad capaz de dar nuevas esperanzas a todo el pueblo, en especial a los jóvenes que están buscando un proyecto de sociedad estructurado. La desorganización social, que provocan la falta de interés y de participación populares en la vida democrática, es una fuente perenne de violencia. El neoliberalismo entendido como desarticulación el cuerpo social y con su carácter unidimensional que no deja lugar a proyectos históricos; aparece como una ideología que multiplica la violencia gratuita de la desesperanza, y aquella más insidiosa de las clases privilegiadas, cerrándose en ellas mismas y abandonando a la población en esta guerra de todos contra todos. Es lo que permite a este pastor afirmar lo siguiente:

Adentrándonos en las raíces de la violencia queremos recordar que, si no se crea posibilidad social y política en la cual los más pobres de nuestro pueblo, y los campesinos, puedan exponer sus urgentes necesidades y presentar sus justas demandas, los brotes violentos aumentaran desgraciadamente. Si a los campesinos se les cierran todas las puertas para dialogar, para organizarse en defensa de sus legítimos intereses, para manifestar pacíficamente, entonces aumentaran los incidentes violentos. Es urgente, por lo tanto, que se cree un clima social y político donde las necesidades de los campesinos puedan ser expresadas con claridad y libertad³⁷.

De hecho, desde hace treinta años, la violencia aumenta de un modo notable en las grandes ciudades de América Latina y la derecha política de diferentes países responde aumentando la fuerza de los regímenes represivos. Sin embargo, a largo plazo solo la transformación de las estructuras es susceptible de oponerse a este aumento de la violencia bajo todas sus formas y de dar esperanza a las masas populares; si no, la violencia se institucionaliza sea legalmente por medio de un sistema policiaco represivo

37. 02/04/78, 131, IV.

o peor aún abandonando a grandes porciones de la población marginal y dejando así pleno acceso al crimen organizado como institución destructora de los Estados y de las sociedades. Romero afirma que la paz verdadera solo puede obtenerse a través de la justicia, y esto implica redescubrir el bien común dentro de toda sociedad.

Por ello hacemos un llamado a todos los salvadoreños de buena voluntad a cooperar en la paz verdadera y a promover la justicia. Y condenamos de nuevo la violencia de las estructuras y aquel tipo de violencias concretas que ocasionan inevitablemente una autodefensa violenta. Ni con la violencia institucionalizada ni con una defensa que tome venganza por su propia cuenta. De otra forma no saldremos nunca de la espiral de la violencia³⁸.

El arzobispo describe la dialéctica que existe entre el pecado personal y el pecado estructural. Según su punto de vista, el juicio divino concierne tanto a las sociedades como a los individuos; así como la falta o la virtud de estos últimos, termina siempre repercutiendo en toda la sociedad. Así, si el pecado se vuelve norma, toda la comunidad y la nación padecen sus consecuencias porque las relaciones sociales se degradan. Romero agrega al término pecado estructural, el de “pecado social” que es el que se vuelve la norma en una sociedad dada.

El juicio final no solamente será de la conducta individual de cada hombre; se pedirá cuenta del pecado social, de aquel pecado que, naciendo del corazón del hombre, cristaliza en situaciones injustas, para ser castigado no solamente en el hombre que lo comete, sino en la sociedad que ha hecho de aquel pecado un pecado social. Y así también el bien, la virtud del hombre no solamente será premiada en él, sino en la sociedad feliz que refleje en esta tierra el reino de Dios. Y por eso nos llama a trabajar un mundo más justo, más equitativo, donde todos nos sintamos verdaderos hijos de Dios en peregrinación hacia el reino. No es una esperanza ingenua, esperando que en esta tierra los hombres vamos a construir ese mundo definitivo. Para la Iglesia no existe en esta tierra, en la historia, ese mundo definitivo; pero si pide que se refleje, en esta historia, ese mundo definitivo que estamos esperando³⁹.

38. 02/04/78, p. 132, IV.

39. 07/08/77, p. 166-167, I-II.

Reitera que, aunque tales estructuras de injusticia existen, estas no tendrán acceso a la Resurrección de la carne. Los seres humanos comparecerán al juicio final pero no los regímenes políticos ni las estructuras ya sean buenas o malas; estas permanecerán en el mundo, pero su influencia sobre la Salvación-Liberación parecen determinantes porque condicionan en gran parte las situaciones de precariedad extrema, así como el comportamiento y las creencias de los individuos⁴⁰. La gran miseria en la que viven las poblaciones de América Latina, limita mucho la capacidad de los individuos para tomar decisiones morales claras y para decidir sobre su vida libremente. El hambre es una amenaza vital permanente para millones de familias; a los ojos de Romero, esta es una de las formas de opresión más poderosas de las que dispone el misterio del Mal para obligar a numerosas poblaciones a postrarse ante él⁴¹. Citando al Magisterio, el arzobispo denuncia las campañas de esterilización masiva que pretenden resolver falsamente el problema del hambre en el mundo. El arzobispo revela aquí el lazo directo que existe con el egoísmo de algunos que va a negar a otros hasta el derecho de nacer.

Dijo el Papa esta frase inmortal: “El problema no está en suprimir la vida, sino en que haya pan para todos los invitados a la vida”. Es decir, el problema de la esterilización, de los abortos, está muy unido con el problema social, porque el pan que Dios da es suficiente para todos los que Él invita a la vida, pero como se han apoderado unos cuantos, de todo el pan de la tierra, se quedan muchos invitados a la vida que se les prohíbe entrar, porque no hay pan para ellos⁴².

El acaparamiento del pan se traduce concretamente en América Latina por el problema secular de la propiedad de la tierra. Sin entrar en consideraciones de reforma agraria en cada país, Romero establece un paralelo oportuno entre el reparto de tierras y el pecado original: “Hay un sentido teológico entre la reconciliación y la tierra. No tener tierra es consecuencia del pecado. Adán, saliendo del paraíso es un hombre sin tierra, es fruto del pecado⁴³”. Salvo que, en este caso, la persona sin tierra es el resultado de un despojo, es víctima del pecado. En los textos bíblicos la tierra representa también el trabajo, la habitación, el alimento, la identidad y el sentimiento de afiliación; todo esto contribuye a la formación de la dignidad humana dentro de una cultura.

40. Ver 01/01/78, p.222-223,V.

41. Ver 05/08/79, p. 134, VII.

42. 05/08/79, p. 138, VII.

43. 16/03/80, p.333, VIII.

El prelado utiliza frecuentemente los textos de la Conferencia episcopal de Puebla para demostrar a su pueblo que la miseria está generalizada en todo el continente, pero también que la Iglesia Católica y sus pastores denuncian esta injusticia al unísono. Se trata de un verdadero *Kairós*, de un tiempo de gracia en el que se anuncia a los afligidos la Buena Nueva de la liberación. Afirma citando Puebla:

Rostros de campesinos sin tierras, ultrajados y matados por las fuerzas y el poder. Rostros de obreros despedidos sin causa, sin paga suficiente para sostener sus hogares. Rostros de ancianos, rostros de marginados, rostros de habitantes de los tugurios, rostros de niños pobres que ya desde su infancia comienzan a sentir la mordida cruel de la injusticia social. Y para ellos..., parece que no hay porvenir. Para ellos no habrá escuelas, ni colegios, ni universidad. ¿Con qué derecho nosotros hemos catalogado a hombres de primera clase... y a hombres de segunda clase, cuando en la teología del hombre solo hay una clase, de los hijos de Dios...⁴⁴ ?

Aquí resume las consecuencias de la injusticia institucionalizada, hace resaltar la noción de responsabilidad personal que incumbe a todos, aún a los más pobres, hay que luchar para tratar de salir de sus condiciones de miseria. Su posición es siempre equilibrada y se rehúsa a encerrarse en la lógica estrecha de la lucha de clases; incita a todos a alcanzar la madurez verdadera de los hijos de Dios. Refiriéndose al texto de Medellín, se rebela contra las potencias del pecado en obra.

Si la enfermedad es una triste consecuencia del pecado, hay que librar al hombre del pecado y de sus consecuencias. He allí la norma de la Iglesia en la promoción humana. Las masas de miseria, dijeron los obispos en Medellín, son un pecado, una injusticia que clama al cielo. La marginalización, el hambre, el analfabetismo, la desnutrición y tantas otras cosas miserables que se entran por todos los poros de nuestro ser, son consecuencias del pecado, del pecado de aquellos que lo acumulan todo y no tienen para los demás; y también, del pecado de los que no teniendo nada, no luchan por su promoción. Son conformistas, haraganes, no luchan por promoverse. Pero muchas veces no luchan, no por su culpa; es que hay una serie de condicionamientos, de estructuras, que no los dejan progresar. Es un conjunto de pecado mutuo. Y de ese pecado que Medellín llama injusticia institucionalizada, injusticia hecha ambiente...⁴⁵.

44. 02/03/80, p. 294, VIII.

45. 09/10/77, p. 266-267, I-II.

Aplicando el problema de la pobreza al contexto salvadoreño, Romero menciona hasta qué punto esta es un escándalo, una denuncia divina aún a los ojos del rico que, cegado por su desprecio, no sabe interpretarla adecuadamente. De hecho, cuando el rico percibe la tragedia de la pobreza, culpa por ella al pobre echándole así la carga doble de la vergüenza y de la culpabilidad. El egoísmo impide que el rico actúe concretamente para ayudar a la mayoría desfavorecida porque él interpreta la realidad social únicamente a partir de su punto de vista de privilegiado. Acusa al pobre de pereza y de vagancia para justificar sus privilegios cómodos. Ante esto, el arzobispo se indigna:

¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuánta pobreza! Donde hasta el mismo gobierno ha dicho: “En condiciones absolutamente carentes de higiene, de salud y de subsistencia”. ¿Por qué esto, Señor? El pecado de los malos. Al mirar esas injusticias, naturalmente que se escandaliza el pecador que disfruta y que no deja margen para una vivencia más decente al pobrecito que está sufriendo. Le está echando en cara la propia injusticia que está cometiendo⁴⁶.

Esto es una cuestión de vida o muerte a favor del Reino de Dios o a favor del pecado. El hombre de la Iglesia describe una vez más la dialéctica del pecado que actúa en el corazón de los individuos y en las estructuras. Para él, no se trata solamente de la salvación de las almas sino de la vida misma.

Se trata de cosas sustanciales, no de cosas de poca importancia; es cuestión de vida o muerte para el reino de Dios en esta tierra, donde Cristo ha querido establecerlo. Por eso, el pecado institucionalizado, pecado hecho ambiente. Ya sabemos, hermanos, que el pecado depende del corazón de cada uno, pero del corazón de cada uno procede el organizar una sociedad con estructuras injustas, donde no se puede desarrollar el hombre como imagen de Dios⁴⁷.

Aún más, la propiedad privada es un dominio en el que el pecado estructural está reforzado cuando no existe un límite legal que permita el reparto justo de la riqueza. Es intrínseco al sistema capitalista, el favorecer una concentración cada vez mayor del capital. Las gentes afortunadas no están siempre conscientes del mal que hacen llevando una vida suntuosa mientras que la mayoría no tiene ni siquiera

46. 23/09/79, p. 281, VII.

47. 24/07/77, p.141-142, I-II.

acceso a lo mínimo necesario para que ellos y sus familias tengan una vida decente. Romero cita a Cristo para ilustrar que la insensibilidad de las clases privilegiadas es imperdonable.

Podrá preguntar el rico Epulón y los ricos del norte de Galilea, y todos aquellos que se dan a la vida muelle, cómoda: ¿Qué pecado hay en eso? Parece que no hay pecado. Y, el primero de los pecados es el haber subvertido el sentido de la propiedad. Como decían los paganos, definiendo la propiedad privada: *Jus utendi et abutendi*, derecho de usar y de abusar; si es mío ¿por qué no voy a hacer lo que me dé la gana? No, el derecho de propiedad tiene unos límites, los que señala aquí la lectura sagrada en San Pablo a Timoteo. Dios le da la vida a las cosas del mundo y tienes que ver para qué las ha creado Dios. Y si es cierto que la propiedad privada es un derecho, sin embargo, tiene una función social⁴⁸.

El prelado recuerda que la tradición profética en el Antiguo Testamento insistía en el reparto de bienes terrestres ya que todos los seres humanos son mendigos ante el Creador⁴⁹. Dios los creó libres y responsables de modo que nadie pueda disculpar completamente su conducta alegando una predestinación presumida. Existe en las Escrituras una relación de reciprocidad entre la propiedad de la tierra y la responsabilidad social hacia los desfavorecidos. La justicia que Dios reclama, es el criterio definitivo del discernimiento⁵⁰. Romero ve ahí la condición *sine qua non* para acceder a la Salvación ya que el que practica la injusticia no podrá comparecer ante Dios ni tener acceso a la vida eterna.

Para terminar, afirma que una gran parte del pecado social proviene de la ausencia de esfuerzos individuales para establecer la justicia, el amor y la verdad en relaciones humanas fundadas en un sistema de valores que opte por satisfacer las necesidades fundamentales de todos. Según él, la inercia favorece al Anti-Reino que trata de

48. 25/09/77, p. 238, I-II.

49. Este es el pecado grave, la insensibilidad. (...) ¿Por qué no compartir, como dicen los profetas, hasta nuestra pobreza? Es una traición, según el profeta Amos, contra la alianza de Yahvé. Si Dios había hecho una alianza con este pueblo, «seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios», pero con la condición de que se sintieran todos pueblo de Dios, hermanos unos de otros. Tanto era así que leemos una ley en el Levítico capítulo 25 dice: “La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes”. Era el concepto de los ricos de Israel de que ellos eran como renteros de Dios, como que Dios les habían rentado unas tierras; la propiedad privada la consideraban a la luz de Dios y el pobre era el representante de Dios al que había que pagar esa renta de la tierra. De allí que el rico y el pobre debían de sentarse a compartir juntos como dos limosneros. Dios le da limosna al rico y Dios, por el rico, le quiere dar limosna también al pobre. 25/09/77, p. 238-239, I-II.

50. Ver 01/10/78, p.222-223, V.

establecerse por doquier como un misterio de iniquidad⁵¹. Al analizar sus tres cortos años de pastor como arzobispo de El Salvador, afirma en su célebre discurso de Lovaina que él y los miembros de su diócesis han adquirido una conciencia más clara de lo que es el pecado, de su propagación y su impacto indudable en la sociedad. La originalidad y la fuerza de su pensamiento en lo que se refiere al pecado, se deben a la correspondencia directa que establece entre la ofensa a Dios y el ultraje a la dignidad humana.

En primer lugar, ya sabemos ahora lo que es el pecado. Sabemos que la ofensa a Dios es la muerte del hombre. Sabemos que el pecado es realmente mortal: no solo debido a la muerte interior del que lo comete sino también debido a la muerte real y objetiva que provoca. Recordemos este hecho profundo de nuestra fe cristiana: el pecado es lo que mató al Hijo de Dios y es lo que da todavía muerte el Hijo de Dios. Todos los días vemos esta verdad fundamental de la fe cristiana en la vida de nuestro país. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano. No es superfluo el mencionar una vez más la existencia de estructuras de pecado en nuestro país. Son pecadoras porque producen los frutos del pecado; la muerte de los salvadoreños, la muerte rápida por la represión o la muerte más lenta pero no menos real, ejercida por las estructuras⁵².

Insistamos para concluir este punto con respecto al pecado y la denuncia constante que Romero hace, que él no se contenta solo con denunciar enérgicamente la encarnación del pecado dentro de las estructuras y del corazón humano; indica siempre la estrella polar de la Redención que Cristo aporta como fuente de esperanza que como él dice, pasa por el camino difícil de las pruebas y del dolor. Así que los sufrimientos del pueblo, deben comprenderse y asumirse como el camino hacia la Salvación-Liberación⁵³.

El punto siguiente de este esfuerzo de interpretación del pensamiento de Romero, analizará la entronización de falsos absolutos en lugar del Dios verdadero, de la idolatría de las estructuras del poder, de los sistemas ideológicos, de los placeres y de las riquezas. Se trata de entender los lazos intrínsecos que unan el pecado personal y estructural con un sistema de valores idólatras. Recordemos que lo propio de la idolatría es minimizar o negar el mal que produce para exigir después más sacrificios para mantener y aumentar su poder.

51. Ver 14/10/79, p. 340-343, VII.

52. Romero, O. *Oscar Romero, Assassiné avec les pauvres*, Paris, Cerf, 02/02/80, p.88-93.

53. Ver 11/11/79, p. 419-422, VII.

La idolatría aparece entonces como un sistema de valores fundado en las estructuras internas de la persona y de toda la sociedad en su capacidad de creer. Se inserta en las leyes y en las relaciones sociales y esto le da un verdadero poder de restricción en nombre de un bien que considera superior y que refuerza los cimientos del sistema. En las sociedades modernas, esto corresponde a la supremacía de la propiedad privada sobre el patrimonio colectivo y a la protección del orden establecido sin ocuparse de un juicio moral bien informado sobre todo lo que ese sistema sacrifica. Los valores idólatras se oponen al Reino de Dios y a la vida de todos en plenitud. Según Pablo Richard, exégeta y sociólogo, la idolatría permite que el pecado social y estructural perdure sin perturbar la paz de las conciencias.

El pecado social no es una fuerza anónima, ciega o fatal, sino estructuras de pecado creadas por el ser humano y de las cuales es responsable. Pero el pecado social no es la realidad última que nos oprime, ni tampoco explica toda la realidad de muerte que sufrimos. Hay algo detrás del pecado social, que le da fuerza y eficacia. Ese algo es la idolatría, que es la raíz del pecado social⁵⁴.

2. La idolatría

“Adorarás a un solo Dios”

En el Antiguo testamento encontramos muchos gritos de los profetas que recuerdan a Israel sus infidelidades a Yahvé. El Decálogo afirma desde los primeros pasos de la historia de esta nación, que una condición *sine qua non* de la Alianza mosaica, es la unicidad de Dios tal como lo revela la fe monoteísta de los hebreos. Yahvé es un Dios fiel, pero preserva también celosamente sus prerrogativas. Nadie fuera de Él, debe ser adorado o considerado como absoluto o como meta última de la existencia y como lo veremos más adelante, existe una razón para esto. Jung Mo Sung que se interesa especialmente en el tema de la idolatría nos dice:

Estos celos de Dios, rechazan la idolatría porque como dicen con insistencia sus profetas, el hecho de confiar en otros dioses quiere decir que el pueblo adoptará otro comportamiento, que seguirá otras normas opuestas de las que provienen de la Alianza con Yahvé. Practicar el derecho y la justicia en favor de los pobres y de los oprimidos, es la conducta central de la fidelidad a la Alianza (cf. Jer. 22,15-16)⁵⁵.

54. Richard, P. “Teología en la teología de la liberación” dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 209.

55. Sung, J. *A Idolatría do Capital e a Morte dos Pobres, Uma reflexão teológica a partir da dívida externa*, Edições Paulinas, São Paulo, 1989, p. 45.

Para alejarse de Dios y de sus mandamientos, el camino principal es el pecado y el peor de ellos es la idolatría o la adoración de divinidades extranjeras teniendo en cuenta sobre todo que en general se practica colectivamente y que representa un derrocamiento de valores. Por esta razón, Romero califica a la idolatría de pecado social en cuanto a sistema de valores y representación opuesta al bien común. Los “Baal” y los “Moloc” del Antiguo Testamento exigen sacrificios a cambio de favores, comprometiendo así la libertad humana. Representan una voluntad divina manipulada para satisfacer los deseos humanos, pero los humanos pronto se vuelven esclavos de esos ídolos de piedra, de madera o de tierra. Para Romero, el papel del profeta es sancionar la idolatría para restablecer la norma de lo justo y de lo verdadero.

(Hab 2,19): “Ay de quien dice al madero: despierta; y a la piedra muda: levántate”. Sí, están cubierta de oro, pero ni un soplo en su interior. Naturalmente que ya nosotros no tenemos aquellas idolatrías de los caldeos y de los asirios, pero el oro sigue siendo un becerro que muchos adoran. Y por adorar ese becerro de oro, sus riquezas, son capaces de atropellar todos los derechos y mandar a matar y destruir y calumniar, decir todos los epítetos contra una Iglesia que no hace otra cosa que reclamar lo del profeta: ¡Ay de ustedes los idólatras, que hacen de su oro un dios, pero que no tiene vida por dentro. Es metal que metaliza también el corazón, cuando se postran ante él!⁵⁶

Esta era la forma antigua de idolatría que todos creían muerta excepto en algunas tribus primitivas alejadas. Sin embargo, Romero con su concepción original -en la que luego se inspiraría la Teología de la Liberación-, iba a descubrir y revelar los nuevos rostros pérfidos de esos absolutos que pretenden reemplazar al Dios vivo para convertir a sus hijos a veces en servidores, a veces en víctimas de los “Baal” de este mundo. Los ídolos tienen el poder de amarrar a los individuos y a las colectividades a través del sistema de intereses que imponen; de aquí proviene el carácter absoluto que se les atribuye.

Ya no es el dios Baal; pero hay otros ídolos tremendos de nuestro tiempo: El dios dinero, el dios poder, el dios lujo, el dios lujuria. ¡Cuántos dioses entronizados en nuestro ambiente! Y la voz de Oseas tiene actualidad, también, ahora para decirle a los cristianos: “No mezclen, con la

56. 02/10/77, p.256-257, I-II.

adoración del verdadero Dios, esas idolatrías”. No se puede servir a dos señores: al Dios verdadero y al dinero. Se tiene que seguir a uno solo. Como Mateo que se convierte de la idolatría del dinero para seguir a su único Señor Jesucristo, debía de querer conversión también para purificar la verdadera religión. Y el Dios que anuncia Óseas toma el lenguaje de los rituales idolátricos de Baal, que cantaban a la aurora, que cantaba a la lluvia, que cantaban al sol, para orientar ese lenguaje idolátrico hacia el verdadero Dios. Y les habla de un Dios que cae como la lluvia temprana para fecundar la tierra; de un Dios que empapa la tierra y la hace fecunda⁵⁷.

Desde 1970, Juan Luis Segundo expresó su inquietud a propósito de que las teologías europeas y norteamericanas desconsideraban la actualidad de la idolatría⁵⁸. En otras palabras, poniendo este tema en los tiempos antiguos, el mundo occidental era víctima de un error teológico monumental. Resalta aquí una de las llaves hermenéuticas del pensamiento teológico de Romero y esta es que el problema fundamental no se sitúa entre la fe y el ateísmo sino entre la fe y la idolatría. Sobrino recuerda la importancia que tenía para Romero la denuncia de los sistemas idólatras.

Monseñor Romero analizó la idolatría, ayudado en ello por Ignacio Ellacuría. También para él la condición de posibilidad de la idolatría está en la capacidad humana de absolutizar lo creado, pero no comienza por ahí, sino con una afirmación dinámica fundamental, a la vez trascendente e histórica: “la idolatría ofende a Dios y destruye al hombre”, siendo lo segundo verificación de lo primero. (...) Monseñor Romero analiza la idolatría desde las víctimas que produce, criterio decisivo para saber si y en qué grado existen ídolos. Estos deshumanizan a quienes les rinden culto -es decir, sus adoradores terminan siendo víctimas de los ídolos que veneran-, pero su maldad más honda se descubre en las víctimas que producen en otros: un mundo de pobres y oprimidos, sujetos a la muerte lenta de la pobreza y a la muerte violenta de la represión⁵⁹.

57. 11/06/78, p.30, V.

58. Ver Segundo, J. en Sobrino, J. *Jesucristo liberador, Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*, San Salvador, UCA editores, 1991, p. 337.

59. *Ibid.*, p. 342-343.

Los ídolos prometen la salvación a quienes los adoran, pero en lugar de salvarlos, los deshumanizan y los aíslan porque petrifican su corazón. La fe en Dios es por el contrario anti ídólatra y muestra su autenticidad al actuar a favor de la vida y de sus exigencias de verdad. La denuncia de los ídolos obliga a redefinir el objeto de la fe, purificando así la idea de Dios y poniendo en evidencia la ideología subyacente a toda religión. Después de definir lo que es un ídólatra, analizaremos uno a uno los ídolos que Oscar Romero identificó: el individualismo, la riqueza y el poder. Al final criticaremos las consecuencias de la idolatría.

2.1 ¿Qué es ser ídólatra?

Por definición, un ídólatra es alguien que pone su fe y su confianza en alguien o algo que no es el verdadero Dios vivo. El objeto de adoración puede ser muy variado pero esencialmente, los ídolos son la representación simbólica de un conjunto compacto de proposiciones de valores y por lo tanto, del sentido de la vida. Estas proposiciones llevan consigo un proyecto determinado, propone un objetivo agradable, una mediación para satisfacer un deseo expreso o latente a corto plazo. El ídólatra adopta un cierto número de valores subyacentes o implícitos al absoluto que adora. Para Sung : “El ídolo capital que se opone como dios al Dios Yahvé, es invisible a los ojos de las gentes porque es un producto humano no intencional y porque la idolatría es siempre invisible para la moral intrínseca del sistema vigente⁶⁰”. Esto no impide a Romero denunciar toda forma de idolatrías como infidelidad a Dios y camino de perversión:

Los baales eran los dioses de la fecundidad; a ellos atribuían: las cosechas, las lluvias, los soles; y el profeta reclama a lo largo de todo su libro: “No son baales, no son los ídolos los que dan el pan a Israel, es el Dios verdadero, ¡Conviértanse de sus idolatrías!” La voz del profeta parece de actualidad cuando nuevos baales en nuestro tiempo, le quieren quitar el puesto de adoración al único que nos ama y que reclama nuestro amor⁶¹.

El ídólatra vuelve la espalda a Dios porque rehúsa ver su conciencia alumbrada por la verdad. Prefiere adorar a los baales porque son menos limitantes en cuanto al código moral. Después de todo, ¿No son divinidades que se pueden comprar ofreciendo sacrificios? La historia de Israel enseña las consecuencias trágicas de la infidelidad a Yahvé y al principio de vida en común que propone: violencias, injusticias, invasiones,

⁶⁰. Sung, J. *A idolatria do Capital e a Morte dos Pobres*, p. 134.

⁶¹. 25/02/79, p. 164, VI.

deportaciones y exilios. Romero recuerda que el drama para los idólatras de la Tierra es el siguiente: “Confían en su dinero más que en Dios, más que en el amor al prójimo. Confían en su poder, porque hoy tienen las armas, y atropellan y son orgullosos. Estos son los que Dios despierta vacíos⁶²”.

Socialmente, el sistema que representa la idolatría no corresponde a la realidad y termina derrumbándose bajo el peso de sus propias contradicciones. Esta ideología y la idolatría tienen una función común que es preservar y reforzar las estructuras adoptando y promoviendo un sistema de valores que las sancionen. La ideología es en este sentido, la versión moderna de la idolatría; así sería falso pretender que las ideologías ya murieron y que la humanidad ha llegado al fin de la historia.

El papel de los valores evangélicos es justamente denunciar los anti-valores que el sistema o la clase dominante proponen; pero para realizar esto, hay que liberarse de la visión idólatra que es verdaderamente el espíritu de este mundo. El poder regenerador del Evangelio reside en que, guardando sus distancias ante ideas fijas, propone siempre una utopía renovada por la aspiración a los valores del Reino de Dios. Su criterio principal de discernimiento es la alteridad, el lugar que se le hace al otro y en especial al pobre, representante último de la humanidad que merece amor únicamente porque es un ser humano. Los pobres (los viejos, los enfermos, los niños, las mujeres, las minorías, etc.) como criterio de discernimiento ético de todas las ideologías, son los verdaderos jueces de la historia. Ellos ponen en evidencia el carácter desequilibrado e idólatra cuya “hegemonía ideológica representa solo los intereses de la clase dominante⁶³.”

El sistema se vuelve idólatra cuando propone una serie de valores que son contrarios a la naturaleza profunda del ser humano, el cual aspira a vivir su relación con Dios en relaciones humanas solidarias. La ideología como esquema de interpretación de la realidad que oscurece la trascendencia, es la imagen profana de la idolatría antigua. Buscando el asentimiento de las masas las anestesian poco a poco repitiendo las mismas mentiras. Leonardo Boff denuncia la utilización abusiva de la industria del placer y de los espectáculos, otra forma de expresión idólatra, como instrumento de domesticación del imaginario popular.

La racionalidad inventó la manera de controlar el placer y de crear un monopolio de la diversión. Los mismos ambientes que tienen poder,

62. 28/08/77, p. 199, I-II.

63. Ver, Libanio, J. et Taborda, F. “Ideología”, dans *Mysterium Liberationis*, II. p. 592-600.

organizan el placer a través de todos los medios posibles de comunicación de masas. Tratan de atrofiar o por lo menos de monopolizar todo placer para que sea útil al sistema. Toda forma de fantasía creadora, artística, intelectual, religiosa o mística que pueden ser profundamente gratificantes, son vistas como sospechosas porque atacan al círculo cerrado del poder. Por esta razón se les difama y cataloga como subversivas ⁶⁴.

Nótese el carácter subversivo de la representación del orden establecido que Boff atribuye a toda forma de expresión artística con connotación utópica o profética. La censura oficial conoce muy bien la amenaza que constituye la libertad de expresión de la que gozan los artistas.

2.2 El individualismo

Lo que definimos como individualismo, es el predominio del sujeto “Yo” que algunos llaman egocentrismo; es la visión y percepción del mundo a partir exclusivamente de los intereses del individuo centrado en sí mismo. Esta es la primera forma de idolatría a la que Oscar Romero se refiere calificándola de “egolatría”. La ataca porque según él, de ahí proceden muchos otros objetos de adoración que se oponen al plan de Dios y que sustituyen la autoridad suprema de Cristo por el relativismo de los valores personales: un ídolo para cada uno. En este universo, la conciencia no se refiere ya a un canon único sino a una infinidad de valores relativos que el mercado inmenso de ídolos ofrece. La unidad de sentido ofrecida por un mismo trascendente, se disuelve en el relativismo de las opiniones expresadas por la sociedad de consumo. Debido a que es superficial y centrada en ella misma, esta actitud impide acceder a una visión colectiva del futuro y a su transformación partiendo de una esperanza común.

Por falta de humildad el mundo es que esta como esta, porque nadie quiere ser inferior a nadie, porque queremos que el mundo gire a nuestro alrededor, porque nos hemos endiosado, porque nos hemos idolatrado. Es necesario, hermanos, botar tantos ídolos, el del yo, ante todo, para que seamos humildes y solo desde la humildad sepamos ser redentores, sepamos ser colaboradores de la verdadera colaboración que el mundo necesita. Liberación que se grita contra otros, no es verdadera liberación⁶⁵.

64. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 159.

65. 23/03/78, p. 98, IV.

El problema no es solo la referencia a la autoridad única de Dios, ya que la religión también ha sucumbido a la trampa de la idolatría, sino, sobre todo, la capacidad de acoger en uno mismo el amor de Cristo y sus exigencias hacia el prójimo. Esto hace que el individuo trabaje por la liberación de todo lo que oprime y enajena al ser humano en su dignidad de criatura de Dios, siendo capaz de poner de lado sus intereses inmediatos. Olvidarse a sí mismo por servir a los necesitados, es uno de los ejes principales de la conducta cristiana y esto en sí, proporciona una gratificación. Ya sea por caridad o por solidaridad, es importante establecer una relación igualitaria.

2.3 La riqueza

En su Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, Pablo VI afirma “Nuestro mundo no ha tenido nunca tantas riquezas⁶⁶.” Sin embargo, las injusticias sociales y el abismo que separa a los pobres de los ricos crecen continuamente y el dinero como finalidad intrínseca y como referencia suprema nunca ha sido tan ostentoso. La riqueza es la forma principal de idolatría moderna pero su adoración, no está exenta de consecuencias. Como numerosos teólogos de la liberación lo afirman, ella engendra una lógica sacrificial. Poseer se vuelve la primera condición de la existencia mientras que la pobreza extrema significa la muerte ya que constituye la negación última del ser. En este sentido, la idolatría de la riqueza es una creencia que engendra estructuras económicas que empobrecen y aniquilan una parte cada vez más grande de la humanidad. Medellín⁶⁷ y Puebla⁶⁸ afirman que estas estructuras pecaminosas son una de las formas más crueles y violentas de opresión del género humano. La idolatría de la riqueza es la pantalla ideológica que permite perpetuar las industrias de la muerte, en nombre de la sacrosanta libertad individual.

La ideología capitalista aboga por la acumulación ilimitada de la riqueza a favor del individuo. El plan de Dios es que nadie tenga hambre; por consiguiente, se produce un choque frontal entre estas dos concepciones del mundo. Por ejemplo, el problema de la deuda impagable para muchos de los países pobres implica la misma lógica del sacrificio; se debe pagar absolutamente a los acreedores sea cual sea el costo humano. Según la doctrina neoliberal, existe una primacía del dinero sobre la vida, además, cuando se trata de deudores viviendo en lugares lejanos considerados atrasados por los países

66. Paul VI, *Sur le développement des peuples, Populorum Progressio*, dans *Trois encycliques sociales*, col. Politique, Paris, Seuil, 1967, 255 p.

67. CELAM, *Medellín, Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina*, San Salvador, UCA editores, 1987, 161 p.

68. CELAM, *Puebla, La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, San Salvador, UCA editores, 1979, 280 p.

industrializados. El sistema bancario ve la deuda como algo imperdonable que el pobre debe pagar, aunque le cueste la vida y precisamente, dado que el sistema se considera absoluto, hace pasar sus intereses por encima de toda otra consideración. Utilizando ocasionalmente textos de las Escrituras para justificar su poder, el sistema financiero internacional puede considerarse como idólatra. Dicho sistema impone la dictadura del capital despreciando la vida ajena y la supervivencia de toda la humanidad por su destrucción abusiva de los recursos naturales. Romero denuncia esto vigorosamente:

¿Qué otra cosa es la riqueza cuando no se piensa en Dios? Un ídolo de oro, un becerro de oro, y lo están adorando, se postran ante él; le ofrecen sacrificios. Qué sacrificios enormes se hacen ante la idolatría del dinero; no solo sacrificios sino iniquidades. Se paga para matar, se paga el pecado y se vende, todo se comercializa, todo es lícito ante el dinero⁶⁹.

Él establece una correlación entre la posesión exclusiva de los bienes terrestres y el acceso a la Salvación. La justicia social es un prerrequisito a toda espiritualidad auténtica ya que no se puede pretender ser amigo de Dios ignorando la suerte del prójimo; para realizar la voluntad divina, los seres humanos deben buscar con ahínco a los necesitados, ellos son los verdaderos poseedores de la gracia⁷⁰. Recordando la interpelación severa de la epístola de Santiago que habla sin rodeos de la responsabilidad social que Dios atribuye a los ricos, Romero recuerda el origen, el egoísmo y el destino de aquél que encierra su corazón en las riquezas materiales. “La idolatría de la riqueza no solo ofende a Dios, sino que destruye al mismo que la posee. Es lo que dice Santiago en la carta de hoy: “Habéis vivido en este mundo con lujo y entregados al placer, os habéis cebado para el día de la matanza”⁷¹.” Volviendo una y otra vez a este punto crucial de la distribución de los recursos, se refiere a la tradición de la Iglesia y a su Magisterio haciendo resaltar lo relativas que son la riqueza y la propiedad privada, ya que las dos llevan consigo una hipoteca social. Para el arzobispo, la finalidad primera de la riqueza es el bien común de la sociedad. Según él, los tesoros que el hombre precavido acumula en el Cielo mediante gestos tangibles de caridad y de solidaridad, traducen la importancia primordial que otorga a su Salvación.

En algunas circunstancias, el apego a la riqueza puede ser muy violento sobre todo cuando se rehúsa a ceder una parte de lo que se retira del trabajo del pueblo para

69. 11/09/77, p. 215, I-II.

70. Ver 0/07/78, p.96-98, V.

71. 30/09/79, p.308, VII.

dedicarlo al progreso de este. En algunas personas, la idolatría del poseer se funda en una gran incapacidad de ser. Ellas se sienten heridas en su integridad personal cuando se les pide legítimamente que paguen sus impuestos. Este sentimiento de inseguridad se acompaña con frecuencia de un desdén y un desprecio total ante los desposeídos. Aplicando la misma lógica del poseer, los pobres como no tienen nada son nadie ante sus ojos. Estos no hacen parte del fragmento civilizado de la humanidad con el que los ricos se identifican. La muerte del pobre no significa nada para aquel que adora al dinero; su corazón encogido no puede escuchar el llamado de Dios, ni reconocer a Cristo en el pobre y en el oprimido. Por esto, dice Romero.

No nos cansemos de denunciar la idolatría de la riqueza que hace consistir la verdadera grandeza del hombre en «tener» y se olvida que la verdadera grandeza es “ser”. No vale el hombre por lo que tiene, sino por lo que es. Solo cuando se es ídolo del tener se es avaro y se oponen a los cambios sociales. Y si cuando ahora hay un gran peligro en el país es esta idolatría: quizás la más grande tentación de este momento en que puede comenzar una transformación para la patria, la extrema derecha, los fanáticos de las riquezas, los ídolos del dinero, los que no quieren que les toquen sus privilegios...⁷².

La idolatría de la riqueza destruye a quien la practica porque sustituye en su alma y en su corazón el principio de la vida, intrínsecamente solidario por un principio de muerte y de ruptura. Lo que distingue *a priori* el adorador de Dios vivo del ídolo del dinero, es que el primero debe aprender a sacrificarse diariamente a través de la práctica moral, situando su plan de vida dentro de la perspectiva escatológica. Descubre con el tiempo el verdadero sentido de la palabra libertad lo cual no es tratar de escamotear todos los sacrificios. El segundo, sacrifica más bien a los otros en el altar de sus ambiciones personales e inmediatas. Para concluir este punto, Romero hace un llamado a la conciencia y sobre todo al corazón de la alta burguesía nacional. Les propone solidarizarse con todos los hermanos y hermanas salvadoreños si quieren entrar al Reino de Dios.

Desgraciadamente, esta burguesía blanca nunca se sintió cercana de la población mestiza que hace parte de la mayoría obrera y campesina de las naciones latinoamericanas. Más bien, le parece casi siempre extranjera. Hay separaciones espaciales entre las clases sociales y estas son en general impermeables; las personas no se cruzan en la escuela

72. 04/11/79, p.404, VII.

ni en el mercado ni en el hospital y mucho menos en el matrimonio. Unos sueñan con ir a Miami para hacer sus compras mientras otros tienen las bolsas vacías. La Iglesia Católica es tal vez aún por un tiempo, uno de los raros lugares donde los ricos y los pobres comparten el espacio, pero, aun así, cada uno según su rango. Romero interpela la conciencia de los ricos en lo que concierne el poder y el deber que tienen de hacer un esfuerzo para mejorar las condiciones de vida de su pueblo.

No usemos, queridos capitalistas, la idolatría del dinero, el poder del dinero para explotar al hombre más pobre. Ustedes pueden hacer tan felices a nuestro pueblo si hubiera un poquito de amor en sus corazones. Qué instrumentos de Dios serían ustedes con sus arcas llenas de dinero, con sus cuentas bancarias, con sus fincas, con sus terrenos, si no los usaran para el egoísmo, sino para hacer feliz a este pueblo tan hambriento, tan necesitado, tan desnutrido...⁷³.

La política, sus intrigas y el poder, son otro dominio en el que la idolatría ha reinado siempre. El poder político está subordinado a la defensa de los intereses de la clase privilegiada y todopoderosa dentro de un sistema económico mundial que acentúa las desigualdades. Por otro lado, se puede considerar sin temor a equivocarse que el poder es la verdadera meta de la riqueza. Más allá de los gastos estrambóticos que fascinan a las clases subalternas, el poder que otorga la riqueza es lo que estructura y refuerza la embriaguez de estar sobre los otros gracias a las relaciones de dominio y segregación que perpetúa en los grupos humanos.

2.4 El poder

El poder siempre ha fascinado a los humanos. Es un fenómeno de deificación, de dios creador, que las masas atribuyen a sus dirigentes; el poder procede tanto de la seducción como de la coerción y expresa la fuerza y la voluntad del que lo ejerce. En democracia, se supone que el poder pertenece al pueblo soberano. En los regímenes totalitarios, pertenece con frecuencia a un solo individuo. La dictadura permite únicamente la libertad de oprimir. El poder representa la forma más primitiva de la idolatría cuando se le atribuye un carácter totalitario porque se apoya entonces en la fuerza bruta. Leonardo Boff describe los métodos que justifican los sistemas del poder fundados en la razón:

73. 25/03/79, p.230, VI.

La racionalidad y el poder son legítimos. Sin embargo, se vuelven irracionales desde el momento en que se les considera absolutos y se olvida que deben permanecer al servicio de la vida. Denunciamos aquí no a la razón sino al racionalismo y la racionalización, no al poder sino al dominio y la violencia como estructuras subyacentes de nuestra sociedad; ellas se hacen opresivas y prisioneras de ellas mismas. Esto se debe al sentido que el humano le da a la vida como un apetito de conocimientos y de acumulación del poder, olvidando el misterio que sostiene a los dos ⁷⁴.

Por su parte Jung Mo Sung, observa que la función de los ídolos, cual es aportar apoyo y aceptación popular al régimen en el poder, termina por realizarse siempre en detrimento de la dignidad humana. “Hecho a la imagen de Dios” y “Adorarás a un solo Dios” son dos aforismos que se interponen entre el ultraje de los ídolos y un sistema idólatra que, al olvidar a Dios, excluye al ser humano de sus preocupaciones fundamentales.

A todo sistema, desde las formaciones sociales más primitivas hasta las naciones e imperios actuales, llega un momento en el que o se totaliza o adopta una estructura autosuficiente. Los ídolos y la idolatría tienen una función simbólica altamente eficaz para dar un sentido al todo y legitimar el poder del sistema vigente. A medida que se absolutiza, el sistema y sus ídolos se vuelven más importantes que el ser humano y especialmente, que los pobres, los “otros” del sistema⁷⁵.

Pablo Richard va aún más lejos señalando que los sistemas políticos todopoderosos pueden fabricar sus ídolos ellos mismos y estos a cambio, refuerzan el poder de tales sistemas en la mente de las gentes. Así, toda forma de representación absoluta no solo legitima el sistema vigente, sino que también sobre una base moral, lo cual es más terrible, vence toda resistencia crítica en el espíritu de la gente. Poco a poco se instaura un sistema nuevo de valores que condiciona al ser y lo moldea a su gusto, según sus propias exigencias de sumisión y obediencia ciegas ya que todo poder reposa en el consentimiento.

Los ídolos en si son nada, pero el poder dominante que los produce, encuentra en la producción de ídolos una forma eficaz de aumentar su poder. La idolatría es por lo tanto poder, un poder que produce más

74. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 156-157.

75. Sung, J. *A Idolatria do Capital e a Morte dos Pobres*, p. 46.

poder y una producción de poder que no tiene límites; se proyecta ilimitadamente hacia el absoluto, lo infinito, lo espiritual, lo sobrenatural, lo trascendente. Toda esta producción de poder se da en una conciencia falsa, pero el poder que logra crear esa conciencia e imponerla como conciencia dominante, aumenta realmente su poder. La idolatría es falsa, pero la producción de poder no es una ilusión, es real. El poder idolatrizado es más peligroso, golpea más duro y más profundo que el poder no idolatrizado. (...) La idolatría es una dimensión del poder dominante, es un fenómeno social, altamente peligroso, que afecta a la sociedad y a las personas en su totalidad y profundidad⁷⁶.

La situación trágica de represión por la que atraviesa El Salvador no es ajena a los comentarios de Oscar Romero que califica a los hombres políticos y a los militares como ídólatras del poder. Ellos lo son en realidad ya que olvidaron que la dignidad humana es el valor supremo que Dios sitúa al centro de todas las preocupaciones políticas. Por eso dice:

Si hay tanto atropello a la dignidad del hombre, es porque el estado y, en nuestra situación actual, los ídolos que adoran los hombres, han olvidado que lo principal no son esos ídolos, sino el hombre. La Iglesia quiere reivindicar la dignidad del hombre, aunque sea el más pobrecito y aunque sea un torturado... un prisionero, un matado...⁷⁷.

Desde el principio de los años sesenta hasta mediados de los ochenta, los países de América Latina están bajo regímenes totalitarios que fundan su legitimidad en la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN). Estos tienen como principal función ideológica el reprimir la amenaza de las revoluciones populares y marxistas. Apoyándose en dictaduras fuertes, el principal objetivo político de los regímenes que se identifican con la Seguridad Nacional, es perseguir a todo ciudadano que haya expresado el deseo más mínimo de contestar el régimen social o político. Estos gestos de oposición, aunque sean inofensivos, reciben siempre la misma sanción: una represión violenta y demente. Por esta razón, Romero denuncia la violencia absoluta de intereses privados por parte de las fuerzas armadas:

Entonces tenemos la omnipotencia de esos regímenes, el deprecio del individuo y de sus derechos, la total falta de ética en los medios para

76. Richard, P. «*Teología en la teología de la liberación*» dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 212-213.

77. 06/08/79, p. 150, VII.

lograr sus fines, la seguridad nacional, sarcásticamente se convierte en la inseguridad... (...) Y cuando estamos predicando aquí en función de nuestro ministerio, el monoteísmo, el único Dios que es la misión de la Iglesia; y queremos arrancar de los falsos ídolos a todos sus adoradores, así como lo hemos dicho a los ídólatras del dinero, también a los ídólatras del poder y de la fuerza de las armas les decimos que no hagan consistir en eso su grandeza, sino en usar esa fuerza al servicio de este pueblo que necesita. Ya lloró mucho, ya sangró demasiado para que busquemos, más bien, medicinas más amplias...⁷⁸.

En el pensamiento romeriano, la relación entre la idolatría del poder y la represión del pueblo *versus el único Dios* y el respeto de la dignidad humana, es determinante; es imposible pretender amar a Dios y masacrar a la población civil sin defensa. Paradójicamente, en aquella época, la Seguridad Nacional se atribuía el papel de protectores de la fe y de la civilización cristianas, oponiéndose al materialismo ateo que la ideología marxista pregonaba. La perversión de ese doble discurso era tan evidente, que una parte importante del clero católico denunció esta afirmación como tentativa de manipulación ideológica de la religión. La Seguridad Nacional trataba de apoyar su argumentación sobre la legitimidad secular de la Iglesia Católica de América Latina. La respuesta institucional e individual del clero a las afirmaciones sin fundamento teológico de los regímenes militares, fue la opción preferencial por los pobres. La fe no podía ya disociarse de un compromiso concreto a favor de los derechos humanos.

Romero denunciará una y otra vez la lógica sacrificial a favor del sistema ídólatra. Como en el pasado, la vida del otro se vuelve el sacrificio que se ofrece a los ídolos para obtener y mantener poder y riquezas. Esto se hace a través de la exclusión social y económica y en caso de resistencia, de ejecución *manu militari*. Los esbirros que se encargan de todas esas vidas humanas hacen parte de los escuadrones de la muerte, de las fuerzas del orden y de las tropas de élite equipadas y aconsejadas por los Estados Unidos. Franz Hinkelammert autor de un libro sobre la lógica sacrificial en el occidente, dice con respecto a esto:

El sacrificio humano se vuelve obligación moral (...) El Occidente debe seguir asesinando para que no lo asesinen. Es como Agamenón después del sacrificio de su hija. Debía conquistar Troya para que no se le considerara asesino. Si no, el sacrificio de su hija Ifigenia, no sería tal.

78. 04/11/79, p.405-406, VII.

Sería más bien un asesinato. El occidente destruye continentes, culturas y pueblos enteros. Ha cometido sacrificios humanos gigantescos y estos, según su visión, eran sacrificios necesarios para destruir el despotismo y para traer mediante el mercado, la libertad⁷⁹.

Otra forma de idolatría política que el arzobispo denuncia, es la que tiende a hacer del discurso político de una organización popular, el único discurso al que sus miembros deben ser receptivos. Todo cuestionamiento al fundamento ideológico se percibe como una gran traición. Esta rigidez de ciertas organizaciones políticas cierra el paso a todo compromiso y las condena al dogmatismo y al hermetismo sectario.

Hay otro gran peligro de idolatría entre nosotros y es la organización. La organización que originariamente surge de un derecho del pueblo de organizarse, para defender al pueblo. Esto es muy bueno, lo hemos dicho mil veces: que la Iglesia defiende este derecho del pueblo de organizarse. Pero que, naciendo con fines tan nobles, se puede prostituir también en una falsa adoración cuando se absolutiza, cuando se considera como valor supremo la organización y ya se subordinan a ella todos los otros intereses, aunque sean del pueblo. Ya no interesa el pueblo sino la organización. Son ídólatras también. Esta absolutización de la organización en la práctica se fanatiza de modo que ya no son los intereses; y aquí están los grandes peligros⁸⁰.

Romero observa con razón que el derecho del pueblo de organizarse, no debe ser usurpado por los dirigentes o por miembros de esas organizaciones. Denuncia también el deseo profundo que tienen algunos de subyugar con sus discursos políticos a la vez al interés común del pueblo y a otros organismos pertenecientes a la sociedad civil, aún a la Iglesia. Recomienda a todos esos organismos populares que busquen un terreno de comprensión mutua basada en el consenso y en el interés superior del pueblo que se asocia al plan de Dios⁸¹. Para él, todo discurso sectario es una forma deplorable de idolatría en la que cada uno trata de pasar su mensaje y promover su propio poder sin tomar en cuenta el punto de vista de los otros. En efecto, los organismos políticos procedentes de la base tomarán tiempo para entender la importancia del llamado a la unidad de todos los sectores populares; lograrán hacer un frente común solo después

79. Hinkelammert, F. *Sacrificios humanos e sociedade ocidental*, São Paulo, Paulus, p. 37 et 39.

80. 04/11/79, p. 406, VII.

81. Ver 04/11/79, p. 406, VII.

de su desaparición. Por esta razón, Romero critica también a los que pretenden liberar al pueblo.

Llega a tan alto grado el sectarismo de la organización idólatra, que le impide establecer diálogo y alianza con otro tipo de organización también reivindicativa. Si en esta hora los salvadoreños buscan por diversos caminos la salvación de la patria, ¿por qué querer aferrarse a solo mi camino y no querer entrar en diálogo y en negocio con los otros caminos? ¡Entre todos podemos encontrar la solución⁸² !

También recuerda a sus feligreses que el punto de partida de todo cambio social se encuentra, antes que nada, en el corazón y el alma de cada uno y que las transformaciones hacia una justicia mejor, no pueden ser eficaces si la mayoría de las personas continúan siendo prisioneras de sus pecados personales. Por esto para él, la transformación de los corazones hacia la virtud y la santidad, es fundamental. Él considera también que los vicios y los placeres de la carne son un obstáculo mayor para la emancipación de su pueblo. Esto nos lleva a deducir objetivamente con Romero, las consecuencias de la idolatría con respecto a la Salvación-Liberación.

2.5 Consecuencias de la idolatría

Romero demuestra que, en el aspecto social, querer sustituir el amor eterno de Cristo por los bienes transitorios que los ídolos representan, tiene consecuencias concretas en la vida cotidiana de todos los ciudadanos. Así, reconoce el lazo estrecho que une a la fe con el desarrollo social y también la importancia de valores morales sólidos sobre los que se pueda edificar una sociedad sana desde las raíces hasta las ramas, que le permita dar el fruto de la virtud y de la justicia. Una de las primeras consecuencias de la idolatría que es una ruptura con Dios, es la erosión del lazo social entre hombres y mujeres. Ellos y ellas no forman más una comunidad de hermanos y hermanas reunidos alrededor del mismo Dios o sea del mismo proyecto; al contrario, están divididos por las atracciones divergentes de sus intereses idólatras. Por esta razón, la fe en Dios representa mucho más que la fe en Jesucristo; representa sobre todo el conocer y proseguir el proyecto de Dios que propone una jerarquía de valores que corresponden a este objetivo. Para Romero, es incontestable que los ídolos ponen en peligro la Salvación personal y colectiva, trascendente e histórica⁸³.

⁸². 04/11/79, p. 406, VII.

⁸³. Ver, 30/07/78, p.99-101, V.

El ídolo de la riqueza es sin duda el que más perjudica actualmente a la humanidad provocando la avaricia de unos, el desperdicio ostentoso de muchos y la miseria progresiva de la mayoría que en muchos casos se ve obligada a ejercer oficios ilícitos para mantener a su familia. El becerro de oro simboliza el rechazo de Dios, de hecho, es la opción por la exclusión y la muerte, acaparando todo de manera que no permite el compartir necesario a la vida. Esteriliza las relaciones humanas al no permitir ninguna forma de gratuidad y al abolir la reciprocidad en las relaciones lo que impide el ejercicio de la fraternidad. Esta privatización del tener y del ser, este encogimiento de la conciencia social y esta promoción incesante del deseo del “yo”, conducen a la indiferencia de las masas y al olvido del camino común.

La idolatría conduce a la disolución del ser y del sentimiento de pertenecer a algo más grande que el individuo. Bajo su yugo, cada uno busca su interés personal. Por otro lado, la coerción o el hedonismo no pueden en ningún caso convertirse en el cimiento que une todas las partes en un esfuerzo común y trascendente para hacer avanzar a la nación. Ninguno de ellos tiene un poder de atracción suficiente para unir a los corazones y promover el don desinteresado de uno mismo. En este sentido, el individualismo promovido por la sociedad de consumo, se opone a todo proyecto sostenible de sociedad ya que el conjunto de los intereses particulares o corporativos no pueden satisfacer el bien común. Romero dice: «Nuestras idolatrías son también destrucción de nuestra patria. (...) Este es el ministerio de los sacerdotes y decirles a los hombres que están adorando falsos ídolos, que cuidado, eso ofende a Dios, destruye la patria y ofende al Señor⁸⁴ ». Ellacuría precisa lo siguiente con respecto a las idolatrías que el arzobispo denuncia en su carta pastoral titulada “Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país”.

Es fácil ver cómo en la riqueza y en el poder se dan aspectos que tienen que ver con la presencia de Dios, pero es claro que su absolutización histórica los convierte en ídolos a los cuales se sacrifican todas las otras posibilidades humanas. En el yo individual y en su libertad hay también una presencia de algo que tiene que ver muy directamente con el Dios que se hace presente y opera en la historia, pero la absolutización del yo y de su libertad hasta convertirlos en ídolos, es lo que hace que la gracia se presente como pecado. En los aparatos institucionales y en las realizaciones objetivas se da también la potencia de Dios que va

84. 04/11/79, p. 403-404, VII.

logrando una historia más humana y abierta mediante unas estructuras, instituciones y cuerpos sociales que abren más y más al hombre, tanto a los otros como a sí mismo⁸⁵.

La idolatría es intrínsecamente perniciosa porque esconde bajo falsas apariencias la sumisión al pecado, la alienación de los corazones (factor emotivo) y el dominio de las almas (sentimiento de identidad). La conquista de los seres humanos es mucho más sutil de lo que se puede imaginar. Otra consecuencia clara de la idolatría es la negación de Dios ya que se le destrona a cambio de algo diferente en la psique humana. Aunque el móvil sea el egoísmo o la ambición, el resultado es el mismo: la idolatría divide a los seres y a las sociedades, los vuelve infieles y destrona los valores más inalienables que constituyen la opción fundamental por la vida. Todas estas consecuencias de la idolatría terminan por corromper y matar las virtudes necesarias para ir más allá de uno mismo e instaurar una nueva civilización. Por eso los Profetas del Antiguo Testamento, así como lo hacen Cristo o Romero, ponen en guardia acerca de lo que gobierna el corazón humano. La idolatría como sistema ideológico que sostiene y legitima al pecado estructural y personal, favorece la muerte de muchos. Analicemos ahora el significado profundo que Romero da a la muerte y a sus diferentes representaciones; no cualquier muerte sino aquella relacionada directa o indirectamente como el fruto amargo del pecado.

3. La Muerte

La muerte en la Iglesia mártir de El Salvador, además de ser un elemento trágico de la política de esta época, es el factor que origina el juicio profético que el pastor aporta a la conciencia de su pueblo. Discierne hábilmente las causas que producen y perpetúan un sistema que él asocia al poder de la muerte. Poder discernible en las estructuras de opresión económica y política pero que se origina en el corazón de cada humano, en la respuesta que da al llamado divino inscrito en él, en su aprobación o reprobación del proyecto divino de Salvación-Liberación.

Romero siempre afirma que la muerte es la consecuencia directa del pecado ya sea original, personal o estructural. La muerte natural es el resultado, el fruto de esta desobediencia, herencia del primer hombre. Es un poder extraño que se perpetúa, el ejemplo de una imagen que se esfuerza por describir, algo que pertenece al orden del

85. Ellacuría, I. "Historicidad de la Salvación Cristiana", dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 359-360.

misterio⁸⁶. Por otro lado, la muerte prematura provocada por condiciones sociales y materiales, así como por sus propios actos, coloca a cada uno ante la opción fundamental de su existencia. Para los creyentes, esta opción debe corresponder a la fe en un Dios de vida.

Aquí se ofrece a la Iglesia como a todo ser humano, la opción más fundamental de su fe: favorecer la vida o la muerte. Creemos que aquí no cabe neutralidad alguna. O ayudamos a los salvadoreños a vivir, o somos cómplices de su muerte. Aquí está la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o seguimos a los ídolos de la muerte⁸⁷.

La defensa y la promoción de la vida son invariablemente los criterios de discernimiento de la autenticidad de la fe. Romero presenta a la muerte en sus homilias bajo diferentes formas. La veremos aquí sobre todo como un poder que es la consecuencia última de la pobreza, como un acto de homicidio y de manera metafísica, como un combate contra Cristo resucitado.

3.1 *La muerte es toda poderosa*

La muerte expresa la finitud y esto contrasta con el infinito de la trascendencia a la que la humanidad aspira. Ella es un imperio todopoderoso al que nadie puede escapar, pero en algunos países, se presenta de una manera crudelísima. Romero dice a propósito de esto: “El imperio de la muerte se pasea sobre la tierra y, sobre todo, en nuestro país donde la muerte violenta ya casi se hizo aire que respiramos; los hospitales con heridos a consecuencia de las violencias o enfermedades naturales, los cementerios llenándose cada vez mas de muerte...⁸⁸”.

Para el prelado, la muerte equivale a todas las omisiones que le permiten arraigarse y prosperar de una manera aún más evidente en el dominio de los vivos. No es simplemente un estado sino una condición existencial que seca las fuentes de vida y corresponde a todo lo que la obstaculiza, tanto en sus dimensiones personales como sociales. Sin embargo, a sus ojos, ella ya está condenada: “Muerte que es pecado, que es mediocridad, que es injusticia, que es desorden, que es atropello de los derechos, que es

86. Ver 01/07/79, p. 42, VII.

87. Romero, O. *Oscar Romero, Assassiné avec les pauvres*, p.88-93.

88. 01/07/79, p. 40, VII.

en todas las cosas humanas; todo eso tiene que quedar sepultado en la tumba del Señor y resucitar: pasar de la muerte a la vida⁸⁹”. Paradoja humana: muchos viven omitiendo esta dimensión de trascendencia que permite poner en perspectiva los valores que se buscan en esta condición de finitud. La muerte, única certidumbre, incita al ser humano a definirse en función del más allá ya que de nada sirve poseer todo el mundo si es para perder el único bien verdadero, la vida eterna en Jesucristo. Para Romero, el juicio es corolario a esta muerte:

Lo que sucede cuando el hombre pierde esta visión de la trascendencia lo describe maravillosamente la parábola del evangelio de hoy. Aquel rico que hacía consistir su felicidad en haber cosechado mucho, llenar su granero y pensaba darse una gran vida disfrutando de sus cosas. Se había olvidado de la muerte, se había olvidado de Dios; y por eso el evangelio le recuerda (Lc 12,20): “Insensato, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?” Esta es la vanidad que dice la primera lectura: haber trabajado tanto, para adquirir tanto, y tener que dejarlo. No se lleva las cosas materiales, solamente se lleva el haber usado las cosas materiales según la voluntad de Dios. Solamente acompañaran en el juicio eterno del hombre sus actitudes internas: le haber manejado las cosas de la tierra, sin perder la perspectiva de la trascendencia, unido a Dios⁹⁰.

Así, todas las riquezas acumuladas en la tierra no servirán de nada si se adquirieron sin considerar la perspectiva eterna. Los bienes materiales son como los actos morales, se someterán al juicio final que vendrá después de la muerte. Hasta ahora, esta visión escatológica no perturba aún a la teología tradicional, pero prepara el terreno para lo que él considera primordial⁹¹. El pecado y la muerte son como dos caras de la misma medalla, para él son indisolubles porque el pecado provoca la muerte de numerosos inocentes. Sin embargo, no siempre son los pecadores los que reciben el castigo. Cristo es el ejemplo más patente de esto. El que, sin haber conocido el pecado, murió a causa del pecado ajeno, el pecado del pueblo y de la autoridad.

Si el Padre ha querido hacer presente en Cristo su misericordia y su amor dándole carne humana, es porque quería que esa carne humana de

89. 17/04/77, p.24-25, I-II.

90. 31/07/77, p.150, I-II.

91. Ver 28/12/77, p. 107-108, III.

Cristo quedara un día clavada en la cruz como pago, como signo de lo que es para Dios el pecado. Así es el pecado, es muerte. Por eso, donde quiera que hay muerte, hay pecado, la muerte es la señal evidente de que el pecado reina. Espanta pensar que en la Patria haya tantos muertos y que los caminos sagrados de nuestro suelo se empapan cada vez más de sangre humana. El pecado reina en El Salvador y los liberadores de El Salvador tienen que comenzar por allí: como arrancar el pecado de nuestro suelo⁹².

La muerte prematura resulta de la miseria y de la pobreza y a los ojos de Romero, esta nunca es inocente.

3.2 Consecuencia de la pobreza

La muerte es consecuencia del pecado y uno de los más feroces sepultureros, rompe millones de vidas sometiéndolas a las peores esclavitudes: el hambre y la enfermedad. Todo aquel que conoce las condiciones de vida infrahumana en la que viven los niños pobres del Tercer Mundo deplora que haya tantos que mueren de enfermedades curables. La muerte es la última expresión de la pobreza. El arzobispo se interroga: “¿Un cadáver no es el ser más despojado?” A continuación, reflexiona sobre los lazos intrínsecos que atan a esta trilogía macabra:

Las manifestaciones extremas de la pobreza son el pecado y la muerte; no hay gente más miserable que el que está en el pecado y no hay ser más pobre que un cadáver. A esto se comprometió Cristo, a los pecadores y a los muertos. Y por eso la redención de Cristo señala a todas las liberaciones de la tierra que están mancadas, que no están completas mientras no logren liberar también del pecado a los pecadores, y de la muerte a los muertos; y eso ofrece el gran Liberador. Dichosos los que trabajan las liberaciones políticas de la tierra teniendo en cuenta la redención de aquel que salva del pecado y salva de la muerte⁹³.

Interpreta la malnutrición como un signo patente de opresión y de la muerte que Cristo quiso destruir simbólicamente cuando hizo la multiplicación de los panes, enseñando que el compartir y la justicia son las únicas soluciones para la miseria de este mundo.

92. 02/03/80, p.292-293, VIII.

93. 17/02/80, p.240-242, VIII.

La hambruna es un sufrimiento inhumano que llega a destruir toda resistencia moral y física en aquellos que la sufren. Ellacuría ve ahí la negación fundamental del Reino de Dios que es ante todo Reino de vida:

Los pobres y la pobreza injustamente infligida, las estructuras sociales, económicas y políticas que fundan su realidad, las complicadas ramificaciones en forma de hambre, enfermedad, cárcel, tortura, asesinatos, etc. – realidades todas ellas tomadas muy en serio por la transcendencia histórica veterotestamentaria y por la neotestamentaria –, sin dejar de mostrar su carácter empírico van viéndose a la luz de Dios, tal como se revela en la Escritura, en la tradición y también en la inspiración actual del Espíritu. Todo ello es la negación del reino de Dios y no puede pensarse en el anuncio sincero del reino de Dios dando la espalda a esa realidad o echando sobre ella un manto que cubra sus vergüenzas⁹⁴.

Ver a sus hijos morir de hambre, es mucho peor que tener hambre. Los que son responsables de esta situación, que especulan sobre el precio de los alimentos, cometen un crimen mucho mayor que la guerra misma. Según Romero, la hambruna es la peor violencia que se puede infligir a un pueblo. En efecto, esta engendra un cortejo infinito de sufrimientos, de violencias y de crímenes porque confina al ser humano a límites extremos. Él agrega inspirándose de Pablo VI:

Tremendo espectáculo de hambre el que describió Pablo VI en la exhortación *Evangelii Nuntiandi*, al recoger de numerosos obispos de todos los continentes un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman los pueblos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida : hambre, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural a veces tan cruel como el político. (...) Junto a estas hambres políticas, sociales, familiares, junten cada uno de ustedes, queridos hermanos, sus propias angustias y verán cómo es verdad que el hambre es el signo de todas las miserias, de todas las represiones, de todas las formas de no estar a gusto⁹⁵.

94. Ellacuría, I. “*Historicidad de la Salvación Cristiana*” dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 360-361.

95. 05/08/79, p.135-136, VII.

Estas violencias de la desesperación que se evocaron en Medellín, conducen al homicidio y al genocidio; es como un velo que oscurece las conciencias y permite los actos más horribles. Estas consideraciones sobre la muerte como consecuencia del pecado y de la pobreza, nos llevan a analizar la muerte como un acto de homicidio.

3.3 Homicidio

Es deplorable y escandaloso que la muerte pueda ser provocada también por el homicidio. Esto no solo viola el quinto mandamiento, es también un verdadero sacrificio humano, a sus propios intereses. Así, sacrificar una clase o un pueblo a sus intereses económicos o geoestratégicos, es un genocidio idólatra. El homicidio es la profanación de lo que es más fundamental, el carácter sagrado de la vida humana y el que lo comete queda mancillado para siempre. Con respecto a esto, el arzobispo será intransigente:

Ojalá me estuvieran escuchando hombres que tienen sus manos manchadas de homicidios. ¡Son muchos por desgracia! Porque también es homicida el que tortura. El que comienza a torturar no sabe a dónde va a terminar. Hemos visto víctimas de torturas, llevados con mil subterfugios mentirosos, a morir en un hospital. Son asesinos también, son homicidas, no respetan lo sagrado de la vida. Nadie puede poner la mano sobre otro hombre porque el hombre es imagen de Dios. “¡No mataras!”⁹⁶

Los raptos, las torturas, las desapariciones, son un drama permanente que no escapa a su iluminado juicio. Él los denuncia con vehemencia a pesar de las numerosas amenazas anónimas que recibe. Más horrible que la violencia individual, es la que se constituye en sistema; en ella la violencia y la falta de compasión se vuelven los criterios supremos de eficacia. Repite infatigablemente este mandamiento en apariencia tan simple: “¡No matarás!” Se dirige a las dos fuerzas beligerantes: la guerrilla y el ejército, aunque a sabiendas de la desproporción en la represión que utilizan los estrategas militares para aplacar toda forma de contestación al régimen.

“¡No mataras!” Aunque maneja tanquetas y fusiles de alto calibres. ¿Por qué murieron los espectadores de la huelga hace apenas unos pocos días? ¿No hay otra manera de apartar una muchedumbre más que tirando balas? Nueve hogares, por lo menos lloran la muerte inesperada tal vez imprudente, pero imprudente de ambas partes. ¡No mataras!, Ojalá se

96. 18/03/79, p. 214, VI.

grabara con cincel en la conciencia y en el corazón del que trata con otro hombre sobre todo de autoridad a súbdito: ¡No mataras!, la ley de Dios lo manda⁹⁷.

Esto no podría justificarse ni por razón de estado. Romero afirma que, dado el carácter sagrado de la vida, ninguna política puede justificar tal derramamiento de sangre. Quitada toda legitimidad a toda pretensión de autoridad y de poder y repite que la violencia y la muerte que tal sistema perpetúa, son ofensas permanentes a la magnanimidad de Dios y que ninguna sociedad puede establecerse sobre los cimientos de la represión y de la sangre derramada. Para él, la muerte y la violencia cometidas contra el pueblo no permiten ninguna solución razonable a ese conflicto. Por esta razón, él afirma una semana antes de su muerte:

La sangre, la muerte, están más allá de toda política, tocan el corazón mismo de Dios, hace que ni la reforma agraria, ni la nacionalización de la banca, ni otras prometidas medidas puedan ser fecundas si hay sangre.... No olvidemos esa palabra de Dios a Caín: la tierra ensangrentada nunca podrá ser fecunda. Las reformas ensangrentadas nunca podrán ser fructuosas. (...) Este es el pensamiento fundamental de mi predicación. Nada me importa tanto como la vida humana... Es algo tan serio y profundo más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque es vida de los Hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hacer imposible la reconciliación y la paz. ¡Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión⁹⁸ !

El combate que se lee en estos últimos pasajes es solo el reflejo de una lucha aún más terrible entre la vida y la muerte, entre los hijos de Dios y los idólatras, entre la luz de la verdad y la fuerza de las tinieblas⁹⁹.

3.4 El lugar de un combate

El prelado sitúa el lugar inicial del combate en la tumba de Cristo que descendió a los infiernos, lugar donde descansan los muertos, para traerles la Salvación-Liberación. En la mañana de Pascua, día en que nació el primero entre los muertos, toda la humanidad

⁹⁷. 18/03/79, p. 214, VI.

⁹⁸. 16/03/80, p. 348-349, VIII.

⁹⁹. Ver 01/07/79, p.42, VII.

pudo gritar: “¿Muerte dónde está tu victoria?” La muerte ya fue vencida y espera la venida de Cristo glorioso para ser aniquilada para siempre. Por eso nadie debe ceder al miedo. Hay que recordar ante las tinieblas de la muerte, que ella no ha ganado el combate y que el Dios de la vida triunfó. Sin embargo, las sombras de la muerte continuarán lacerando a la humanidad en un combate sin esperanza para aquellos que la siguen¹⁰⁰.

Los criterios de discernimiento de este combate serán siempre el bien del pueblo, del débil, y del oprimido. Para Romero, ningún régimen político puede pretender establecer la paz y la justicia utilizando la fuerza bruta y excesiva; ningún jefe de empresa puede pretender trabajar para el bien de la patria acaparándose de una parte cada vez mayor de las riquezas disponibles; ningún gobierno puede afirmar que busca el bien común persiguiendo a los que trabajan con los despojados para ayudarles a mejorar sus condiciones de vida y a preservar su dignidad de criaturas de Dios y sobre todo, ningún imperio puede pretender decidir el destino de otras naciones sin ofender grandemente al Dios de la vida que repele toda forma de imperialismo, de explotación y de dominación¹⁰¹. Haciendo una lectura de la realidad de su país al borde de la guerra civil, describe al enemigo de Dios como un principio de muerte y de pecado que trata de encarnarse en el corazón de los humanos, en las leyes y en las estructuras.

4. El misterio del Mal

El destino terrestre y la Salvación eterna son indisociables en el pensamiento romeriano. Por esto, el reino del pecado que combate en la Tierra es el reflejo del combate que existe entre el Cielo y el Infierno para conquistar las almas. El mismo afirma que en esta lucha por terminar entre las fuerzas del Bien y del Mal, nadie puede permanecer indiferente y todos deben escoger su campo. Por otro lado, esta Salvación-Liberación ha costado un precio exorbitante: la muerte de Cristo en la cruz. No es algo pueril. El Concilio señala: “Un duro combate contra los poderes de las tinieblas, atraviesa toda la historia humana; comienza desde su origen y durará como dijo el Señor, hasta el último día¹⁰²”. Leonardo Boff precisa al respecto:

Hay un mal que no depende del ser humano y que existe antes que él.
Mal que no puede proceder de una mala acción porque es un estado

100. Ver 25/03/78, p. 111-112, IV.

101. Ver 09/09/79, p. 235, VII.

102. Église Catholique Romane, *Vatican II, les seize documents conciliaires*, Montréal, Fides, 1967, *Gaudium et Spes*, *Vatican II*, no 37,2, p. 207.

ontológico relacionado con el misterio de la Creación. La esencia de la creación es la decadencia. Es esto lo que había sentido la Escolástica al hablar del mal metafísico que constituye la posibilidad del mal moral y del pecado. Puesto que el mundo fue creado, el mundo es limitado, contingente, dependiente, separado y diferente de Dios. No es Dios y por lo mismo es decadente e imperfecto. A pesar de la grandeza de la creación, ella nunca alcanzará la perfección de Dios. Ante Él, aquella será siempre imperfecta. Ahí reside el mal metafísico, mal necesario que no es una transgresión moral de los mandamientos ni falta alguna sino simplemente la finitud consciente del mundo¹⁰³.

La condenación y la esclavitud se oponen a la Salvación-Liberación y por esto anunciar a esta última es denunciar al pecado. Romero lo compara con un árbol cuyos frutos conducen a la muerte. A sus ojos, el pecado se arraiga en este misterio del Mal. Por esto considera a la miseria y a los males que esta engendra como un mal que tenemos que combatir: “Es una guerra a muerte contra el pecado; ese pecado tiene sus raíces en el demonio y tiene sus frutos. En sus efectos los frutos son: la enfermedad, la miseria, el analfabetismo, la desnutrición, la injusticia social, todo eso que vemos que brota, es lo que es, lo que echa de fruto este tronco que es el pecado enraizado en el infierno que es el diablo¹⁰⁴ ».

Es indispensable tomar en cuenta el contexto en el que se pronunciaron estas frases; la dialéctica subyacente a ese discurso simbólico es la respuesta a la retórica de la oligarquía y de la burguesía blanca de América Latina. De hecho, los Estados de Seguridad Nacional y el conjunto de sistemas políticos que los precedieron o los sucedieron, tienen una noción de Dios que hace legítimo el defender una concepción particular de la ley y del orden. Según Franz Hinkelammert¹⁰⁵, esta visión imperial de Dios y de la religión, tiende a satanizar todo lo que se opone ya sea desde el exterior o el interior a la progresión de los intereses imperialistas mejor conocidos como “mercado libre”. Al contrario, Romero encuentra diabólico la defensa del statu quo social en nombre de los intereses de la oligarquía. El recuerda que el derecho a la propiedad privada implica una hipoteca social y no debe en ningún caso obstaculizar la supervivencia ni el desarrollo de una sociedad.

103. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, pp. 161-162.

104. 15/07/79, p. 82, VII.

105. Ver Hinkelammert, F. *Sacrificios humanos e sociedade ocidental*.

4.1 El espíritu del Mal

En el discurso religioso tradicional, Satán representa al espíritu del Mal que trabaja para corromper los corazones y ganar al mundo. Simboliza el caos, el desorden y la corrupción de costumbres, tema preferido de los pastores fundamentalistas. Extrapolando al dominio político, Satán es el enemigo del Estado, del orden social y del “bien”. Sin embargo, para la Teología de la Liberación es más bien un usurpador, un tirano, un opresor que deshumaniza a la sociedad y pervierte las relaciones humanas acaparando todos los recursos. Es el espíritu de dominio y posesión al que se subordina el esfuerzo humano y el trabajo de la búsqueda de conocimientos. Al contrario del punto de vista precedente, el Mal no es un ser maléfico sino un estado del ser, una mentalidad que ve a la idolatría de la materia y del consumo como un culto sagrado; a la propiedad privada como el tabernáculo de sus valores. El espíritu del Mal sería en cierto modo la proyección confusa de la capacidad y de la necesidad que tiene el ser humano de trascender el espacio y el tiempo para vencer su finitud. Necesidad de trascendencia que expresa su sed de dominio sin límites una vez que se somete a la esclavitud de las pasiones.

La libertad individual que es el principal *leitmotiv* de la ideología capitalista, se resume aquí a la libertad de una élite insensible de poseer y consumir sin ocuparse de la miseria que produce y que está a su alrededor. Para la rama conservadora, el núcleo de su argumentación es mantener la jerarquía social cueste lo que cueste y defender los sacrosantos intereses de los ricos. Por el contrario, para los teólogos de la liberación, ya no es la ley la que ocupa con acopio de severidad la escena principal sino la misericordia hacia los despojados y las víctimas de la explotación. El poder subversivo de esta teología procede de la inversión de valores que opone a la ideología dominante. Romero no tiene duda alguna sobre la existencia del misterio del Mal y de la realidad del Príncipe de las tinieblas, encarnado en la voluntad de los idólatras. La realidad del pecado y de la muerte que invaden al país, recuerda siempre a Romero que el Mal existe. Pero es un poder extraño: “Yo quiero denunciar a tiempo, hermanos, que la Iglesia vive el peligro, de una batalla contra las fuerzas del Mal y que las fuerzas del infierno, el diablo no es una ilusión, y en la tierra tiene muchos ministros, muchos que le sirven, colaboradores. Entonces Dios debe tener también las fuerzas del pueblo de Dios que claman en oración¹⁰⁶”.

El arzobispo utiliza estos argumentos para contrabalancear la retórica de la Seguridad Nacional elaborada por la C.I.A. que asocia las fuerzas progresistas de América Latina

106. 16/10/77, p. 278, I-II.

al espíritu del Mal. En esta óptica, poner en duda al orden establecido, es implantar el caos como principio jerárquico, es querer instaurar la anarquía y destruir la civilización. Satanizar al adversario es una práctica milenaria. Romero invierte los argumentos de las fuerzas del orden partiendo de la defensa de la imagen de Dios. Si el ser humano es hijo o hija de Dios, atacar a su dignidad es ofender a Dios en lo que más ama, así como ayudar a la obra del demonio. Para el arzobispo, la supremacía del Bien no reside ya en el Estado que se transforma en ídolo cuando se le entroniza como amo absoluto, perjudicando a la vida.

El pastor denuncia como ofensas graves contra los mandamientos divinos, los ataques contra los derechos fundamentales de la persona y su integridad física, ya sean raptos, desapariciones, torturas, asesinatos o violaciones. Califica como pecado estos crímenes contra la humanidad y revela la naturaleza intrínseca y los lazos orgánicos que unen el pecado, la violencia y la muerte en un sistema en el que la ganancia a cualquier precio, es la única regla importante. Por esta razón, la Iglesia portadora de la Palabra de Dios, tiene que desenmascarar al pecado que humilla y oprime la dignidad humana. Asocia el pecado a las fuerzas de la muerte y de las tinieblas que están en la sociedad y a las que interpela así: “No abusen de la política, no abusen de las armas, no abusen de su poder, no ven que es pecado; porque les dicen a los pecadores; a los que torturan: no torturen, están pecando, están ofendiendo, están implantando el reino del infierno en la tierra¹⁰⁷”.

El prelado se inspira en el profeta Amós para describir la apariencia externa del reino idólatra. Su riqueza insolente es insensible a la miseria del pueblo. Para Romero el pecado es la consecuencia del egoísmo de los pudientes que no quieren cambiar la realidad a favor de la justicia.

En el mensaje de Dios procuremos siempre buscar lo positivo. Pero al lado de lo positivo, que es la ley de Dios, el designio amoroso del Señor para con nosotros, los hombres entronizamos siempre un aspecto negativo, el pecado, la lucha contra el reino de Dios. Y esto durará a lo largo de los siglos. Y nadie se extrañe que la Iglesia se llame perseguida. Si tiene que ser perseguida por el reino de las tinieblas. Si mientras la Iglesia proclame esta voluntad de Dios, siempre encontrará la voluntad de anti-dios, del anticristo, de las sombras, del pecado, del misterio de la iniquidad¹⁰⁸.

107. 08/12/77, p. 39, III.

108. 25/09/77, p.237, I-II.

Cuando el espíritu del Mal habita el corazón humano, lo invade de emociones negativas y contradictorias que lo dividen interiormente. La dignidad humana es la medida de la obediencia o de la ofensa a Dios; atacarla es el sacrilegio extremo. La trascendencia del amor prohíbe esta profanación que proviene de un desconocimiento metafísico de la verdadera naturaleza humana. Transgredir esta regla es engendrar el caos y anidar el odio y la venganza en las relaciones humanas.

4.2 Su proyecto

El plan de Dios para salvar a la humanidad es la Redención por Jesucristo como punto final y culminante de la Salvación-Liberación. En revancha, el enemigo de Dios, el que persigue objetivos diametralmente opuestos al plan de la Redención y de la Salvación de la humanidad, tiene también su propio proyecto. En esta guerra entre el Bien y el Mal, el campo adverso tiene un plan detallado para someter a la humanidad a sus propios intereses. La idea aquí no es de validar la existencia real o imaginaria de un complot, sino señalar que existe un proyecto de dominación que se opone al plan de Dios y a la auténtica felicidad de toda la humanidad. El reino satánico utiliza entre otras cosas la idolatría como instrumento de dominación. El proyecto del mal es dominar y poseer la tierra. Además, como dice Schillebeeckx, la humanidad misma ha creado el objeto de su esclavitud:

La “modernidad occidental” clama de nuevo ahora de modo muy especial por la salvación y la liberación, por la redención de esos poderes de las tinieblas que el mismo hombre moderno ha suscitado. Lo demoniaco ganó de nuevo en nuestra cultura y en nuestra sociedad, con otro nombre y con un contenido diferente de los del mundo antiguo y de la Edad Media pero no por eso menos real y amenazante¹⁰⁹.

Por la mediación histórica, el proyecto del Mal establece su reino en los corazones a través de los valores que propone, las estructuras que refuerza y las injusticias que perpetúa. Reúne a la humanidad con falsos motivos, la aliena de su vocación y la divide en su identidad de criatura y de pueblo de Dios. Es un espíritu que divide; la comunión que propone es solo una ilusión, los bienes que ofrece son ajenos al altruismo. Su credo es la intolerancia, su doctrina, la manipulación. Oscar Romero presenta a Satanás como aquél que tienta a los seres humanos para someterlos a su voluntad de oposición a un

109. Schillebeeckx, E. *História Humana, Revelação de Deus*, São Paulo, Paulus, 1998, p. 18.

reino de amor, de justicia y de paz. Dirá apenas un mes antes de su muerte: «Nos toca a nosotros saber por qué lado nos puede entrar el proyecto del mal. Unos por el orgullo, otros por la codicia, otros por la vanidad, otros por los triunfos fáciles¹¹⁰». Pero ¿Quién es ese espíritu de mal que presenta Lucas (4,3-4)?

Cristo se presenta como el hombre que va a aprender en la experiencia personal de todo hombre, el valor de la tentación para afianzar las convicciones del ser humano. (...) Suceden ya las tentaciones: “Si eres hijos de Dios y tiene hambre, ¿por qué no les dices a esa piedra que se convierta en pan?” Y Cristo le contesta: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, es vida del hombre”. Aquí aparecen los dos proyectos: El proyecto de Dios y el proyecto del demonio, el proyecto de la maldad. Y mucho cuidado para que ahora observemos en cual proyecto estamos nosotros enmarcados¹¹¹.

Pone en guardia a sus oyentes sobre el peligro de perder de vista el proyecto de Dios al darle solo una importancia relativa, fuera de la historia. Asocia una vez más la riqueza y el poder al proyecto del Mal cuando implican una visión contraria al espíritu de comunión y de fraternidad. No se trata aquí de la riqueza de una nación, fruto del esfuerzo compartido ni del poder que busca el bien común. Por otro lado, Cristo, debido a su misión, se confrontará muchas veces a las fuerzas de la muerte y de las tinieblas. Se le tentará durante toda su vida con la ilusión de un mesianismo temporal. Romero denuncia también la prudencia falsa que inhibe las fuerzas del valor. Califica esta pereza y este abandono de las responsabilidades humanas a las fuerzas del *statu quo* que orilla a ciertas minorías activas a radicalizarse como último recurso. La anomia social a nivel de todas las clases, es una gangrena que quisiera extirpar de su pueblo. Dice a este respecto:

La Cruz provoca en el mismo Cristo, la defensa de su misión, que es Cruz y sacrificio. Qué fácil era seguir como Pedro, huir como andan huyendo hoy muchos cristianos. Es más fácil esconderse, no hay que crear conflictos, prudencia... hay que ser prudentes. Pero Cristo, no fue de ese parecer. Y a quien le aconsejó no meterse en el peligro lo llamó Satanás, lo llamó escándalo. Escándalo, palabra de origen griega que significa estorbo. La piedra que se pone para estorbar en el camino. Eso

110. 24/02/80, p. 264, VIII.

111. 24/02/80, p. 261, VIII.

es crisis de la vida, como la crisis del caminante que va y se encuentra un obstáculo en su camino, la tentación de volverse, o el valor de superar el obstáculo¹¹².

Los hijos de las tinieblas cuyo corazón pertenece a Satán debido a sus malas obras y a su orgullo, critican y reprueban la Salvación-Liberación que Cristo trajo. El proyecto del Mal es esencialmente rechazar a Cristo, a Dios y a la Salvación-Liberación. Así es como Cristo encuentra al pecado en medio de un pueblo alegre el domingo de Ramos. Él viene a lavar el pecado del mundo y a confrontar la fuerza del Infierno. Sin embargo, para traer la Redención a los humanos, sufrirá en carne propia el látigo del demonio y del pecado.

Conclusión

El Anti-reino que describe Romero corresponde a todo lo que se opone a la venida del Reino de Dios que quiere establecer la justicia entre los humanos. Más concretamente, lo reconoce en todo lo que ofende la dignidad de los hijos de Dios. En cuanto a imagen sagrada de la revelación divina, ultrajar la condición trascendente que representa el misterio insondable de cada persona humana es negar a Dios mismo. Las mediaciones más comunes del Anti-reino son: el pecado, la idolatría y la muerte. El misterio del Mal constituye la concretización de esas tres mediaciones a un nivel de transparencia tal que la realidad se hace el lugar de su materialización.

El pecado es una infracción a la ley o a una regla moral que tiene un carácter metafísico cuyas consecuencias repercuten en el conjunto del devenir humano. Se divide en tres categorías: original, personal y estructural. El original es inherente a la naturaleza humana sometida a la finitud de la existencia terrestre. El pecado personal podría analizarse desde un ángulo psicológico en el que intervienen las nociones de falta y de culpabilidad, pero también de responsabilidad en cuanto al desarrollo de la conciencia moral. El pecado estructural es el que ha sido más estudiado por las ciencias sociales en lo que respecta a mecanismos de alienación, dominio, explotación, opresión y exclusión según la interpretación de la Teología de la Liberación. Estas ciencias establecen la correlación entre el condicionamiento social y los problemas de comportamiento, liberando así el concepto de pecado de la moral individualista cuya víctima es irremediamente el único responsable.

112. 03/09/78, p. 162, V.

Esto nos lleva a hablar del sistema que se erige sobre el pecado y que Romero califica de idólatra. Si se ve al individuo como único responsable de su falta o de su condición social, se es prisionero de una visión mercantil que retribuye a cada uno según sus méritos y que ve las penas padecidas como el resultado directo de los actos cometidos. Las diferentes categorías de idolatrías que el pastor describe, tratan de mantener el equilibrio entre la responsabilidad personal de los individuos en lo que concierne su devenir -y el de su entorno-, y la injusticia del sistema que condena a la mayoría a una miseria perpetua. Como lo saben todos, el ídolo exige víctimas y chivos expiatorios que se puedan identificar fácilmente; alguien debe llevar la carga del problema social. Ante los remordimientos, el sistema designa un culpable.

El sistema idólatra, así como el pecado engendrado por aquél, lleva rápidamente a un universo de muerte. Este es el paroxismo de la violencia que rige las relaciones sociales que se fundan en el desprecio de las clases subalternas. No nos referimos aquí a la muerte natural como producto último del pecado original sino a la muerte causada por la miseria y por la explotación, que no puede ser inocente ante los ojos de la justicia divina. El homicidio y la violencia represiva del Estado cristalizan el carácter de sacrificio de un sistema que causa la muerte y la exclusión de los más débiles para incrementar su poder y su gloria terrestres.

Finalmente, el misterio del Mal se concretiza por la suma de todos esos juegos de intereses perversos instaurados y entretejidos por el sistema idólatra. En tiempos normales, es difícil discernir su presencia, pero las condiciones de extrema violencia de El Salvador abrirán los ojos del arzobispo. El misterio del Mal se manifiesta primero por la instauración de un *ethos* nuevo, tributario de una concepción antropológica que se funda en una visión dominante y predadora del humano por el humano. El poder de este misterio reside en su capacidad de conjugar todos los elementos negativos que genera para perpetuar su obra de dominación. De este modo, envilece las relaciones humanas fundando su reino en el odio y en la codicia. El misterio del Mal es un espíritu maléfico que corroe las sociedades introduciendo un germen de división y un principio de decadencia. Querer extirparlo es trabajar por la misión de exorcizar todo lo que impide la realización plena y entera de la dignidad de los hijos de Dios.

Al interior de este proceso hermenéutico, este capítulo sobre el Antireino es la primera etapa para captar la visión soteriológica de Romero. Los principales términos utilizados tienen una fuerza de evocación propia de la mentalidad occidental; ellos son

la cosmovisión que preside la interpretación de sentido. Además, el explicitar el Anti-reino permite ver el fin que se persigue y la orientación que se da a la historia. En el próximo capítulo veremos algunos elementos que ligan la Salvación-Liberación a la contribución humana ya que en este campo la fe es un pre-requisito para la Salvación.

II

La historia de la salvación-liberación

La historia de la Salvación relata una sucesión de alianzas entre Dios y el género humano que procuran instaurar la Salvación-Liberación en el corazón de la historia. Nuestro proceso hermenéutico analizará el aspecto teológico de la historia del pueblo de la Alianza descrito en el Antiguo Testamento. Este capítulo revisará las cuestiones del pueblo y de la historia, relacionados con la fe monoteísta, principio unificador de Israel. Romero recuerda que Dios quiere establecer una relación privilegiada con cada nación, dentro de la dimensión histórica de la Salvación. Releeremos así las diferentes etapas del proyecto divino de Salvación-Liberación bajo dos aspectos fundamentales: la pedagogía divina de la Alianza y la unidad de la historia. Analizaremos las homilias de Oscar Romero tomando en cuenta la dimensión hermenéutica de la historia de la Salvación, vista desde una perspectiva de liberación y denuncia de relaciones injustas o de dominio. La visión romeriana de la Salvación-Liberación está muy cerca de los principales autores de la Teología de la liberación y esta nos ayudará a captar los pormenores y los límites de los enunciados pastorales de nuestro autor. Al abordar el tema de la historia de la Salvación-Liberación, es importante recordar la prioridad de la Salvación para los pobres que se realiza concretamente a través de la liberación histórica de la opresión y de la esclavitud. Siguiendo la idea de Gilberto Gorgulho:

La vida del pueblo es un don de Dios, y la historia de la revelación es la consolidación de ese don. Y la Biblia muestra el proceso de la formación del pueblo de Dios a partir de la liberación de los pobres. El surgimiento del pueblo de los pobres crea una historia que cuestiona e influye en la historia de las dominaciones y de los dominadores. La Biblia es el testamento de esa historia de los pobres. La hermenéutica es, por tanto, el discernimiento de la memoria de los pobres como origen de los textos y presentación de los acontecimientos y estructuras de la sociedad. La memoria de los pobres muestra que los textos bíblicos no son solamente historia e ideología de la corte, del templo, sino fundamentalmente una memoria popular de resistencia profética contra la dominación que destruye la vida del pueblo¹¹³.

113. DASILVA GORGULHO, Gilberto, « *Hermenéutica Bíblica* » dans ELLACURÍA, Ignacio et SOBRINO, Jon, (dir.), *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, I, San Salvador, UCA editores, 1990, p. 174.

La relación con la historia y la comprensión implícita de la fe dentro de esta, constituyen los elementos esenciales de la dinámica de la Salvación-Liberación que expone Oscar Romero. Esto tiene como finalidad acercarse a la identidad de Cristo y el lazo indefectible que Él logra establecer entre la fe y el compromiso con la historia ya que como lo afirma Rafael de Sivatte, la Historia de la Salvación es una llave del sentido liberador de los evangelios.

El Nuevo Testamento da testimonio de Jesús de Nazaret (el Cristo, el nuevo ser humano, el Hijo de Dios), al que no se puede comprender en profundidad sin comprender la historia y el pueblo del que surgió. (...) La liberación y el desierto, la alianza y la idolatría, la denuncia y la consolación profética son realidades que iluminan el caminar de los pueblos latinoamericanos hacia el reino de Dios y hacia el Cristo que lo anuncia e inicia¹¹⁴.

Como bien se sabe, el Antiguo Testamento no se redactó en la misma época en que sucedieron los hechos narrados sino siglos después. Romero no menciona esto en su catequesis; lo que importa es la revelación del sentido de las Escrituras como interpelación de la realidad presente. La Palabra de Dios evoca, ante todo, mitos y símbolos y esto hace que sea significativa para todas las épocas. Por esta razón, esta hermenéutica se realiza únicamente en relación con la interpretación de los signos de los tiempos.

1. La pedagogía divina de la Alianza

Entre los griegos antiguos, el *paidagôgos* era el esclavo que llevaba de la mano a los niños de la casa a la escuela. En el libro de Jeremías (31,32) se hace alusión a este término hablando de la mansedumbre divina que conduce al pueblo de la mano de la ignorancia del pecado, hasta la plenitud de la Revelación, como también de la esclavitud histórica, a la soberanía política. Estudiaremos aquí las diferentes etapas de la Salvación que consiste en elevar a los humanos en todas las dimensiones de su dignidad.

¿De qué manera este Dios, que tenía una idea, un plan, un proyecto, escogió a un hombre, Abraham, para que constituyera una familia, una tribu, un pueblo? ¿Cómo Yahvé le hará salir de Egipto para hacer una nación monoteísta que aprenderá a lo largo de toda

114. DE SIVATTE, Rafael, *Dios camina con los pobres*, San Salvador, UCA editores, 1997, p. 17.

su historia a reconocer la gracia divina actuando en momentos de grandes tribulaciones, así como la ausencia y el silencio de Dios cuando el pueblo y sus dirigentes se dejen seducir por los ídolos de su época? Los profetas a tiempo y a destiempo recordarán al pueblo el verdadero sentido de la Alianza deseada por Dios y progresivamente, Israel descubrirá una dimensión universal a su misión de pueblo elegido¹¹⁵.

Hemos adoptado algunas claves de lectura de ciertos teólogos de la liberación para captar con más precisión los principios que presiden el género literario de la Historia de la Salvación-Liberación. Este esfuerzo de distanciamiento del texto sagrado ayuda a entender el trabajo de evocación que hace Romero. Efectivamente, él no solo recuerda los puntos culminantes de la Historia santa, también los utiliza como materia prima y fuente de sentido para revelar la acción permanente de Dios en la historia. Más allá del modo representativo de la Historia de la Salvación que presenta el Antiguo Testamento, Ellacuría precisa que la importancia de los hechos reportados no es tanto su valor histórico sino su poder evocador y, por lo tanto, la interpretación de los hechos. Lo más importante es la búsqueda del sentido de la historia y de la voluntad divina.

Más que información, lo que se pretende transmitir es un mensaje, un sentido, utilizando para ello el género ficción, de modo que su efectividad es independiente de si ocurrió o no lo que se dice haber sucedido. Se trataría de relatos paradigmáticos o mitos, que pretenderían expresar algo profundo y permanente de gran significación para el hombre; no es difícil aceptar que elaboraciones poéticas puedan captar el carácter real de un suceso más adecuadamente que una descripción puramente factual. Así, lo que se narra en el Éxodo como acción de Dios busca mostrar que en lo narrado hay un significado profundo para la comunidad, a la cual se le proporciona una revelación de Dios, no precisamente sobre un hecho particular, sino sobre valores y significados permanentes¹¹⁶.

La Historia de la Salvación revela progresivamente la pedagogía divina la cual, a través de sus alianzas sucesivas con Israel, conduce secretamente a la humanidad a las cumbres luminosas de la Resurrección. Los conceptos de pueblo y de historia están ligados íntimamente al plan divino de la Salvación-Liberación ya que se trata de una historia colectiva. En el Antiguo Testamento, el pueblo judío aparece como el arquetipo

115. 24/12/78, p. 55, VI.

116. Ellacuría, I. "Historicidad de la Salvación Cristiana" en *Mysterium Liberationis*, I, p. 331-332.

histórico que Dios escogió no por sus méritos sino por gracia divina. Según Carlos Mester, biblista de Brasil, en la Biblia:

Se agruparon los hechos del pasado como integrantes de una línea que, partiendo del origen más lejano del pueblo, desemboca en el presente revelando su sentido. Así nació la primera y la más antigua síntesis del pasado (...) En esta nueva síntesis se presenta al pasado de manera tal que suscite, justifique y lleve a buen término las reformas urgentes que hay que introducir en la vida del pueblo. El objetivo de la síntesis era, sobre todo, dar al pueblo una conciencia nueva de su dignidad y de su responsabilidad como Pueblo de Dios. Las síntesis anteriores elaboradas en situaciones históricas diferentes, ya no eran aptas para comunicar esta conciencia ni para despertar al pueblo a esta responsabilidad porque ya no eran actuales¹¹⁷.

El pueblo elegido es en realidad una nación que Dios desarrolló a partir del patriarca Abraham. Esta colectividad de fe y de destino común vive su historia como un proyecto que lo eleva a lo trascendente en medio de la cotidianidad. Esta trascendencia aporta soluciones inusitadas a las intrigas y embrollos que los actos humanos y la falta de previsión provocan. Esta comunidad nacional que Dios desea, interpela a la fe y a la buena voluntad de los hombres y de las mujeres para realizar su unidad; esta última es el fundamento indispensable para su supervivencia histórica. El proyecto divino está inscrito en la Alianza eterna fundada en la justicia social y en la verdad. Este pueblo es el arquetipo por excelencia de una nación cuya historia y la relación con Dios se fecundan mutuamente. De todos los teólogos latinoamericanos, Ellacuría es sin lugar a duda el que estudió más las relaciones entre la historia y la trascendencia, estimulado por el ambiente político que agitaba su país de adopción y por una Iglesia más comprometida que en ningún otro lugar ante los problemas sociopolíticos. Agrega al artículo citado anteriormente:

En el caso específico del Éxodo se introduce puntualmente una novedad histórica no por una recurrencia necesaria, sino por una libre intervención de Dios, que es experimentada como tal por un pueblo determinado en tiempos y lugares específicos. Por este camino se abre paso la revelación del poder trascendente de Yahvé : lo impredecible de la experiencia

117. Mester, C. *Por tras da Palavra, Um estudo sobre a porta de entrada no mundo da Biblia*, Petropolis (Brésil), Vozes, 1974, p. 94-95.

historica es celebrada como una revelación del poder trascendente de Yahvé, un poder que cambia la historia y que en el cambio historico muestra tanto la contingencia humana como la esperanza humana. Yahvé es mas grande de lo que se puede esperarse de cualquier condicionalidad historica. Se apunta asi a la historia humana como campo privilegiado para mostrar la irrupción trascendente de Dios como novedad imprevisible que abre la contingencia humana a la esperanza divina. La experiencia humana no queda cerrada sobre si, sino abierta a la esperanza puesta en la intervención divina¹¹⁸.

La Historia de la Salvación-Liberación afirma la presencia de un Dios único que indica referencias sobre su proyecto en el corazón de la historia. Su poder reside en el carácter unívoco de la historia de los pueblos. Romero afirma que la Salvación histórica no es posible fuera del principio de verdad. Un imperio puede durar por un cierto tiempo haciendo reinar el odio y el terror, pero se derrumbará tarde o temprano bajo el peso de sus iniquidades. La opresión provoca la sumisión de los corazones, pero no la adhesión; aniquila el dinamismo necesario para la renovación de toda civilización. El Éxodo y el Exilio son puntos de referencia de la “Teología del cautiverio” con la que Romero tiene muchas afinidades. Esta Teología que es una fase dentro de la Teología de la liberación, corresponde según Leonardo Boff, al tiempo de las dictaduras militares en todo el continente. Estas frenaron los deseos de emancipación y de desarrollo social de los diferentes pueblos. Durante este periodo, la Iglesia Católica de América Latina protegió los derechos humanos y alentó los debates de ideas que se volvieron imposibles en la plaza pública. El autor brasileño explica:

El análisis de la situación de cautiverio nos lleva a la conclusión que esta no es solo sociopolítica-económica. La cautividad es la materialización de una desviación profunda del ser humano que ataca al sentido fundamental de su ser y de su vida que él entiende como poder, conquista y dominio lo cual genera opresión, represión y un régimen total de cautiverio. La historia que nos cuentan es la de los que triunfaron por la fuerza, la de los que llegaron a puestos de decisión arrollando a los otros. Nadie habla de las esperanzas frustradas, de los humillados y de las víctimas¹¹⁹.

118. Ellacuría, I. “*Historicidad de la Salvación Cristiana*” en *Mysterium Liberationis*, I, p. 332.

119. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, Petropolis, Vozes, 1980, p. 173.

Según este punto de vista que defienden los teólogos de la liberación, la memoria histórica del pueblo es subversiva porque recupera elementos que la versión oficial oculta. El reverso de la historia aparece como un lugar propicio para interpretar las conquistas y los despojos. El vencedor tiende a ocupar el presente interpretando la historia a su manera. El usurpador aprovecha el bien ajeno según los intereses extrínsecos a la comunidad o al pueblo conquistado. Todo régimen colonial niega la vocación intrínseca de los pueblos para construir sus propias relaciones fraternas.

1.1. El Éxodo

Según el concepto veterotestamentario, la idea de la Salvación se asocia al liberarse de un peligro, de una enfermedad y a nivel colectivo, de una catástrofe humana o natural. En el Antiguo Testamento esta idea corresponde a la liberación material y política en la historia de Israel. El Éxodo aparece como la experiencia fundadora del pueblo mesiánico a través de la liberación de Yahvé. Por esto, la adhesión a esta nación santa, al alba de su historia, es una cuestión sociológica más que racial. Esto es por lo menos, lo que Rafael de Sivatte afirma:

Es obvio que tan solo unos pocos antepasados de quienes después iban a formar el conjunto de Israel vivieron la experiencia de haberse liberado de la opresión y del dominio de la superpotencia egipcia. Por otra parte, está demostrado que un grupo de emigrantes que había ido a parar a Egipto y que, para ganarse la vida había tenido que hacer trabajos forzados, en un momento dado huyo y se estableció en la tierra de Canaán, mezclándose con otros grupos que habían tenido también experiencias similares de dominación por parte de los egipcios, formando así el pueblo de Israel¹²⁰.

El Éxodo es una de las más bellas epopeyas de la historia humana; muestra la fidelidad de Yahvé y el plan de liberación intrínseco al proyecto de Redención del género humano. La servidumbre en Egipto es el arquetipo del pueblo oprimido, sometido a ultrajes y a la esclavitud. Es una situación extrema que permite identificarse completamente con las colectividades que están sumisas a la infamia a lo largo de la historia. En el relato del Éxodo es expresado el paradigma del Dios liberador que interviene en la historia para combatir el mal hecho a los pequeños y a los humildes. De Sivatte sigue su análisis:

120. De Sivatte. *Dios camina con los pobres*, p. 66.

Lo mas importante es que algunos de aquellos grupos comprendieron la profundidad de lo que habia ocurrido : no se habrian podido liberar si no hubiera sido por la fuerza de su Dios, el cual se habia comprometido con ellos y les habia acompanados en su historia. Y, por otra parte, cuando aquellos grupos se mezclaron con otros y formaron un unico pueblo, supieron ver en las diferentes experiencias de los distintos grupos unificados el origen de su unidad y su realidad presente: en el fondo, todos habian sido nomadas y habian caminado acompanados por el Dios nomada, todos habian recibido le don de la tierra y las bendicciones de Dios, todos habian vivido la dominación egipcia, todos habian salido de Egipto, todos habian caminado por el desierto, todos habian entrado en la tierra y siempre con la fuerza de su Dios¹²¹.

George Pixley observa que el Éxodo no procede exclusivamente de Yahvé sino también de la combinación de esfuerzos revolucionarios del pueblo esclavizado, acompañado por la gracia divina. Este teólogo presenta al Éxodo como una lucha social que intenta instaurar una sociedad sin clases. Es ante todo una voluntad de liberación de la esclavitud impuesta por la monarquía egipcia, más bien que una lucha nacional que opone a los pueblos. Parece ser que la redacción ulterior de este texto que se hizo en varias etapas, procede del momento de la instauración de la monarquía en Israel. Debido a razones prácticas, los redactores disimularon el aspecto revolucionario y subversivo de este relato. Al principio, los hebreos, no eran realmente un pueblo sino una clase social formada por trabajadores extranjeros¹²². Para este autor protestante:

Es muy probable que los proto israelitas eran una “multitud mezclada” (Ex, 12-38) de personas de origen asiático y egipcio que forzados a trabajar excesivamente en las obras del Faraón, se sublevaron y buscaron refugio en la incertidumbre del desierto. Actualmente es imposible reconstituir el evento histórico de la salida de Egipto y ni siquiera el objeto histórico de este hecho pero las circunstancias que lo provocaron en Egipto durante el siglo XIII antes de Cristo, son muy comprensibles. El relato del Éxodo es el producto de elaboraciones israelitas sucesivas a través de los siglos y se refiere a las familias de los doce hijos de Jacob que formaban ya una nación. Pero se conmemora a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob

121. *Ibidem*.

122. Ver Pixley, G. *Éxodo, Grande Comentário Bíblico*, Sao Paulo, Edição Paulina, 1987 (1983).

(Israel) en las tradiciones de otros grupos proto israelitas diferentes de los que aparecen en el Éxodo y estos son los que residían en Canaán¹²³.

Según Pixley, el grupo que vivió el Éxodo era heterogéneo, comprendía al principio campesinos egipcios y grupos de inmigrantes que venían de Oriente. Estos se unieron en Canaán a grupos de campesinos que se habían sublevado contra los señores de las ciudades que exigían impuestos muy elevados. El ideal que los movía era el de una sociedad sin clases y sin jerarquía política que se enriqueciera a expensas del pueblo. En el momento de la guerra contra los Filisteos, la idea de una monarquía en Israel surgió de nuevo. Ante esta amenaza, se recaudaron de nuevo impuestos y se instauró una armada profesional¹²⁴.

La salvación histórica toma aquí la figura de liberación concreta de condiciones inhumanas y perjudiciales a la vida. Se considera a la liberación como el camino de la afiliación que se opone a la alienación, entendida como el despojo del ser y de su destino y cuya representación paradigmática es el esclavo. Romero afirma que el Éxodo es el libro de todos los pueblos ya que nadie debe ser esclavo¹²⁵. La fe en un solo Dios Salvador y además Liberador, es aquí un catalizador de la unidad y de la existencia misma de esta nación joven que descubre su identidad nacional. Aprenderá con su *Go'el*, su Protector, a convertirse en lo que, llamada a ser, una nación santa entre otras naciones que obedecen a otros criterios para forjar su identidad.

Para realizar su objetivo de liberación histórica, Dios escogió como intermediario a un hombre con instrucción y sabiduría que llevaría a su pueblo hacia la Tierra prometida. Moisés pidió al Faraón que dejara a su pueblo salir al desierto para adorar a Yahvé. La respuesta fue imponer a los trabajadores una exigencia aún más dura que era el tener que procurarse ellos mismos la paja para hacer sus ladrillos. El exigir de más en más del pueblo con el objeto de subyugar toda tentativa de emancipación, es una práctica de gran actualidad en las relaciones de opresión y de dominio. Ellacuría comenta con respecto a esto:

No en vano el artículo fundacional de la fe de Israel es salir de la casa de esclavitud, porque así lo quiso Dios aunque lo realizó por intermediario de Moisés. Este artículo fundacional no es pues, algo referido a Dios

123. *Ibid.* p. 19.

124. *Ibid.* p. 10-11.

125. Ver 24/12/78 p.60, VI.

solo, a un Dios separado de la historia humana, ni siquiera a un Dios que da sentido a la vida individual y proyecta su plenitud fuera de la historia; al contrario, es a partir de la historia y en la historia misma donde Dios se hace presente como hecho religioso fundamental y fundacional, no solo no distanciado del proceso socio-político, sino fundado y revivido en él. El punto de arranque es la opresión de un pueblo determinado con características bien precisas que Dios y los hombres de Dios no pueden tolerar. Se trata, en efecto, de los antepasados de los israelitas, quienes habían entrado libremente en Egipto y que fueron asimilados a los *apiru*, prisioneros de guerra, y constreñidos como ellos a los trabajos emprendidos por Ramsés II en el delta del Nilo; los egipcios no quisieron perder esta mano de obra gratuita y consideraron la protesta de los israelitas como una rebelión de esclavos y su huida como una evasión de prisioneros¹²⁶.

Según Romero, esto demuestra que Yahvé es testigo del destino que se depara a los inocentes. Él conoce al verdugo y le dará su sentencia. El arzobispo se inspira en los relatos bíblicos para encontrar siempre una analogía con la actualidad de su país. Las Escrituras son el punto de referencia que utiliza para suscitar esperanza en los oprimidos y amonestar a los opresores, atribuyendo a cada uno un papel moral en la tragedia que se presenta ante sus ojos.

Hermanos, no hay crimen que se quede sin castigo. El que a espada hiere, a espada muere, ha dicho la Biblia. Todos estos atropellos del poder de la patria no se pueden quedar impunes. El ángel exterminador pasó por la tierra de Egipto, y aquella noche hubo llanto en los hogares de Egipto, porque Dios castigaba los crímenes del Faraón. Qué terrible la autoridad cuando no cumple su deber, cuando quiere hacer prevalecer la fuerza de las armas contra la inerme impotencia de los pueblos¹²⁷.

A pesar de que las páginas del Antiguo Testamento están llenas de infamia y de muerte, en ellas están siempre presentes la esperanza de la Salvación y de la Liberación por venir. La Historia de la Salvación anuncia que el brazo justiciero de Dios socorre a los que son víctimas de los tiranos; por esto, los pobres y los oprimidos esperan confiados el juicio divino. La pascua es esta primera noche de liberación del pueblo judío cuando

126. Ellacuría, I. “Historicidad de la Salvación Cristiana”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 336.

127. 07/08/77, p. 164, I-II.

el ángel exterminador se precipitó sobre los primogénitos egipcios. Ellacuría reconoce aquí la imagen de dos absolutos, dos interpretaciones de Dios luchando.

La teopraxia es el punto inicial del proceso salvador como el imperio del pecado y del mal es el punto inicial del proceso condenador. Moisés entra de lleno en la teopraxis de Dios, mientras que el Faraon entra de lleno en la negación del Dios de la vida y de la libertad, tal vez en nombre del dios que sostiene su modo de dominación. Como su posición es distinta en la historia de la salvación, también es distinta la teofanía de un Dios liberador, para el Faraon y su pueblo es la teofanía de un Dios castigador. Pero la liberación y el castigo es a través de hechos históricos. Solo si llega a esta teofanía se completa la teopraxia y se muestra la plenitud de la historia, la plenitud de Dios en la historia. Y desde esta teofanía siempre renovada puede regularse lo que tiene que ser la praxis histórica de la salvación¹²⁸.

Después de atravesar el desierto, Moisés recuerda a los hebreos las pruebas y las tentaciones que pasaron y superaron con la ayuda de la Providencia. Les hace prometer que siempre serán fieles a Yahvé y sus leyes. De esto depende la supervivencia y la prosperidad de Israel. Si se alejan, Dios los abandonará y los dejará entre el desorden de sus pasiones y esto terminará por disolver la escasa unidad que existe entre ellos. Esta es una condición *sine qua non* que Moisés exige a su pueblo; no por el placer de someterlos a una ley demasiado dura -esto será una perversión en los siglos subsecuentes- sino para preservar su salvación histórica y la perennidad de Israel¹²⁹. No deberán olvidar nunca los gestos inigualables que Yahvé hizo por ellos. Eran esclavos en Egipto y deben agradecer eternamente a Dios su liberación y ser humildes. Esta liberación tan generosamente ofrecida, tiene sin embargo un precio y deben preservarla con un esfuerzo constante. La libertad no es algo que se obtiene sin esfuerzo; de aquí la tentación de dar marcha atrás. Su libertad está ahí, sufrieron mucho para conquistarla no contra los enemigos sino contra su propia debilidad. Romero percibe las dificultades de la vida como pruebas que harán progresar a los seres humanos.

Como Moisés preguntémos cuando hay tribulaciones en la sociedad, cuando nos encontramos en estos días como en un callejón sin salida, ¿por qué lo permite Dios? Y Moisés le recuerda

128. Ellacuría, I. "Historicidad de la Salvación Cristiana", *Mysterium Liberationis*, I, p. 339.

129. Ver 28/05/78, p. 266, IV.

al pueblo: para affigirte, para ponerte a prueba, para conocer tus intenciones. Son las dificultades, las piedras de toque en que se conoce el oro fino de los verdaderos hombres, de los verdaderos cristianos. Así como también es en esas circunstancias cuando los hombres blasfeman, cuando los hombres critican contra Dios y su reino, contra Moisés que los guía y prefieren vivir en sus comodidades, aunque sea como esclavos¹³⁰.

Esta teología del esfuerzo y de la superación, no tiene tanta acogida en lo absoluto en los países desarrollados. Sin embargo, Romero sabe extraer fuerza a partir de los relatos más duros; para él, la fe en Dios, libera de la desesperación. La Teología de la Liberación es ante todo una teología del sufrimiento y de la compasión. Sobrino recuerda que es *intellectus amoris* y este amor es preferencial. Esta teología no hace la apología del sufrimiento, pero reconoce su existencia en la masa de los pobres y oprimidos a los cuales los poderosos y sus instituciones niegan un rostro humano, una identidad con dignidad. La liberación es un esfuerzo de maduración para volverse un adulto en la fe, capaz de afrontar con serenidad la adversidad¹³¹. Romero añade:

¡Qué cuesta comprender que las pruebas de Dios, las dificultades del camino, son las monedas con que se compra la libertad, la dignidad, la alegría de ser libres! “Y recuerden – les dice Moisés finalmente – que esas pruebas con esas intenciones divinas, fueron aminoradas, fueron al fin un recuerdo del que Dios vino a protegernos también”. Y entonces les recuerda Moisés cómo los sacó de Egipto. Es una realidad, ya salimos de aquella esclavitud y cómo cuando en el desierto sufríamos la angustia de la soledad, de la intemperie, el hambre, la sed, allí estaba Dios con nosotros¹³².

Después aparecen los primeros signos sacramentales de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Esta presencia del sagrado misterio entre ellos se reveló en varias ocasiones: en la nube que los acompañó al desierto, en el maná que los salvó de la hambruna, en la roca sagrada que les brindaba agua y en el mar Rojo que se abrió de par en par para que el pueblo pasara. Romero nos dice que lo principal, es que estos eventos muestran la presencia de Dios que viene a dar valor a su pueblo¹³³.

130. 28/05/78, p. 265-267, IV.

131. Sobrino, J. “Teología en un mundo sufriente. La teología de la liberación como *intellectus amoris*”, *Revista Latinoamericana de Teología*, N.º 15, San Salvador, UCA, (1988), p. 243-266.

132. 28/05/78, p. 265-267, IV.

133. Ver 28/05/78, p. 266, IV.

1.2. Decálogo

Romero analiza en detalle el Decálogo haciendo siempre un paralelo con la realidad de su país. Hace notar que muchas de las miserias que sufre su pueblo, se deben a desobediencias a reglas fundamentales del Pueblo de Dios. Sin estas, no puede haber libertad verdadera. Para él, la libertad reside en la autoridad que Dios confiere a la verdad, ella posee sus leyes y se adquiere con un esfuerzo constante para vencerse uno mismo. Se comprende aquí la libertad como obediencia a Dios y control de sí mismo en un espíritu de servicio y de trascendencia. Esto es lo opuesto al egoísmo, al orgullo y a la pereza. Él enseña que la fe y el amor dinamizan la libertad hasta alcanzar el heroísmo.

Los diez mandamientos constituyen la base de la Alianza mosaica. En cierta manera, el Decálogo es un contrato social que Yahvé instaura con su pueblo; se le considera la primera constitución de Israel. Los israelitas tienen que serle fieles para preservar su relación privilegiada con Él y la unidad de su nación, garante de su libertad y de su soberanía. Por otra parte, cualquier sociedad bien constituida posee reglas y prohibiciones que le ayudan a no caer en el caos. La opresión y la miseria son contrarias al orden social que Dios desea, de manera que la intención que hay en la promulgación de esas leyes es preservar la unidad del pueblo instaurando el respeto y la justicia hacia los desvalidos.

Después de liberarlos físicamente, la pedagogía divina quiere hacerlos entrar en la gracia de los hijos de Dios. Para hacer esto, los hebreos necesitan ante nada instruirse sobre el sentido verdadero de la libertad, sus bases y sus principios para poder vivir como un pueblo libre. Los diez mandamientos se inspiran en la benevolencia de Yahvé para que su pueblo combata mejor y resista a los impulsos de muerte y de división. Haciendo un paralelo con la situación que vive, Romero deplora las faltas a la ley de Dios por parte de los legisladores mismos que la modifican siempre a su favor para apropiarse de una tajada cada vez mayor de los escasos recursos de El Salvador. Los que debían haber servido de ejemplo y de modelo moral al pueblo, se pervirtieron. Por lo tanto, el prelado no se sorprende de las revueltas y las violencias, así como del estado de corrupción generalizada en su país.

Aquí estamos tocando el fondo de tantos desordenes en nuestra vida social.

Si preguntamos: ¿El porqué de las huelgas, el porqué de los secuestros,

por qué las divisiones, por qué la violencia, por qué tanto crimen, tanto desaparecido, por qué torturas? Todo está en una sola respuesta: los hombres se han olvidado de la ley de Dios. Y un día también señalaré, queridos hermanos, la putrefacción de nuestro sistema. Señalaré el abuso del poder que se convierte en ladrón. Podemos describir situaciones bien vergonzosas de hombres que debían darnos el ejemplo de honradez en el puesto de su gobierno, en sus negocios, en su dinero¹³⁴.

El arzobispo propone que la Cuaresma sea un momento de revisión de vida en el cual, a la luz de la ley del Señor, todos y aún la nación entera, hagan un examen de conciencia. Él considera que respetar todos los días estas reglas básicas, transformaría de un modo patente la miseria que aflige a El Salvador. En seguida, revisa los diez mandamientos uno a uno. Estos se dividen en dos categorías: los tres primeros se refieren a la relación con Dios y los otros siete a las relaciones sociales. Para él, es un tratado completo de moral. Veremos aquí solo los mandamientos que se aplican al contexto de El Salvador.

El primero se refiere al monoteísmo, a la existencia de un solo Dios. Esta afirmación de soberanía impone respeto y carácter sagrado a todo lo que sigue. Prohíbe adorar a otras divinidades. Se trata de un Dios celoso que no comparte su poder ni su reino sobre los corazones. La idolatría divide esta autoridad pues en caso de litigio moral, el individuo puede recurrir a otra divinidad. Las jerarquías de valores entran en contradicción perjudicando la unidad de la conciencia. La adoración de un solo Dios con sus leyes preestablecidas, permite escapar del fatalismo del que eran víctimas las naciones paganas. Estas percibían su destino como algo que no les pertenecía realmente, las divinidades decidían todo. Por el contrario, para los israelitas, la soberanía de Dios implicaba la responsabilidad del pueblo. Dios era el dueño incontestable de la historia, pero les invitaba a participar en su realización plena y entera¹³⁵.

El arzobispo cita con frecuencia la prohibición bíblica del homicidio, enfatizando el carácter sagrado de la vida que debe ser respetada siempre. Reafirma este principio fundamental refiriéndose a la violencia que sacude al país.

El quinto mandamiento trata del homicidio. Es breve pero tremendo: ¡“No matarás!” Aquí se proclama la sacralidad de la vida. Acuérdense que todo está bajo el epígrafe: “Yo soy el Señor tu Dios, yo que he dado

134. 18/03/79, p. 211, VI.

135. Ver 18/03/79, p. 211-213, VI.

vida, salud a tu hermano, tú se la vas a quitar.” ¡Cuánta sangre está borrando entre nosotros la felicidad y la santidad de este mandato! Se manda a matar, se paga por matar, se gana por matar. Se mata para quitar de enfrente el enemigo político que estorba, se mata por odio. Cuantos crímenes privados habrá en esos cadáveres que aparecen; muchas veces el origen de la captura fue oficial, pero pienso yo el motivo del asesinato: ¿Cuál habrá sido? ¿Quién ha pagado? ¿Qué intereses hay detrás de esa muerte? ¡No mataras! ¡Es terrible!¹³⁶

Romero utiliza ese mandamiento para recordar a las fuerzas del orden, al ejército y a los escuadrones de la muerte que la violencia asesina, hierde al corazón de Dios. La vida es sagrada y no debe sacrificarse a ningún ídolo. El que profana la vida se expone a la ira divina y se excluye de la gracia. Las torturas, los asesinatos, las detenciones arbitrarias hacen parte del paisaje siniestro de esta época de terror. El respeto del carácter sagrado de la vida está en relación con el hecho de que el ser humano es la imagen de Dios sobre la tierra, es su representante y desde el punto de vista teológico, esto le confiere una dignidad trascendente, incalculable para el ser humano. Por el contrario, la propiedad privada no tiene atributos absolutos. La honestidad virtud fundadora, prohíbe robar; el robo y la usurpación traicionan la confianza. El pastor reconoce en la corrupción, la primera forma de robo generalizado. A sus ojos, la malversación de fondos que no para de empobrecer al país, es un homicidio organizado por el que sacrifica a Mammon el bien común. Una vez más, el pastor invierte los preceptos de la moral burguesa que atribuyen los robos únicamente a las clases pobres.

Séptimo en el precepto, en el Decálogo: ¡No robaras! Qué examen de conciencia podíamos hacer aquí, hermanos, cuanto el robar como que se va haciendo ambiente. Y al que no roba se le llama tonto, y al que hace un negocio o emprende una obra y no saca su mordida, no ha sabido aprovechar. ¡No robaras! Otra cosa sería el país si no se robara tanto...¹³⁷.

Por otra parte, el octavo mandamiento, “no levantarás falso testimonio”, tiene una relevancia particular en este ambiente de temor y delación. Por ejemplo, si alguien tenía algún problema con un vecino y quería deshacerse de él, bastaba con denunciarlo a las autoridades militares diciendo que pertenecía a algún grupo revolucionario. Todos estos falsos testimonios hacen que la Iglesia de San Salvador denuncie las mentiras que prevalecen en la sociedad y adopte deliberadamente una posición profética. Por

136. 18/03/79, p. 214, VI.

137. 18/03/79, p. 215, VI.

el contrario, parece ser que la mayoría de los obispos de este periodo de turbulencias, preferían callarse y consideraban a los desaparecidos como vulgares terroristas que merecían seguramente su destino. Los medios de comunicación reportaban dócilmente las versiones arregladas que los gobernantes les imponían. Romero veía también el espionaje como otra forma de mentira porque favorece la crítica al prójimo. Dañar la reputación provoca grandes sufrimientos y presiona al justo. El arzobispo pone en guardia contra las campañas de difamación provenientes de los medios de comunicación.

“No darás testimonio falso contra tu prójimo”. ¡La ley de la sinceridad! Yo quiero darle gracias a Dios porque la Iglesia tiene el lenguaje de la sinceridad. Quiero darle gracias a Dios porque en medio de un mundo de mentiras, donde nadie cree en nada ya, se le cree todavía a la Iglesia. Gracia a Dios que se conserva el sentido de credibilidad. La capacidad de dialogar porque saben que la Iglesia no engaña. Es dura, porque no sabe mentir. Pero en este mandamiento de la mentira ¡Cuántas cosas también habría que recortar! ¿Quién cree las noticias de nuestros periódicos, sobre todo cuando las comentan a favor de ciertos intereses? Por suerte que el pueblo – y yo lo felicito – está aprendiendo a leer y está aprendiendo a oír la radio y está aprendiendo a ver la televisión. No todo lo que sale allí es verdad. Hay mucha mentira. Hay mucho pecado contra el octavo mandamiento¹³⁸.

En Canaán, se olvidó el espíritu de la ley con la instauración de la monarquía, del templo y de los sacrificios rituales. En efecto, la ley se vuelve letra muerta cuando faltan la intención benevolente del legislador y la lógica que se preocupa del bien común y que permite interpretarla. Ya no es más que legalismo sin alma e instrumento de dominio. Es la perversión de los sistemas que se alejan del amor divino¹³⁹, subraya Romero. El legalismo y el olvido del bien común debilitarán poco a poco las instituciones y la fibra moral del pueblo israelita. Sus jefes perderán poco a poco la fe en el poder de Yahvé y se refugiarán en alianzas transitorias con pueblos vecinos. Esto provocará la división del reino en dos entidades diferentes y después la anexión de Israel por Babilonia. Este largo exilio será para el pueblo elegido un tiempo de contrición y comprenderá que Yahvé lo abandonó debido a sus infidelidades numerosas. Pasemos directamente del Decálogo al Exilio para entender las consecuencias nefastas de la ruptura de la Alianza que el pecado provocó.

138. 18/03/79, p. 215-216, VI.

139. Ver 18/03/79, p.217-218, VI.

1.3. El Exilio

Según una lectura hermenéutica y la interpretación de los mismos israelitas, el episodio de la deportación a Babilonia¹⁴⁰ muestra que el pecado, como la ruptura de la Alianza con Dios que se manifestó por su infidelidad al proyecto de una sociedad igualitaria, equivale a una pérdida de criterio y conduce el pueblo a la división y a la perdición. La ley mosaica es la base del código civil y religioso del Israel antiguo para construir esta nación sobre relaciones sanas y equitativas. La ruptura de la Alianza equivale a una corrosión lenta de esas instituciones por la instauración de privilegios y exclusiones para crear relaciones sociales fundadas en la injusticia y en la depredación hacia los más débiles, yendo hasta la esclavitud en caso de deudas. Para Romero, Babilonia ilustra esta ruptura de una manera paradigmática.

Es la ruptura de la alianza, es un pueblo agobiado, casi desesperado, un pueblo para el cual parece que ya no existe Dios. Y, sin embargo, a ese pueblo amilanado, quebrantado, los profetas anuncian esperanza y salvación. Por eso, Babilonia, a pesar de ser la figura del pueblo que ha abandonado a su Dios y que está castigado, es también la figura de un pueblo que se va a recuperar¹⁴¹.

Para el pueblo judío, la gran deportación a Babilonia es su castigo por infidelidad. Dios castiga a los seres humanos a través de su silencio, eclipsando su poder y su gracia en favor de Israel y esto deja libre campo a las armadas extranjeras. Los dirigentes y los jefes religiosos aparecen como los grandes responsables de esta caída. A pesar de que Dios suscitó numerosos profetas para ayudarles a prevenir sus desvíos, ellos no quisieron escuchar. También, una vez exilados, muchos profetas vendrán a anunciarles la esperanza del retorno como lo relata De Sivatte.

Los deuteronomistas, mas que ninguna otra cosa, desean transmitir que es urgente y necesario que el pueblo se convierta, que aprenda la lección que ofrece la historia, que sepa confiar en que el futuro siempre queda abierto – a pesar de las dificultades del presente – y que se trata de un futuro que ofrece mas posibilidades que el pasado ya vivido. Todo lo

140. El pueblo judío sufrió tres deportaciones a manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia. (...) El conjunto de estas tres deportaciones (598, 587, 582) produjo lo que se ha dado en llamar “el exilio de los judíos en Babilonia”. de Sivatte, *Dios Camina con los pobres*, p. 141-142.

141. 25/03/79, p. 225, VI.

anterior, como se ve, esta plenamente relacionado con el presente, que el pueblo esta viviendo en el exilio. Los discipulos deuteronomicos, pues, vienen a decir al pueblo que debe confiar en el futuro, que no tiene por qué desanimarse, que debe luchar..., porque Dios esta con ellos de nuevo y lo unico que les pide es que se conviertan y confien plenamente en Él¹⁴².

Romero traza un paralelo entre la situación contemporánea de El Salvador y la deportación a Babilonia. En efecto El Salvador vive por falta de fidelidad a la Alianza de amor con Dios, las consecuencias trágicas del exilio interior, de la violencia, de los asesinatos políticos, de la muerte prematura que causan el pecado de egoísmo de la oligarquía y de la ignorancia que se impone a las masas. El exilio interior es la condición de vida de un pueblo que ha olvidado su origen y su vocación para limitarse a las satisfacciones inmediatas de sus necesidades y de sus deseos sin ocuparse de la trascendencia de la historia que es sin embargo implacable. Esto sucede con frecuencia a los pueblos dominados y conquistados que deben sujetarse a intereses ajenos a su propio desarrollo. Es el precio de la desobediencia a la sabiduría divina, de arrodillarse ante los ídolos; se alienaron del control de su propio destino que se disuelve en la inmanencia. Se percibe la trascendencia como un puente que une en un mismo punto el pasado, el presente y el futuro.

Los fracasos históricos que conoció Israel lo obligaron a interpretar de nuevo su pasado y después, al interior de este, su relación con Dios. La identidad misma de este pueblo, estaba constituida por la memoria del pasado y gracias a esta, podía inscribirse en la historia y apreciar su continuidad. El antiguo Israel no tenía una visión esclerosada de su historia de la que nada nuevo podía surgir; por el contrario, trataba en caso de colapso, de rehacer su unidad analizando con un punto de vista nuevo, los hechos del pasado de los que nunca había agotado todo el sentido profundo. No se trataba de una mirada científica que buscaba una verdad de facto sino de una visión de fe que aprendía poco a poco a escrutar la presencia o ausencia de Yahvé en los momentos claves de la historia. Por esto, Carlos Mester dice:

No se puede negar un cierto relativismo histórico en el uso que el pueblo bíblico daba a su pasado. Este no tenía un valor absoluto sino funcional, su único valor residía en ayudar a entender y organizar mejor el presente. Entonces, surge una pregunta importante: si se percibe al pasado de un

142. De Ssvatte, R. *Dios camina con los pobres*, p. 147-148.

modo relativo y funcional con respecto al presente, cuál era el valor absoluto del presente que servía para relativizar el pasado? Aquí tocamos un punto muy fundamental que se sitúa a la raíz de la Biblia y que le es anterior, el punto que revela la convicción más profunda de fe del pueblo y del cual proviene todo el resto. Esto es, la certidumbre absoluta que Dios está con nosotros en nuestra historia, certidumbre que da sentido a todo el resto¹⁴³.

Este “nosotros” presupone una concepción orgánica del pueblo fundado sobre la defensa de los débiles. Esta certidumbre absoluta de la presencia de Dios a su lado en la construcción de la historia habita profundamente la mirada de fe con la que Romero percibe la realidad. Esto le permite aún en el momento en que los discípulos del Mal parecen triunfar, reafirmar el carácter trascendente de la historia y la inmanencia de la Salvación. Terminamos aquí esta rápida revisión de la Historia de la Salvación-Liberación del pueblo de Israel tal como Oscar Romero y algunos teólogos de la Teología de la liberación la interpretan. Nuestro objetivo era abordar el tema de la pedagogía divina actuando en esta historia. Vimos que Yahvé es un Dios que camina con su pueblo en el corazón mismo de la historia. Es este el objeto del punto siguiente que trata de la unidad de la historia.

2. La unidad de la historia

La Escritura sagrada relata la existencia de una intención benévola que preside el misterio de la Creación, el destino de las naciones y la salvación de la humanidad. Romero constata que desgraciadamente los humanos tratan de construir su felicidad fuera o aún contra el proyecto de la Salvación-Liberación con el objeto de satisfacer sus deseos inmediatos. Según nuestro autor, esta divergencia conduce al afrontamiento con los que quieren edificar la sociedad y su vida personal tomando en cuenta solo sus intereses idólatras engendrando para ello un sistema de opresión y de muerte. Con esta perspectiva, Schillebeeckx sostiene que los lazos que existen entre la historia profana y la sagrada no pueden dissociarse sin que pierdan su significado ambas ya que se influyen mutuamente en una relación dialéctica.

No se puede reducir la historia de la Salvación a la de las religiones o a la historia del judaísmo o del cristianismo. Toda la historia profana está bajo la dirección de Dios, liberador de la creación. El primer lugar donde

143. Mester, C. *Por tras das Palavras*, p. 111.

se realiza la salvación o la no-salvación, es por tanto, en la “historia profana” cuyo criador y liberador es Jesús pero es también juicio sobre la historia de la no-salvación que los hombres realizan (...) El mundo y la historia de los humanos donde Dios quiere realizar la Salvación son las bases de todas las realidades salvadoras, ahí se realizan la Salvación de un modo primordial o es recusado y se realiza la no-salvación. A esto se aplica la expresión “extra mundus nulla salus”, fuera del mundo de los humanos, no hay Salvación. El mundo de la creación, nuestra historia dentro de la naturaleza y en sus alrededores, es el escenario en el que Dios actúa a través de los humanos. La historia de las religiones es solo un segmento de la gran historia, las religiones son el lugar donde las personas se vuelven expresamente conscientes de los actos de Dios en la historia¹⁴⁴.

Aunque esta afirmación teológica no es nueva en sí, la aplicación pastoral que Romero realiza establece un nuevo paradigma de la revelación de la Salvación y de la reprobación de Dios en el corazón de la historia conflictiva de su país. Según Carlos Mester, la dialéctica de la historia de la Salvación-Liberación se sitúa dentro de la tensión que existe entre la permanencia del pasado y la conciencia de esta presencia en el corazón mismo de los eventos actuales, con la intención específica de construir el futuro. La historia de la Salvación es la toma de conciencia del pueblo hebreo de la Presencia divina que camina con él no solo en el pasado sino también en su historia presente que tiene un lazo orgánico con sus orígenes.

Una de las características fundamentales de la Biblia es la conciencia que tiene el pueblo y que aparece en casi todas sus páginas, de estar ligado inseparablemente a su pasado. Sin el pasado, hubiera sido imposible para este pueblo conocer todo el alcance del momento presente que vivía ni descubrir la esperanza que los hacía caminar hacia el futuro¹⁴⁵.

La lectura de las homilias de Oscar Romero, según nuestro método temático, ha hecho surgir numerosas preguntas con respecto a la unidad de la historia. Por esto recurrimos a teólogos que comparten una misma visión crítica de la historia y de la importancia de la fe como motor del compromiso político en un sentido liberador. Tratemos ahora de discernir con la ayuda de los signos de los tiempos, esta Presencia inmanente en el

144. Schillebeeckx, E. *História Humana, Revelação de Deus*, Sao Paulo, Paulus, 1998, p. 29.

145. Mester, C. *Por Tras das Palavras*, p. 92.

corazón de la historia. Abordaremos esto a partir de tres ángulos: la unidad del cuerpo y del espíritu, la salvación histórica y la Salvación-Liberación actuando en la historia.

2.1. La unidad del cuerpo y del espíritu

Para los hebreos, la dimensión física y corporal de la existencia humana hace un todo con la dimensión espiritual, trascendente y eterna. La división entre la carne y el espíritu apareció con la entronización del pensamiento griego como marco interpretativo de los evangelios. Así es como el pecado fue reducido casi exclusivamente a su dimensión carnal, sexual. Según este concepto, la elevación del alma podía hacerse únicamente retirándose del mundo que estaba de antemano condenado a la perdición y al juicio divino. Esta separación fundamental entre las necesidades espirituales y las necesidades fisiológicas produjo una teología volcada hacia el más allá y poco interesada en cuestiones políticas y sociales. Los modernos transponen esta dicotomía al cuadro de la vida privada y de la vida pública. Todo lo que se refiere a valores, sentimientos y espiritualidad se limitará de más en más a la vida privada porque se le considera subjetivo, sin elementos objetivos. Pedro Casaldáliga obispo y poeta brasileño, resume aquí el sentido original que tenía la palabra “espíritu” en la cultura semítica:

Para la Biblia, espíritu no se opone a materia, ni a cuerpo, sino a maldad (destrucción); se opone a carne, a muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); y se opone a la ley (la imposición, el miedo, el castigo). En este contexto semántico, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad. El espíritu no es algo que está fuera de la materia, fuera del cuerpo o fuera de la realidad real, sino algo que está dentro, que inhabita la materia, el cuerpo, la realidad, y les da vida, los hace ser lo que son; los llena de fuerza, los mueve, los impulsa; los lanza al crecimiento y a la creatividad en un ímpetu de libertad¹⁴⁶.

El Antiguo Testamento se limitaba a perspectivas materiales e inmediatas porque la existencia de la vida eterna como verdadera tierra prometida, no había sido aún integrada por Israel. Las Escrituras comunican el mensaje de un Dios que se preocupa de las condiciones de vida de aquellos que lo aman y lo siguen. Las necesidades de la vida cotidiana son esenciales, pero no deben distraer a los humanos de la trascendencia que es el único medio de construir la historia en solidaridad con Cristo, superando sus

¹⁴⁶. Casaldáliga, P. y Vigil, J. *Espiritualidad de la Liberación*, Tegucigalpa (Honduras), ed. Guaymuras, 1993, p. 34.

debilidades y sus temores. La humanidad podrá construir la historia solo a través del camino de apertura a Dios y esto le hará salvar el abismo de sus incapacidades humanas y no técnicas, incapacidad profunda de arrojarse unidos al trabajo para realizar el bien común. Esta apertura a la trascendencia es un poderoso instrumento de discernimiento en lo que respecta a las verdaderas necesidades que todos deben reconocer. Por esta razón Romero establece la relación que hay entre la pérdida de la trascendencia que él llama “secularismo” y el triste destino reservado a sus compatriotas

“La carne no sirve para nada”. Qué justo el Señor cuando dice esta palabra. Cuando la carne se olvida del espíritu, de lo racional, de la justicia, de la paz, y cuando el secularismo cierra a los hombres en idolatrías de tener más dinero, de tener más poder, de reprimir al pueblo, el mundo se hace un infierno, porque no se abre al cielo, que es el reino de Dios. Es, entonces, la misión de la Iglesia de proclamar ese reino de Dios que tanto necesita nuestro pueblo. “La carne no aprovecha para nada”. Por eso hay tanta situación de pecado. Los cadáveres putrefactos, torturados, despellejados que vamos encontrando por todos los caminos, valles y montanos de nuestra patria son el signo de que en El Salvador nos hemos olvidado de esa palabra de Cristo. Son signos de una carne que no sirve para nada porque la carne se deshace cuando el espíritu se va¹⁴⁷.

El hombre de Iglesia invita sus compatriotas a realizar su vocación a través de un movimiento ascendente, elevando su cuerpo hacia la trascendencia de la vida en Jesucristo porque ahí reside el destino último por el cual fueron creados. Describe esta trascendencia a la vez como un diálogo con Dios y un encuentro íntimo con Cristo. La disposición del corazón y la conversión son indispensables para acoger la presencia mística de Cristo. La proclamación de esta trascendencia por la Iglesia es el origen de su fuerza liberadora. Afirmar que Cristo murió y resucitó, es reconocerlo como Soberano y, por lo tanto, destronar los absolutos falsos¹⁴⁸.

Según la teoría católica sobre la resurrección, el espíritu y el cuerpo deben permanecer unidos eternamente; el primero asumiendo al segundo para permitir que se realice íntegramente. De esta unión que Cristo realiza, proviene la unidad de la historia, de los dominios profanos y sagrados. Así, aunque cada uno es autónomo, existe una interrelación fundamental entre ambos. Por un lado, porque Dios no ha abandonado la

147. 26/08/79, p. 202-203, VII.

148. Ver 26/08/79, p. 203-205, VII.

historia a su suerte, sino que ha enviado su Hijo bien amado para rescatarla. Por otra parte, los humanos violan esta verdadera autonomía cuando invaden el dominio de lo sagrado; este último no se define solo por su objeto de mediación que es la religión o el sacramento sino por su objeto concreto que es el ser humano, llamado a volverse el sujeto consciente de esta Historia de la Salvación. Para Romero no hay nada más sagrado. En este sentido Gustavo Gutiérrez afirma:

Procurar la liberación del subcontinente va mas alla de la superación de la dependencia economica, social y politica. Es, mas profundamente, ver el devenir de la humanidad como un proceso de emancipación del hombre a lo largo de la historia, orientado hacia una sociedad cualitativamente diferente, en la que el hombre se vea libre de toda servidumbre, en la que sea artifice de su propio destino. Es buscar la construcción de un hombre nuevo¹⁴⁹.

Romero afirma la unidad de la historia profana y de la Historia de la Salvación desde los primeros meses de su arzobispado. Para él, no hay distinción irreconciliable entre la ciudad terrestre y la ciudad de Dios. La primera debe corresponder a la segunda reflejando desde esta tierra la antecámara del Reino venidero. Así, el proyecto de Salvación-Liberación que Dios quiere, implica el plano de las realidades terrestres por las que se revela a la humanidad, puesto que la llegada progresiva del reino de Dios se realiza o se infirma a través de las mediaciones concretas de la historia, de hechos sociales, políticos y económicos. Ellacuría dice a este respecto:

Damos por aceptado que no se dan dos historias, una historia de Dios y una historia de los hombres, una historia sagrada y una historia profana. Mas bien lo que se da es una sola realidad historica en la cual interviene Dios y en la cual interviene el hombre, de modo que no se da la intervención de Dios sin que en ella se haga presente de una u otra forma el hombre y no se da la intervención del hombre sin que en ella se haga presente de algun modo Dios. Lo que se necesita discernir es la distinta intervención de Dios y del hombre y el distinto modo de “relacion” en estas intervenciones. De distinto tipo es la intervención y la presencia de Dios en la intervención del hombre cuando esta se da en el ambito del pecado y cuando se da en el ambito del anti-pecado, de la gracia¹⁵⁰.

149. Gutiérrez, G. *Teología da Liberación, Perspectivas*, 18e edición, Salamanca, Sigueme, 2009, p. 142.

150. Ellacuría, I. “*Historicidad de la Salvación Cristiana*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 327.

Es lo que permite a Ellacuría afirmar que el Reino de Dios no llegará sin que haya una cierta ruptura en la cronología de la historia humana. Su Reino está como un horizonte utópico, como una perspectiva que da sentido a los compromisos y luchas de liberación. Por otro lado, el proyecto de Dios no se impone, queda sujeto al libre arbitrio del pueblo. Este debe sin embargo sufrir las consecuencias de su desobediencia a la Ley de la Sabiduría eterna que reposa en la ética que favorece a los pobres. De esta visión unitaria proviene la necesidad urgente de liberaciones humanas a todos los niveles. Leonardo Boff escribe:

La palabra “liberación” es significativa no solo para la praxis política y la reflexión teológica. Ella apoya la urgencia de una conciencia histórica nueva como medio de entender y de situarse ante la totalidad de la historia. El lenguaje de la liberación, tan diverso como lo presentan sus ramificaciones, articula una óptica nueva a través de la que se interpreta la historia pasada y presente de la humanidad. Pensar y actuar en términos de liberación en política, economía, pedagogía, religión, sociología, medicina, psicología, crítica ideológica, etc, implica un viraje hermenéutico y la entronización de un estado de conciencia nuevo¹⁵¹.

Dios da mucha importancia a la felicidad de los pueblos que buscan su Salvación histórica. La Teología de la liberación latinoamericana ha puesto esto en perspectiva considerando la historia y sus realidades concretas como elementos fundamentales de la Salvación trascendente. Aunque esta puede acaecer aún sin salvación histórica individualmente, la historia es un espacio de predilección para el juicio divino. Cuando se juntan nubes negras sobre El Salvador, Romero habla como un rayo de esperanza, del Reino que se acerca a pesar de que muchos lo nieguen. Establece una relación entre la historia de Israel y de su Dios con la de su patria señalando el interés que el Todopoderoso tiene por la política y la historia de todos los pueblos.

2.2. La salvación histórica

Schillebeeckx interpreta las liberaciones históricas, materiales y sociales como prerequisites para la Salvación-Liberación. Esas liberaciones serán auténticas si revelan la dimensión trascendente e inalterable de la dignidad humana. Por el contrario, las experiencias históricas de dominio y explotación no pueden aparentarse a la Salvación-

151. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 13.

Liberación, aunque a veces lo pretendan. Para este autor, el proyecto divino no alcanza su plenitud en las liberaciones terrestres, pero sugiere ya un sentido a través de ellas.

Antes de hablar de la interpretación de la fe, se desarrollan historias humanas dentro de lo que se llama la historia profana y aunque en ellas no haya una alusión explícita a un Dios trascendente, se les percibe como hechos significativos y liberadores del ser humano. La historia humana cuando abre a las personas a una humanidad mejor y a una mayor atención entre los individuos es para los cristianos la historia de la Salvación de Dios independientemente de que conozcamos su estructura salvífica de gracia o de haber tenido liberación humana consciente. (...) Porque Dios es Dios y no es parte integrante del mundo y, así siendo, no parte de nuestra construcción del mundo, no se le puede implicar en cualquier movimiento de liberación humana o limitarlo a ello¹⁵².

El pueblo de Israel siempre asumió la dimensión material de la Salvación-Liberación y esta se volvió universal después de la resurrección de Cristo. Para Romero, la salvación histórica corresponde a la preservación, al desarrollo y a la liberación de los pueblos. Se le considera a cada uno como miembro integrante de esa gran familia de Dios en donde Israel es el primogénito. El arzobispo afirma que el reconocer al Mesías es el elemento principal para el éxito y el progreso verdadero de las naciones. Esto trae consecuencias directas en cuanto a los derechos fundamentales de la persona, a los derechos democráticos y sociales. En efecto, el Nazareno introduce la trascendencia en las relaciones humanas, relativiza las estructuras y las relaciones de dominio y las subordina a la recuperación del ser humano, herido por el pecado. O sea que, para Romero, los problemas de la humanidad no tienen solución si no se refieren a Cristo y a la escatología, a la finalidad que Él subyace.

Romero llama a su homilía del 11 de diciembre de 1977, «La Iglesia de la Salvación». Habla ahí de la misión de la Iglesia que es trascendente pero también histórica¹⁵³. En esta ocasión, incita a la colaboración las diferentes confesiones cristianas para realizar la historia de la vocación humana y divina, sin que los rituales diversos importen ni aún las divergencias teológicas que las separan¹⁵⁴. “Solo Dios puede salvarnos”, es la afirmación de la necesidad que tiene la humanidad de reconocerse humildemente a

152. Schillebeeckx, E. *História Humana, Revelação de Deus*, pp. 27-28.

153. Ver 11/12/77, p.49, III.

154. Ver 11/12/77, p. 51, III.

pesar de todos sus descubrimientos, como tributario de una Salvación trascendental que ilumina y orienta la historia de todos los pueblos en dirección del Reino de Dios. La Salvación-Liberación no podrá ser únicamente terrestre ni proceder exclusivamente de esfuerzos humanos, aunque sean muy nobles, para colmar las necesidades económicas y sociales. Romero dice:

La liberación que la Iglesia espera y proclama, es una liberación que parte de la verdadera libertad del corazón del hombre, del pecado. Por eso tiene que esperar de un Dios que puede perdonar el pecado, la raíz de la liberación. La liberación que la Iglesia espera es una liberación cósmica. La Iglesia siente que es toda una naturaleza la que está gimiendo bajo el peso del pecado¹⁵⁵.

Esta salvación trascendental debe ser deseada; presupone la conversión de los corazones que se refleja en las leyes y las relaciones sociales de cada pueblo. La trascendencia no excluye la relación con el mundo, por el contrario, se inscribe en el corazón mismo de la inmanencia. Por ejemplo, Romero sostiene que “Dios salva a través de la historia de cada pueblo”. Esta voluntad Divina de Salvación y de liberación manifestada en el Antiguo Testamento, se dirige ahora a todos los pueblos. Por esto puede decir:

Los hechos, los acontecimientos históricos de Israel, tienen un sentido profético. Lo que hace Dios con Israel, quiere hacerlo con los demás pueblos. De la Biblia, de la historia sagrada, tienen que aprender los otros pueblos, es el paradigma de todas las historias. Por eso, esta primera lectura de hoy, los salvadoreños la leemos y anhelamos que, así como Judá se restaura volviendo del destierro de Babilonia y convirtiendo las calzadas del desierto en jardines; Judá vuelve a florecer en santidad y justicia, purificado de los pecados sociales, así volverá a El Salvador una salvación que espera la purificación de los pecados de nuestra historia, que espera a la moderación de tantos abusos, que espera la elevación y la promoción de tantos marginados¹⁵⁶.

Romero sostiene la idea que Dios quiere realizar la Salvación-Liberación en la historia, pero no hay un modelo único de ella; cada pueblo tiene su historia propia. Cada pueblo debe hacer su larga peregrinación hacia la Jerusalén celeste según sus propias características, según su idiosincrasia. Por eso añade:

155. 11/12/77, p. 56, III.

156. 11/12/77, p. 57-58, III.

Dios quiere salvar en la historia, los salvadoreños nos salvaremos en nuestra historia nacional. No tenemos nosotros que copiar de otras historias, tenemos que ser autóctonos, conocer nuestras verdaderas causas del mal. Y como salvadoreños, todos, sin excepción, tienen el derecho y el deber de participar en el bien común de la patria. No es patrimonio de un solo partido, no es privilegio de unos cuantos, ya que están en el poder o en las armas, es el derecho de todo salvadoreño que siente en su corazón, el dolor de su patria y tiene que colaborar, encontrando causas políticas para desarrollar su aportación personal cívica al bienestar de todo el país. Dios quiere salvar a El Salvador por sus salvadoreños, por sus políticos, por sus profesionales, por su gente del campo, por todo que se llama lo salvadoreño y todo aquello que ha venido a trabajar con lo salvadoreño¹⁵⁷.

Estas palabras parecen evidentes en un contexto en el que las dos corrientes políticas principales adoptan modelos importados del análisis de la realidad social, es decir la Doctrina de la Seguridad Nacional y el marxismo. En esta perspectiva romeriana, la misión terrestre de la Iglesia es guiar a cada pueblo hacia el objetivo de la paz y de la justicia social prometido por el Reino. Su misión es histórica, aunque su origen y su meta pertenezcan a otro orden. La Iglesia es responsable ante Dios de alumbrar y guiar la conducta de las naciones. Asume la función crítica de proyecto de Dios ante las pretensiones absolutas de todo sistema económico o político. Sin ser un paliativo de las carencias del Estado, la Iglesia puede apoyar por sus obras en lo que se refiere a la educación, la salud y el desarrollo social. Ella deberá, sin embargo, recordar siempre el carácter trascendental de la persona humana.

La patria se construye sobre estos designios de Dios y la verdadera vocación de mi patria, es ser una patria de salvación. La verdadera vocación de los salvadoreños está en que lleguemos un día a constituir ese reino de Dios, no solo bautizados de nombre sino efectivamente cristianos, comprometidos a hacer de nuestros hogares, de nuestras haciendas, de nuestras fincas, de nuestros caminos, de nuestras leyes, toda una estructura de salvación, toda una estructura donde el salvadoreño se sienta verdaderamente realizado como cristiano, capaz de adorar con libertad a su Dios y con toda libertad, proclamar la religión integral que Dios le manda proclamar¹⁵⁸.

157. 11/12/77, p. 58, III.

158. 11/12/77, p. 58-59, III.

Estas estructuras de Salvación-Liberación se oponen a las estructuras del pecado y representan el paradigma de la salvación histórica. Romero llama a los salvadoreños de buena voluntad y a los cristianos que inicien a partir de su medio ambiente, de su trabajo, la transformación social que los Evangelios exigen de todos. Los cristianos no pueden adoptar una actitud beata ante las exigencias del momento histórico que se presente ante ellos, su compromiso debe inspirarse en la fe y alumbrarse con la palabra de vida que Cristo reveló. El arzobispo reitera vigorosamente esta frase: “Dios nos llama para construir nuestra historia con Él”. Invita a cada uno a “ser el artesano del destino del país, a la luz de la fe.” Porque según él, a pesar de todas las vicisitudes de la historia humana, hay que saber extraer alegría y esperanza de la Palabra de Dios. Ella es la brújula a través de la tormenta. La Palabra no debe verse como una fuente de aflicción sino como “la salida luminosa de esta situación¹⁵⁹”. «Sobre las tragedias, la sangre y la violencia, hay una palabra de fe y de esperanza, que nos dice: hay salida, hay esperanza, podemos reconstruir nuestro país. Los cristianos llevamos una fuerza única. ¡Aprovechémosla!¹⁶⁰ »

Los lazos indisociables que unen la humanidad a Dios a través de la historia, no son fortuitos ni ocasionales sino constantes y esenciales. Para Romero, el punto de partida es el encuentro personal de cada individuo con Dios. El relata las experiencias teofánicas de Pedro, Pablo e Isaías. Aunque estas fueron extraordinarias, el arzobispo recuerda que la humanidad entera ha recibido el llamamiento de realizar este encuentro en su vida. A continuación, analiza estos tres encuentros bajo tres aspectos. En el primero, Dios aparece como un ser terrible y exigente que debe ser temido y respetado; en Jesús, sin embargo: “la Encarnación suaviza este poder¹⁶¹”. En el segundo, desde este encuentro glorioso, el ser humano descubre su grandeza que es a la vez humildad ante Dio¹⁶². En el tercero, después de este encuentro, Dios eleva la pequeñez humana purificándola para hacerla instrumento de su Salvación-Liberación.

En la concepción romeriana de la Salvación, el hombre posee el libre arbitrio que le hace escoger el bien o el mal, la Salvación o la condena. Esta opción fundamental que el humano hace interiormente, esta opción de amor y de verdad implica muchas consecuencias en cuanto a los actos y por extensión, afecta la orientación de toda la historia. De la decisión de cada individuo depende la actualización de la Salvación-Liberación en la historia y mientras más sean los que la asumen conscientemente, más

159. 10/02/80, p.207, VIII.

160. 10/02/80, p.211, VIII.

161. Ver 10/02/80, p.212-213, VIII.

162. Ver 10/02/80, p.214, VIII.

determinante será. En el mismo orden de ideas, Schillebeeckx considera la opción fundamental que orienta la vida y los actos de los individuos, como un prerequisite de la fe.

La historia de la Salvación es un hecho liberador para los humanos. La Revelación presupone un hecho humano significativo, un evento ya humanamente importante, liberador de las personas, sin referencia directa a Dios. El acto liberador de Dios es decisivo. Sin Él, el sentido religioso estaría vacío. Nadie puede luchar contra el mal colocándose por encima de las dos partes, de la misma manera en que Dios no puede revelar su Ser verdadero en cualquier historia humana. Solo puede hacerlo en las historias de los que están liberados por su verdadera humanidad (...) Los creyentes contemplan el rostro de Dios en la historia de la liberación humana. Los no creyentes no lo hacen pero en cuanto a la liberación humana, los creyentes y los no creyentes pueden tener un lenguaje común en este proceso. Lo que es decisivo no es expresar el reconocimiento de Dios sino la respuesta a esta pregunta: “De qué lado estoy en la lucha entre el Bien y el Mal, entre los opresores y los oprimidos¹⁶³ ?”

El arzobispo afirma a sus auditores que, para orientar sus actos, el Pueblo de Dios y cada cristiano deben inspirar su alma y su conciencia en el Evangelio y en el ejemplo de Jesús. Para lograr esto, deben tener cuidado con las falsas interpretaciones de las Escrituras. Por esto los fieles tienen que seguir atentamente las enseñanzas del Magisterio, sobre todo las Encíclicas de Medellín y Puebla y de sus obispos. Recuerda que la misión de la Iglesia no es someterse a ningún proyecto político porque tiene que guardar su independencia para poder en cualquier circunstancia evaluarlo a la luz de los criterios del Reino de Dios. Por lo tanto, invita a cada uno a seguir los caminos del Señor, frecuentando los Evangelios y la oración. “Tratan de encontrarse con Dios y vean que su proyecto es de una salvación integral, y que todos los proyectos políticos de la tierra son limitados, y que ningunos nos da toda la dimensión de salvación que Dios quiere para los pueblos y para los hombres¹⁶⁴”.

Cristo no es únicamente el mensajero. Él es también el único medio que Dios reveló a la humanidad para librarse del pecado y de la muerte que acarrea. El proyecto de Dios es de liberación integral que no puede satisfacerse únicamente de liberaciones inmanentes.

163. Schillebeeckx, E. *Historia Humana, Revelação de Deus*, p. 24.

164. 10/02/80, p.216, VIII.

Se interesa en ellas porque reflejan, aunque sea parcialmente, la plenitud del proyecto Divino de Salvación-Liberación. Los proyectos terrenales deben inspirarse y reflejar lo más posible el Reino de Dios, en el que la vida se dará en abundancia. Los proyectos históricos deben ser signos anunciadores de la Salvación-Liberación definitiva del siglo venidero. Por esto, Romero asocia el proyecto del Reino con el progreso material de El Salvador a condición de que se desarrolle con justicia y amor hacia el prójimo. Para el prelado que denuncia toda forma de cristianismo de apariencia, la identidad cristiana y la fe en Jesucristo, deben reflejarse en la implicación política y social de los cristianos; si estos no quieren ser ya la sal de la tierra ni la luz del mundo, ya no deben llamarse cristianos.

El arzobispo muestra con fuerza la importancia y sobre todo el verdadero sentido de la fe cristiana en medio de las tribulaciones de su país. Según él, los cristianos deben comprometerse a partir del corazón mismo de su fe en sus esfuerzos de transformaciones políticas y sociales con el fin de dar un sentido más humano y cristiano a esas reformas. Sin embargo, pone en guardia a sus fieles contra la tentación de buscar únicamente una salvación inmanente. El proyecto de Dios no contradice a los proyectos de la tierra, pero se opone categóricamente a los proyectos del pecado, de la violencia y de la injusticia, de todo lo que se opone a la dignidad de los hijos de Dios. El centro de la evangelización es el anuncio del Reino mesiánico, de la Salvación universal. La salvación inmanente que contienen algunos proyectos políticos, se agota inevitablemente si se aísla de la Salvación trascendente que Jesús ofrece como fuente de inspiración para la conducta y la humanización del mundo. Romero recuerda también al citar la constitución conciliar que los principios cristianos pueden llevar a dos políticos sinceros a conclusiones diferentes y aun diametralmente opuestas ante un problema concreto. Señala que nadie puede pretender ser el único dueño de la verdad al afirmar su fe en el Evangelio¹⁶⁵.

Refiriéndose a su discurso de Lovaina sobre la dimensión política de la fe, Romero repite que esta, para ser auténtica, «tiene que estar metida en las realidades del mundo, pero conservada siempre en Jesucristo». Pregunta a la asamblea: «¿Seremos verdaderamente mensajeros del Reino de Dios? Y los que tienen vocación política y están metidos en organizaciones, o en partidos políticos, o en el gobierno, o en el ejército, o en cualquier mando de realización política de nuestra patria ¿son cristianos de verdad?»¹⁶⁶ En gran medida, el Reino de Dios es la fe en Jesucristo y en los principios que esto presupone.

165. Ver 10/02/80, p.216-218, VIII.

166. 10/02/80, p.218, VIII.

2.3. La Salvación-Liberación actuando en la historia

Según Romero, la Salvación-Liberación quiere encarnarse en la realidad concreta de la historia de cada pueblo. La teología de la historia que quiere enseñar a su pueblo, consiste en discernir esta presencia actuando en los eventos liberadores y trascendentes que suceden en la historia profana misma y denunciando todo lo que se opone a la presencia salvadora en este mundo como proyecto del Malo y fruto del pecado. Por esta razón, la trascendencia que actúa en la historia corresponde según Pablo Richard, a todo lo que permite sobrepasar los límites propios del estado de oprimido y de mortal. Lo trascendente es todo lo que libera al ser humano de la opresión. Así, un evento histórico con alcance liberador se inscribe auténticamente como apertura a la trascendencia¹⁶⁷. Por otro lado, Ellacuría recuerda que esta relación entre la historia y la trascendencia ha sido interpretada erróneamente a través de los siglos y este error perdura aún para muchos.

Se identifica lo trascendente con lo separado y así se supone que la trascendencia histórica es lo que está separado de la historia; trascendente sería lo que está fuera o más allá de lo que se aprehende inmediatamente como real, de modo que lo trascendente sería siempre de otro, lo distinto y separado, sea en el tiempo, sea en el espacio, sea en su entidad. Pero hay otro modo radicalmente distinto de entender la trascendencia, que es más consonante con la forma como se presenta la realidad y la acción de Dios en el pensamiento bíblico. Este modo consiste en ver la trascendencia como algo que trasciende en y no como algo que trasciende de, como algo que físicamente impulsa a más pero no sacando fuera de; como algo que lanza, pero al mismo tiempo retiene. En esta concepción, cuando se alcanza históricamente a Dios – y lo mismo vale decir cuando se alcanza personalmente a Dios –, no se abandona lo humano, no se abandona la historia real, sino que se ahonda en sus raíces, se hace más presente y eficaz lo que estaba ya efectivamente presente¹⁶⁸.

Se trata de un llamado a la trascendencia, a aprender a interpretar con la ayuda de los signos de los tiempos, en medio de la inmanencia cotidiana, de sucesos felices o trágicos,

167. Ver Richard, P. “*Teología en la teología de la liberación*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 214-215.

168. Ellacuría, I. “*Historicidad de la Salvación Cristiana*” *Mysterium Liberationis*, I, p. 328.

la presencia de la gracia divina actuando y sobre todo reconocer dónde interviene el acto humano o a veces, sus omisiones dentro del plan redentor. Ellacuría reporta estas tres distinciones de concepto que hizo Karl Rahner refiriéndose a la historia profana y a la Historia de la Salvación:

- 1) La historia de la salvación acaece y se compenetra con la historia del mundo, porque la salvación acaece ahora, es aceptada libremente por el hombre y permanece escondida en la historia profana en la dualidad de su posibilidad de salvación y condenación;
- 2) La historia de la salvación es distinta de la historia profana, ya que la historia profana no permite dar una interpretación unívoca respecto de la salvación y de la condenación, aunque ha de hablarse de una constante interferencia y coexistencia entre la historia profana y la historia de la salvación y de la revelación, no obstante que Dios por su palabra, que es un elemento constitutivo de la historia de la salvación, ha segregado una parte de la historia para constituir esa parte como la historia de la salvación expresa, oficial y propia;
- 3) La historia de la salvación explica la historia profana en cuanto desmitologiza y desnuminiza, en cuanto la ve como antagonica y oscurecida, en cuanto la interpreta como existencialmente despotenciada y en cuanto la explica cristocéntricamente¹⁶⁹.

De la dicha intrínseca de saberse salvado y experimentar la presencia redentora de Cristo, brota para el creyente la responsabilidad de motivar los cambios sociales que el proyecto de Salvación-Liberación exige. Para Romero, la voluntad del Todopoderoso que se expresa en el Magnificat, debe ser orgullo y ambición para los cristianos que se comprometen en las luchas de liberación partiendo del corazón de Dios. Según Medellín, lo que distingue a los cristianos de otros actores del progreso social, “es la originalidad del mensaje cristiano que no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio¹⁷⁰”. Lo hace decir:

No quiere decir esto que vamos a dejar la liberación del pueblo para más allá de la muerte. Estoy diciendo que Cristo resucitado pertenece ya a la historia presente y que es fuente de libertad y de dignidad humana. Y que

169. *Ibid.*, p. 351.

170. *Medellín*, UCA, N.º 1,3, p.26.

por eso precisamente celebramos la Cuaresma como preparación para la Pascua, para que, desde nuestra situación salvadoreña, viviendo nuestra cuaresma salvadoreña, los salvadoreños disfrutemos la vida nueva de Cristo resucitado buscando un país más justo, más fraternal, donde se viva más intensamente la vida de Dios que Cristo ha traído y que nos da por su misterio pascual¹⁷¹.

La originalidad de la fe de Israel proviene de la reinterpretación permanente de los hechos del pasado a la luz del presente. Esto reposa en la convicción que Dios preside la historia y acompaña a todos los pueblos. Es decir, cuando se logra edificar la unidad de un pueblo sobre una base moral, la gracia de Dios se manifiesta a través de sus bendiciones. Por esto, a principios del pensamiento semítico, no había dicotomía entre la trascendencia y la immanencia. Estas dos dimensiones se reúnen de nuevo en la dinámica fecunda que Romero expone. Como explican los ponentes de la Teología de la Liberación, la Salvación-Liberación o su negación, se realizan concretamente en la historia de los pueblos. En otras palabras, no hay que interpretar la salvación fuera de sus lazos con la historia pasada o presente como lugar de su realización o de su negación. Esto implica la unión del cuerpo y del espíritu, dimensiones materiales y espirituales que el pensamiento semita no disociaba. Aún más, la promesa de un más allá no tenía sentido alguno para los israelitas que trabajaban para edificar una nación soberana bajo los auspicios del Señor de la historia. Las necesidades de la supervivencia cotidiana que dependían de las cosechas y de la salud, los mantenía en una comprensión immanente de la Salvación-Liberación. La pérdida de su soberanía nacional favorecerá una concepción más espiritual y personal sin duda debido a la disensión del pueblo en cuanto a la liberación histórica. Para esta nación, la perspectiva sagrada y trascendente de cada gesto cotidiano permitía guardar un contacto con Dios.

Conclusión

En este capítulo demostramos la importancia de los lazos que unen el proyecto de Dios a la historia, la unidad intrínseca de esta última con el plan de Salvación-Liberación lo cual incluye las dimensiones materiales y espirituales, profanas y sagradas, como principios liberadores. Establecimos primero dos categorías para ayudarnos a captar el concepto de Salvación-Liberación en relación con la historia. La primera se refiere a la Pedagogía divina de la Alianza tal como el Antiguo Testamento lo relata como testimonio a través de las eras de la presencia liberadora de Dios junto al pueblo de

171. 24/02/80, p.266, VIII.

Israel. Notemos que el concepto de Salvación en el Antiguo Testamento corresponde exclusivamente a una liberación terrenal en forma colectiva. La Resurrección de la carne aparecerá mucho más tarde en las nociones soteriológicas hebraicas, sobre todo a partir de los libros de los Macabeos. Del Éxodo hasta el Exilio a Babilonia; Yahvé se deja descubrir como un padre que ama a estos arameos a los cuales escogió para que fuesen su pueblo. La segunda categoría insiste en la unidad intrínseca de la historia con todo lo que esto implica como imbricación de dimensiones de carne y de espíritu, de social y de espiritual, que confirman la función de Salvación-Liberación inscrita en la historia. Romero dice que los cristianos, no pueden abandonar el mundo a su suerte. Deben atestiguar en él la presencia amante y fiel del Dios de la vida y encarnar de manera fidedigna los valores evangélicos.

El próximo capítulo será consagrado a la nueva comprensión del mensaje, de la vida y del Hombre de Nazaret que emerge en las Comunidades Eclesiales de Base, en las reflexiones de los teólogos de la liberación y por supuesto, del pensamiento de Oscar Romero después del Concilio Vaticano II y el encuentro del episcopado latinoamericano en Medellín.

III

Cristo pobre y oprimido

El eje de este capítulo será la Encarnación del Verbo Divino en la persona de Jesús histórico, según la interpretación y la comprensión de Oscar Romero. Como dice Leonardo Boff en su libro *Jesucristo Liberador*: “debemos buscar a Cristo histórico que es la base y la raíz de Cristo dogmático”¹⁷² para poder dar un contenido objetivo a este último:

El tema del Jesús histórico, nos recuerda Casaldáliga, como contrapuesto al Cristo de la fe, adquirió carta de ciudadanía en la teología moderna a finales del siglo XVIII, en el contexto de la teología liberal protestante, preocupada por la búsqueda de los datos biográficos del “Jesús verdadero”, como reacción a la tradición dogmática de la Iglesia y en respuesta a la crítica promovida por el racionalismo de la Ilustración¹⁷³.

Por su parte, Juan Luis Segundo señala la imposibilidad de acceder directamente al Jesús histórico. Sin embargo, hay que considerar la unidad y la lógica interna del mensaje evangélico como criterio exegético. Otro criterio de discernimiento, consiste en separar el mensaje del Cristo histórico de la interpretación hecha por las comunidades que escribieron los evangelios varias décadas después de la Resurrección, bajo la influencia de la fe en un contexto de persecución. Este autor considera que debe tenerse en cuenta la interpretación política como fuente hermenéutica de las palabras y de los actos de Jesús junto con otros ángulos interpretativos para llegar a captar la riqueza del mensaje y el contexto dentro del cual se expresó. Es lo que él califica de pre y post pascual¹⁷⁴. Segundo afirma también que el Jesús histórico tuvo que afrontar la ideología teocrática de las castas dominantes de Israel que utilizaban el nombre de Yahvé para defender sus privilegios creyéndose a salvo del juicio divino. En su dimensión política, el mensaje de Jesús denuncia la ideología de los poderes religiosos como instrumento de avasallamiento que se erige sobre la opresión y la exclusión de la mayoría¹⁷⁵.

172. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, Paris, Cerf, 1985 (1972), p. 12.

173. Casaldáliga, P. et Vigil, J. *Espiritualidad de la Liberación*, Tegucigalpa (Honduras), ed. Guaymuras, 1993, p. 143.

174. Segundo, J. en Sobrino, J. *Jesucristo liberador, Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*, San Salvador, UCA editores, 1991, p. 108-128.

175. *Ibid.* p. 192 et 207.

Por otra parte, el Cristo de la fe y el Jesús histórico son indisolubles hasta cierto punto ya que la perspectiva del uno está inevitablemente influida por la perspectiva de fe que el otro introdujo a partir de la Resurrección. El objetivo al separar estas dos temáticas es obtener una mejor aproximación entre ambas. En otras palabras, la comprensión del Jesús histórico no altera la del Cristo resucitado y corresponde mejor a las exigencias de una fe adulta, coherente y responsable. Boff cita a Bultmann que aborda este punto desde un punto de vista crítico; para él la diferencia entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, se puede resumir en tres puntos:

- a. Lo que entró en la predicación apostólica (kerigma) es la figura mítica del Hijo de Dios en lugar de Jesús como personaje histórico.
- b. En lugar de la predicación escatológica del Reino de Dios hecha por Jesús, el kerigma fue el anuncio de la muerte de Cristo en la cruz por nuestros pecados y la resurrección maravillosa por Dios, para salvarnos. Jesús predicó el Reino. La Iglesia predica a Cristo; ahora se predica al predicador.
- c. En lugar de la obediencia radical y el amor absoluto que Jesús pedía, tenemos una doctrina sobre Cristo, la Iglesia y los sacramentos. Así, la parénesis ética (exhortación moral), que para Jesús tenía la primacía, es relegada al segundo plano¹⁷⁶.

Según la antropología cristiana que Boff sugiere: “Nosotros nos definimos al definir a Jesús. De hecho, no podemos salir de la vida, de nuestra cultura, de nuestra situación para alcanzar a Jesús en su “estado puro” tal como fue. Vamos hacia Él con todo lo que tenemos y con todo lo que somos”¹⁷⁷. La cristología latinoamericana escogió como punto de partida al hombre y a la mujer pobres que son la mayoría de este continente. La antropología, la realidad social, económica y política, juegan un papel preponderante sobre la idea que nos hacemos de Jesucristo. La mediación socio analítica es el horizonte de la interpretación hermenéutica del mensaje y del mensajero. Toda reconstrucción de la historia de Jesús parte a sabiendas o no, de un esquema interpretativo. Aquél que estudia o que reporta eventos o un texto, se sitúa y frecuentemente sin darse cuenta, dentro de un círculo hermenéutico del que no puede escapar si no toma conciencia de lo que lo habita. En otras palabras, el lector debe examinar sus intenciones antes de iniciar la dicha lectura. ¿Qué busca en los textos del Evangelio? Cuáles son sus “a priori”? ¿Qué intereses quiere proteger? ¿Dónde se sitúa socialmente antes de iniciar su esfuerzo de interpretación?

176. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 18.

177. *Ibid.* p. 48.

Para Jon Sobrino -asesor de Oscar Romero en sus años difíciles- el Cristo Liberador es ante todo Jesús de Nazaret, el hombre histórico. Los cristianos asesinados en América Latina debido a su fe, murieron porque estaban comprometidos como discípulos de un Jesús encarnado solidariamente en los problemas y las dificultades del tiempo presente. Porque los que integraron en sus actos una fe en el Jesús solidario de los pobres, conocieron el mismo destino que Él¹⁷⁸. Como lo demostró el ejemplo de la crucifixión, la fe se vuelve conflictiva cuando toma partido por los oprimidos, oponiéndose a los opresores. Por esta razón, es pertinente señalar que las élites y las clases dirigentes tanto dentro como fuera de la Iglesia Católica, se apresuraron a presentar una imagen nueva de Cristo, sin relación con la historia. En América Latina, la fe es la motivación mayor para comprometerse con la transformación social y esto explica la multiplicación de movimientos espiritualistas como respuesta a esta imagen del Jesús histórico más comprometida y arriesgada.

Lo importante, dice Sobrino, es que esta nueva comprensión de Cristo permite a la fe poner en duda las estructuras injustas y opresoras y abandonar las actitudes resignadas y fatalistas de la religión tradicional. Él ve en esto un cierto retorno al origen, a la fe de las primeras comunidades cristianas. La imagen tradicional que se ha transmitido a través de los siglos, fue la de un Cristo sin Jesús. Un Dios abstracto puede ser peligroso si se olvida el Hombre de Nazaret que fue¹⁷⁹. Ante la imagen de Cristo caritativo, pero nunca profeta, de un Cristo Rey y no pobre entre los pobres o de un Cristo que reconcilia los seres humanos entre ellos disimulando la lucha de clases que procede de estructuras injustas, el resultado es el mismo: se neutraliza el poder subversivo de Jesús histórico, se le domestica convirtiéndolo en un objeto de adoración, pero nunca en un sujeto de cambio social. Al fin y al cabo, se le quita toda carga profética y se vuelve sin ninguna exigencia ética. Se sustituye esta última por una observancia casi mágica de los preceptos religiosos y los símbolos remplazan aquello que debían ilustrar. Este autor atribuye esta pérdida de sentido histórico a una cierta visión de la cruz como una reconciliación del género humano con Dios. Si Cristo es trascendencia, no es únicamente esto. La reconciliación de la Cruz hizo olvidar el aspecto conflictivo de la historia. La paradoja de esta percepción es que acarreó con ella el apoyo de la Iglesia al orden y a la ley, dos de las instituciones que contribuyeron a la ejecución de Jesús histórico¹⁸⁰. Otro peligro es una visión demasiado conceptual de Cristo, como las que desarrollaron los primeros concilios que discutían sobre el problema de la esencia doble

178. Ver Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 34.

179. Ver *Ibid.* p. 37.

180. Ver *Ibid.* p. 40.

lo cual era inadmisibles tanto para los pensadores griegos como para la fe judía. El análisis puramente conceptual del significado de Cristo que trataba de pasarse de Jesús histórico, el cual era accesible por lo menos en parte a través de los Evangelios, puede conducir solo a una fe desencarnada que mantiene al creyente fuera de la historia. Por esta razón, este teólogo de la liberación afirma:

Cuando el discurso versa sobre una realidad del pasado, el relato se hace claramente insustituible y se convierte en memoria: «Recuerda Israel», «Hagan esto en mi recuerdo». Esa memoria es el modo más adecuado para comprender el pasado, pues el relato incorpora al oyente, cuenta una experiencia y, por su propia naturaleza y dinámica, desea convertirla en la del oyente. El relato invita, sacude, anima, pero no obliga. Como le recalca Metz, el relato cristiano es memoria peligrosa, recuerda la vida y el destino de un crucificado. Y si lo “peligroso” de esa memoria es “relato”, entonces, es algo no solo para ser comprendido conceptualmente (el por qué y para qué de la cruz), sino que es invitación y exigencia a una ineludible toma de postura¹⁸¹.

A esto invita Oscar Romero en todas sus homilías e identifica como lo veremos luego, a Jesús de Nazaret con los pobres de su país. Él ve aquí un compañero de camino solidario de las penas y de las dudas de los humanos que comparte sus alegrías, sus sufrimientos y sus esperanzas de liberación. Jesús es así el que defiende la vida contra todo lo que se le opone. Esta reflexión hablará del aspecto immanente de Cristo partiendo de lo que sabemos e intuimos de su vida, sus gestos de amor y de compasión, pero también de rebelión contra la injusticia y la hipocresía institucionalizadas. Esta lectura de primer nivel nos ayudará a profundizar el rostro humano del Hijo de Dios tal como Romero lo percibía en su soteriología cristológica. Señalaremos la identificación permanente de este Hombre-Dios con los más pequeños, los débiles y los oprimidos que son siempre los olvidados de la historia, ignorados con demasiada frecuencia a pesar de la importancia primordial que tienen a los ojos de Dios.

El recorrido hermenéutico de este capítulo empieza por una actualización del personaje de María de Nazaret y de la encarnación de Cristo que implica su Kénosis. Buscando al Jesús histórico, revisaremos brevemente algunas etapas de su vida relatadas en los evangelios y trataremos de descubrir su poder de evocación para los creyentes de

¹⁸¹ Sobrino, J. *La fe en Jesucristo, Ensayo desde las víctimas*, San Salvador, UCA editores, *Colección Teología latinoamericana, volumen 24*, 1999, p. 448.

América Latina comprometidos desde esta nueva visión de la fe que el arzobispo y los teólogos de la liberación proponen.

1. María de Nazaret

La devoción a la Santa Virgen es un rasgo cultural preponderante en la religiosidad popular latinoamericana. Romero afirma que ella pertenece a la identidad de estos pueblos. «Hoy hemos ido recordando como ella es la mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio; situaciones que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad (Puebla 302)¹⁸²». Dichas condiciones de marginalidad son todavía la suerte de la mayoría de los latinoamericanos.

Por otra parte, conviene también señalar lo que la teología feminista ha aportado poniendo en duda el modo de representación de Dios en forma patriarcal tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Hay que especificar que, si bien el humano está hecho a la imagen de Dios, lo es tanto bajo su forma femenina como masculina. Excluyendo la época de las primeras comunidades, la mujer ha sido siempre relegada a un papel subalterno tanto en las Escrituras como en la Historia de la Iglesia. El arzobispo Romero reconoce el inmenso valor de la contribución femenina para preservar la vida humana, pero lo hace en la óptica tradicional, propia de su generación y de la institución que representa. Boff señala con justeza que hay que ser prudente con los “a priori” culturales de cada época.

La Revelación acaeció en la era patriarcal, cuando la mujer desempeñaba solo funciones secundarias. Dado que esta sucede en la historia y que obedece a la ley de la Encarnación, la Revelación asumió los condicionamientos socioculturales de la predominancia masculina. El Antiguo y el Nuevo Testamento son libros de hombres, en una sociedad masculina en la que la mujer es una asistente en las actividades del hombre. La conciencia de esta amalgama histórica e ideológica nos obliga, hermenéuticamente, a “depatriarcalizar” las Escrituras y a vigilar continuamente los contenidos masculinizantes que podrían infiltrarse en las expresiones religiosas de la Biblia y de la tradición¹⁸³.

182. 23/12/79, p. 69, VIII.

183. Boff, L. *O Rostro Materno de Deus*, Petropolis, Vozes, 1978, p. 75.

Según Ivone Gebara, la Teología de la Liberación restituye al ser humano ya sea hombre o mujer, a su devenir histórico como persona responsable. Esta antropología considera al ser humano como centro de la historia y revelación de la imagen divina; concibe la historia bajo el ángulo de la unidad y no opone la Historia de la Salvación con la historia humana. Para los teólogos de la liberación, lo eterno siempre es histórico. Esta perspectiva permite tener un nuevo entendimiento de la figura de María¹⁸⁴ que no puede quedarse presa de una imagen paralizada en el tiempo. Esta debe mantenerse en diálogo con las diferentes épocas como paradigma de la mujer que abraza lo divino.

María, después de ser alguien que “ha vivido en la historia”, es alguien que “vive en Dios”. En los que “viven en Dios” se proyecta la situación de los que “viven en la historia”, situación de limitación y al mismo tiempo de deseo de lo ilimitado. Lo que en la vida de los que “viven en la historia” rompe la armonía, la perfección, la salud, la integridad, la protección, la plenitud, la felicidad, el amor, los valores del deseo de lo ilimitado, eso es lo que es pedido y buscado en los que “viven en Dios”. En América latina, la relación de los que “viven en la historia” con los que “viven en Dios” ayuda a romper el profundo sentimiento de abandono y desamparo de las mayorías pobres y oprimidas del continente. El clamor por Dios y por los que “viven en Dios” – entre los que se destaca, dentro del pueblo pobre y creyente latinoamericano, María – es el clamor en busca de socorro, cualquiera que este sea. De esto está hecha la espiritualidad del pueblo latinoamericano y, concretamente, su espiritualidad mariana. María es la esperanza, la madre, la protectora, aquélla que no abandona a sus hijos¹⁸⁵.

Durante toda su vida, Oscar Romero manifestó una devoción profunda y sincera a la Virgen María. Con el tiempo aprendió a reconocer en ella no solo el rostro maternal de Dios sino también una mujer de carne y hueso comprometida con la transformación de la historia de su pueblo. Romero atribuye tres tipos de características a esta mujer de Palestina: la primera es Teotokos o madre de Dios, la representación tradicional de María que continúa manifestándose por apariciones en diferentes partes del globo: México, Lourdes, Fátima. La segunda, el ser físico, carnal de María histórica que sufre siendo joven, de la persecución de Herodes y que vive bajo el yugo romano. Finalmente, la más apocalíptica, se refiere a María, Madre de la Iglesia. Es esta a la que el dragón trata de devorar.

184. Cf. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, *Mysterium Liberationis*, I. p. 603.

185. *Ibid.* I, p. 603.

1.1. Teotokos

Dios necesita al género humano para construir la historia, así como este necesita a Dios para progresar hacia su realización. María es la gran colaboradora de la Salvación-Liberación, así como Abraham, Moisés y tantos otros que escucharon y respondieron a su llamado. Dios la escogió como instrumento de su venida a la tierra. Suponemos que María pertenecía al grupo de los pocos israelitas cuyo corazón permanecía aún fiel a los principios de la fe y de la ley hebraica. Así nos la presenta Romero.

Quando María recibe al anuncio del ángel: “Si quieres ser madre del Salvador!” María va a ser la responsable de toda la humanidad. Aquel *fiat*, “hágase en mí según tu palabra”, no es solo de aquella muchachita de Nazaret, es la voz de angustia de todos los pueblos que necesitan redención. Se podía decir que esta zozobra, esta crisis, este espanto de El Salvador en 1979 pesaba con toda su angustia en los labios temblorosos de María: “He aquí la esclava, ven a salvar a este pueblo. ¡Ven, El Salvador te necesita, te necesita la historia, te necesitan los pueblos!” María es, entonces, la que da a luz el ser misterioso que Dios ha prometido como señal de su omnipotencia, como señal de su salvación¹⁸⁶.

Para Romero la Virgen Santa representa el arquetipo de la persona que puede transformar la historia de su nación mediante su escucha de la palabra de Dios. Él propone la idea que el individuo que acoge al Altísimo en su corazón, cambia sus actitudes y sus acciones en consecuencia. Esta persona inicia así un proceso de auto liberación, un germen de reforma social muy contagioso ya que se propaga a través del amor al prójimo y del don de sí mismo. Romero afirma: “El verdadero homenaje que un cristiano puede tributar a la Virgen es hacer como ella el esfuerzo de encarnar la vida de Dios en las vicisitudes de nuestra historia transitoria¹⁸⁷”. A sus ojos, María es un signo concreto de la presencia de Cristo. Cuando se le reza a ella, su Hijo está también presente. Por otro lado, deplora el abandono progresivo del Rosario, elemento asociado a la devoción Mariana. Él considera que la Madre de Dios es una fuente inagotable de gracias, bendiciones y santidad; la humanidad necesita de ellas para poder progresar. La devoción a la Virgen tiene un aspecto virtuoso e inocente del cual carece nuestra época como lo explica.

186. 23/12/79, p.67, VIII.

187. 24/12/78, p.64, VI.

Nadie como María nos enseñará el espíritu de adoración ante el Cristo que es Verbo de Dios hecho carne, nadie sintió la experiencia tan viva, de que en sus propias entrañas el Verbo se hiciera carne. Ella le ofreció en nombre de toda la carne humana el pequeño seno virginal, donde Cristo se encarna para asumir en sí como nos acaba de decir el Concilio: todas las manos de los trabajadores, todos los cerebros de los pensadores, todos los corazones de los que aman, todas las alegrías humanas. Nada humano es ajeno a Jesucristo, porque Él se ha hecho carne, ha querido asumir todo lo que significa la carne en su dignidad de Hijo de Dios¹⁸⁸.

Para él, María es un ser perfecto que puede servir de faro a toda la humanidad para atravesar las tinieblas ya que aún en las horas más oscuras, el creyente puede acercarse a ella para encontrar el consuelo de su corazón inmaculado. El arzobispo afirma volviéndose hacia el rostro materno de la diosa-madre, que la oración a María consuela tanto como el consuelo de una madre a su hijo triste. “Representante de esta diócesis afligida, yo pongo en esta tarde a los pies de la Virgen, la diócesis como una niña para que ella la proteja; y estoy seguro de que la está protegiendo, la está amando y no nos desamparará¹⁸⁹”. La aparición de la Virgen de Guadalupe en México es altamente simbólica en la cultura latinoamericana. De hecho, la Virgen de Guadalupe escogió a un indio ignorante aún de su nombre, expresando así su deseo de ser amada por los más humildes. María enseña el espíritu de pobreza que pasa por el desprendimiento de los bienes de este mundo y de los que los poseen y realza la importancia de los débiles y los pequeños a los ojos de Dios. Esto no impide la recuperación de la Virgen de Guadalupe por la derecha religiosa y de las élites de diferentes países para legitimar el orden y el poder. Romero la representa así:

María aparece en la Biblia, como la expresión de la pobreza, de la humildad, de la que necesita todo de Dios y cuando viene a América, su diálogo de íntimo sentido maternal hacia un hijo, lo tiene con un indio, con un marginado, con un pobrecito. Así comienza el diálogo de María en América, en un gesto de pobreza. Pobreza que es hambre de Dios, pobreza que es alegría de desprendimiento. Pobreza es libertad, pobreza es necesitar al otro, al hermano y apoyarse mutuamente para socorrerse mutuamente¹⁹⁰.

188. 17/12/78, p. 44, VI.

189. 15/05/77, p. 47, I-II.

190. 12/12/77, p. 61, III.

La Iglesia debe reflejar la imagen de María en el mundo y, sin embargo, no es siempre fiel al espíritu de austeridad y de apertura a la providencia como camino de plenitud y vía real de acceso a Dios. María enseña a la Iglesia que la humildad y el espíritu de desprendimiento son requisitos para la Salvación-Liberación. Romero considera que la Virgen de Guadalupe quiso revelarse como una presencia activa en la transformación de la historia y de la evolución de América Latina. Al revelarse a los humildes, María indica a la Iglesia de este continente que la Salvación-Liberación debe pasar por los pobres, por su acompañamiento y apoyo constantes en su educación y su desarrollo¹⁹¹. En este mismo sentido, Ivone Gebara, famosa teóloga feminista, profundiza más el alcance ético que se atribuye a la aparición de la Virgen en México a principios de la colonia.

La aparición de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego encierra una exigencia ética de consecuencias históricas importantes. Es la exigencia a que se cumple el respeto absoluto al otro, de acoger de hecho y de derecho su trascendencia, en el respeto a su vida. En la aparición, la “divinidad” de lo blanco asume lo indígena o lo indígena la asume como suya para hacer valer su derecho al respeto y a la vida ante el poder blanco. La Virgen María habla, en la aparición, el mismo lenguaje que el indio. Conversan en su idioma, en el idioma de su pueblo y no en el idioma del colonizador. La divinidad parece que toma partido por el débil, por aquel con quien habla y al que se manifiesta. Para levantarlo y darle fuerzas ella se le hace semejante en el lenguaje. El indio la comprende y tiene absoluta certeza de su protección. La aparición se convierte en aliada del indio como colectivo, como cultura oprimida¹⁹².

De hecho, la fe de los autóctonos se articula especialmente en esta imagen de una divinidad protectora que consuela al afligido, el cual paradójicamente, es víctima de la opresión de los que se declaran defensores de la fe cristiana. Así, muchos indígenas

191. María es la imagen de una Iglesia que no quiere sentirse al margen de la historia, sino que quiere estar en plenitud en la vida de los pueblos. Apenas descubierta América, María se inserta, María vive con nuestra historia. Aquí está la muestra. Nuestro pueblo siente que María es algo del alma de nuestro pueblo, y así lo sienten todos los pueblos latinoamericanos. Nadie se ha metido tan hondo en el corazón de nuestro pueblo, como María. María, pues, es la imagen también, un reclamo, de una Iglesia que quiere estar presente con la luz del evangelio, como Dios la quiere, en la civilización de los pueblos, en las transformaciones sociales, económicas, políticas; no podemos prescindir de un evangelio que nos amamantó, no podemos traicionar una Iglesia, un Dios, que nos ha dado los secretos de los verdaderos caminos por donde los hombres se hacen felices. 12/12/77, p.62, III.

192. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, dans *Mysterium Liberationis*, I, p. 615.

sin renegar su procedencia cultural ni sus raíces ancestrales han integrado su fe y los evangelios a su propia interpretación de la vida, de la historia y del mundo. Es este el nacimiento de una nueva cosmovisión que integra tanto la relación con la Tierra y la naturaleza como la *paránesis* ética de Cristo como guía de la acción comunitaria.

Ya hemos visto que Romero sabe actualizar las prácticas y devociones ancestrales. Afirma que el futuro no es posible si se busca suprimir la herencia cultural, religiosa y espiritual, de estos pueblos. La identidad clava sus raíces muy profundamente en el alma humana y por esto, hay que saber deducir el sentido de patrimonios diversos. Romero no acredita en el ideal revolucionario de la *tabula rasa* que trata de crear un ser humano nuevo y una sociedad nueva partiendo de una teoría abstracta o de un concepto ideológico. Por lo contrario, dice que es a partir de la recuperación de la herencia de las tradiciones del pasado, en plena conciencia y no como simple atavismo, como se puede edificar una civilización más humana en su relación con la historia y con la trascendencia.

1.2. María, mujer del pueblo

Esta mujer demiurgo, objeto de devoción en toda América Latina, fue también una mujer del pueblo, una madre ejemplar cuyas palabras y actos inspiran aún a los creyentes. Romero reconoce en ella un gran valor ante la adversidad, lejos de la imagen ingenua que a veces se le atribuye. Para él, ella supo vivir una espiritualidad encarnada en la conciencia histórica. Él señala que esa a quien Cristo escogió para encarnarse no era del tipo de mujer que el mundo valoriza por rica o bella o poderosa. La presenta como una mujer patriota que amaba profundamente a su pueblo, a su país, su historia, su fe y su cultura. Ella personifica a la mujer que sufre las angustias de su pueblo y tiene esperanza en la llegada de su Liberador.

Se sentía ella la encarnación de toda una historia. Nadie ha sido tan nacionalista como María con su nación. ¡Es un ejemplo! Hermanos, yo quisiera que, en este día de María, Madre de Dios, destacáramos esta nota: la Patriota, la que amo a su pueblo, la que vibró con su pueblo, la que conocía las tradiciones, la que no traicionaba los signos patrios¹⁹³.

Schillebeeckx restituye la inocencia de María en el contexto de las dificultades de la vida humana insistiendo en que su existencia no se desarrolló fuera de la historia. Ella vivió en su cuerpo las turbulencias de la condición humana y la situación histórica en

193. 01/01/78, p.122, III.

la que estaba inmersa, teniendo la convicción profunda de que Dios estaba al lado de su pueblo fiel y que terminaría por resolver la situación a su favor.

La inocencia de María no la protegía de un mundo pecador ni de la incomprensión y no la ponía a salvo de los reveses incomprensibles e irracionales de la existencia humana. La confusión de la vida, las intrigas de la sociedad y las ciegas tempestades de las pasiones humanas pueden crear situaciones críticas que produzcan víctimas inocentes. La inocencia no alejaba a María de estas situaciones humanas normales, pero la fortificaba de modo que, a pesar de las dificultades, podía aceptar aún las más espinosas con abandono santo y vivir interiormente de otra manera. Nazaret es la casa de aquellos que creen luchando, de los que aceptan con valor las dificultades de la vida en pleno abandono a la Providencia¹⁹⁴.

Hacia 1970 ante las numerosas dictaduras, muchas jóvenes se incorporaron a la lucha de liberaciones nacionales inspirándose en su fe cristiana y en un deseo auténtico de luchar para defender la vida, promover los derechos sociales y liberar a las hermanas y hermanos encadenados por la miseria y la opresión. Raquel no se limita a llorar a su hijo, ella aprende a defenderlo resueltamente (Mt 2,18). Al final de la guerra civil en El Salvador, una visión reveladora fue inmortalizada por las imágenes de esa joven revolucionaria en traje militar con su ametralladora en una mano y su recién nacido en la otra. Las mujeres mayores adoptaron el rostro de las Madres de la Plaza de Mayo, que buscan a sus hijos desaparecidos durante el régimen militar argentino. Figuras célebres de la conciencia cívica de las mujeres de todo el continente, estas madres evocan la imagen de la Virgen al pie de la cruz. Gebara recuerda:

María ha sido la gran compañera y madre de muchas luchas populares en América latina. Mucho son los movimientos campesinos en Brasil, Bolivia y Perú que han sido estimulados por el amor del pueblo a la Virgen que lucha con ellos por su liberación. Otro ejemplo significativo es la devoción a la Purísima en Nicaragua durante el periodo de lucha de los sandinistas contra el régimen de Somoza. En El Salvador el mismo amor del pueblo lleva a monseñor Oscar Romero a afirmar: “El verdadero homenaje que un cristiano puede tributar a la Virgen es hacer con ella el esfuerzo de encarnar la vida de Dios en las vicisitudes de nuestra historia transitoria¹⁹⁵.

194. Schillebeeckx, E. *María, Mãe da Redenção*, BOFF, L. *O Rosto Materno de Deus*, p. 132.

195. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 614.

María toma la palabra para derribar a los potentados de sus tronos, pero es al mismo tiempo la diosa madre, dulce, tierna y afectuosa, que consuela a los afligidos. En los sectores comprometidos, esto hace parte del imaginario popular. Esta visión militante de María, joven trabajando con todo su ser para transformar al mundo, encuentra eco en los documentos de Puebla tal como los cita Romero.

Recordábamos también cómo María en su cantico, precisamente en el evangelio de hoy “se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios “ensalza a los humildes” y, si es el caso, derriba a los potentados de sus tronos”¹⁹⁶.

En los últimos cuarenta años, la Virgen latinoamericana ha tomado ante las Comunidades Eclesiales de Base, el rostro de una pasionaria que se inspira en el mensaje subversivo del Magnificat el cual se prohibió en los sermones de diferentes países, especialmente en Argentina bajo el régimen militar. Al mismo tiempo, ese rostro humano enseña el amor y la misericordia capaces de unir a los corazones en la alegría de reconocerse hijos e hijas de Dios, filiación común que puede dar vida a un verdadero espíritu fraterno. Por lo menos esta es la interpretación de una de las más grandes teólogas de la liberación.

El canto de María, el Magnificat (Lc 1,46-55), es un canto de guerra, canto del combate de Dios trabado en la historia humana, combate por la instauración de un mundo de relaciones igualitarias, de respeto profundo a cada ser, en el cual habita la divinidad. La imagen de la mujer preñada, capaz de dar a luz lo nuevo, es la imagen de Dios que por la fuerza de su Espíritu hace nacer hombres y mujeres entregados a la justicia, viviendo la relación con Dios en la amorosa relación con sus semejantes. El canto de María es el “programa del reino de Dios”, así como lo es el programa de Jesús, leído en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-21). El parto de María (Lc 2,7) tiene un significado colectivo, en el que todos están implicados, superando los límites de la biología y de la fisiología humanas. Se trata del nacimiento de Dios en la humanidad¹⁹⁷.

María da un ejemplo de desprendimiento de los bienes y de los poderes terrenales, así como de los placeres carnales, del control de los deseos, necesario para hacerle un lugar

¹⁹⁶. 23/12/79, p. 69, VIII, (Puebla 297; 99).

¹⁹⁷. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 607.

al Otro y a lo nuevo que Él suscita en la historia. Su alegría reposa completamente en un doble movimiento de adoración y de colaboración con la obra Divina, empezando por asumir ella misma el milagro de la vida. Sin embargo, María ya no aparece como el arquetipo de la mujer sumisa; ella es una gran patriota, es el alma misma de la resistencia de las primeras comunidades cristianas. Participa al misterio de la encarnación en sus propias entrañas y con esta contribución, ella aspira a la liberación de su pueblo y desde el principio, aunque tal vez de un modo confuso, a la Redención del género humano. Lo que, es más, como dice Gebara, María pertenece a los dos testamentos que une en su seno.

María, aunque nace en un contexto patriarcal, donde la mujer es cosa, propiedad del hombre a todos los niveles, es una figura que vive en los dos Testamentos. Participa y saborea la nueva experiencia liberadora del movimiento de su Hijo, que inaugura un discipulado igual para hombres y mujeres. Es portadora, justamente con las otras mujeres de la primera hora de la Iglesia, de una nueva esperanza y un nuevo modo de ser mujer. Representante legítima del pueblo de Israel, figura-símbolo de la Sion fiel, María es – también y no menos – portadora del nuevo Israel, del nuevo pueblo, de la alianza que Dios hace con la humanidad, donde la mujer ya no aparece más pasiva y sumisa al hombre, ya no como ser inferior, sino como sujeto activo y responsable, compañera del hombre, asumiendo con él, hombro con hombro, muchas de las tareas inherentes al anuncio de la Buena Nueva¹⁹⁸.

Esta mujer participa en los sufrimientos y las humillaciones de su pueblo. El Viernes Santo, está desgarrada por el suplicio de su Hijo y al mismo tiempo, guarda en su corazón una esperanza imposible. Sufrir con Cristo y según Romero, esto es lo que le da sentido a su dolor. También las madres de los desaparecidos extraerán fuerza y valor en esta imagen de la Virgen al pie de la cruz. El arzobispo ve aquí un lazo poderoso entre la opresión de las víctimas, la ofrenda del sacrificio consentido y la esperanza de la resurrección.

Aquí está el secreto, hermanos, el dolor es inútil cuando se sufre sin Cristo, pero cuando el dolor humano continúa el dolor de Cristo, es dolor que sigue salvando al mundo, es dolor como el de María: sereno, lleno de esperanza, aun cuando todos desesperaban en la hora en que Cristo moría en la cruz, María serena, espera la hora de la resurrección.

198. *Ibid.* I, p. 605.

María, hermanos, es el símbolo del pueblo que sufre opresión, injusticia, porque es el dolor sereno que espera la hora de la resurrección, es el dolor cristiano, el de la Iglesia que no está de acuerdo con las injusticias actuales, pero sin resentimientos esperando la hora en que el Resucitado volverá para darnos la redención que esperamos¹⁹⁹.

María estuvo presente también al nacer la Iglesia, en el día de Pentecostés; en las bodas de Caná, ella dice a los sirvientes que obedezcan a su hijo; al pie de la cruz asiste a la agonía de su hijo, pero también al nacimiento de las esperanzas de aquellos que habían reconocido en Él al Mesías liberador de Israel. Jesús crucificado confía su madre al apóstol Juan y presenta a la que será la madre de la Iglesia.

1.3. Madre de la Iglesia

Romero identifica a María con la Iglesia cuyas angustias, temores y alegrías, asume plenamente. En el libro del Apocalipsis (12,1-4) se representa a María como una mujer dando a luz bajo la amenaza de un monstruo terrible que quiere devorarla a ella y a su hijo. Por Gebara, este recién nacido representa la nueva humanidad nacida de la fe en Jesucristo.

María es, identificada como esa mujer de Ap 12, la figura de la fe humilde y laboriosa del pueblo que sufre y cree en el salvador crucificado, sin perder la esperanza. Es, también, la figura de una Iglesia perseguida por el mundo, por las fuerzas del anti-reino y por los poderosos y opresores de toda suerte que, como el dragón descrito en el Apocalipsis, quieren “devorar” a los hijos y a la descendencia de la mujer, quieren devorar el proyecto del reino, todo lo que es vida y libertad para el pueblo, todo lo que es fruto maduro de las entrañas fecundas de la mujer. El nuevo pueblo de Dios, del cual María es símbolo y figura, es la “señal”, que aparece en el cielo y en la tierra, de que a la descendencia de la mujer-Eva fue dada la gracia y el poder de triunfar sobre la serpiente mediante la descendencia de la mujer-María, de cuya carne el Espíritu formó la encarnación de Dios, de la mujer-pueblo de Dios, de cuyo seno brotó la salvación y la comunidad de aquellos que “cumplen los mandamientos de Dios y guardan el testimonio de Jesús”²⁰⁰.

199. 01/12/77, p.16-17, III.

200. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 607-608.

Romero compara lo que se describe en el Apocalipsis de Juan con la persecución real de la Iglesia de su país. Utiliza un lenguaje simbólico y evocador y compara el Dragón del Mal con las fuerzas armadas que atacan al pueblo y a su clero. He aquí la gran fuerza de un mito, de un símbolo o de una imagen que el profeta evoca para suscitar la esperanza y el valor donde en principio, debería haber solo llanto y rechinar de dientes. Esta analogía permite también revelar una dimensión oculta de la realidad, exponiendo su carácter idólatra. Boff resume diferentes formas de interpretación del mito, presentadas por diferentes autores:

Para Bultmann, es un modo de representación según el cual, se presenta como de este mundo, algo que no lo es. Para Lévi-Strauss, el mito es una “matriz de significado”. Para Laurentin : “A diferencia del pensamiento racional abstracto, el pensamiento mítico se caracteriza por representaciones vitales, dinámicas, cargadas de imágenes, de acciones y de pensamientos a través de los cuales el ser humano toma conciencia de su relación con el mundo y con su destino.” Para Boff : “El mito es un modo de pensamiento diferente de lo racional. Es otra manera de acceder a la realidad y por ello, una forma propia de totalizar las experiencias humanas. A través de este medio, el individuo se siente injertado en la realidad de un modo vital”²⁰¹.

Ilustrando así el conflicto que se vive con fuerzas dramáticamente desiguales y desproporcionadas, Romero sitúa a Dios, es decir a la verdad, al amor y a la justicia, del lado de la Iglesia y del pueblo perseguido. Al hacer esto, justifica la acción de los agentes de pastoral, de los sacerdotes y religiosas de su diócesis y despoja de toda legitimidad a las fuerzas gubernamentales, a las autoridades judiciales y a los representantes políticos. Su combate por la verdad se sitúa en una posición subversiva de un sistema fundado en la injusticia y en la mentira, que necesita de la represión para mantenerse.

Si la Iglesia repudia la violencia, si la Iglesia jamás aprobara un crimen como los que se han cometido en esta semana, no lo hace con odio al que disparó una pistola, al que mató, al que secuestró, sino con amor le dice: “Conviértete.” Quién me diera, hermanos, que esta palabra de evangelio con la ternura de los labios de la Virgen que ama a los pecadores, llegara

201. Boff, L. *O Rostro Materno de Deus*, p. 222.

hasta esos lugares donde están escondidos tantos criminales, donde se está fraguando tanta calumnia, a esos rincones de sombra y de infierno, para decirle a esos pobres pecadores: “Conviértanse, no siembren más odios, no maten más gente, no calumnien más; conviértanse, que esos caminos perversos llevan al infierno y la Virgen los quiere en su cielo”²⁰².

María conduce a los que la siguen, a Jesús y a su Salvación-Liberación e indica el camino de la Redención. Sin embargo, al tratar de vivir la autenticidad que exige esta verdad, la Iglesia sufre persecución y calumnias. Romero actualiza el significado del escapulario al cual no debe considerarse como un talismán que permite automáticamente la Salvación del alma y la resurrección de la carne. El arzobispo recuerda que este símbolo de piedad mariana como todos los otros, subraya la importancia de las verdades últimas, escatológicas, que deben tenerse en cuenta en nuestros actos ya que los bienes mundanos tienen solo un valor transitorio que debe asumirse en relación con el destino final.

La promesa de la Virgen quiere despertar en el corazón del hombre este sentido escatológico; es decir, esa esperanza del más allá: trabajar en esta tierra con el alma y el corazón puesto en el cielo, saber que no se instala nadie en este mundo, sino que peregrina hacia una eternidad, que las cosas de la tierra pasan, que lo eterno es lo que permanece. Es, ante todo, esto: ¡La transcendencia! La Virgen, como la Iglesia, como Cristo, nos ofrecen un mensaje trascendente y esto ya le da a la Iglesia una originalidad que no la tiene ninguna otra promesa de liberación²⁰³.

Los compromisos y las luchas terrestres deben reflejar el sentido último de la vida y el profundo significado inscrito en las aspiraciones legítimas de liberaciones parciales. En otras palabras, sin la perspectiva que trasciende la realidad social inmediata, el ser humano sufre de miopía histórica poniendo toda su atención en las conquistas inmediatas que ocultan lo esencial. Estas realidades transitorias son a pesar de todo fundamentales ya que permiten acceder a Dios a través de los oprimidos que Él ayuda a liberar. Romero afirma que hay una jerarquía de valores que debe orientar la búsqueda personal y colectiva no hacia el gozo ilimitado y superficial de los bienes mundanos, sino hacia la plenitud revelada por Jesucristo. El espíritu de las Bienaventuranzas y del Magnificat enseña que no hay que salvar únicamente al alma humana sino a todo el

202. 15/05/77, p.46, I-II.

203. 16/07/77, p. 131, I-II.

cuerpo social, a fin de que todos puedan realizar en la dignidad la trascendencia de su vocación. Aquí se juega todo el poder del amor humano.

Para el arzobispo, María es el paradigma de la evangelización que la Iglesia debe poner en obra. Su misión se funda en el amor al prójimo y trabaja por la promoción individual y colectiva de este último. Por esta razón, es absolutamente inconcebible que la clase privilegiada viva con una gran comodidad mientras la inmensa mayoría esté limitada a una situación precaria y sin ninguna oportunidad. Con respecto a esto María es para la Iglesia y para los creyentes una fuente de compromiso para transformar este mundo. En una perspectiva semejante, Gebara identifica a María con la Iglesia de los pobres:

Si María es – según el Concilio – figura de la Iglesia, sin duda se puede afirmar que en América latina ella es cada vez más figura de esa Iglesia de los pobres de la cual las comunidades son la concreción nueva y privilegiada. Su canto del Magnificat deja entrever, en la lectura hecha por el pueblo de las Comunidades Eclesiales de Base, el “sí” constante de María a Dios y a su plan, al mismo tiempo que su “no” a las injusticias y al estado de cosas con el que no es posible pactar, el “no” al pecado de indiferencia ante los sufrimientos que hacen víctimas de los otros. María, figura y expresión perfecta del pueblo fiel, sierva del Señor, es también mujer profética que carga sobre sí con la palabra de Dios y con las aspiraciones del pueblo, y habla y vive la denuncia del pecado y el anuncio de la alianza²⁰⁴.

Después de restituir el verdadero sentido de la devoción a María como fuente de inspiración humana y de compromiso histórico, Romero señala el peligro de una devoción que corresponde con frecuencia a una actitud conformista. Le da a la Virgen un rostro más auténtico que el de otros ritos que hacen de ella un ser sin consistencia.

Yo quisiera que todos los cristianos que estamos en esta reflexión supiéramos vivir la experiencia poderosa y suave de la devoción a María que no nos lleva al conformismo y a la alienación, sino que le sabe dar al sufrimiento, al exilio, a la opresión, su verdadero sentido, no de desesperación, ni de violencia, ni de odio, ni de venganza, sino el sentido de redención. El sentido de Cristo que dice: Me diste un cuerpo para

204. Gebara, I. y Lucchetti, M. “María”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 617.

ofrecéرتelo en holocausto. Y Él es la salvación del mundo. Esta es la salvación y el proyecto de Dios que vivimos y el cual quisiéramos vivir más intensamente²⁰⁵.

María aparece en filigrana en todas las crónicas evangélicas. Es ella la que acompaña y es testigo de esta certeza: su hijo es el Hijo de Dios y esta encarnación divina a la vez es humana. Esto nos lleva a hablar de la Encarnación de Cristo como una Kénosis que lo hizo pasar de la plenitud de su condición divina a las contingencias de su condición humana.

2. Encarnación, Kénosis de Cristo

La Encarnación de Cristo significa que Dios tomó cuerpo en la realidad histórica y que, al penetrar en ella, la transformó para siempre haciéndose compañero de la humanidad en sus alegrías y sus penas. La Kénosis es auto humillación del Hijo de Dios que, al encarnarse en un cuerpo de hombre, abandonó todas las prerrogativas de su condición divina. Esta aniquilación es doble ya que además de rebajarse al rango de mortal, Jesús escogió nacer y vivir entre los más humildes, lejos de las vanidades y de las pretensiones de clase de los dirigentes de su época. Cristo hizo una opción ontológica en favor de los pobres que demostró durante toda su vida terrestre. “Siendo rico, se hizo pobre para salvarnos”. En Jesús, Dios se hizo accesible hasta el punto de ser vulnerable a los excesos humanos. De facto, su vida entera adquiere un significado a través de sus actos en favor de los pobres, los marginales, los extranjeros, las mujeres y los enfermos. Su praxis lo define como el defensor de los pobres y de los oprimidos. Sobrino hace resaltar que el desprendimiento y la humildad fueron las características de la opción fundamental de Cristo.

La *Kénosis* no consiste en la encarnación, sino en el desprenderse de la dimensión divina de ser hombre (dimensión que le compete a todo ser humano por serlo) y en adoptar la condición de lo que en el ser humano hay de débil. La decisión de Cristo de llegar a ser esclavo, con lo cual la *kénosis* es presentada no solo como lo que le sobreviene, por necesidad o por fatalismo histórico, ni siquiera solo por fidelidad a su misión, sino lo que Él elige libre y conscientemente, con lo cual aumenta la novedad y el escándalo. Y dice, por último, que esa *kénosis* es el talante de la vida de Jesús y de su recorrer el camino hasta el final, hasta la muerte²⁰⁶.

205. 23/12/79, p.70, VIII.

206. SOBRINO, *La fe en Jesucristo*, p. 334.

Por su parte, Romero sugiere una visión antropocéntrica de Cristo, un Jesús histórico que se encarnó concretamente en una época y un lugar determinado. Un hombre como todos los otros salvo por el pecado que él nunca conoció, como afirma Pablo. Esta identificación de Cristo con la existencia humana, está también situada del lado de los humildes, de aquellos que no tienen poder ni dinero. Por esto, el arzobispo identifica a Cristo con los campesinos y los jornaleros de su país para los cuales la lucha cotidiana por sobrevivir, es una gran preocupación. Por lo tanto, tenemos aquí a un Hombre-Dios con callos en las manos, oliendo a sudor y a polvo, semejante a los trabajadores. Las canciones de la época glorifican a Cristo Obrero.

Cristo teniendo dignidad de Dios no hizo caso de esa dignidad, sino que se humilló hasta nacer como un hombre y después llevar esa vida humilde y pobre hasta la humillación más espantosa de ser un ajusticiado con la sentencia de muerte más humillante de la historia, un crucificado. Para esto nace Cristo, para su “kénosis”, para su humillación. Por eso todo es humillación en la vida de Cristo, no hay lugar para ellos en la posada, ni siquiera un mesón, ni siquiera un cuartucho hubo para el nacimiento del más grande de los nacidos; y tuvo que refugiarse en una gruta de animales, en un pesebre donde San José, sacudiendo las basuras y la suciedad, debió de poner para María que iba a dar a luz, lo más digno que pudo darle aquella pobreza. Así nace el Redentor: en la humillación, en la pobreza²⁰⁷.

Desde el encuentro de Medellín, la cara humana de Cristo está presente en la cultura popular latinoamericana. Se le identifica con la causa de liberación social y política. Romero usa las definiciones e imágenes tradicionales de María y de Cristo y utiliza muy poco el método histórico-crítico, pero tiene la inteligencia de adaptarse a la piedad popular aportando a esas devociones ancestrales, un sentido nuevo. Sin alterar su poder evocador, error que muchos teólogos hacen, él tiene el buen juicio y el tino de utilizar las creencias tradicionales como receptáculo de valores actualizados del Reino de Dios. Así da una nueva dimensión que responde mejor a las exigencias de su época.

Volviendo a la Kénosis de Cristo que nació casi a la orilla del camino y se encarnó en una familia de trabajadores manuales, para el arzobispo no es importante si tal o cual detalle histórico es perfectamente exacto sino más bien tocar el corazón de su auditorio con el poder evocador de la escena del Nacimiento; escena que muchos de su pueblo

207. 24/12/78, p.75, VI.

han vivido en circunstancias parecidas. Lo esencial es el lazo identitario que se crea así: si Jesús era realmente pobre, el cristiano se da cuenta de la importancia de los pobres a los ojos de Dios. Por el contrario, las lecturas históricas que tratan de elevar los orígenes sociales del Nazareno, quieren disimular la dificultad de identificación con los más pobres quienes no pueden transmitir un cierto concepto de la virtud. La hermenéutica romeriana por preocupación de catequesis, se suma a la preocupación original de los autores de los evangelios que buscaban ellos también, la conversión de su auditorio. Según Boff, esta dimensión narrativa es esencial.

¿Sería posible hablar de los profundos misterios de Dios encarnado, del misterio inescrutable de nuestra propia existencia humana, del Bien y del Mal, de la Salvación y de la condena sin recurrir a “historias” y utilizar mitos y símbolos? El estructuralismo lo vio muy bien pero la teología sabía desde siempre que el mito, el símbolo o la analogía son propios al lenguaje religioso porque cuando se trata de abordar las realidades profundas de la vida, del Bien y del Mal, de la alegría y de la tristeza, del humano y del Absoluto, solo podemos balbucear y utilizar un vocabulario figurativo, evocador de imágenes. A pesar de esto, el lenguaje es más adecuado que la frialdad del concepto. Así, debido a su falta de límites rígidos y bien definidos, él sugiere mucho mejor lo inefable y lo trascendente que cualquier lenguaje científico o que el método historicista. O sea que está bien seguir hablando del bebé entre el asno y el buey, de los pastores y de sus borregos, de la estrella y de los magos, del rey malo y del buen San José, de la Virgen Madre y de los pañales que sobre la paja seca, envuelven al pequeñito²⁰⁸.

María López Vigil ilustró con brío esta actualización del significado de la vida, de la muerte y de la Resurrección del Hijo de Dios como persona divina asentada en las realidades concretas del Tercer Mundo latinoamericano, en su novela con sabor evangélico: “Un tal Jesús” que tuvo un cierto éxito popular cuando apareció en los años 70 aunque algunos la denunciaron como una interpretación vulgar de la vida y del mensaje de Cristo. El libro sitúa el ministerio de Jesús en el campo salvadoreño, en el siglo XX, para demostrar las semejanzas y la perennidad del mensaje evangélico fundado en la condición humana. Romero sabrá inspirarse en él para sus homilias.

208. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 178.

Sin embargo, en este país más que en otros, la visión política, social y cultural nunca se desprendió totalmente de la fe en Jesucristo en tanto que Salvador del mundo y Mediador máximo entre Dios y el género humano. Algunos ven en esto una carencia del sentido crítico propio del Primer Mundo que procede del Siglo de las Luces, del Aufklärung, que aún no habría penetrado en las clases populares del subcontinente. Otros ven sin embargo en esta fe que se presenta bajo cualquier forma imaginable trascendiendo las clases sociales, la palanca más poderosa para proponer un futuro diferente a los pueblos.

Para Ellacuría, el descubrimiento por las clases populares de América Latina de Jesucristo liberador y del sentido histórico de liberación que Él aporta, es un verdadero signo de los tiempos²⁰⁹. La originalidad de la cristología de la liberación proviene de la situación geográfica y temporal que incluye el preguntarse sobre la fe en su búsqueda del Jesús histórico. O sea que, su lugar hermenéutico, su punto de partida al interpretar los evangelios, se sitúa junto a los pobres y a los oprimidos debido a la justicia que defienden o de la injusticia que revelan. Otro punto importante es que toda cristología debe siempre tener en cuenta la realidad de Cristo en la historia contemporánea. Cristo se manifiesta en los signos de los tiempos; se reconoce en el rostro de los pobres y de los oprimidos los cuales constituyen el verdadero cuerpo de Cristo, el Siervo Sufriente de Dios y su presencia crítica en la historia. El sufrimiento, la finitud y la carencia asumidas, permiten misteriosamente, la trascendencia. Por esta razón, este intelectual comprometido se refería a las multitudes que viven en condiciones de absoluta indigencia y de negación de su derecho a existir, calificaba el pueblo crucificado en la historia de signo más claro de nuestra época.

Es lo que Romero dirá a las gentes de Aguilares después de un mes de ocupación militar: “Ustedes son la imagen del Divino traspasado”. Esto nos refiere a la pregunta sobre el Cristo de la fe, a la identidad que le atribuimos. En efecto, la inteligencia de la fe no debe hacer abstracción del contenido objetivo que se le atribuye: ¿Quién es Aquél en quien creemos? Porque la fe no define únicamente su objeto, Jesucristo, sino también la manera de corresponder, de dejarse interpelar y transformar por Él. Jesús es quien revela la identidad y la voluntad de Dios sobre el mundo. De esta interpretación de Cristo como contenido objetivo de la fe, dependerá la autenticidad y el alcance existencial del cristiano. A través de Jesús, Dios revela a los seres humanos lo que es. Por eso Sobrino sostiene que:

²⁰⁹. Ver Sobrino, J. *Jesucristo Liberador*, p. 53.

Es importante relacionar la dimensión objetiva de Cristo como “manifestador” de Dios y la dimensión subjetiva de que en esa manifestación hay “salvación” para el ser humano. Y es que la revelación de Dios para el ser humano (religioso) no significa simplemente añadir nuevos datos al conocimiento de la realidad, de los cuales pudiéramos disponer libremente, aceptar o rechazar, sin que nada fundamental ocurriera en la vida real. Lo que ocurre es que, al revelarse, Dios hace una diferencia en nosotros, pasamos (o podemos pasar) a un mayor grado de humanización²¹⁰.

2.1. Razón de la Encarnación

Dios se hizo hombre para salvar al género humano. Sin Él, los humanos parecen incapaces de hacer prosperar la Creación de una manera equilibrada y armoniosa porque carecen de unidad interior. Profanar a Dios o a su Creación por el pecado, es destruir el suelo bajo sus pies, renunciar a ser un todo en todos. La Encarnación se realiza por una inversión de los criterios mundanos del éxito como manera de acceder a la Salvación-Liberación. La razón de ser del Verbo Encarnado es según Romero, indicar el camino de la humildad, de la compasión y de la fraternidad que el Jesús histórico practicó. Así, la Encarnación representa no solo la Redención que se ofrece al género humano sino también la manera de corresponder sirviendo a Cristo a través de los más humildes.

Es necesario comprender que Cristo nace para redimir al mundo y que la ordenación del mundo no se puede operar más que por el camino inverso de donde los hombres han ofendido a Dios. Lo hemos ofendido por el orgullo, por la vanidad, por la riqueza egoísta, por el poder, por todo esto que se llama el pecado y que es desobediencia a Dios. Por eso la redención tiene que ser un retorno por los caminos de la humildad, de la obediencia, de la austeridad, de la abnegación. Por esos caminos es por donde aparece la benignidad y la misericordia de un Dios que nos perdona. Nadie tema del perdón del Señor con tal que emprenda su retorno por esos caminos por donde Cristo nos enseña por dónde se encuentra la redención²¹¹.

210. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 215.

211. 24/12/78, p.75, VI.

La identificación de Jesús con los pobres es tan completa que ellos se vuelven el camino privilegiado para acceder a Cristo. Este encuentro no se hace con condescendencia sino de una manera fraterna y solidaria. Atravesando el abismo que existe entre Lázaro y el hombre rico, se puede llegar al corazón mismo de la conversión y de la Salvación-Liberación. Paulo Freire decía que: “Se debe liberar al opresor de sus deseos de oprimir”. Cuando el individuo llega a vencer sus miedos y sus prejuicios, abre paradójicamente un camino que le permite reencontrarse a través del encuentro con el otro, el que parece diferente por su raza, su clase social o su cultura. Este reconocimiento del “otro”, desarma a ambos lados. El que se empeña en relacionarse de igual a igual con alguien que tiene menos educación o poder, descubre algo que se aparenta a la libertad o por lo menos, inicia un proceso de liberación y de valorización del otro a través de ese gesto de alteridad. De esta manera escapa de los condicionamientos sociales y de los prejuicios de un sistema que pregona el individualismo y la reserva. Es este el nuevo lugar de inserción social que se promovió durante el episcopado de Monseñor Romero.

Por eso la Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir: “La Iglesia de los pobres”, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención, no porque sea malo el dinero sino porque el dinero muchas veces convierte en esclavos a los hombres que idolatran las cosas de la tierra y se olvidan de Dios, pero cuando se tiene la capacidad de ser superior a las cosas que hacen felices a los hombres según los principios del mundo y se tiene el desprendimiento y la valentía de hacer consistir la felicidad y el camino en el camino de las bienaventuranzas: bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, es entonces cuando comprendemos que ha venido la redención y la redención solo caminará por esos caminos que los hombres no quieren recorrer²¹².

En 1978, la celebración de Navidad se hace en un ambiente de duelo y temor debido a las numerosas masacres que amargan la vida del país. Romero distingue sin embargo la alegría de los cristianos de las apariencias de este mundo. Es lo que le da una fuerza inconmensurable de esperanza contra toda esperanza, de paz y de serenidad, en medio de la tempestad. Según él, la verdadera fe no enflaquece ante la adversidad; por el contrario, se afirma echando raíces en el corazón del amor divino y en los testimonios de mártires numerosos. Paradójicamente, la fe es más fuerte cuando todo parece

212. 24/12/78, p.76, VI.

perdido, que las débiles certezas humanas se ahogan y que el ser humano se ve solo ante el abismo de su finitud. Es este un momento de gracia en el cual pueden revelarse el valor y la grandeza del alma. En este sentido, las pruebas de la vida pueden verse como oportunidades extraordinarias de ejercer un discernimiento de valores para ponerlos en práctica purificando al corazón de sus intenciones alienadas.

Cristo se encarnó entre los pobres para revelar la opción existencial de Dios. Los pobres son sus preferidos porque ellos son con demasiada frecuencia víctimas de los que se creen dioses. Con Jesús, Dios escogió establecer su casa entre los pobres. Por esto Romero habla del nacimiento de Cristo como la del más pobre entre los pobres. Describe con todo detalle las condiciones materiales miserables de esa pareja que está por dar a luz a la orilla del camino. En América Central se acostumbra durante el Adviento, acoger a María y a José en las casas. Cada día de la semana antes de Navidad, sus estatuas cambian de domicilio para expresar que buscan un albergue, que Dios es débil y necesita a los seres humanos para intervenir en la historia. Boff explica:

María y José son una pareja pobre para la cual no hay muchos lugares que los acojan, aún en situaciones de emergencia.... Esto ha adquirido poco a poco un significado espiritual. Dios se siente bien entre los pobres y los oprimidos. Cuando el Reino llegue, ellos serán los primeros que obtendrán justicia. Por esta razón los indigentes son vistos como devotos, dadores de esperanza. María hace parte de esta masa de los pobres. Está totalmente disponible y abierta a la misericordia y a la intervención liberadora de Dios²¹³.

Esta representación de los padres del Mesías en una situación de dependencia extrema, quiere decir que Dios nació pobre para habitar con su pueblo y que se le puede reconocer en aquellos que viven esta misma situación de apertura y de vigilia. El acogimiento a María que está por dar a luz, simboliza el que cada uno quiere hacerle en su vida y en su corazón a Cristo a través de los pobres que cruzan su camino. Para Romero, el lugar social en el que Cristo quiso encarnarse, tiene una importancia capital.

Este es el mensaje de Jesús: envuelto en pañales, reclinado en un pesebre, pobre como el más pobre de los pobres. Creo que ni el más pobre ha nacido en una gruta, sobre zacate porque no hubo para Él ni siquiera un lecho donde su pobre madre lo diera a luz. Cristo, el más pobre, envuelto

213. Boff, L. *O Rostro Materno de Deus*, p. 130.

en pañales, es la imagen de un Dios que se anonada. Lo que la teología llama la kénosis: el Dios que se vacía de toda su gloria para aparecer esclavo y dejarse luego crucificar y ser sepultado como un malhechor²¹⁴.

El arzobispo repite que no hay que buscar a Cristo entre los ricos y poderosos de este mundo, entre los que viven en la satisfacción material de sus deseos, sino entre los desfavorecidos. Así, establece esta correlación: el Cristo de El Salvador es el niño que duerme en la calle, el obrero sin trabajo, el campesino sin tierra, la viuda o el huérfano o el hogar desproveído, el enfermo, etc. Esta homilía sacude las certezas falsas.

Era hora de mirar hoy al Niño Jesús no en las imágenes bonitas de nuestros pesebres, había que buscarlo entre los niños desnutridos que se han acostado esta noche sin tener qué comer. Entre los pobrecitos vendedores de periódicos que dormirán arropados de diarios allá en los portales. Entre el pobrecito lustrador que tal vez se ha ganado lo necesario para llevar un regalito a su mamá, o quien sabe del vendedor de periódico que no logró vender los periódicos y recibirá una tremenda reprimenda de su padrastro o de su madrastra. ¡Qué triste es la historia de nuestros niños! Todo eso lo asume Jesús en esta noche²¹⁵.

Romero interpreta la fiesta de los Santos Inocentes que se celebra algunos días después de Navidad, a la luz de los sucesos sangrientos que vive el país. Compara sin dificultad los soldados de Herodes que masacraron a todos los niños varones de menos de dos años, con los militares salvadoreños que masacraban sin titubear a las poblaciones civiles. Las Escrituras se escribieron sobre todo para ilustrar las cualidades y la perfidia humanas, más que con criterios históricos estrictos. Herodes era cruel, venal, sometido a los intereses del imperio romano. Este masacraba a los inocentes, mujeres y niños. Se le asociaba por lo tanto fácilmente con las exacciones de sus amos. Veinte siglos después, Romero establece el mismo paralelo:

Encontramos allí, también, personajes crueles como los emisarios, los enviados, los soldados de Herodes cumpliendo órdenes inmorales. Cuando un rey manda matar niños, matar gente, los soldados no tienen que obedecer. Es una orden cruel, inmoral, sanguinaria; sin embargo, las espadas serviles matan a los inocentes²¹⁶.

214. 24/12/79, p.83, VIII.

215. 24/12/79, p. 84, VIII.

216. 28/12/77, p. 105, III.

Aquí Romero trata de demostrar sobre todo la relación directa con la realidad y no la veracidad del hecho. Este texto provoca en todos los que lo leen, un sentimiento profundo de indignación. Compararlo con la actualidad del país equivale a denunciar claramente el carácter diabólico de una injusticia que clama al Cielo.

3. Epifanía

La fiesta de la Epifanía revela la presencia trascendente de Cristo en el centro de la historia. La esperanza que suscita la fe en un Dios Salvador engendra un dinamismo inédito que abre los caminos del futuro en el corazón de los creyentes. Se trata de una fuerza de vida obrando para transformar la historia como lo hace un “Kairós”, un momento de gracia en el que el simple hecho de creer, hace que el futuro sea posible a pesar de todo lo que se le opone. El profeta aparece como el hombre de Dios, el que viene a precisar el sentido verdadero de la historia y alumbrar las asperezas con una luz llena de esperanza. Viene a romper el velo opaco de las tinieblas y del miedo que imponen al espíritu humano los poderosos y la falta de fe. Por esto mismo, Romero evoca con insistencia la necesidad humana de trascender en los momentos en que todos los caminos parecen cerrados. La Salvación-Liberación no se desentiende de la realidad de muerte y de opresión; por lo contrario, aporta el sople necesario para romper los amarres que tienen al amor prisionero de temores y de odios. Solo esta luz permite abrir las brechas necesarias para las liberaciones verdaderas y durables que el pueblo necesita.

La visita de los tres reyes magos al pesebre para adorar al Niño Dios, representa el destino universal de la Salvación-Liberación. Desde ahora, la Salvación no procederá de la carne sino de la fe que se ofrece a todos²¹⁷. La Epifanía revela también una promesa de Salvación integral; hay que salvar al ser humano en todos sus aspectos. Por esta razón, después del Concilio Vaticano II, el episcopado latinoamericano durante el encuentro de Medellín cuya intención era adecuar la nueva constitución de la Iglesia a la realidad del subcontinente, se comprometió en el camino que implica la redención del cuerpo y del alma, del individuo y de la sociedad. En este sentido, uno no se salva nunca solo y la conversión de un pecador prefigura la de todo el cuerpo social, de los individuos y de las estructuras. Es la fe que da acceso a la Salvación-Liberación revelada en la Epifanía de nuestro Señor Jesucristo. Él es el Hijo de Dios Todopoderoso, pero se da a conocer vestido de harapos en un pesebre. Dios se manifiesta y se revela no con su

217. Ver 07/01/79, p. 99, VI.

poder inconmensurable que despertaría el temor en los humanos, sino bajo el aspecto frágil y vulnerable de un pequeño de origen modesto. La gracia se presenta con el mismo traje indicando el camino por seguir para revelar el poder de Cristo en el mundo.

La historia de los Reyes Magos hace conocer también a Herodes (Mt 2,1-12), dictador impopular que se mantiene en el poder haciendo derramar sangre inocente. El autor describe a los Reyes Magos que desorientados, buscando el camino que los llevará al Mesías, se paran en el palacio de Herodes para pedir indicaciones. Pero el poderoso ignora todo sobre ese nuevo Rey salvo que nacerá en Belén. Así Romero afirma que vendrán también soluciones políticas. Los pueblos de la Tierra deben buscar ante todo a Cristo; en Él se encuentra el principio del equilibrio, de la armonía y de la justicia, que se debe establecer como cimiento de las naciones a fin de que Él pueda ser todo en todos. Es esta la única vía que puede aminorar o reducir a sus verdaderas proporciones los intereses individuales y mezquinos que dividen a los seres humanos.

Según Romero, el ser humano y todo proyecto que no se apoya en Dios, es inconsistente y lleva a la desilusión. Los problemas de la humanidad podrán resolverse armoniosamente solo cuando todos los individuos busquen apasionadamente la Salvación-Liberación en sus corazones y en sus actos; así, bebiendo en los manantiales del Amor eterno, el corazón humano se ennoblece, sus motivos intrínsecos y sus actos se transforman. La humanidad sin Dios es como un explorador sin punto alguno de referencia. Romero describe la gran sensibilidad que deben inspirar el corazón y los actos humanos.

Lo que importa es no equivocarse en asuntos de fe. Lo que importa es ser fiel a la palabra del Señor que orienta todas las coyunturas, lo que importa es tener hombres tan íntimamente renovados en su corazón, que al servir al pueblo desde la política y desde las cosas temporales, lo que los inspire sea su fe. Esto es lo que pido al Señor: “Danos Señor políticos, gobernantes, hombres que tengan fe!” Porque de nada servirá el cambio de estructuras, por más profundo que sea, si no las manejan, esas estructuras, hombres de fe, que sepan lo relativo de las coyunturas y de las estructuras y sepan lo absoluto del Reino de Dios²¹⁸.

El ejemplo de los Reyes Magos suscita una dinámica en el creyente y en los pueblos que escuchan la palabra de Dios a través del Evangelio y de los eventos cotidianos.

218. 06/01/80, p. 117, VIII.

El viaje de los Magos que partieron del Oriente para buscar al Niño Dios representa una búsqueda espiritual que pone en ruta al humano permitiéndole así deshacerse de la postración o del estancamiento. La dinámica de la vivencia en Jesús está hecha de escucha y discernimiento, pero también de ponerse a caminar. Esta es probablemente la razón por la cual quienes están instalados en sus falsas certezas, temen al proyecto del Reino de Dios. Este pone en tela de juicio los intereses establecidos y provoca una inversión de los valores de este mundo porque Dios que es la expresión misma de la riqueza y de la plenitud absoluta, se instala en el corazón del pueblo que espera el advenimiento de un nuevo día. Yahvé se manifestó en la historia y sigue haciéndolo a través de la Encarnación de su Hijo único. Romero identifica tres momentos de esta manifestación: la visita de los Reyes Magos, el bautismo de Jesús en el río Jordán y su primer milagro, en la boda de Caná. Continuemos con la visión del arzobispo sobre la vida pública de Jesús y el sentido que le encuentra.

4. Vida pública de Jesús

Al principio de la vida pública de Jesús, se manifiesta la segunda Epifanía. Esta sucede muchos años después con su bautismo por Juan Bautista en el río Jordán. El bautismo significa para el cristiano su participación en la realidad mesiánica que Cristo trajo a este mundo. Romero señala que la religión cristiana no debe ser un instrumento de alienación de las realidades presentes ni un refugio en el conformismo ni en la espera sin servir a los demás. “Es un despertar de una conciencia crítica, que desde el Evangelio saben que no puede ser voluntad de Dios esas desigualdades sociales tremendas: entre unos que lo tienen todo y otros que se deben conformar con no tener nada²¹⁹”. El bautismo requiere valor y abnegación, renunciar a uno mismo y comprometerse con el pueblo. Ya no debe vivirse de un modo tibio y ambiguo sino convertirse en la razón de ser y la referencia identitaria de cada uno. Para Romero “Cristo manifiesta su gloria en la felicidad de los hombres²²⁰”. El milagro de transformar el agua en vino, revela una Presencia que es capaz de resolver todos los problemas desde la colaboración de la fe solidaria.

La angustia de María, expresa la angustia de la humanidad: “¡no tienen vino!” Podríamos cambiar esa frase por tantas necesidades humanas: ¡no tenemos paz!, ¡no encontramos el camino de la patria! ¡Angustias por todas partes! ¡Violencias!, ¡Desorden! Pero como María, la angustia está

219. 14/01/79, p. 124, VI.

220. 20/01/80, p. 161, VIII.

llena de esperanza porque siente en su Hijo que allí está el poderoso, el que puede resolver lo que humanamente no se puede resolver. Le basta decirle: “¡No tienen vino!” Exponerle la necesidad con una confianza de fe que sabe que el milagro tiene que venir²²¹.

Para el prelado, el ser humano debe aprender a expresar con confianza sus angustias y necesidades a Dios. De esta manera, puede dirigir a Cristo dos miradas diferentes, la primera es la compasión que permite el olvido de sí mismo, de sus problemas y de sus falsas certezas para integrar en su vida la mirada compasiva con la que Cristo ve a la humanidad. La segunda es también la mirada confiada de aquél que sufre y busca en Aquél que puede todo, seguridad y consuelo. Él conoce los secretos de los pensamientos y de los corazones y puede resolver aquello que parece insoluble. Esta mirada de fe con la que el creyente puede ver la realidad, es posible porque tiene acceso a un modelo concreto, a un hombre de carne y hueso en el que puede poner todas sus esperanzas. Para Boff, el acierto de Cristo reside justamente en su actitud de hombre nuevo.

El mensaje de Jesús es un mensaje de liberación de la condición humana, liberación radical y total de todos los factores de alienación. Él se presenta como el hombre nuevo, el hombre de la nueva creación reconciliada con ella misma y con Dios. Sus palabras y actitudes revelan a alguien libre de las complicaciones creadas por los hombres y por la historia del pecado. Él ve claramente las realidades más complejas y las más simples y va inmediatamente a la esencia de las cosas²²².

Por otra parte, el milagro del vino expresa no solo la capacidad de Cristo para resolver problemas humanos sino también que las soluciones que Él aporta serán siempre orientadas hacia la plenitud del Reino venidero que se deja adivinar a través de actos de amor y de fe. Las soluciones inspiradas de Dios, no son incompletas ni dejan el sabor amargo de la injusticia o de la parcialidad, por lo menos para aquellos que saben orientar su vida de acuerdo con el paradigma cristiano, según el ejemplo de Cristo. Es Él quien aporta el criterio de discernimiento último que permite abandonar las cosas fútiles y tener el valor de adoptar la opción fundamental de cada uno.

221. 20/01/80, p.162, VIII.

222. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 87.

En el relato de las bodas de Caná, María aparece como mediadora entre las necesidades humanas y el Todopoderoso; ella es la que intercede ante su hijo y dice: “Hagan todo lo que él les diga”. Los milagros son posibles bajo dos condiciones: creer firmemente que este es posible y aportar lo mejor de uno mismo mediante un esfuerzo físico e intelectual. El milagro, es la ayuda de Dios que aparece en medio de las dificultades y acompaña a la persona hasta donde ella quiera llegar. Para Romero, la presencia y el papel de María son esenciales para la obra y la comprensión del misterio de la Salvación-Liberación. La actitud de la Iglesia debe ser como la de María: confiada y activa. Rezar como si todo dependiera de Él, pero trabajar como si todo dependiera de nosotros. Así, en cuanto hace su petición a Jesús, María va a ver a los servidores: “Hagamos nuestra parte, llenemos los jarros y hagan lo que Él les diga”. Un milagro no puede realizarse esperando todo de Dios, hay que hacer su parte, lo que se pueda. El arzobispo dice:

No se puede dar un milagro solo esperándolo de Dios, hay que poner de nuestra parte todo lo que está a nuestro alcance... Supone, pues, el milagro, pero también supone la acción. María es la conjugación maravillosa de fe y de la actividad. Eso debe ser cada católico también: conjugación maravillosa de fe que pone en Dios toda su confianza y conjugación también de los valores humanos. Creer también en mi actividad humana, y la necesidad de poner confianza, también en los hombres²²³.

A los ojos de Romero, la fe cristiana representa la fuente de un dinamismo irreversible que participa en la nueva creación del mundo y en la construcción de la historia. Sin embargo, la unidad de la fe de los cristianos en los dominios social, económico y político, no implica que los puntos de vista sean unánimes. El Espíritu que inspira el carisma de cada uno, no es doctrinario; su fuerza reside en el amor del prójimo fundado en Jesucristo que es su fuerza y los valores evangélicos, sus criterios de discernimiento. La función de la Epifanía es revelar la presencia activa del Señor para hacer crecer la fe. Sin embargo, históricamente, la forma de esta fe en el Mesías ha provocado un malentendido profundo. Algunos no dudaban de la identidad mesiánica de Jesús, pero se equivocaban acerca del objetivo de su misión. En efecto, muchos judíos esperaban una salvación y una liberación nacionales y fue por esto por lo que la aspiración universal del mensaje evangélico los escandalizó.

223. 20/01/80, p. 166, VIII.

5 - Espera mesiánica

En Occidente, esta espera es ahora inconsciente, merece ser explicada para ayudarnos a captar y a comprender las numerosas esperanzas políticas que llevaron a varios a la desilusión y al retroceso histórico. Por ejemplo, poner todas sus aspiraciones colectivas en las manos de un solo hombre o de una clase política, es lo contrario de lo que Cristo espera de sus fieles. Para Sobrino, el título de “Mesías” que quiere decir “ungido” en español y “cristo” en griego, ha perdido mucho de su poder evocador al agregarlo al nombre de Jesús; en efecto, la palabra “Jesucristo” ya no revela su pleno poder evocador. La banalización de esta apelación del Hijo de Dios, nos hizo perder la perspectiva que se refiere al papel del Mesías como mediador del Reino de Dios.

Mención aparte merece el título mesías (el unguido = Cristo) que si dice relación primordial a las esperanzas de liberación de un pueblo (de diversas formas, como es sabido); título, por tanto, cercano al nuestro sistemático de mediador, pero que al llegar a convertirse en nombre propio Jesús-Cristo, paradójicamente perdió su esencial relación al reino de Dios. En su lugar, la cristología se desarrolla explicitando la ultimidad de Cristo con títulos que expresan su relación directa con la persona de Dios: Hijo de Dios, Señor, Palabra, Hijo. De hecho, se da una concentración en los títulos que apuntan a la relación de Jesús con la divinidad, y entendida esta mas como la persona de Dios, el Padre de Jesús, que como el “Dios” del reino²²⁴.

Con el tiempo, la noción del Reino de Dios se disolvió: el mediador de ese Reino, Jesús, ha sido sustituido por su mediación. Este punto que explica la espera mesiánica, se divide en tres partes: los falsos mesianismos, el Domingo de Ramos y la identificación de Cristo con su pueblo.

5.1. Los falsos mesianismos

En el capítulo 8 del Evangelio de Juan, Jesús pregunta a sus discípulos qué piensan las gentes de Él. La mayoría ve en Él a un gran profeta de los tiempos bíblicos o a su primo Juan Bautista. Entonces pregunta a los apóstoles quiénes creen que es Él y Pedro reconoce que Él es el Mesías. La esperanza mesiánica existe desde hace muchos

²²⁴ Sobrino, J. “*ristología sistemática : Jesucristo, el mediador absoluto del reino de Dios*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 581.

siglos; algunos dicen que se inicia en la época de Moisés y que estaba aún presente en los tiempos de Jesús. En aquel entonces, el pueblo de Israel vivía dominado por el imperio romano y tenía que soportar los ultrajes de Herodes, un rey alienado a intereses extranjeros. J.L. Segundo distingue cuatro tendencias de espera mesiánica en los evangelios; algunas son temporales y otras más bien escatológicas:

“El Profeta de los últimos tiempos o escatológico” (Elías regresaría a la tierra o un Moisés nuevo aparecería); el “Hijo de David” (restaurador de la dinastía davídica en un país independiente); “el Servidor sufriente de Yahvé” que sufre (profetizado por el Deutero Isaías), “el Hijo del Hombre” (del que habla el profeta Daniel). Los dos primeros títulos de espera mesiánica además de ser los más conocidos y populares, se diferencian de los otros dos porque no expresan el destino personal del Mesías (respectivamente doloroso o glorioso) tan presente en los dos últimos. Los dos primeros son hechos históricos a los que Jesús se confrontó aprendiendo a sortearlos. Los dos últimos parecen ser descubrimientos post pascuales: la Cruz y la Resurrección originaron una relectura de la Biblia y también probablemente, representaciones nuevas del Mesías debido al parecido de ciertos temas o personajes con lo acaecido a Jesús²²⁵.

Los judíos esperaban un Liberador con poder divino que vendría a salvarlos; incluso, las Escrituras mencionaban a un descendiente de David. El Nazareno respondía a muchas de estas prerrogativas como lo atestiguan sus numerosos milagros. Además, Él era bueno y generoso, enseñaba con autoridad y las muchedumbres se reconocían en Él. Los judíos no podían ver su propia necesidad de conversión porque estaban oprimidos. Ellos no pudieron captar el sentido y la finalidad última que la revolución de las Bienaventuranzas les proponía porque estaba mucho más allá de sus esperanzas. Boff considera que Jesucristo tuvo que enfrentarse con tres tentaciones políticas.

Cristo supera las tentaciones que se presentan en forma de tres corrientes: la profética con la aparición del Mesías en el desierto; la sacerdotal con la manifestación del liberador en el templo y la política con la revelación del mesías en la montaña de Dios. Las tres tentaciones reportadas por los sinópticos quieren demostrar cómo Jesús superó estos tres tipos

225. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré, Dos sinóticos a Paulo*, São Paulo, (Brasil), Paulus, 1997 (1991), p. 112 et 115.

de mesianismo; el del desierto, el de la cumbre de la montaña, el del pináculo del templo. Sí, Él es Cristo el Mesías, pero no un mesías político. A diferencia de un reino político, su reino no se puede limitar a una parte de la realidad. Él vino para sanar la realidad entera en todas sus dimensiones: cósmica, humana y social. El gran drama de la vida de Cristo ha sido el tratar de despojar de su contenido ideológico la expresión “Reino de Dios” y hacer entender al pueblo y a sus discípulos que esta expresión tenía un significado mucho más profundo y esto exigía la conversión de las personas y la transformación radical del mundo de las personas ²²⁶.

Aún en el seno mismo del grupo de sus discípulos, Jesús debía disipar las dudas sobre el carácter de su misión. Por ejemplo, una interpretación más política del papel de Judas Iscariote en el relato de la pasión, le atribuye esperanzas erróneas sobre la misión de Jesús. El apóstol maldito esperaba que, entregándolo al Sanedrín, Jesús se defendería con todo el poder que Dios le atribuía. Judas quería forzar al Mesías para que liberara a Israel. Otros intérpretes hacen resaltar el desinterés total de Jesús por los temas de orden temporal y político. Sin embargo, nada es menos cierto; según Romero, se debe situar a Cristo en el origen de todo proyecto que concierne la sociedad en cuanto fuente divina de inspiración, criterio de discernimiento y finalidad última. Sobrino aclara esto así:

Aunque Jesús no quiso ser un mesías político ni mucho menos rey, esto no quiere decir que para él no fuese central configurar la polis -en la dirección del reino de Dios- y que no usase de algún poder para ello, aunque este no fuese el poder político, ni el militar, sino el poder de la verdad (anuncio de la utopía del reino, la denuncia del antireino), el poder del amor (con sus concreciones de misericordia y justicia) y el poder del testimonio (su fidelidad hasta la cruz). Lo peligroso de negar hoy lo político del mesías Jesús no consiste, pues, en recordar su rechazo a ser rey guerrero y nacionalista, y su rechazo a un reino teocrático, sino en desligar de la noción del mesías las opresiones y las esperanzas de los seres humanos en sociedad, pobres y víctimas, por una parte, y la necesidad de usar un poder, por la otra, poder que no por ser el de la verdad y el del amor deja de ser poderoso, y por ello también conflictivo, como lo muestra la historia latino-americana reciente²²⁷.

226. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 68.

227. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 276.

En la perspectiva romeriana, el sufrimiento salva al mundo a través del esfuerzo liberador que no cede a las pulsiones de muerte que el odio y la violencia inspiran. Es el llamamiento que la no-violencia, el amor, la compasión, la solidaridad y la caridad, hacen a la conciencia humana. El poder de Dios se empapó del sufrimiento humano para redimirlo por la Resurrección. Según él, es por esto por lo que el mesianismo auténtico no actúa con fuerza y poder, se deja aniquilar en la cruz para vencer mejor a todo lo que resiste a su amor:

Cristo nos da el ejemplo de cómo esta lo esencial de la predicación: dar a conocer al pueblo que el Mesías, que ha de salvar con su potencia de Dios al mundo, tiene que soportar primero las humillaciones, la cruz, el asesinato, la tortura, la violencia inferida a Él mismo. Pero de allí resucitará. El Plan de Dios es la reparación del pecado. “Sin efusión de sangre no hay redención” - dice San Pablo -. Es necesario que el Mesías que salva al mundo sufra, y el sufrimiento será una característica de la Iglesia y de los verdaderos seguidores de Cristo²²⁸.

¡Cuidado! Sobrino explica que no se trata aquí de masoquismo ni de “dolorismo” sino del valor de ser y de asumir las consecuencias éticas hasta el sacrificio final²²⁹. Es entonces cuando surgen las tentaciones de un falso mesianismo que comporta según Romero tres características fundamentales: el mesianismo sin cruz, el mesianismo político y el mesianismo sin obras. Pedro representa el primero cuando aconseja a Jesús que no vaya a Jerusalén, este es un mesianismo del menor esfuerzo al rechazar la prueba de la cruz con sus sufrimientos y sacrificios. Es el mesianismo idólatra construido sobre una falsa gloria que Satán ofreció a Cristo simbólicamente en el relato de las tentaciones del desierto. Romero utiliza palabras muy duras contra los que sucumben a la tentación, al hacer un paralelo entre este pasaje evangélico y los hechos que sacuden su Iglesia.

Todo aquel que quiera botar la cruz del verdadero Mesías, es falso seguidor; no ha entendido el mesianismo verdadero. Es un mesianismo triunfalista, es un decir: “Yo soy cristiano, pero no me quiero meter en líos”. Es el de aquellos que formaban comunidades o eran catequistas, pero cuando han visto la hora de la persecución, corren a esconderse: “Mejor esperemos mejores tiempos”. Es el de aquellos que dicen: “¡Prudencia, no se metan

228. 16/09/79, p.259, VII.

229. Sobrino, J. Conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios Superiores de Belo Horizonte, 14 de junio 2000.

tanto, cuidado!” ¡Cuando abunda este Pedro, Satanás, en nuestro tiempo! Pero gracias a Dios hay también quienes como el otro discípulo dicen: “¡Vayamos en pos de Él y, si es necesario, muramos con Él!” Estos son los que han comprendido que un Mesías no puede terminar su vida en un lecho de rosas, sino que tiene que caminar el camino del Calvario con su cruz a cuesta, coronado de espinas, dando su espalda a los latigazos y morir en una cruz pobre, despreciado, desconocido²³⁰.

El mesianismo político es igualmente falso y es el más peligroso. Este no evita los compromisos ni los sacrificios, pero se quiere realizar sin Dios. Se empeña en cambiar la historia, olvidando la trascendencia escatológica. El resultado es por supuesto erróneo ya que lleva al “caudillismo” y al totalitarismo, a la entronización de una ideología o de un líder como objetivo último de la vida en lugar de la religión de Jesucristo. Si bien no hay que profanar el carácter sagrado de la vida, tampoco hay que sacralizar cosas indebidas a menos que se quiera idolatrar a los sistemas, al dinero y al poder. Según Romero, es primordial tener una visión clara de las realizaciones históricas que Dios espera de los seres humanos.

Hoy nadie puede ser insensible a lo que está pasando. Todos tenemos que tomar acción pero que no vaya a ser una acción como la que Cristo le critica a Pedro: solo preocuparse de los intereses de los hombres sin pensar en los proyectos de Dios. Por eso fallan muchas iniciativas y estrategias de la política actual; porque solo piensa como hombre, sin trascendencia, sin mirar el proyecto de Dios como Cristo lo miraba: “Si yo soy el liberador. Yo soy el Mesías que Dios ha mandado, pero ante todo quiero respetar la voluntad de mi Padre: Padre, si es posible, quita de mi este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como Tú”. Esta es la verdadera liberación: la que arranca de la voluntad de Dios y en Dios tiene fijos los ojos para no apartarse a un falso mesianismo, a una falsa liberación²³¹.

La falta de trascendencia lleva al *statu quo* y al repliegue en sí mismo. Todo sistema que se pretende absoluto, se expone a volverse víctima de las circunstancias que engendra sin llegar a resolverlas. Para Romero, el proyecto del Reino es central; demuestra la voluntad de Dios de ayudar a la humanidad a construir un mundo de paz, fraternidad

230. 16/09/79, p. 259-260, VII.

231. 16/09/79, p. 260, VII.

y justicia, en el cual el esfuerzo liberador se reparte de una manera equitativa sobre los hombros de cada uno. Solo el esfuerzo del sacrificio que reclama, puede detener el sufrimiento de los que viven en condiciones infrahumanas. En la solidaridad, están incluidas las nociones de sacrificio y de esfuerzos compartidos. De todos modos, en este mundo, nadie escapa al sacrificio ya sea que sacrifique a los demás para satisfacer las ambiciones propias o que ponga las aspiraciones personales entre paréntesis para ponerse al servicio de los demás. Ahí se encuentra una actitud de disponibilidad y apertura a Dios que se hace presente en un movimiento doble de gracia y de necesidad. Por esto no hay que olvidar que se mató a Cristo porque perturbaba el orden político y religioso establecido. Sus enemigos y detractores veían también en Él un mesías político, una amenaza al poder sin importar si era el Enviado de Dios o no.

El tercer mesianismo falso que Romero denuncia, es el de la fe muerta que habla, pero no actúa; es la fe sin obras. La respuesta reafirmada en Puebla contra este gran vacío, es la opción preferencial por los pobres. Esta presupone un compromiso serio de los cristianos con la liberación y la mejora de las condiciones de vida de sus hermanos y hermanas. Esta toma de conciencia llevó a muchos creyentes a comprometerse en el terreno de la caridad política que ataca las estructuras de la pobreza y de la miseria y denuncia las incoherencias del sistema económico. El arzobispo cita la epístola de Santiago que él mismo considera más rotunda e inflamada que sus homilías. Esta epístola es un verdadero llamado a los retos escatológicos a favor de la justicia social. Según él, el Anticristo es la personificación de los falsos mesianismos porque personifica todo lo que se opone al mensaje y a la persona de Jesucristo en su plena realización, en el corazón de la historia. Romero precisa que el Mal cuenta con varios ministros en la vida concreta de su país. Todos los que participan en las obras de la muerte, que asesinan, que torturan, los que llevan el odio y la violencia en su corazón, se han hecho discípulos de Satán. Al contrario, los que se identifican con Cristo deben buscar el bien del pueblo comenzando por los más humildes ya que una nación se edifica a partir de la base. Cuando se restituya la justicia, ellos serán los primeros.

5.2. Domingo de Ramos

Tras quinientos años de silencio después del Exilio, es palpable en el pueblo que acoge a Cristo a las puertas de Jerusalén, la espera de la manifestación de Yahvé en la persona de un super profeta, del Mesías que vendrá para restaurar la gloria de Israel. Juan Luis Segundo lo describe así:

El contenido fundamental de la esperanza mesiánica, era -en realidad- que Dios visitaría de nuevo a su pueblo después de una larga ausencia del profetismo. Históricamente parece indudable que esta expectativa se acentuó con la aparición de varias figuras parecidas a los profetas del pasado, entre ellas Juan Bautista y Jesús de Nazaret (...) También es seguro que primero en Galilea y después en Judea, el pueblo sintió que con Jesús, se terminaba el largo silencio de Yahvé (...) La atribución por la multitud, por los discípulos y por el mismo Jesús de la tradición mesiánica del profeta escatológico a Jesús de Nazaret, aparece claramente como pre pascual a pesar de que por parte de Jesús esto quedaba como velado y envuelto en lo que tenemos costumbre de llamar “el secreto mesiánico”²³².

Este episodio de la vida de Jesús es revelador de los comportamientos humanos con respecto a Cristo y a su Salvación-Liberación. El ser humano necesita frecuentemente aclamar a un héroe, un liberador, un salvador, pero sin comprometerse fácilmente a su lado en una lucha que pide abnegación y amor al prójimo. Para liberarse realmente de sus ídolos, las renuncias que el ser humano debe hacer, lo obligan a cuestionar sus metas, sus objetivos y las ambiciones que nutren su corazón y gobiernan su vida. En este Domingo de Ramos, el pueblo alborozado que acoge a su liberador, es la humanidad entera. El arzobispo invierte entonces la perspectiva; no se trata ya de la mirada de la multitud hacia Cristo sino la de Jesús hacia ella. Cristo está consciente de todas las esperanzas de liberación temporal que Él suscita y de la decepción que el pueblo tendrá. Para Romero el pueblo que vive esperando al Mesías, que lleva sus frustraciones y esperanzas, es el que se siente implicado en la historia. Citando Puebla, describe el rostro de los pobres de América Latina que viven también esperando a un mesías liberador.

Rostros de indígenas y con frecuencia también de afroamericanos que, viviendo marginados y en situaciones infrahumanas, pueden ser considerados los pobres entre los pobres. Rostros de campesinos – continúa Puebla -, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, careciendo de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explota. Rostros de obreros con frecuencia mal retribuidos y con

232. Segundo, J. *A historia perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 126-127.

dificultades para organizarse y defender sus derechos. Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales. Rostros de subempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y sus familias a fríos cálculos económicos²³³.

Romero prosigue esta descripción presentándola como una inmensa procesión de hombres, mujeres, de jóvenes y de niños que viven esperando la gran liberación escatológica y el asentamiento de un Reino de paz, de amor y de justicia. “Maranata, ven Señor Jesús” es el suspiro angustiado de las masas laboriosas de este continente y del tercer mundo en general.

En esta procesión podríamos ver lo que Puebla continúa mirando en América Latina: “Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad, y frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación. Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por trabárseles sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables que los acompañarán toda su vida; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral y familiar. Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen”²³⁴.

A continuación, cita las estadísticas con respecto a la situación en El Salvador. Así es como a partir de la procesión del Domingo de Ramos, Romero hace una descripción socioeconómica que incluye el rostro concreto de su pueblo. Así se efectúa el movimiento hermenéutico: realidad del pueblo de Israel que viene a encontrar al Mesías frente a la realidad contemporánea de su pueblo que vive la espera mesiánica. Sin embargo, esta espera no es pasiva, supone un movimiento de construcción solidaria de las premisas de una sociedad nueva.

Es el pueblo que peregrina hoy junto al Redentor el que tiene un 48% de las viviendas rurales sin servicios de agua potable, y un 66% de

233. 08/04/79, p. 256, VI.

234. 08/04/79, p.256, VI.

las casas del país sin electricidad; y en el campo no hay, en el 93% de las habitaciones, la corriente eléctrica. Un pueblo con un 35% de analfabetos. Son informes en los cuales se reconoce otro déficit que dicen lo lamentable de este pueblo que va esperando de Cristo, la gran liberación²³⁵.

Por otra parte, este pueblo que busca al Salvador necesita mucho más que la simple mejoría de sus condiciones de vida; busca una renovación interior que le permita marchar resueltamente hacia el futuro. Espera la llegada del Mesías como el Buen Pastor que une a todos entre sí y a cada uno por dentro haciéndose todo en todos. El pueblo y sus líderes necesitan tanto la Redención porque la hora es trágica. La liberación que Jesús aporta es mucho más fundamental; el yugo que hiere al pueblo no es exterior, la herida es profunda. Para el arzobispo, el mensaje del Evangelio se dirige a todos los corazones, para invitarlos a convertirse y arrepentirse. Jesús no acusa a nadie de ser la causa de la desventura de otros. Sabe que el pecado está en todos los corazones y causa ansiedad en el corazón de los que temen ser descubiertos, sus detractores. Por esto se le odia y se le desprecia tanto. Lo que conduce a la condena, es rehusarse a reconocer su pecado y su responsabilidad lo cual puede provocar la condena del inocente y en este sentido, la mentira, opuesta a la verdad, se vuelve homicidio del que la lleva. Sí, Jesús es el Mesías que se anunciaba para liberar Israel, pero no del modo que se creía porque las intenciones de Dios son mucho más vastas y profundas que las de los humanos. Por esto, Romero afirma:

Pero lamentablemente Cristo encuentra debajo de este pueblo que se alegra, el pecado. Él viene a quitar el pecado del mundo, Él viene a enfrentarse con esas fuerzas del infierno, Él va a sentir ya en su propia carne el latigazo del demonio, del pecado, por meterse a redentor. (...) Encuentra Cristo unas autoridades que tergiversan su mensaje. Encuentra una clase dirigente que ha torcido los destinos de ese pueblo y que lo puede orientar de este hosanna del Domingo de Ramos a una petición de condena el Viernes Santo²³⁶.

A pesar de que los últimos avances de la exégesis moderna parecen negar la veracidad del proceso de Jesús y el voto de la multitud pedido por Poncio Pilatos, Romero utiliza el relato evangélico en un esfuerzo mayéutico de su auditorio al que pide que se sitúe

235. 08/04/79, p. 257, VI.

236. 19/03/78, p. 76-77, IV.

ante la revelación del verdadero sentido de la historia. Dios fue condenado a muerte por la voluntad humana de conservar ciertos privilegios dudosos y la humanidad participa en este juicio, aún en nuestra época.

El prelado resalta la influencia determinante que tienen los dirigentes sobre el destino de sus pueblos y cómo la demagogia y el laxismo (otra actitud que puede mostrar falta de amor e indiferencia), pueden con frecuencia llevar a los pueblos a errar y al desierto espiritual, lejos del proyecto redentor que Jesucristo ofrece. El autor hace un paralelo entre la Historia Sagrada y la historia actual. Según él, no hay duda de que la identificación de Cristo con los pobres y los oprimidos, es siempre radical. Así, los que lo mataron hace dos mil años, siguen matándolo por las abominaciones atroces que hacen con sus pueblos.

5.3. Cristo se identifica con el pueblo

Entonces, la identificación del Cristo con el sufrimiento de su pueblo parece total: Para Romero, la adoración de Cristo como divinidad lejana y no solidaria de las penas humanas, es simplemente una aberración. La relación individual y trascendente que cada uno tiene con el Redentor incluye y exige un lazo horizontal de solidaridad para que Dios no sea adorado individualmente sino dentro de una comunidad sin la cual, la comunión es imposible. Comunidad concreta que, consciente de su destino común, actúa en primer lugar para mejorar el destino de todos y, en segundo lugar, para establecer en este mundo la antecámara del Reino. Cristo actúa como fermento de unidad que exige la alteridad en un esfuerzo permanente de construcción y según las capacidades del momento, de una comunidad familiar, nacional e internacional. Esta exigencia de justicia en favor de los más débiles aumenta al mismo ritmo que progresa la humanidad, exigencia que es, en definitiva, el único signo de progreso verdadero. Así, la identificación de Cristo con el sufrimiento del pueblo, es total.

Sentimos en el Cristo de la Semana Santa con su cruz auestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz. Sentimos en el Cristo de los brazos abiertos y crucificados, al pueblo crucificado pero que, desde Cristo, un pueblo crucificado y humillado, encuentra su esperanza²³⁷.

El verdadero sentido de los Evangelios, es la identificación de Cristo con los más humildes. El hombre de la Iglesia explica que solo los extranjeros, los que no tenían

237. 19/03/78, p. 80, IV.

ciudadana romana que por cierto daba muchos privilegios, podían ser crucificados. Esto es muy relevante aún en nuestros días. Cuando se tortura, asesina o encarcela al obrero, al estudiante, al pobre o al campesino, es para privarlos de su libertad de expresión y de organización, de su derecho de reivindicar condiciones de vida más dignas. Negar la ciudadanía a alguien es borrar su existencia como individuo. Para Romero, los derechos de humanos están enraizados en la cruz de manera que todos los crucificados de la historia claman al tribunal divino.

Un hombre cualquiera, esas figuras que ya estamos acostumbrados a ir viendo en nuestros periódicos: el campesino esposado, el campesino torturado, el obrero a quien no se le reconocen sus derechos, un hombre cualquiera, así se quiso hacer Cristo. Más todavía, humillado hasta una muerte que se prohibía a los romanos porque eran libres, pero que bien se imponía a los pueblos esclavizados. Roma crucificaba, pero no a sus romanos, Roma crucificaba a los pueblos que dependían de su imperio²³⁸.

El prelado destaca sobre todo en la identificación del creyente con la víctima de la persecución que está crucificado junto a Cristo e insiste menos en la acusación moralizante del Evangelio como la de Pedro en los Actos de los Apóstoles: “Ustedes son los que lo crucificaron”. Su Cristo es más fuente de esperanza que de culpabilidad porque la vida triunfó sobre la muerte. Se dirige más a las víctimas que al verdugo. Por eso Romero establece esta relación recíproca entre su pueblo víctima de genocidio y Cristo suspendido en la cruz.

Cuando en estas jornadas de Semana Santa lo miremos humillado bajo el peso de la cruz, no lo olvidemos, digamos desde el fondo de nuestra fe: aunque se parece a mí, que va sufriendo, es el Señor, y aunque yo me parezco a Él llevando la cruz, participaré de su gloria; Él no ha pasado solo el túnel doloroso de la tortura y de la muerte, con Él va pasando todo un pueblo y resucitaremos con Él²³⁹.

El Mesías acepta completamente su papel de mediador entre Dios y la humanidad caída debido al pecado original. Él se ofrece libremente en sacrificio para liberar a la humanidad de sus pecados. Ayer como hoy, este aspecto de la Redención expone la noción de un Dios cruel que exige el sacrificio de un inocente, para poder perdonar a

238. 19/03/78, p. 82, IV.

239. 19/03/78, p. 81-82, IV.

los pecadores. Esto no es un problema para Romero; al contrario, considera que Cristo quiso solidarizarse con el sufrimiento humano y que no es Dios el que exige el sacrificio sino el pecado humano. Jesús se convirtió así en el paradigma de la no violencia que opone el poder del amor al del odio. Al dejarse crucificar y abandonarse a la Gracia que siempre le ha acompañado, permite que su Padre lo resucite y transforme el destino humano a partir de la raíz.

¡Qué bien se identifica Cristo con el sufrimiento de nuestro pueblo! Así parecen clamar muchas cosas, muchos tugurios, muchos en las cárceles y en el sufrimiento, muchos hambrientos de justicia y de paz. “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?” No nos ha abandonado. Es la hora en que el Hijo de Dios va pasando con toda su carga de pecado por la obediencia que Dios le pide para poder perdonar esos pecados de la humanidad de donde derivan todas las injusticias, todos los egoísmos²⁴⁰.

Como lo enseñan los Evangelios, no se trata de un mesías victorioso que viene para aplastar a los malos y a los impíos; al contrario, padece y actúa en el corazón del sufrimiento humano. En el momento en que los llamados a la violencia son insistentes y la tentación de vengar a sus muertos es cada vez más fuerte, Romero discierne la violencia verdadera que Cristo aceptó para liberar a la humanidad del pecado. En el corazón de la fe romeriana, está el Cristo latinoamericano, solidario de los sufrimientos de su pueblo. La Pasión, pero también la Resurrección suscitan la esperanza de una nueva civilización. La esperanza del cristiano, no implica desinterés por el mundo actual; por el contrario, esta vela siempre, buscando los signos de los tiempos que anuncien el Reino venidero que ya está obrando donde el amor está presente. Sin embargo, la Resurrección no puede suceder sin someterse antes a la prueba y a los esfuerzos de la Pasión. Es el trabajo de la humanidad que vive los dolores del alumbramiento del hombre nuevo, el único que es capaz, armado de amor y fe, de orientar su vida personal y social hacia una civilización del amor.

6. El Cordero de Dios

Es interesante notar que, en América Latina, la imagen vehiculada por la Iglesia Católica desde el principio de la colonia, es la de un Cristo inmolido. Cristo ensangrentado, gimiendo en la cruz, mirando hacia el cielo; en Él se reconocen los más humildes que

240. 08/04/79, p. 259, VI.

llevan cada día sus propias cruces. Esta imagen corresponde a la idea de la salvación que sitúa a Cristo en un papel de víctima expiatoria que vino para satisfacer la cólera divina. Julio Lois se rebela contra esta idea:

La recuperación histórica de la cruz, preocupación fundamental y logro importante de la cristología de la liberación, ha contribuido decisivamente a liberarla de su condición de mero símbolo del carácter oneroso de nuestra reconciliación con Dios. (...) La cristología de la liberación denuncia con vigor las insuficiencias de las llamadas teorías expiatorias y sus modelos principales – sacrificio expiatorio, satisfacción sustitutiva, precio pagado como rescate – por pretender explicar la significación redentora de Jesucristo con una consideración “puntualista” o descontextualizada de la cruz, de la sangre derramada, del sufrimiento y pasión de Jesús. La violenta eliminación o secuestro del contexto real histórico de la cruz que realizan tales teorías ha conducido a la deformación de la imagen del Dios cristiano, a una valoración positiva del dolor humano en sí mismo considerado y a la pérdida de la dimensión crítico-profética de la cruz y su consiguiente significación político-liberadora²⁴¹.

La identificación de los pobres con Cristo, no es nueva pero la imagen de este a través de los siglos, ha evolucionado mucho con relación a su contexto histórico. Esto permite que los pueblos latinoamericanos comprendan mejor los motivos de la crucifixión y hagan correlaciones con las muertes de sus dirigentes no violentos que fueron víctimas de un sistema opresor. La crucifixión se ha convertido en la representación de las víctimas de la represión cruenta de los diferentes regímenes militares del continente. Julio Lois opina que, para las víctimas de la opresión, el suplicio de la cruz corresponde a una expresión subversiva de la injusticia de los sistemas políticos y religiosos.

La cruz desconectada de su contexto histórico y directamente vinculada a la voluntad del Padre puede convertirse fácilmente en legitimación sacral de todo sufrimiento injusto. Recuperada en cambio la historia, al contemplar a Jesús, juzgado, condenado y crucificado por los poderosos de su tiempo, quedan al descubierto los mecanismos perversos de los poderes civiles y religiosos y queda denunciada proféticamente la actitud de todos los que, en cualquier circunstancia, para defender los intereses

241. Lois, J. “Cristología en la teología de la liberación”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 241-242.

del estatus, o por taimada prudencia política, ocasionan la muerte de los inocentes. De esta forma, la cruz en la cristología de la liberación recobra toda su fuerza crítica y liberadora, como juicio contra el pecado de los poderosos que crucifican al justo, y se convierte en invitación apremiante a la lucha contra la perversión de los poderosos que dan la muerte²⁴².

Debido a este cambio de perspectiva, en muchas diócesis de América Latina, ya no se utiliza a Cristo para legitimar al poder opresor. Los descendientes de los conquistadores que aún en nuestros días constituyen el núcleo de las castas oligárquicas, perdieron su instrumento ideológico más antiguo de domesticación social. Esto importa poco ya que ahora disponen de medios de comunicación masiva que son mucho más poderosos. Por eso, Sobrino recuerda que es primordial saber interpretar el significado existencial de la cruz:

La cruz como historia no es simplemente derramamiento de sangre, sino producto de causas históricas, expresión de un modo de ser y de vivir, y de una forma de relacionarse con los seres humanos: el amor. La comprensión de la soteriología dependerá, y será muy distinta, según la cruz sea vista como naturaleza o como historia. La cruz como historia es la historia de la cruz, y esta es bien conocida: Jesús defiende a los débiles en contra de sus opresores, entra en conflicto con ellos, se mantiene fiel en ello y es eliminado porque estorba. La cruz acaece, pues, por defender a los débiles, y por eso, es expresión de amor. Entonces puede decirse que en la cruz hay salvación, que la cruz es eu-aggelion, buena noticia. El amor salva y, en definitiva, el amor – con sus diferentes expresiones – es lo único que salva²⁴³.

6.1. La Pasión

Jesús es un hombre acosado y perseguido por las autoridades religiosas que quieren matarlo. Al igual que los mártires modernos, el tiempo juega contra Él. Según Sobrino, la razón histórica de la muerte de Jesús que él distingue de la razón teológica, no es el resultado de la suma del pecado anónimo de la humanidad. Son ante todo las autoridades religiosas las que quieren aniquilarlo porque entra en confrontación con su concepción de Dios y de lo sagrado, concepción legalista que, además, sirve bien a sus intereses.

242. Ibid., p. 243-244.

243. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 552.

Los que lo mataron, fueron no sin razón, los diferentes poderes establecidos²⁴⁴. Jesús sabe la muerte que le espera desde que mataron al Bautista y para Él, esta muerte significa su fidelidad absoluta a Dios. Como dice Segundo, no hay que olvidar que Jesús fue un condenado político por los poderes de su época:

Sin duda alguna, Jesús de Nazaret muere porque las autoridades romanas lo condenaron por agitador político. Además, los cuatro evangelistas son unánimes al decir que Pilatos mandó inscribir sobre la cruz de Jesús el motivo oficial de su condena a muerte: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos” (cf. Mc 15,26). Así, existe un hilo conductor histórico y sólido, a partir de los primeros datos fidedignos de la prédica de Jesús, el Reino o el gobierno de Dios con sus principios y con sus consecuencias sociopolíticas, hasta su condena a muerte y su ejecución como agitador político²⁴⁵.

En una óptica más tradicional, Romero ve el relato de la pasión como una acusación lanzada a la cara de todos. Evocación poderosa que convoca a toda la humanidad a asistir a la crucifixión y ver en cada uno el pecado que clava al Inocente en la cruz. Esto es escandaloso para la fe. Su misterio causa una cierta perplejidad en los primeros creyentes. Se plantea esta pregunta: ¿Por qué se mató al Justo, al Mesías al que se esperaba desde hacía tanto tiempo? ¿Por qué vino a morir en la cruz, despreciado por todos? Esto nos refiere a las cruces de la historia en la que se ejecuta sin cesar, a víctimas inocentes con las que Cristo quiso identificarse. La presencia del mal y de la injusticia nos conduce a interrogarnos sobre el significado de la presencia de Dios en la historia. Si es un Dios de justicia y de amor, no puede estar del lado de los verdugos. Pero, ¿Cuál es la idea subyacente al sacrificio ritual?

El sacrificio es una de las instituciones humanas establecidas para solucionar el problema central del hombre: cómo salvar, siendo creatura limitada, la infinita distancia que le separa de Dios, distancia que, además, se hace cualitativamente insalvable, por principio, por el pecado de la creatura. El sacrificio es lo que salva esa distancia, según la siguiente lógica. Visto desde la acción del hombre, en el sacrificio éste otorga a Dios lo más vital y querido para él y reconoce, así, la soberanía de Dios. Para ofrecerlo a Dios, separada la ofrenda del mundo de la creatura, la introduce en el mundo sagrado, la hace sagrada (sacrificio = sacrum

244. Ver Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 317.

245. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 173.

facere); y no solo la aparta del mundo profano, sino que la destruye. De esa forma, el hombre piensa poder acceder a Dios, lo que queda simbolizado en que come parte de la víctima ofrecida, ahora posesión de Dios, y con la sangre de la misma víctima rocía el altar de Dios y rocía al pueblo. Y visto desde Dios, si este acepta el sacrificio, y aquí esta lo decisivo, entonces, se ha salvado la distancia insalvable, el hombre entra en comunión con Dios, hay salvación²⁴⁶.

La fuerza del sentido redentor del sacrificio de la cruz está en la aceptación incondicional del Mesías crucificado. Teológicamente, Dios acepta a Jesús como sacrificio puro y perfecto. Siendo Él el Hijo de Dios, se convierte en el Mediador absoluto entre Dios y el género humano. A través de Él, se alcanza la Salvación y entonces los sacrificios rituales pierden todo significado. La Resurrección confirma esta aceptación. Ella no depende del sufrimiento padecido sino de la fidelidad incondicional a la voluntad de Dios que no desea la muerte del Justo sino la afirmación de la Verdad del Reino hasta sus últimas consecuencias. Si Jesús hubiese optado por el exilio en vez de la confrontación con las autoridades del Templo de Jerusalén o si hubiera respondido durante su proceso de una manera más deferente para salvar su vida, no hubiera sido leal a la verdad. Habría sido derrotado de una manera aún más indigna. Romero parece favorecer una visión más tradicional del sacrificio de la cruz que evoca una concepción del sentido expiatorio, de un rescate pagado por Dios para salvar a la humanidad del pecado. Emplea el sentimiento de culpabilidad que evoca el calvario como instrumento de la evangelización.

Cristo no padece por culpa suya, Cristo se ha hecho responsable de los pecados de todos nosotros. El que quiera medir la gravedad de sus pecados, mire a Cristo crucificado y diga con lógica: ¡Así lo he dejado yo! Yo lo he matado por limpiarme de mis suciedades, Él se hizo sucio por limpiarme de mis abominaciones, Él se ha hecho abominable hasta la palabra que parece una blasfemia, pero le dice la Sagrada Escritura: “El que no tenía pecado, por nosotros hizo pecado, maldición, castigo de Dios”. Eso es Cristo, el pararrayo de la humanidad, allí descargaron todos los rayos de la ira divina para librarnos a nosotros, que éramos los que teníamos que sucumbir porque hemos puesto la causa de la maldición cada vez que hemos cometido el pecado²⁴⁷.

246. Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 363-364.

247. 21/03/78, p.102-103, IV.

Romero hace una correlación entre los sufrimientos del pueblo y los de Cristo. Esto permite al pueblo identificarse perfectamente con el Crucificado y encontrar ahí consuelo y esperanza. Si bien las autoridades mataron al Justo, los pobres no son responsables de su situación, aunque el orden establecido insista en lo contrario. No, las víctimas de la represión y de la injusticia no son responsables de lo que les sucede. Veamos las palabras del arzobispo:

Si Cristo es el representante de todo el pueblo en sus dolores, en su humillación, en sus miembros acribillados con unos clavos en una cruz, tenemos que descubrir el sufrimiento de nuestro pueblo. Es nuestro pueblo torturado, es nuestro pueblo crucificado, escupido, humillado al que representa Jesucristo Nuestro Señor para darle a nuestra situación tan difícil un sentido de redención. No es extraño hermanos, que, al sentirse así el pueblo humillado como Cristo, quiera sacudir sus cruces, quiera botar los clavos, los azotes; quiera liberarse²⁴⁸.

Oscar Romero no se cansa de repetir que el objetivo de esta crucifixión que lleva a la Redención, a la Salvación, a la Resurrección, en otras palabras, a la liberación cristiana, es atacar la raíz del mal en el corazón de cada uno. Se trata para él de una liberación radical de la que las liberaciones históricas no pueden dispensarse sin arriesgar de invertir los papeles del opresor y del oprimido. Acentuando el paralelo entre el pueblo crucificado y Cristo oprimido, Romero cita a los prisioneros políticos, los desaparecidos, sus madres y esposas como representantes del calvario que aflige a su país. Paradójicamente, la “Vía dolorosa” debe suscitar esperanza en el pueblo que camina con la cruz a sus espaldas. No es lo mismo soportar sin esperanza alguna, sin razón de esperar, que vivir las pruebas de la vida sabiendo que Dios está presente en ellas y que trabaja secretamente por la liberación. O sea que la fe abre otra perspectiva sobre la experiencia del sufrimiento en este mundo. Permite reconocer en hechos pequeños, el despertar de un tiempo nuevo. Por eso puede afirmar el arzobispo:

Solo hay un verdadero libertador: Dios que nos ha traído la liberación del pecado, donde tiene su raíz todo el malestar de los hombres. Por eso hay que comprender a Cristo identificándose con la humanidad doliente. Sintamos ahora mucha simpatía por Él y cuando lo vemos con su cruz a cuestas, sudando sangre, llorando con lágrimas de un dolor casi sin

248. 19/03/78, p.103, IV.

esperanza en lo humano, pensamos en la situación misma nuestra, pero con una esperanza divina como la que Cristo quiere inspirarnos²⁴⁹.

La sangre derramada en la cruz, es el juramento de la nueva Alianza. La Historia santa no ha concluido, se sigue escribiendo, exigiendo un esfuerzo de inserción en el mundo. Romero interpreta las Escrituras partiendo de los hechos actuales. Para él, el cristiano no puede ser ajeno a las coyunturas que afectan el destino de su pueblo, la justicia y la paz; pero esta inserción no puede ser verdadera sino a la luz del misterio pascual de la Encarnación del que vino para librar a la humanidad de su prisión interior, de su finitud y de su miopía histórica.

6.2. El Misterio pascual

Romero ve en el misterio pascual tres ángulos diferentes: la Pasión, el Sepulcro y la Resurrección. La pasión es el misterio del sufrimiento humano que Cristo aceptó en la cruz, punto culminante de su Encarnación que se hizo solidaria con los más débiles, los pobres y los enfermos, de todos los excluidos de su tiempo. Misterio por profundizar, misterio inconcluso sobre el que se ha escrito tanto sin alcanzar el fondo, misterio de la condición humana de la que la humanidad espera aún liberarse sin parar de trabajar para calmar los sufrimientos humanos, fruto del pecado y de la injusticia. Por otra parte, para el pastor es esencial que los creyentes unan sus penas con las de Cristo porque es la única manera de transformarlas en fuerza redentora. Entremos en el recogimiento de una vigilia pascual animada por Romero:

Esta noche podemos ofrecerle al Divino resucitado, como incorporándolo en sus llagas gloriosas, todo nuestro sufrimiento. ¿Quién de los que estamos llenando esta Catedral y de los que a través de la radio están reflexionando en esta noche santa, no tiene un sufrimiento? ¿Qué cristiano no lleva un problema en su conciencia? Esta noche nos invita Cristo a unir en su dolor, en su cruz, todos los dolores para hacerlos divinos, para iluminarlos con luz de Pascua, para llenarlos de esperanza. Una noche, hermanos, en que el mejor regalo que le podemos traer al divino Redentor es nuestro propio sufrimiento, para que unido a su resurrección se convierta en un dolor de redención²⁵⁰.

249. 08/04/79, p.259, VI.

250. 25/03/78, p.110, IV.

Romero alude a uno de los hechos esenciales de la fe al evocar magistralmente a los que precedieron a Cristo en el más allá y a quien Él libera al recorrer el túnel de la muerte. Solo ella permite afirmar cosas tan bellas sin comprobar su veracidad. Solo la fe permite recorrer el camino de un relato imaginario que suponemos verdadero, como suspendido sobre las estrellas, del otro lado de la historia. Abismo o Cielo, eso depende de cada uno; lo importante es el poder de evocación que suscita en la conciencia del que escucha, de manera que el mito se vuelve aún más real que la realidad misma. Cuando el entorno vacila, es importante tener acceso a esta fuerza de evocación que permite ver la vida con otra perspectiva, esto mantiene una esperanza viva y un pueblo erguido. Los historiadores de la antigüedad utilizaron este método de redacción que mezclaba los símbolos con la realidad o que alteraban el orden cronológico de los hechos para hacer resaltar el mensaje. Segundo explica:

Así, un autor o inclusive un historiador del pasado, no vacilaba en atribuir a un personaje un discurso ficticio que no hubiera podido pronunciar en aquellas circunstancias, si esto podía mejorar la comprensión del significado de los hechos relatados. Por la misma razón, a veces se modificaba el orden temporal de los hechos y se agregaban símbolos a lo real²⁵¹.

El análisis temático de las homilias permite constatar que al fondo del vacío y de la desesperación, el ser humano debe aprender a depositar su confianza en el único Ser que ha vencido la muerte definitivamente y no para Él solo sino para toda la humanidad. Solo Cristo puede dar su verdadera dimensión a las liberaciones esperadas. Una liberación limitada a lo terrestre y material, sería un engaño. Según Romero, no puede haber verdadera liberación sin la conversión sincera a Cristo resucitado en su pueblo. “La Redención nos habla que la verdadera liberación del hombre tiene que ser el fruto de un Cristo triunfante y de la esperanza que en Él pongan los hombres²⁵²”.

Romero describe a grandes rasgos, la victoria mayor de la historia. Victoria que ha vencido a la misma muerte, victoria sin violencia, la victoria de la Vida sobre la muerte. Un triunfo tan grande, que puede generar las esperanzas más insensatas. Esta victoria altera la escala de valores humanos desde sus cimientos. En efecto, ahora el triunfo de la muerte será solo una apariencia y los agentes que la sirven para mantener o establecer su poder, no tendrán más control sobre aquellos que creen en la resurrección de la

251. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 103.

252. 25/03/78, p. 112, IV.

carne. La mayor fuerza del Evangelio es que termina allí donde comienza la aventura cristiana en el mundo.

Desde la resurrección de Cristo hasta su segunda venida, ¿cuántos siglos transcurrirán? No lo sabemos, pero si sabemos que con la resurrección de Cristo se ha rubricado ya el pacto de victoria sobre el pecado, sobre el infierno, sobre la muerte y que Dios le ha encomendado a su Iglesia la administración de su victoria en el corazón de cada hombre. De allí este trabajo tan tremendo de la evangelización, el trabajo de la reconciliación de los hombres con Dios, el trabajo de llevar la sangre de Cristo a todos los corazones, el trabajo de sembrar el amor del Señor sobre todos los odios, el trabajo de sembrar paz en los pueblos, justicia en las relaciones humanas, respeto a los derechos de los hombres que santificó la redención del Señor²⁵³.

El camino está lleno de sufrimientos y de pruebas debido a la resistencia del Mal y del pecado, al establecimiento de un Reino de Amor y de Justicia. El camino que indica la Iglesia, está hecho de renuncia y sacrificios; por esta razón, lo rechazan aquellos que creen poder lograr la felicidad sin su ayuda. Este rechazo resulta en conflictos ya que querer restaurar la justicia en este mundo, es, sobre todo, oponerse a la injusticia que impera. Julio Lois expone a continuación la dialéctica que une la cruz de la historia a la esperanza del Reino por venir, que suscita la Resurrección de Cristo.

La consideración adialéctica de la cruz y de la resurrección puede fácilmente jugar una funcionalidad reaccionaria. Considerar la cruz sin relacionarla dialécticamente con la resurrección puede conducir a presentar el sufrimiento como algo que pertenece esencialmente al ser de Dios y por tanto insuperable. El sufrimiento es sacralizado y no hay posibilidad de esperanza. La única actitud sensata sería identificarse con él sin pretender su imposible superación. Considerar la resurrección sin la cruz puede sacralizar la ideología del éxito o del futuro reconciliado, sin pasar por el presente de la injusticia y opresión, generando así una concepción entusiástica y ahistórica que proyecta más allá de las estrellas y que aliena de la realidad y su actual conflictividad. Sin la resurrección la cruz puede ser instrumento al servicio de una teología legitimadora

253. 25/03/78, p.112-113, IV.

del sufrimiento de los pobres de esta tierra. Sin la cruz la esperanza generada por la resurrección no es creíble, al menos para los que sufren la injusticia²⁵⁴.

7. La Resurrección

Podría parecer errático hablar de Resurrección en un capítulo consagrado a la vida de Jesús de Nazaret. Es seguramente mejor hablar de un Jesús personal que se reveló a algunos privilegiados, a sus íntimos, durante su vida terrestre. Como lo hemos dicho, la Resurrección introdujo en la historia y en la conciencia humana, un nuevo principio que invirtió el orden de las cosas. Dios favoreció a la Víctima y le hizo justicia de manera definitiva. Agrega Segundo que con la Resurrección se manifestó en la historia el inexplicable poder sobrenatural de Dios y explica con respecto a la contingencia humana:

La historia de un personaje del pasado se termina con su muerte definitiva, cuando sale de la historia. Así sucede con Jesús cuando muere en la cruz. Es verdad que la relación íntima de la persona con el cadáver puede de alguna manera prolongar esa historia por un tiempo breve. En el caso de Jesús, sucede algo importante. Se podría decir que su historia en el sentido estricto de la palabra, se termina ante su sepulcro vacío. La historia no “constata” su Resurrección. Esto se puede explicar de diferentes maneras, pero el sepulcro vacío hace parte de los hechos verificables²⁵⁵.

La Resurrección de Jesús es un motivo de esperanza para las víctimas de este mundo. No hay pruebas históricas de ella como las hay sobre la vida de Jesús, pero hay una realidad de fe que describieron los primeros testigos. La Resurrección se refiere a la esperanza universal común a todas las grandes religiones de acceder a la inmortalidad. Si la muerte es el fruto del pecado, al contrario, la inmortalidad, la vida eterna, será el fruto de la gracia y del don de Dios. Sobrino sugiere también que la Resurrección nos lleva a tres actitudes fundamentales que implican el saber, el actuar y la esperanza

254. (...) La cristología de la liberación afirma que el horizonte hermenéutico de captación de la resurrección es la vivencia de la esperanza que brota de la cruz y que se afirma contra esperanza. En realidad, creer en la resurrección y esperar en ella solo puede hacerse desde la cruz o el seguimiento del Crucificado de Galilea, que implica la solidaridad con los crucificados de hoy que parecen carecer de futuro histórico. Lois, “*Cristología en la teología de la liberación*” *Mysterium Liberationis*, I, p. 246-247.

255. Segundo, J. *A historia perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 306.

evidentemente en relación con el contexto de las masas populares de América Latina²⁵⁶. Hay interrelación entre estos tres aspectos. Por ejemplo, los actos influyen el conocimiento y la esperanza y estos a su vez actúan sobre la praxis, siguiendo al Resucitado.

Oscar Romero insiste en sus homilías en la dimensión histórica y humana de Cristo resucitado, sujeto y objeto de la fe. “Aquel Niño Dios que la Virgen tuvo en sus manos. Aquel niño que acarició y amamantó en sus pechos, aquel a quien se sintieron con derecho de escupir y de golpear los enemigos, era la carne de Dios²⁵⁷”. Dado el contexto, los teólogos europeos defendían sobre todo la divinidad de Jesús histórico. En América Latina, la fe se sitúa en otro contexto y esto hace que las personas guiadas por su fervor religioso, crean en Jesucristo como Hijo de Dios. Por eso es la parte humana de ese Dios hecho carne, que quedó probablemente más en la sombra. A partir de Medellín, la parte humana de este Hijo de Dios se desarrollará más en la teología latinoamericana. Por esto, Sobrino establece así la relación entre la dinámica de la Resurrección y el carácter liberador que introduce en la historia.

En el Nuevo Testamento es evidente que la resurrección de Jesús, junto con el reino de Dios, es símbolo de utopía, de una nueva tierra y un nuevo cielo, y lo específico de este símbolo es la liberación de la muerte, todo lo cual es aceptado por la cristología de la liberación. Para esta, sin embargo, es también esencial mostrar qué de liberación histórica genera ya la resurrección de Jesús. (...) La resurrección de Jesús es presentada en los primeros discursos de Pedro como reacción de Dios a la injusticia que los hombres cometieron contra el justo e inocente Jesús. En este sentido, la resurrección es esperanza ante todo para las víctimas de este mundo, y es esperanza liberadora porque acaece en presencia de la desesperanza de que, en la historia, el verdugo triunfa sobre su víctima, en presencia de la tentación a la resignación o el cinismo. La resurrección de Jesús es también liberadora en cuanto apunta el presente señorío de Cristo sobre la historia, generando seres humanos que no son esclavos de la historia, sino que se enseñorean de ella²⁵⁸.

256. Ver Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 69-103.

257. 26/03/78, p. 117, IV.

258. Sobrino, J. “*Cristología sistemática : Jesucristo el mediador absoluto del reino de Dios*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 593-594.

El jesuita aconseja al lector que no interprete unilateralmente la Resurrección como una dimensión individual de la Salvación de la que están ausentes la noción de pueblo y de compromiso histórico en pos de Jesús. El peligro es que la trascendencia termine quitando toda importancia a la historia y que se termine con un Dios sin Reino. Sobrino dice que se debe dar importancia a la Resurrección, pero dentro del esquema del Reino de Dios²⁵⁹. La victoria de la vida sobre la muerte es la esperanza de los pobres, la vida en abundancia, en vez de miseria y desesperación. El ser humano es trascendente porque es capaz de esperanza y porque esta cualidad es esencial para mantenerlo vivo. La Resurrección de Jesús lleva a la Parusía, a la Resurrección universal. La esperanza de la Resurrección es prioritaria para las víctimas de la historia y para los que son solidarios con ellos. Dios resucitó a un crucificado y por analogía resucitará a todos los crucificados de la historia. La Salvación-Liberación depende de la participación humana en esta cruz, presente durante todos los siglos.

La certidumbre de la Resurrección procura a los discípulos una alegría profunda, la de saber que la muerte no triunfará y que deben vivir ahora como resucitados. Así, paradójicamente, los que viven en contacto cotidiano con la muerte en condiciones precarias, tienen aún más razón de alegrarse por la Resurrección de Cristo. Esto se refleja bien en la alegría de los cantos “soul” de los negros americanos y de los “afrobrasileños”, esta alegría se funda en la certidumbre de la Salvación-Liberación y no es superficial ya que asume la dimensión trágica de la vida, enraizándose en sus penas y sus sufrimientos. La felicidad verdadera no se exenta de la cruz, la asume sabiendo que Dios se reserva la última palabra.

7.1. Inserción en la historia

Abordar la resurrección de la carne desde un punto de vista histórico, es problemático. De hecho, tendemos a pensar que la vida humana de Jesús terminó en la cruz, el día de su pasión y que después entró en la eternidad de la vida divina. Sin embargo, no hay que olvidar (aunque el debate es antiguo, muchos cristianos lo olvidan), esta carne resucitada es también la de los humanos y la promesa de la Resurrección no se refiere únicamente a la sobrevivencia del alma. Esta idea proviene del pensamiento helénico que dice que el cuerpo es la prisión del alma, pero esto no es el objeto de la esperanza cristiana. La Resurrección tan esperada comprende también a la carne a través de una especie de recreación del mundo. Ellacuría la interpreta así:

²⁵⁹. Ver Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 219.

La resurrección, en efecto, no es el trasplante del Jesús histórico a un mundo que está más allá de la historia. No en vano, la resurrección esta expresada en el Nuevo Testamento como la reasunción por Jesús no tanto de su cuerpo mortal como de su vida histórica transformada; Jesús resucitado prolonga su vida transformada más allá de la muerte y de los poderes de este mundo para convertirse en Señor de la historia, precisamente por su encarnación y muerte en la historia. Ya nunca más abandonará su carne y, con ella, no abandonará nunca su cuerpo histórico, sino que sigue vivo en él para que, una vez cumplido lo que todavía falta a su pasión, se cumpla también lo que falta a su resurrección. Muerte y resurrección histórica irán continuándose permanentemente hasta que vuelva el Señor. El Espíritu de Cristo sigue vivo y animará su cuerpo histórico como animó su cuerpo mortal y resucitado²⁶⁰.

¿De qué manera este suceso modificó el destino humano y sus relaciones con la historia? La Resurrección no es externa a la historia, afirma Ellacuría; ella se inserta ahí por su poder de atracción y de preservación. Así, el “escatos”, la finalidad última de la historia de la Resurrección de Cristo, atrae eventos históricos que se describen como los dolores del alumbramiento de un nuevo mundo. Además, Romero recuerda que la historia, las sociedades y la humanidad, serán juzgadas según los criterios del Reino de Dios. Así, todos los actos de desprendimiento, de abnegación y de don de sí en favor de la última finalidad de la historia, se recuperarán para la gloria de los vivos. Por su parte Sobrino recuerda que la Resurrección es un hecho sin precedente en la historia. Según él, la Resurrección de Jesús es un evento escatológico que manifiesta la realidad última de la historia, no de un punto de vista cronológico sino metafísico. Por eso no puede calificarse a la Resurrección de simple milagro ya que releva la naturaleza misma de Dios²⁶¹.

La Resurrección representa la sanción real de Dios que viene a confirmar la veracidad del mensaje anunciado por el Mensajero. Estas palabras tienen una dimensión eterna porque provienen del seno de Dios. Por esta razón, Cristo encargó a su Iglesia que anunciara la Buena Nueva de su Resurrección a fin de que, escuchándola, los que le pertenecen, se alegren con Él y se reconozcan en Él. Para Romero: “La resurrección de Cristo es como la rúbrica de la omnipotencia de Dios que marca la ruptura de las

260. Ellacuría, I. “*La Iglesia de los pobres, sacramento histórico de liberación*”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 140.

261. Ver Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 40.

esclavitudes; y que todo aquel que acepte esa resurrección y esa vida eterna, será libre de sus pecados²⁶²”. Las apariciones del Resucitado corresponden a un envío misionero explícito. El apostolado implica una nueva proposición para la humanidad, una esperanza que transforma la realidad en sentido último de la vida misma²⁶³. Sobrino constata que la historia revelada por la Biblia equivale a una promesa.

Una promesa, por definición, no es lo que se prevé para el futuro como pura extrapolación o como conclusión lógica de un proceso, sino que es algo que viene de fuera, inesperada e inmerecidamente. Para captar la resurrección de Jesús como cosa real hay, pues, que captar la realidad como promesa y ello presupone, hermenéuticamente, la apertura a la gracia, dejarse dar contenido e incluso la capacidad de conocerlos²⁶⁴.

El sepulcro vacío suscita un misterio. En sí, no es una prueba de la Resurrección, pero para los creyentes, es un símbolo que los enlaza con estos hechos sin precedente en la historia. Los que anunciaron esta Buena Nueva fueron los testigos que comieron y bebieron con Él después de su sacrificio. Pero si hubiera sido solamente el testimonio de unos cuantos hombres y mujeres que vivieron hace dos mil años, la fe no hubiera perdurado. Ella perdura porque los creyentes que dieron crédito al Evangelio experimentaron en carne propia y con la ayuda de la oración y de los sacramentos, el milagro permanente de la gracia y de la providencia en acción o simplemente esta presencia pacificante que invade el corazón de los que sufren ofreciendo sus penas y sus angustias a Cristo resucitado. Esto permite a Sobrino decir que: “lo que nos configura como humanos y creyentes no es el saber acerca de la resurrección y acerca de la experiencia de los discípulos, sino la experiencia real de la resurrección que es la experiencia de algo cuasi-escatológico en nuestra realidad²⁶⁵”. Este teólogo asocia esta realidad última de la historia con la esperanza y la alegría que viven los pobres que tienen la fe y que pueden experimentar todos los que son solidarios con ellos.

Esa experiencia suele marcar existencialmente la vida. La persona queda referida a una cierta ultimidad objetiva y queda configurada subjetivamente con cierta definitividad. De acuerdo con lo que se ha experimentado, surge una decisión de vivir y trabajar por algo último, la justicia, por ejemplo, y de hacerlo hasta el final -el martirio-, con

262. 26/03/78, p. 119, IV.

263. Ver Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 92.

264. *Ibid.* p. 102.

265. *Ibid.* p. 137.

oscuridades probablemente, pero con mayor luz y convicción de que ese camino es el correcto. El caminar tiene sentido y produce gozo²⁶⁶.

Esta definición es la cumbre del ideal de la libertad cristiana que consiste en renunciar a uno mismo para seguir a Cristo por los caminos de la solidaridad humana. Este sentimiento se puede compartir en una comunidad, es ahí donde adquiere todo su sentido. Sobrino nos dice que los pobres son los que revelan el verdadero sentido de la realidad. En ellos se manifiesta el pleno sentido de la vida y el imperativo de la solidaridad humana. Esta es la convicción de los que tienen la suerte de haber experimentado la presencia “de la luz y de la esperanza en los pueblos crucificados²⁶⁷”. El que experimenta el carácter último de la dignidad humana y de la fuerza del amor más grande que la muerte que se vive al contacto de los pueblos del Tercer Mundo, establece una relación nueva con la historia, la humanidad y la trascendencia. Esta percepción nueva de la realidad suscita una transformación interna y definitiva si se es fiel. La experiencia de la trascendencia actuando en la sencillez de la vida, puede relacionarse con la muerte, reveladora de sentido. En los pobres, la vida se manifiesta en su esencia primaria y sin artificio alguno.

Romero confirma que el acceso a la condición de resucitado por el bautismo, implica un compromiso para los cristianos de vivir según los criterios de esta Resurrección. Por esta razón como lo afirma Pablo en su epístola a los Colosenses (3,1-4) se deben buscar las cosas de arriba y no los placeres fútiles de la carne. Los creyentes deben asentar sus vidas sobre la roca que es Cristo resucitado, construyendo la historia según los designios de Dios. El arzobispo aconseja: “Vivir las cosas de arriba quiere decir: la vida nueva del resucitado ya la tienen que vivir en esta tierra. No quiere decir: despreocuparse de las cosas de la tierra, sino manejar las cosas de la tierra con los criterios de la justicia del cielo²⁶⁸.”

La Resurrección actúa en los corazones humanos de buena voluntad, a través del Espíritu. Él inspira los valores del Reino venidero y trabaja por su advenimiento. La Resurrección representa la liberación de las opresiones terrestres ya que Cristo venció a la muerte y a todos sus servidores. Los que piensan acallar la voz de la verdad por el miedo, el asesinato o la mentira, ignoran el poder regenerador que permanece activo en la historia siempre nueva suscitada por la fe en Jesucristo. La fe y la historia son

266. *Ibid.* p. 140.

267. *Ibid.* p. 142.

268. 26/03/78, p. 124, IV.

inseparables porque la primera lleva consigo valores y esperanzas que orientan el destino de los pueblos hacia días mejores.

Aún más, la fe sin historia no tiene sentido, es insignificante pues sin ella, no puede revelar la obra de la gracia a través de los signos de los tiempos. Pronto se vuelve refugio para los que quieren darse buena conciencia dando la espalda a la comunión fraternal llamada a realizarse en la historia, edificando un mundo nuevo que hace posible el futuro de la humanidad. Fe e historia son dos polos que constituyen otra clave hermenéutica del pensamiento teológico romeriano. Para él es evidente la relación intrínseca que implica la organización pragmática de la historia que desean los actores políticos y la visión subyacente de una perspectiva de fe que debe responder a imperativos éticos y morales.

7.2. Conciencia en el actuar

El “principio-realidad” impone la necesidad urgente de bajar de la cruz a los pueblos crucificados. La praxis evangélica tiene dos elementos fundamentales: son el anuncio de la Buena Nueva de la Resurrección y las acciones consecuentes que hacen fidedignas la razón de esta esperanza. Bajar a las víctimas de la cruz es hacerles justicia permitiéndoles vivir, organizarse y tomar las riendas de su destino. Esto es precisamente lo que Romero hizo. Estas acciones provocan conflictos porque se oponen a aquellos que los someten y los oprimen. Sobrino afirma:

Por ser una praxis al servicio de la resurrección de los muertos. Es decir, resurrección de muchos, debe ser también una praxis social, política, que desea transformar las estructuras, resucitarlas. (...) El seguimiento de Jesús nos introduce en la esperanza de las víctimas y se convierte en una praxis para hacerla realidad²⁶⁹.

Evidentemente, los actos de liberación son manifestaciones parciales del Reino venidero que atraen misteriosamente a la historia hacia su realización plena y entera. Jesús fue el profeta por excelencia que trajo un nuevo “*ethos*” que implica una relación diferente con la realidad. Durante las fiestas del primero de mayo de 1978, Oscar Romero elogia este espíritu crítico y evangélico. En esta ocasión, se dirige a los empleados del sistema de educación que, según él, debe permitir a los futuros ciudadanos interrogarse y mirar de una manera crítica las realidades concretas de su país.

²⁶⁹. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 94-95.

Que se capacite a los niños y a los jóvenes a analizar la realidad de su país. Que los prepare para ser agentes de transformaciones en vez de alienarlos con un amontonamiento de textos y de técnicas que los hacen desconocer la realidad. Así hay muchos técnicos, muchos sabios, muchos profesionales que saben su ciencia, su profesión, pero que son como ángeles, desencarnados de la realidad en que actúan su profesión. Lo primero que debe buscar una educación, es encarnar al hombre en la realidad, saberla analizar, ser críticos de su realidad. Una educación que sea educación para una participación política, democrática, consiente, ¡esto! ¡Cuánto bien haría!²⁷⁰

Esto implica una comprensión transversal de diferentes problemas para no trabajar de un modo fragmentario y dicotómico. Insiste en la importancia de cultivar la identidad y los valores nacionales en lugar de dejarse alienar por valores de otras naciones (es decir, americanas). El alma de un pueblo que lo capacita a escoger y a determinar lo que es bueno para la colectividad, a su propio ritmo, no puede provenir de una sumisión a valores extranjeros. Así, denuncia al citar *Populorum Progressio*: el imperialismo cultural y económico, como siendo peor que el colonialismo político.

Según él, la identidad colectiva es lo que permite que un pueblo aspire al bien común y, por el contrario, la alienación cultural provoca una erosión de los valores y una pérdida de visión, susceptibles de transformar la historia. Para tener influencia sobre ella, cada pueblo debe inscribirse partiendo de sus orígenes en una relación de continuidad histórica correspondiente a los esfuerzos de transformación. El olvido de la memoria colectiva impide el sentimiento de pertenencia esencial a una postura autónoma capaz de realizar un futuro diferente. La fatalidad se vuelve la prisión del ser nacional alienado del que escapa su destino. Paradójicamente, cuando se cierran los caminos de la conciencia histórica que es asumir el pasado, se obstruye toda veleidad de un futuro original susceptible de escapar o de sobrevivir a las fuerzas hegemónicas del imperio. El imperialismo utiliza a las clases pudientes que le son afines, para transmitir su propio régimen económico y su visión implícita del mundo. Esto explica por qué es primordial para el aparato ideológico, conquistar las almas y los corazones. La hegemonía del discurso ideológico impone sus paradigmas y su propia racionalidad que esconde la comprensión de la realidad y por eso, paraliza la historia de los pueblos que no pueden desarrollarse más de una manera auténtica. Los intereses vitales y la percepción que toda nación debe tener de ella misma, como una entidad orgánica, se desvía para

270. 30/04/78, p. 194, IV.

favorecer a los que controlan la información. La historia nos enseña que el vencedor debe domar el espíritu de resistencia del vencido.

Jesús como paradigma y referencia suprema de los valores que nutren al creyente (a condición que su mensaje no sería el mismo objeto de manipulación) como hombre verdadero que recorrió los caminos de la historia, es portador de un mensaje subversivo porque rompe la indiferencia establecida por el sistema dominante. “En Él, por Él y para Él”, la humanidad puede orientar la historia hacia su realización y no hacia su pérdida; así, cada generación debe proseguir la obra de la Creación trabajando incesantemente al buscar lo mejor y lo justo sin evitar los sacrificios necesarios para el beneficio de las generaciones presentes y venideras.

El universo y la carne fueron creados y por lo tanto tienen un valor relativo y por esto Romero invita a los salvadoreños a trabajar por los valores eternos, que nunca terminarán. Al contrario de la materia que se degrada progresivamente, los esfuerzos de solidaridad, fraternidad, amor y caridad, pertenecen a la escatología. De hecho, todo lo que enlaza al humano con la gran cadena de seres vivos, posee una perennidad que trasciende los siglos y las generaciones y, además, dado que Dios se hizo carne, todo trabajo hecho para beneficio de sus semejantes, ya participa, aunque sea de una manera velada, con el Reino venidero. Su trabajo aparece a partir de ese momento como eterno a pesar de no poder aún apreciar sus frutos.

Por esta razón, los antiguos revolucionarios cristianos de El Salvador inspirados por las palabras de Romero, se convirtieron en ardientes trabajadores sociales. Compartieron el ideal revolucionario hasta el punto de comprometerse con él durante muchos años, han regresado ahora a la razón primera que motivó su compromiso: una solicitud constante por la persona humana. Porque, para el combatiente del Eterno, una sola vida humana enderezada, salvada de la prostitución, de la violencia, de la miseria, del infierno de la droga y de la calle, vale la pena. Los objetivos pueden cambiar pero la lucha en favor del Reino, no para nunca. Por esto, el prelado salvadoreño decía: “Tener a la vista para saber trabajar no por una carne que perece, no por unos bienes que se quedan con la muerte, sino teniendo a la vista al gran trabajador que murió como todos los trabajadores, pero que vive ahora en el Espíritu²⁷¹”.

La situación de ruptura social y de polarización política dentro de la cual ejerce su ministerio Oscar Romero, explican su visión maniquea de la historia que él divide

271. 30/04/78, p. 199, IV.

en los partidarios del Bien y del Mal. A pesar de todas las reservas que pueda tener tal perspectiva teológica e histórica, no podemos negar que su análisis de la realidad se basa en hechos preocupantes que suceden ante una guerra civil inminente en la que perecerán más de setenta y cinco mil individuos y saldrán del país un millón de refugiados sobre una población total de cinco millones. Citando a Juan quien carece también de matices, Romero describe una sociedad dividida entre los que cumplen la voluntad del Señor y los que lo ignoran para trabajar a favor de las tinieblas. En esta época para él : “Hay dos mundos. El mundo de los que sufren por hacer el bien y el mundo de los que sufren por hacer el mal. El mundo de los que son torturados e injustamente calumniados y perseguidos, y el mundo de los que persiguen tal vez pensando hacer un bien atormentando y acribillando a los demás^{272*}”.

Conclusión

La búsqueda de Jesús histórico, nos conduce a situarlo en el tiempo presente. La sociedad salvadoreña de la época de Romero favorece esto por razones de orden social, geográfico, político y religioso. De hecho, sin caer en un sincronismo absoluto que evitaría distinciones fundamentales pero que permite comprender el análisis socio histórico y político religioso, El Salvador de entonces tenía algunas características comunes con Palestina, donde vivió el Nazareno. El uno, pequeño estado pobre y dependiente y el otro una lejana colonia romana; las dos con una alta densidad de población de la cual una buena proporción vivía de los frutos de la tierra; las dos portadoras de una fe profunda. Las dos entidades ocupan aproximadamente el mismo espacio geográfico y tuvieron que luchar durante siglos para mantener su identidad nacional.

El redescubrimiento de Jesús histórico se realizó a partir de una identificación total con Cristo, lo cual no es nuevo en sí para América Latina salvo que en este caso, el amor por el Redentor se personalizó concretamente en el hombre o en la mujer que se encuentra en la calle o que sale de una fábrica. Ahí, la fe en un Dios que se hizo hombre, el amor por la patria y las convicciones de emancipación social convergieron. Originalmente, este redescubrimiento fue sobre todo cultural; Jesús estaba de nuevo de moda sobre todo entre los jóvenes que le descubrían rasgos rebeldes. María también se popularizaba cuando los movimientos de liberación de la mujer llegaron a América Latina; se le descubría una tenacidad y un amor valeroso al pie de la cruz, aunque la mayoría de los discípulos hubieran huido.

272. 30/04/78, p. 200, IV.

En el contexto de las persecuciones políticas populares y de las Comunidades Eclesiales de Base que luchaban por el cambio social, se hicieron resaltar textos como el Magnificat. Se presentó a María con un rostro diferente al de la mujer sumisa o al de la Virgen lejana. Se creía aún en ella, pero su personalidad se enriqueció al ser más humana. A partir de entonces, un relato como el de la huida a Egipto, evocaba a los refugiados políticos que debían dejar su país para evitar la muerte. La masacre de niños ordenado por Herodes era la representación odiosa de las fuerzas armadas que cometían las peores atrocidades. Como en el tiempo de los profetas, los relatos evangélicos encontraban resonancia en la actualidad y la Palabra entraba en correspondencia con la realidad.

Con la Kénosis, Romero repite que el Verbo se hizo carne en un mundo de pobres; que nació casi a la orilla del camino como sucede aún a los campesinos sin tierra que migran según las estaciones; que la miseria infrahumana que viven los más pobres actualmente, no es diferente de la experiencia terrestre de Cristo. Con gran talento, Romero usa los relatos de la Natividad para hacer entender al pueblo que, con la Kénosis de Cristo, toda la sustancia humana se divinizó y que así se le debe reconocer.

La Epifanía se refiere a la visita de los Reyes Magos que vinieron de Oriente para adorar al Niño Dios. Esta simboliza la búsqueda universal de los humanos de un reino de justicia establecido sobre bases eternas. La revelación de esta Presencia encarnada en la historia, suscita esperanza en los pueblos y sobre todo en aquellos que viven bajo el yugo de la opresión. La llegada de ese Rey no conviene a los ricos y poderosos instalados en sus privilegios y que no quieren ponerse a caminar para buscar la gracia. Cristo vino para desvelar sus hipocresías; en Él se manifiesta la plenitud de la verdad y de la justicia que Dios desea. La Epifanía de Cristo, es ya el anuncio de un Nuevo Reino.

La vida pública de Jesucristo relatada en los evangelios atestigua su interés por los humildes, los pobres y los excluidos de su pueblo, simbolizados por la exclusión del Templo: los niños, las mujeres, los extranjeros, los enfermos los leprosos, los colectores de impuestos, etc. Con sus discursos y sus prácticas inclusivas, Jesús borra las barreras estrechas que han erigido maneras de pensar religiosas fundadas en la pureza del espíritu y el dominio. Él se interpone sin violencia, pero de un modo provocante, entre los encargados del orden y sus sujetos. Interpela a la conciencia del pueblo y de sus dirigentes para invitarlos a construir el Reino verdadero que Dios pide. Haciendo

esto, se coloca como un elemento subversivo del poder establecido que le teme a la instauración de un nuevo orden social en Israel.

La espera mesiánica comprende las mediaciones concretas del Reino en la historia. Sin embargo, no hay consenso sobre su esencia y su manera de concretizarla. Los proyectos políticos tienen su parte de aspiraciones legítimas, pero también conceptos utópicos irrealistas. Romero reconoce en el mesianismo falso representado por las tres tentaciones de Cristo en el desierto, las trampas de los proyectos demagógicos que solo buscan el asentimiento del pueblo para acceder al poder. Él denuncia este método que utiliza las necesidades del pueblo en lugar de remediarlas. El arzobispo enseña que el verdadero Mesías toma el camino difícil de la fidelidad al amor y a la verdad. La libertad que propone no dispensa de sacrificio alguno para establecer su Reino como única vía para la Redención del género humano. Por esta razón, fuera de Cristo no hay Salvación ni liberación auténtica y duradera.

El Cordero de Dios cumplió con las exigencias de la verdad y de la justicia hasta sus últimas consecuencias. Él supo responder plenamente a la llamada del Padre para liberar a los humanos de la muerte y del pecado. Cristo en la cruz se identifica plenamente con el pueblo de El Salvador. Para realizar esta identificación hay que recuperar no solo el rostro humano de Jesucristo histórico sino también el aspecto conflictivo y político de la cruz. El Nazareno fue ejecutado porque interpelaba a las autoridades de su tiempo. Querer disimular la dimensión histórica de la cruz, es negar el carácter profético y subversivo de Cristo ante el Antireino que logró infiltrarse en las estructuras temporales; es negar la esencia del Evangelio y presentar una imagen conservadora y conformista de la Iglesia que algunos todavía aprecian pero que en realidad no responde a las expectativas de los que quieren cambiar el mundo.

Con el ejemplo de su vida y la Resurrección de su carne que lo confirmó como primogénito de Dios, Cristo inscribió en el corazón de la historia un principio de renovación perpetua para completar la Creación según los designios de la providencia. El Espíritu Santo anima los corazones dentro de esta dinámica y suscita la conversión del mundo. Este proceso “neumatológico” está inscrito en el amor de Dios por la humanidad y en el amor de esta hacia Cristo. Por esta razón, el amor que la Iglesia promueve no puede incitar a la violencia, pero es sin embargo un amor que lucha por la justicia y la paz.

La Salvación-Liberación que la Resurrección trae empieza en la Tierra, en esta vida, y entrará a su plenitud en el Reino venidero. Este proyecto brota de la trascendencia de la historia, se nutre y se desarrolla a partir del amor fraternal que Cristo enseñó: “Ámense los unos a los otros” es una llamada revolucionaria y sin violencia para transformar al mundo. Este mensaje trascendente no debe ser una excusa para escapar a los retos de la historia sino por el contrario, debe ser el punto de amarre del que puede nacer la esperanza de libertad y de vida. Nadie puede pretender ante el Resucitado, cerrar la historia o poseerla para su propio provecho, ya que, ante todos los fracasos de la humanidad para establecer una civilización del amor, se yergue el Señor de la Historia.

En el próximo capítulo abordaremos al Cristo Liberador como paradigma de la fe cristiana encarnada en los problemas actuales. Esto corresponde más a la visión clásica de la teología del Verbo que se hizo carne.

IV

CRISTO LIBERADOR Y SALVADOR

Este capítulo trata de la dimensión trascendente de Jesucristo, de su muerte y resurrección hasta nuestros días, de su Presencia mística que se manifiesta a través de su Espíritu. ¿Qué impacto tiene esta Presencia que desde hace veinte siglos inspira la historia de la humanidad hacia su realización? Sin caer en una visión ciegamente positivista de la historia que la considera como un progreso incesante, queremos con la ayuda de Oscar Romero y de algunos teólogos de la liberación, percibir la nueva perspectiva que Cristo inscribe en el proceso de emancipación de la conciencia humana. Boff escribe con respecto a esto:

Es cierto que Jesús histórico ya no vive entre nosotros; el que vive es el Cristo resucitado que está más allá de la historia. Sin embargo, el Cristo resucitado es la misma persona que Jesús de Nazaret, pero totalmente transfigurado, elevado al cabo de la historia a la diestra de Dios y presente ahora entre nosotros por su Espíritu” (cf. 2 Co 3,17)²⁷³.

Desde el punto de vista hermenéutico, Boff aclarará algunos años después, que el significado liberador de Cristo puede entenderse únicamente si se considera un lugar situado geográficamente, históricamente y socialmente. Esto es, la comprensión que tendremos de la vida de Cristo dependerá en gran parte de lo que buscamos en ella, partiendo de una determinada opción existencial. Toda lectura está orientada por un interés existencial o social, incluyendo la que interpreta la Redención de Cristo como satisfacción substitutiva o como sacrificio expiatorio o tantas otras imágenes que aparecen en el Nuevo Testamento y en la tradición teológica. Solo así Cristo puede entrar en nuestra vida y actualiza tal procedimiento hermenéutico inevitable. Si no, caeríamos en posiciones ideológicas que absolutizan las lecturas y las imágenes según un determinado contexto cultural, las fijaríamos en el tiempo y trataríamos de hacerlas significativas para todos los tiempos. Es así como surgen los discursos abstractos y vacíos sobre la Redención, la muerte, la conducta del Jesús histórico y sobre el valor inmanente de su Resurrección en el mundo²⁷⁴.

273. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, Paris, Cerf, 1985 (1972), p. 84.

274. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p.199.

La adoración de Cristo trascendente y la idealización de Jesús de Nazaret, han traído como consecuencia nefasta el olvido del Reino que Jesús predicó. De hecho, Él no vino a predicar sobre Él; por el contrario, vino a anunciar su Reino y las medidas para hacerlo efectivo. Romero precisa que el amor absoluto hacia Cristo debe pasar por el amor al prójimo y que esto permite tejer lazos de solidaridad que favorecen la emergencia de comunidades auténticas de fe. El equívoco proviene del hecho de que, en lugar del Reino esperado, surge lo inimaginable que es la Resurrección del Mediador de ese Reino. Sobrino afirma que después de la Resurrección:

La esperanza de salvación histórica que se realiza en la historia, va siendo sustituida por la de la salvación trascendente, que tendrá lugar en la parusía, como resurrección universal. No significa esto que el Nuevo Testamento no dé ya importancia a las realidades terrestres – así lo muestra sus exigencias éticas, el llamado a la caridad, el cuidado de los débiles, etc. –, pero estas cosas aparecen ahora más como exigencias éticas después de una fe ya constituida que como el rehacer la realidad central que trae Jesús, que está en correlación con su mesianismo y que es elemento central en la constitución de la fe. La salvación se concentra, además, en el perdón de los pecados (mas la liberación de la ley y de la muerte) y se convierte poco a poco, en una salvación en singular, con la tendencia a minusvalorar las salvaciones plurales, de cuerpo y alma, tal como aparece en el Antiguo Testamento y en los evangelios²⁷⁵.

Revisando diferentes aspectos de esta presencia mística que actúa en la historia, veremos lo que Romero mismo identifica como lugares privilegiados de la fe en Cristo liberador de la opresión y del pecado, de un Cristo encarnado para vivir su pasión entre los que sufren. Este capítulo sobre Cristo Liberador y Salvador trata tres puntos principales: Cristo Rey, Jesucristo Liberador y la presencia de Cristo en la historia.

1. El Cristo Rey

Durante numerosos siglos, la idea de Cristo sentado en un trono a la derecha del Padre, ha legitimado el poder incontestable de diferentes imperios cristianos. En la historia no es nuevo el que los imperios recurran a un sistema de legitimación para dar un carácter absoluto a su dominio sobre otros pueblos y sobre las clases subordinadas. Todo

275. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 271.

contribuía a reforzar el imperio, ya sea un sistema jurídico impuesto contra el derecho consuetudinario, ventajas en los intercambios comerciales, atribución de funciones administrativas a aquellos que provenían de la capital y compartían sus puntos de vista, etc. De esta manera, la ideología religiosa contribuía a ahogar todo deseo de insurgencia popular; después se le remplazó por la misión salvadora de los poderes europeos que se presentaban ante el resto de la humanidad como el único camino de acceso al progreso. Por esta razón, numerosos pueblos asiáticos rechazaron al cristianismo; para evitar la posición de colonizados. En América, los esclavos africanos siguieron practicando en secreto sus diferentes ritos ancestrales para preservar un espacio de libertad protegiendo así su identidad a la que los blancos no tenían acceso. Lo mismo sucedió con los pueblos autóctonos que se obstinaron en conservar sus costumbres y su lengua como si hubieran percibido intuitivamente que la cultura ancestral es finalmente la riqueza que expresa la identidad de un pueblo y la última barrera contra la negación de uno mismo. Boff hace esta observación crítica sobre la imagen que difunden ciertas interpretaciones históricas de Cristo Rey.

Algunos papas y reyes encontraron en la atribución del título de Emperador Rey a Cristo, una base ideológica para justificar su propio poder el cual no siempre ejercían según las enseñanzas de Cristo sino más bien en su contra. Se proclamaban los representantes de Cristo en el mundo sin ninguna autocensura. Se veía al título de Cristo Rey como el de un rey feudal, de un monarca absoluto, romano y bizantino. Más tarde, cuando vinieron las crisis monárquicas, se consideraba que era Cristo Rey el que poseía los poderes legislativos, ejecutivos y judiciales. También se le veía como el que legitimaba el sistema eclesiástico. Se identificó simple y sencillamente lo esencial del misterio de Cristo a las intervenciones de la Iglesia y se redujo a Cristo a lo que una teología de tipo oficial podía comprender²⁷⁶.

Así, estas dos palabras juntas proyectaban una imagen de poder opuesta a todo lo que predicó el Jesús histórico. Sin embargo, Romero no lo aborda desde este ángulo crítico; sino siguiendo la teología tradicional. Explica que hay que dejar que Cristo reine sobre los corazones con el fin de realizar las transformaciones sociales necesarias, inspiradas por su Espíritu y por su mensaje. Para Romero, el Rey es ante todo el que conduce a la humanidad hacia el Reino que está en el más allá pero que también actúa misteriosamente

276. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 229.

en el presente y por lo tanto hay que estar atentos a Él. Romero describe el paradigma de Cristo Rey bajo tres ángulos diferentes: Cristo Rey Mesianico; Cristo Rey Verdadero y Pastor de todos los pueblos, y Cristo Rey, llave y orientación de nuestra historia. El arzobispo se sirve de la realidad de Cristo como pretexto para hablar del Reino en donde se manifiestan el poder y la gloria de Dios a través de la fe y de la solidaridad de los pequeños siempre ignorados por la historia de los poderosos.

1.1 Cristo, un Rey mesiánico

En su homilía del 20 de noviembre de 1977, Romero presenta a Cristo como un Rey mesiánico. Aprovecha una vez más una tradición, la de la fiesta de Cristo Rey para ilustrar ante sus fieles las tareas inmanentes de la historia. Insiste sobre el hecho de que este Reino y este Rey, están bien establecidos en esta Tierra²⁷⁷. Aquel Reino tiene exigencias y características propias. El autor expresa dentro de su método de catequesis de apropiación de los evangelios, que los humanos deben dar prioridad a la realidad dentro de la cual se realiza esta misión de evangelización. Esta es un proceso de transformación de la historia que se realiza gracias a la dinámica del compromiso que suscita.

Yo les agradezco su paciencia en escucharme, pero es necesario para que el evangelio del reino de Dios se sienta evangelio nuestro, salvadoreño, que tengamos en cuenta estas realidades en las cuales el reino de Dios se desarrolla y vive aquí en El Salvador de 1977. Por ejemplo, esa semana podríamos caracterizarla por un ambiente de violencia y de miedo. Y sería bueno analizar un poco las características de esta violencia y de este miedo y remontarnos, si es posible, hasta sus orígenes. Los hombres creamos los estorbos del reino de Cristo en el mundo. Cristo no quiere violencia. Cristo no quiere terror. Cristo no quiere ambientes de desconfianzas mutuas; de acusaciones, de calumnias. Estos son obstáculos al reino de Cristo²⁷⁸.

La afirmación de la realeza de Jesús nos lleva a Pilatos cuando le pregunta: “¿Cuál es tu reino?” Y Cristo contesta que su Reino no es de este mundo. Algunos ven en esto el escaso interés de Jesús por los asuntos políticos y por la historia misma, pero a los ojos de Romero, esto significa más bien que las intrigas y rivalidades políticas no son

277. Ver 20/11/77, p. 327, I-II.

278. 20/11/77, p. 328, I-II.

su interés principal; que Él supera estas divisiones humanas y las trasciende. Así, a pesar de que Cristo afirma que su reino no es de este mundo, Él hace parte de la trama histórica en tanto que horizonte escatológico por un lado y por otro, como Presencia activa que inspira los destinos posibles de la humanidad si esta es consciente y trabaja su cualidad de comunidad, de pueblo, de sector organizado o incluso de familia, en todas las naciones por la llegada de un mundo mejor que se esfuerce por responder a sabiendas o no, a las exigencias evangélicas. Consciente más que nunca de sus límites en lo que se refiere a la paz y el desarrollo, la humanidad debe aprender a reconocer las premisas de un mundo nuevo en sus realizaciones imperfectas y parciales.

El trono de este rey es sorprendente; en la Cruz se eleva al Hijo de David encima de la historia para que todos puedan contemplar la víctima inocente del pecado y de la opresión. Él es el Cordero de Dios y son las ambiciones de poder de los hombres que lo crucificaron. Además, el precio para liberar a la humanidad es enorme, la vida del Hombre Dios que la humanidad esperaba desde hacía siglos. Esto muestra la importancia de la libertad ofrecida; no como permiso para los deseos licenciosos y manipulables de los humanos sino como un desafío a la inteligencia y al corazón para construir un mundo en el que habrá por fin un lugar para todos.

Otro aspecto del Reino mesiánico que Romero describe, es el de un Reino profético. Cristo responde a Pilatos que su Reino pertenece a la verdad; por eso se le dice profético. El profeta que es un hombre de Dios, es el que lleva y anuncia las exigencias de la verdad y denuncia las trampas de la mentira. De hecho, el Reino de Cristo corresponde al Reino de la Verdad²⁷⁹. Para hombres como Pilatos que quieren ante todo mantenerse en el poder, la verdad es relativa y es útil solo si se somete a las exigencias de los intereses políticos y económicos.

1.2. Cristo, verdadero Rey y Pastor de todos los pueblos

Esta Realeza es universal y se ofrece a todos los pueblos. Aquel Reino porque es de orden espiritual, tiene la solución a los problemas concretos de la humanidad. Sin embargo, los pueblos, los dirigentes y los pastores deben ser dóciles ante el Espíritu Santo que quiere guiarlos. Es solo teniendo una actitud humilde y servicial que el ser humano puede acceder al sentido trascendente de la historia como verdadera realización del Reino. Unida por un Dios único que rechaza cualquier relación de dominio, la

279. Ver 20/11/77, p. 334, I-II.

humanidad podrá por fin reconocer la verdadera fuente de la autoridad que es el amor benevolente y la verdad. El resto, es idolatría del poder y abuso de los otros, denuncia el arzobispo.

Hoy, la figura de Cristo se nos presenta como el Rey-Pastor. Rey y Pastor de todos los pueblos del mundo, de toda la historia. Él tiene la clave de la solución de la historia y de los momentos críticos de los pueblos. Los pueblos solo mirándolo a Él podrán encontrar solución. Si volvemos la espalda a Cristo, seguiremos viviendo en este absurdo “del rebaño disperso”. Pero no solo Cristo, si lo grandioso es que quiso identificarse con su pueblo de bautizados de todos los tiempos para realizar también su misión regia, su misión de rey; y a nosotros, jerarquía y pueblo, nos toca proclamar la realeza eterna, única, universal de Cristo y hacer que todos los pueblos, las familias, los hombres se le sometan. No es un dominio despótico, es un dominio de amor, es la meta de nuestra libertad, como decía San Pablo: “ser libres para amar en Cristo Jesús”²⁸⁰.

Los profetas del Antiguo Testamento y entre ellos Jeremías, (23,1-6) criticaron claramente el abuso del poder y de los gobernantes que pretenden tener poder absoluto sobre la vida de las personas. Romero afirma que los dirigentes que olvidan la dimensión trascendente de la historia, se adentran por incompetentes, en caminos equivocados que causan a su pueblo numerosas calamidades. Lo mismo sucedería a un dirigente que perdiese de vista el “principio-realidad”²⁸¹. El arzobispo prosigue describiendo el ambiente de terror que reina en las aldeas de su diócesis donde las gentes ya no duermen en su propia casa porque temen que se les asesine durante el sueño. Concluye esta digresión sobre el profeta Jeremías comparando la suerte de las ovejas perdidas y maltratadas por un pastor malo con la de las personas desaparecidas, aporreadas y secuestradas, por el régimen actual y cuyo paradero se ignora. Después, hace un paralelo con Jesús cuando ve a la multitud que vino a oírlo como un rebaño sin pastor.

Según este hombre de Iglesia, la fe en Dios es el punto principal de referencia de cada pueblo. Si este principio unificador del cosmos falta, el vacío existencial del humano termina provocando el caos dentro y fuera de los individuos y por lo tanto en el cuerpo social. La Iglesia que aspira a ser la imagen de Dios en este mundo, debe reflejar la importancia crucial de esta realidad trascendente encarnándose como el Emanuel,

²⁸⁰. 22/07/79, p. 100, VII.

²⁸¹. Ver 22/07/79, p. 102, VII.

el Dios que se hizo hombre, en el corazón de la historia. Romero no concibe que el servicio del templo y de las cosas sagradas sea la función principal de la Iglesia; ciertos gobiernos tratan por el contrario de restringirlo a eso.

El prelado precisa volviendo a Cristo Rey, que cuando Él reina en los corazones, el pueblo se vuelve soberano y ya no acepta a los adoradores del poder absoluto. Lejos de llevar al conformismo, el Buen Pastor es el paradigma de lo que es justo y bueno. Romero forma el binomio Rey Pastor para indicar el tipo de reino que Dios quiso establecer para liberar al género humano de todo lo que lo hace ajeno a su identidad verdadera. Él propone el poder participativo y es por esto por lo que el Reino exige la colaboración de todos.

Por principio antagónico, Romero describe las características de los pastores malos que dispersan y dividen en lugar de reunir y agrupar. Recuerda una vez más que Dios está presente en el corazón de la historia inspirándolo con su apoyo y consuelo. Pero Dios es también un justiciero al que los dirigentes y los gobernantes de las Iglesias tendrán que dar cuentas algún día. El arzobispo no abandona nunca esta tensión doble que existe en el seno de la identidad divina es decir, el respeto profundo que inspira el temor de Dios heredado del Antiguo testamento y el calor benéfico del Dios de amor y misericordia que Jesucristo reveló.

Pensemos esto, que por encima de la bondad o la maldad de gobiernos y pastores hay un Dios que impulsa al buen pastor al buen gobierno, e inspira las acciones buenas de los hombres que colaboran con él, pero es un Dios justiciero que amenaza tomar cuenta con todo rigor de las malas acciones que se han hecho en este sublime papel del gobierno²⁸².

A muchos les parecerá esta percepción muy conservadora si hacen abstracción del “principio realidad” y de la vitalidad que este análisis suscita en la Iglesia de San Salvador. Esta dinámica invita a cada creyente a hacerse discípulo de la verdad por amor a Jesús que está presente en cada hermano y hermana, compañeros de esta larga peregrinación histórica. Esto revela que, para el arzobispo, las acciones, palabras y omisiones tienen en algunas ocasiones un valor absoluto y eterno porque constituyen ocasiones de redimirse y contribuir a la sinergia del Reino. Para Romero, no hay dicotomía entre el hecho de buscar a Dios y purificar el corazón y el hecho de edificar

282. 22/07/79, p. 108, VII.

un Reino de amor y de paz dentro de las realidades sociales, económicas, políticas o culturales. Según él, Dios que preside los destinos de todo y de cada pueblo, los cuidará y suscitará nuevos pastores (políticos y religiosos) que podrán guiarlos y preservarlos de una perdición total y definitiva. Enseguida cita los artículos 74.1 a 74.5 del documento conciliar *Gaudium et Spes* sobre el origen y el ejercicio del poder y de la comunidad política que deben orientarse hacia el bien común. Esta es la razón de ser de la autoridad que debe buscar este bien tomando en cuenta las diferentes opiniones, aunque sean a veces adversas y preservar la unidad del poder y de la nación. Sin embargo, esta autoridad debe fundarse en la fuerza moral de los que la ejercen; si no, el edificio entero puede derrumbarse.

Seguise – de allí – que el ejercicio de la autoridad política, así en la comunidad en cuanto tal como en las instituciones representativas, debe realizarse siempre dentro de los límites del orden moral para procurar el bien común... según el orden jurídico legítimamente establecido o por establecer. Es entonces cuando los ciudadanos están obligados en conciencia a obedecer. De todo lo cual se deducen la responsabilidad, la dignidad y la importancia de los gobernantes²⁸³.

El arzobispo recuerda que toda autoridad procede de Dios, pero considera también que los que ocupan funciones relacionadas con ella, deben mostrarse dignos de Aquél que representan en la tierra. La autoridad que ultraja al pueblo, no puede proceder de Dios. La reciprocidad entre el ejercicio de la autoridad y el respeto de la voluntad divina, se nutre de la oración que Romero considera el descanso del alma. De hecho, la oración permite acercarse a Dios y es indispensable para el equilibrio y la lucidez de aquellos que tienen como misión el conducir a los pueblos²⁸⁴. Por otro lado, la oración es también indispensable para todo el Pueblo de Dios el cual puede indicar ejerciendo su voluntad y expresando su opinión a aquellos que gobiernan, el camino hacia el bien común. Algunos verán en esto la subordinación de la autonomía política a la religión como lo era antes de la separación de la Iglesia y del Estado, pero no es este el objetivo que se busca sino más bien el restaurar el criterio de discernimiento del Reino de Dios junto a otros criterios de orden social, político, cultural, económico y ambiental; de hecho, el Reino de Dios los incluye todos desde el momento en que se destinan al bien común.

Este criterio evangélico orienta el ejercicio del poder y de la virtud moral de cada uno. Pone en perspectiva las coyunturas de la realidad presente con las realidades últimas

283. 22/07/79, p. 109, VII, *Gaudium et Spes*, 74,4.

284. Ver, 22/07/79, p. 110, VII.

y trascendentales. Dicho de otra manera, lo que muchos deploran actualmente en el ejercicio del poder político y en la gestión de empresas ante los recursos naturales o los impactos sociales de sus estrategias de reestructuración, es esta visión a corto plazo que corresponde casi siempre a una miopía histórica. Al contrario, el “escatos” “reino céntrico” aporta una visión a muy largo plazo porque contemple la historia a partir del fin, no en termo de fin del mundo, pero de construcción de la historia hacia el bien común de la humanidad. El plazo corto se asocia aquí al alejamiento de Dios y al acercamiento con frecuencia inocente al poder con los criterios de discernimiento del Anti-reino. Para Romero, los creyentes deben estar atentos al llamado de Cristo:

Atender a Cristo que los llama a reflexión frecuente para ver por dónde camina su responsabilidad y su vida, para hacer de nuestra vida un compromiso que sea verdadera colaboración del reinado de Cristo en el mundo y no al revés: de apartarle a Cristo el imperio y someterlo al imperio del pecado, al ídolo del dinero, al ídolo del abuso; sino que el verdadero Dios que pedirá cuenta de esta participación que nos ha hecho de su poder divino, se satisfaga y goza en que hay hijos que uniéndose íntimamente con Él, gobiernan o procuran que la creación se oriente hacia Dios²⁸⁵.

Para el arzobispo, la correspondencia entre la voluntad divina expresada en los Evangelios y el Reino de Dios, es el paradigma supremo de la búsqueda del bien común de la humanidad. Todo lo que se le opone, está orientado al servicio de su principio contrario, el de los que quieren acapararse del mundo en provecho de su beneficio mediante la corrupción de la conciencia histórica del Pueblo de Dios. Según él, cuando lo vemos con sinceridad, existen muy pocas cosas neutras. La búsqueda de la unidad perfecta en Jesucristo, si se tiene en cuenta la realidad histórica, queda tributaria de la inmanencia. Esta búsqueda se impregna de una concepción escatológica de la historia. Paradójicamente, la relación con el tiempo que se manifiesta en esta dimensión a largo plazo, incluye entre los criterios evangélicos de libertad, una fe casi ciega en la Providencia y en la disponibilidad de los hijos de Dios que deben aprender a vivir sin preocuparse de su futuro inmediato. Sin embargo, hay que determinar el verdadero sentido de la relación que la Providencia establece en cuanto a la apertura de oportunidades que se ofrecen en el presente sin caer en un espíritu de despreocupación o de pereza.

285. 22/07/79, p. 110, VII.

Concluyendo con el tema de Cristo Rey y Pastor, Romero recuerda que el pertenecer al pueblo de los bautizados es una invitación permanente a participar en las prerrogativas que este estado otorga. Esto hace que cada bautizado sea responsable ante Dios y ante los hombres de la Salvación-Liberación de todo el mundo²⁸⁶. Además, el pastor reconoce que la Iglesia Pueblo de Dios, no es ajena a los intereses de la nación. Ella participa solidariamente y por esto se siente interpelada por los problemas reales que afectan al pueblo al que pertenece. Trata de encarnarse como lo hizo Cristo para vehicular en la sociedad un punto de vista esencial, el de la presencia crística y de su reino en ciernes en las realidades presentes.

1.3. Cristo-Rey, llave y orientación de nuestra historia

Juan presenta con ironía suprema la entronización del Rey de la historia de los pueblos. En efecto, cuando se le condena a muerte, Cristo se dice rey ante Pilatos. De hecho, este último hizo inscribir encima de la cruz en tres idiomas; “Cristo Nazareno Rey de los Judíos”. Sigue entonces el coronamiento más sórdido posible, el de la corona de espinas con todas las afrentas y los ultrajes que lo acompañaron. Todo esto ilustra hasta qué punto esta realeza es diferente de las de los “dueños del mundo”. A Cristo no le interesa el poder sino la fidelidad a la Verdad. Además, se trata de un Reino eterno que no proviene de esta Tierra. En las profecías de Daniel (7,13-14) y las visiones de Juan en el Apocalipsis, hay un Rey supremo que reina en el Cielo por toda la eternidad.

Para Romero, Cristo puede decir: « Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el Todopoderoso. (...) Cuando comencé a ser la naturaleza ya existía y cuando termine la historia, seguiré existiendo. La historia de que los hombres tanto se glorían no es más que una motita en el sol de la eternidad que soy Yo²⁸⁷ ». Pero ese Reino y ese Rey que parecen tan lejanos de los humanos y que superan en poder y majestad todo lo que existe, están profundamente preocupados por el destino de la humanidad. La correspondencia se hace por la encarnación de Aquél que vino para anunciar la Buena Nueva de la instauración del Reino de Dios en la Tierra como principio y fin de la historia. Según Boff, Cristo es la medida de todo:

El afirmar que Cristo es absoluto en la historia porque realiza la dinámica de esta historia, nos conduce a una segunda afirmación: Cristo está fuera de nuestra historia por ser Él quien es y ahí desaparecen las ambigüedades

²⁸⁶. Ver 22/07/79, p. 111, VII.

²⁸⁷. 25/11/79, p. 469-470, VII.

del proceso histórico, pecado-perdón, alienación-integración. Con Él surge un nuevo ser, polarizado únicamente por elementos positivos: Amor, Gracia, Comunión total. En la medida en que Él es absoluto dentro y fuera de la historia, es crisis (juicio) permanente para todos los Gestalt (síntesis globales de la realidad) y los símbolos realidades de lo absoluto y de la liberación total en la historia. De esta manera, se volvió la medida a la que pueden compararse todas las cosas sin achicarlas ni subestimarlas. La grandeza de Cristo no consiste en rebajar a los demás sino al contrario, en el hecho de que podemos encontrarlo en la realeza de las grandes figuras y personajes que jugaron un papel liberador en la historia humana²⁸⁸.

El Reino empieza aquí, pero solo llegará a su plenitud y perfección en los siglos venideros; cuando Cristo haya puesto todos los reinos terrestres a los pies del Creador y se vuelva todo en todos. Sin embargo, Romero hace una distinción primordial entre el Reino de Dios y la Iglesia. Estas dos realidades no son dos términos equivalentes. Él mismo dice: “La Iglesia no es todo el Reino de Dios²⁸⁹”. Si fuese así, la realidad suprema del Reino se reduciría de germen de la historia a una simple cuestión clerical y ritual dentro de la que se alcanzaría la perfección a través de la práctica religiosa y sacramental. No se trata aquí de ese reino eclesial sino de la subordinación que la Iglesia debe tener ante el proyecto del Reino, de este inmenso terreno abierto por Cristo para renovar el mundo. La Iglesia es en este contexto, como un principio dinámico al servicio de las realidades mesiánicas del Reino.

La Iglesia es testimonio de que ya el Reino de Dios está entre los hombres; y ella misma, la Iglesia, es germen, pequeñito como el germen. Toda la humanidad es más inmensa que la Iglesia, pero la Iglesia posee el germen del Reino de Dios. Cuanto más cristiano nos hacemos, somos más testimonio de esa gran verdad, del Reino del Cielo que ha bajado a hacerse reino de los hombres²⁹⁰.

Volviendo al Rey crucificado, el Apocalipsis lo presenta como Aquél en el que los pueblos se reconocerán y de cuya muerte se arrepentirán con dolor. Tanto el Evangelio de Juan como el Apocalipsis, se escribieron para los cristianos en una época de

288. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 235.

289. 25/11/79, p. 470, VII.

290. 25/11/79, p. 470, VII.

persecución a fin de que no perdieran la esperanza y mantuvieran la fe en el verdadero vencedor de la historia. Cuando Cristo se declara Soberano y afirma que su Reino no es de este mundo, es una declaración de autonomía ante los poderes temporales. Para Romero esto implica que la Iglesia, las comunidades cristianas y los fieles no deben nunca dejarse subyugar, que deben mantener una relación sana de discernimiento ante la política, pero sin desinteresarse de ella.

Él opina que al contrario, la Iglesia y los grupos cristianos parecen ser los más aptos para tomar el papel de orientación e interpelación del mundo político y para dirigirse si necesario directamente a la opinión pública. El pueblo de Dios hace parte del mundo y es también su fermento; a veces la conciencia cristiana debe ejercer un cierto poder en la sociedad, pero sin perder su identidad. La inmersión de la identidad cristiana en la historia no significa su disolución. Pero ¿cómo evitar que así suceda? Romero preconiza las oraciones, los sacramentos y los evangelios que son los únicos criterios tangibles con los que cuentan los creyentes para afrontar al mundo.

Es cierto que no nos podemos apartar de las realidades políticas de la tierra, de las realidades económicas y sociales, pero seamos siempre como la luz que ilumina sin contaminarse con las realidades que iluminan, sino entrañándolas, dándoles calor, pero conservando siempre su autonomía de sol y luz²⁹¹.

De acuerdo con los Evangelios, existe una equivalencia entre la misión de Cristo y la verdad. “Para esto nací, para esto vine al mundo, para ser testigo de la Verdad. Todo hombre que está de parte de la verdad escucha mi voz²⁹²”. La verdad exige la fidelidad de una manera explícita e implícita. En el pensamiento romeriano, Cristo es la cumbre donde se realizan las promesas divinas: “Cristo es la promesa cumplida, Cristo es la fidelidad de Dios, Cristo es la verdad²⁹³”. Cristo es la realización de las promesas divinas que confirman la autenticidad de la fidelidad de Dios y es a la vez portador de la verdad. Su palabra y sus actos son verdaderos. La fidelidad de los que atestiguan la verdad lleva con frecuencia al martirio, porque la verdad molesta. Cristo y sus apóstoles fueron precursores de la exigencia última que implica la fe en Dios. Ellos atestiguan que morir en Dios, es tener la certidumbre de vivir después en su gloria. El arzobispo explica que, sin embargo, la verdad como su Testigo, está sola ante el mundo.

291. 25/11/79, p. 473, VII.

292. Jn 18, 37.

293. 25/11/79, p. 474, VII.

La verdad es tremendamente audaz, y solamente los héroes pueden seguir la verdad. (...) No tengamos miedo de quedarnos solos si es en honor a la verdad. Tengamos miedo de ser demagogos y andar ambicionando las falsas adulaciones del pueblo. Si no decimos la verdad, estamos cometiendo el peor pecado: traicionando la verdad y traicionando al pueblo²⁹⁴.

Desgraciadamente, el mundo representado por Pilatos, permanece incrédulo ante la verdad. Cristo a través de su práctica y de sus enseñanzas, encarna el paradigma de la verdad que se apoya en el amor al prójimo y esto permite relativizar todas las otras pretensiones de absoluto que contienen algunos programas políticos los cuales llevan a la intransigencia. El arzobispo prosigue: “Frente al único que tiene la verdad que es Cristo los hombres, solo poseyendo la fe, tenemos la verdad de Cristo, pero al aplicarla en las realidades concretas de la historia puede haber diversas maneras²⁹⁵”. Dios se encarnó para hacer entender al género humano que lo más sagrado en este mundo es el respeto de la vida y de la dignidad humanas; esta es la verdad primera que Jesucristo representa: Dios se hizo hombre para salvarnos. Romero opina que el creyente debe ser modesto en cuanto a sus opiniones políticas, debe aprender a escuchar más que a convencer como los demagogos. Sin embargo, aunque los cristianos tengan acceso a la verdad a través de la fe, no pueden acapararla y pretender hablar en su nombre. Nadie posee plenamente la verdad, ella se ofrece a todos.

En la perspectiva de la Salvación romeriana, el objetivo último de la misión de Cristo es la liberación integral de los humanos. El arzobispo interpreta a Cristo glorificado como un personaje colectivo de modo que no es un Cristo individual el que se presenta ante el trono de la gloria en Daniel (7, 13-14) sino Cristo con todos los cristianos que son sus miembros. Todos los que creen en Él, hacen parte de su cuerpo místico. “Todos los que han muertos fieles a su seguimiento, serán glorificados en una sola cabeza que es Cristo²⁹⁶”. Esta afirmación no es gratuita si se considera a todos los salvadoreños que pagaron con su sangre la fidelidad al Evangelio, a Cristo y a la Verdad.

2. Jesús Cristo Liberador

Cristo Liberador es la imagen profética que corresponde a la Teología de la Liberación. A partir de principios de los años setenta y sobre todo con el libro de Leonardo Boff

294. 25/11/79 p. 475, VII.

295. 25/11/79, p. 476, VII.

296. 25/11/79, p. 477, VII.

“Jesucristo Liberador” y con el de Jon Sobrino “Jesucristo en América latina”, surgió una comprensión nueva de un personaje de carne y hueso en la historia. Cristo empezó a ser percibido como el Hermano mayor de la gran familia humana. Se revalorizó el aspecto horizontal que representa la dimensión fraternal y comunitaria de la fe. De hecho, esta dimensión se había prácticamente ignorado en la enseñanza del catecismo. Desde el punto de vista de la doctrina, Jesús era ante todo el Hijo de Dios y se le debía adorar como tal. La concepción de Jesús con rostro humano y contemporáneo, tiene la ventaja de poder situarlo sociológicamente. No es ya un Cristo Rey lejano y Todopoderoso que vendrá a juzgar cuando suceda el juicio final sino más bien el Compañero de ruta de la humanidad que aspira a un mundo justo y solidario. Esta perspectiva cristológica implica según Boff una nueva hermenéutica:

El Espíritu que se encarnó en los gestos y las palabras de Jesús, no terminó ahí. Estos tienen un sentido permanente que debe actualizarse por la experiencia de la fe. Partiendo de esto, debemos tener siempre una preocupación hermenéutica que rompa el cuadro limitado de la situación concreta en la que Jesús vivió y que profundice el sentido trascendental y permanente que se articuló en aquella situación concreta y que debe relacionarse con nuestro contexto. Nuestra tarea será doble: por un lado, mostrar cómo la liberación de Jesucristo fue una liberación concreta para el mundo que encontró, mundo oprimido por fuera y por dentro como lo es el de América latina. Por otro lado, debemos detectar dentro de esta liberación una dimensión que trasciende esta realización histórica, que nos interesa y que toca la situación en la que vivimos actualmente²⁹⁷.

Situar sociológicamente esta nueva cristología, no es ajeno a la vuelta hacia la base que efectuaron en Medellín los obispos latinoamericanos. Por identificación, son también Cristo el sacerdote, el animador pastoral o cualquiera que tenga voluntad y talento para servir a la comunidad. Dentro de esta nueva jerarquía inversa de las Comunidades Eclesiales de Base, de la Iglesia popular, ese Hermano en Dios se hizo amigo y ejemplo para cada uno. Romero advierte sin embargo que no hay que reducir a Cristo únicamente a su dimensión histórica, aunque sea muy atractiva. Lo hace resaltar, por el contrario, como el Hijo de Dios que vino a salvar a la humanidad. Recuerda que solo ÉL, es el Señor de la historia. Por esta razón, la Iglesia rechaza todas las formas de idolatría que reducirían el papel del Salvador a las tareas subalternas de aquél a quien se recurre cuando el navío está por hundirse.

297. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 200-201.

Cristo aceptó la muerte en la cruz para salvar a los humanos de la muerte y del pecado. El problema teológico que acarrea la cruz y todas las injusticias cometidas a través de la historia, es el de la no intervención de Dios. Sin embargo, Él no es indiferente a las miserias humanas y por ello envió a su Hijo que se hizo solidario del género humano. Sobrino identifica la Cruz al polo negativo, aunque necesario del proceso de liberación. Sin embargo, no debe interpretarse este sacrificio como una representación del carácter punitivo de Dios:

No hay que ver la cruz como designio arbitrario de Dios ni como castigo cruel hacia Jesús, sino como consecuencia de la opción primigenia de Dios; la encarnación, el acercamiento radical por amor y con amor, lo lleve donde lo lleve, sin salirse de la historia, sin manipularla desde fuera. Y eso, en palabras humanas, significa también la aceptación del sufrimiento por parte de Dios. (...) En la historia, no hay amor sin solidaridad y no hay solidaridad sin encarnación. Una solidaridad que no esté dispuesta a participar de la suerte de aquellos con quienes se solidariza sería paternalismo, por decirlo suavemente, o llevaría al despotismo. Una solidaridad en un mundo de víctimas que no estuviera dispuesta a llegar a ser víctima acabaría no siendo solidaridad²⁹⁸.

El título de Jesucristo Liberador acentúa la dimensión histórica del mesianismo que Él trajo. Sobrino insiste en el segundo volumen de su cristología en la necesidad de esta dimensión: “La situación histórica de América Latina posibilita esta recuperación del mesianismo de Jesús, y además la exige. De otra manera no se haría justicia a la realidad latinoamericana, ni a la realidad de un Cristo que es Jesús de Nazaret²⁹⁹”. Este punto sobre Jesucristo Liberador, se divide en siete partes que tratan principalmente de la naturaleza de esta liberación.

2.1. Esencia de la liberación cristiana

Es primordial, ante todo, examinar la verdadera naturaleza de la liberación que Jesucristo ofrece. Como lo enseña la teología moral, la primera de todas las liberaciones es la del pecado. Romero identifica el pecado que está en el corazón del hombre, con el orgullo, fuente de toda discriminación. Ante Jesucristo todos somos iguales y el ser cristiano incita a aceptar la igualdad fundamental y universal que debe presidir todas

²⁹⁸. Sobrino, J. *Jesucristo liberador; Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*, p. 410.

²⁹⁹. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo, Ensayo desde las víctimas*, p. 278.

las sociedades humanas. Romero insiste en los frutos de la conversión para que este sentimiento de fraternidad entre las clases sociales y las razas no sea una quimera que desaparece al dejar el umbral de la iglesia.

La Iglesia predica esta liberación en Cristo Jesús. La Iglesia promueve la dignidad del campesino, la dignidad del obrero. Promueve la dignidad del hombre humillado en esta situación en que vive el país, como si alguien no fuera hombre. Si es que hay vidas entre nuestros hermanos verdaderamente infrahumanas. Y la Iglesia predica la liberación de esa gente, precisamente a partir de desterrar el pecado, de denunciar la injusticia, el abuso, el atropello y decirles a todos los hombres que somos hijos de Dios, que hemos sido bautizados por Cristo³⁰⁰.

La promoción del ser humano en todas sus dimensiones: espiritual, social, cultural, económica y humana, representa el “*escatos*” de la liberación que promueve la Iglesia. Sería interesante analizar aquí la dimensión ontológica de la autoestima en tanto que toma de conciencia de la identidad personal y colectiva del creyente y como primera etapa de emancipación de la persona humana. Esta mayéutica en los pobres de América Latina se manifiesta con frecuencia por la toma de la palabra dentro de las Comunidades Eclesiales de Base.

Desde una perspectiva equilibrada, Romero considera que el papel de cada uno es responsabilizarse del destino colectivo para ayudar a todos en el progreso social, espiritual y humano. En un mundo ideal, los más fuertes, los más instruidos se humanizan participando activamente al mejorar la suerte de los más desprotegidos y ayudando a instaurar medidas sociales como la educación básica y las viviendas accesibles. Sin embargo, esta responsabilidad concierne ante todo a los pobres mismos, tienen que asumirla y no se les debe someter en tutela. Ellos son según el arzobispo, los primeros que poseen la clave que les ayudará a responsabilizarse personal y colectivamente.

Sin embargo, Romero relativiza los objetivos que una sociedad puede alcanzar sin caer de nuevo en los desequilibrios relacionados con la mejora del nivel de vida. La liberación debe ser, ante todo, una liberación espiritual que llame a la conversión, a invertir la escala de los valores que alienan el espíritu humano. Cristo presenta la conversión como un camino abierto en el que el alma debe superarse constantemente. El modelo de conversión que sostiene a la liberación y que Oscar Romero preconiza, no es una fe

300. 19/06/77, p. 93, I-II.

beata que se satisface evitando el mal, pero sin responder a las invitaciones del Espíritu a construir un Reino de paz, de justicia y de amor comprometiéndose con una causa. De facto, el tema de la liberación se asocia concretamente al Reino de Dios que propone al género humano un horizonte histórico (ya presente) y otro utópico (todavía no). La liberación y la conversión comprenden mucho más que evitar el pecado y frecuentar los sacramentos con regularidad; para Romero, ellas comportan una dimensión épica que convoca y desafía a la humanidad a comprometerse por amor a Cristo encarnado en el cuerpo de los que sufren. Por lo tanto, subraya:

El que quiere salvarse de verdad, venga conmigo, tome su cruz, no se pegue a las ventajas de la tierra, despréndase, viva pobre en el corazón, trabaje conmigo por la liberación del pueblo, pero el que quiera estar bien...; y que cosa más triste si hay gente que se me acerca para decirme: “Monseñor, estoy con usted, pero comprenda mi situación”. (...) Dichosos los que, en esta hora, hora de discernimiento, hora de saber quién es quién, hora de enfrentarse a Cristo, que dice: “El que no está conmigo está contra”, le dice al Señor: “Aunque pierda mi vida, yo voy contigo Señor”. Esta es la conversión³⁰¹.

Detrás de aquella exigencia aparece explícitamente la meta de la Salvación-Liberación. Para Romero, uno puede o salvarse por amor a los demás o perder la vida eterna por egoísmo y ambición personal. En toda su teología está presente esta visión del Cielo y del Infierno. Él no condena a nadie, pero advierte siempre a los que cometen las atrocidades que denuncia y que actúan contra la realización del proyecto redentor de Dios por la humanidad. Sus exigencias interpelan también a los tibios. En la teología europea postconciliar, este concepto de la condena eterna ha desaparecido y muchos teólogos la consideran ahora obsoleta. Sin embargo, en el pensamiento romeriano, este punto es esencial. Partiendo de esta visión aparentemente caduca -y ahí reside una de sus fuerzas principales- sabe suscitar esperanza en numerosos creyentes que con valor y tenacidad inimaginables en el “primer mundo”, se comprometen concretamente para tratar de transformar al mundo.

El eje histórico eterno que las homilias de Romero encierran, es un punto central en su pensamiento. Según él, nadie puede acceder a la Salvación si no libera a Cristo de su pasión, a través de las realidades históricas. Trabajar para ello de una manera desinteresada, permitirá acceder a la vida eterna. Aunque la Misericordia Divina se

301. 19/06/77, p. 94, I-II.

ofrezca en caso de arrepentimiento *in extremis*, la concepción romeriana de la Salvación-Liberación se presenta en el momento del discernimiento. Aunque esta manera de ver pueda parecer conservadora y discordante con los adelantos de los debates teológicos, se apoya en un pueblo crucificado y esto no es una metáfora.

2.2. El pueblo en la cruz

La perspectiva hermenéutica que Romero privilegió para estudiar los Evangelios, sin duda bajo la influencia de Ignacio Ellacuría y de la realidad de su país, es la del pueblo crucificado. Según esta visión, las víctimas de la injusticia que componen tres cuartos de la humanidad que viven en el tercer mundo, son el metaparadigma, el criterio supremo e irrevocable de nuestra época. Para Pedro Casaldáliga, obispo de Sao Félix de Araguaia en Brasil, la cuestión actual no es cómo hacer la teología después de Auschwitz sino a partir del holocausto permanente de los pueblos hambreados. La Resurrección comprende toda la realidad, pero está presente de manera primordial entre los pueblos crucificados que pueden también resucitar. ¿Cuántos occidentales que fueron a ayudar a “los pobres”, regresaron transformados al contacto con su esperanza indefectible y su alegría de vivir? Por eso Sobrino afirma que el mejor lugar para conocer a Dios es al pie de la cruz, donde están las víctimas de la historia³⁰². Estructuralmente, las cruces del tercer mundo no son solo individuales sino colectivas porque someten a pueblos enteros. El tema del “pueblo crucificado” se refiere no solo a la pobreza injusta de los pueblos sino también a las muertes prematuras que ahí son tan frecuentes. El teólogo recuerda que el pueblo está crucificado porque la cruz representa una muerte causada por estructuras injustas como el pecado que causó la muerte del Hijo de Dios³⁰³.

El pecado de avaricia inmola a millones de víctimas inocentes en el altar de las ambiciones del poder y de la riqueza. No se trata aquí de un pecado abstracto e impersonal sino de un sistema económico y un modelo de desarrollo corrupto y al que se le confiere valor absoluto, superior aún a la vida misma. Actualmente, los imperativos económicos imponen sus leyes y sus resoluciones a las naciones sin preocuparse de las consecuencias sociales o medioambientales. Como siempre, el sistema imperial estimula y recupera todo lo que lo refuerza excluyendo al mismo tiempo todo lo que le parece improductivo u opuesto a su conquista del mundo. Algunos autores reconocen en estos automatismos una lógica de sacrificio de la que se excluye el valor de la vida humana al tomar decisiones en cuanto a los ajustes de estructuras. Por eso Hinkelammert

302. Ver Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 420.

303. Ver *Ibid.* p. 424.

dice que la observancia fría de la ley exige el sacrificio de la cruz, aunque se dañe a la vida humana.

El demonio incitando a buscar justicia por el cumplimiento de la ley, lleva al sacrificio humano y lo exige. Los muertos son los sacrificios humanos que el altar de la ley exige. Es por esto por lo que Pablo interpreta la muerte de Jesús como un sacrificio exigido por el demonio. La sangre de Jesús es el precio pagado al demonio para liberar el ser humano del integrismo de la ley. Esto anula el poder que los tenía secuestrados. El demonio no perdona deuda alguna. Hay que pagar y el que paga es Jesús. Esta deuda es injusta pero el demonio tiene el poder de exigirla. Sin embargo, una vez que Jesús paga, el demonio pierde su poder. Los humanos son libres ante la ley y la pueden someter a las exigencias de la vida, al amor del prójimo. Ahora pueden perdonar las deudas porque son libres. Se ha destruido el poder del demonio³⁰⁴.

Durante el mandato episcopal de Romero, el sacrificio humano era palpable. Con ocasión de la “profanación” de la iglesia de Aguilares, el pastor denuncia los ultrajes que el ejército hizo e invita a perdonar a los que los padecieron, con el objeto de romper la espiral de la violencia. Este pueblo crucificado, representa la imagen del Divino traspasado. Romero asocia el dolor de la persecución de los cristianos a la de Cristo en la cruz y por esto le confiere un valor de redención³⁰⁵.

Ustedes son la imagen del Divino traspasado, del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza. Es la imagen de todos los pueblos, que, como Aguilares, serán atravesados, serán ultrajados; pero que si se sufre con fe y se le da un sentido redentor. Aguilares está cantando la estrofa preciosa de liberación, porque al mirar al que traspasaron se arrepentirán y verán el heroísmo y verán la alegría del que el Señor bendice en el dolor³⁰⁶.

304. Hinkelammert, F. *Sacrificios humanos e sociedade ocidental : Lúcifer e a Besta*, pp.73-74.

305. Estamos con los que sufren las torturas. Sabemos que muchos estan en sus hogares sufriendo esas dolencias, esas humillaciones. El Señor les dé valor y sepan perdonar. Sepan, hermanos, que la violencia, de cualquier parte que venga y sobre todo cuando viene de esa fuerza armada, que en vez de ser defensa del pueblo, se torna en ultraje, es reprochada por Dios nuestro Señor: no la puede bendecir. Sepan que el dolor pues y que todo el sufrimiento de ustedes, es bien comprendido; y que la Iglesia lo interpreta, en esta primera lectura, como un dolor redentor, como un dolor del cual derivará para Aguilares nuevas fuentes de bendiciones. 19/06/77, p. 98-99, I-II.

306. 19/06/77, p. 98, I-II.

Romero recuerda que es una falta moral grave el delatar a los que se esfuerzan por servir a la comunidad y también una causa de perdición para aquél que la comete por odio o por hipocresía. Por otra parte, reconoce en los testimonios de los mártires de Aguilares, la vanguardia de la Iglesia comprometida para transformar la sociedad, despreciando el peligro. También deplora la mutilación de los evangelios que la Iglesia cometió al convertirlos en una doctrina sin aspereza alguna, sin asiento en la realidad. Una doctrina que conduce al conformismo, deja de ser instrumento de revelación y de discernimiento.

Hemos mutilado mucho el Evangelio. Hemos tratado de vivir un Evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida. Solamente de piedad. Únicamente un Evangelio que nos contentaba a nosotros mismos. Pero he aquí que en Aguilares se inicia un movimiento atrevido de un Evangelio más comprometido. (...) Niéguese a sí mismo, niéguese a sus comodidades, niéguese a sus opiniones y siga únicamente el pensamiento de Cristo, que nos puede llevar a la muerte, pero que seguramente nos llevará también a la resurrección. Todos estos héroes: sacerdotes y catequistas de Aguilares, muertos por el nombre del Señor, sin duda que están participando ya de la gloria inmarcesible de la resurrección³⁰⁷.

Isaías predice que el Servidor de Yahvé que padece, es misteriosamente, el que Dios escogió para salvar al mundo. Continuando esta lógica que asocia el pueblo crucificado con la imagen del Servidor sufriente, Romero reconoce no solo una víctima sino también la presencia de la acción salvadora. Se trata de otra clave hermenéutica en su pensamiento teológico, es decir, los pobres como instrumento principal de la Salvación-Liberación. El Servidor que sufre, aunque es inocente, carga con el pecado del mundo igual que los pobres, aunque no hayan cometido falta alguna, cargan los pecados de las clases dirigentes y de los países ricos³⁰⁸. Expían las culpas de aquellos que, por falta de solidaridad, tienen un deseo insaciable de enriquecerse. Para Segundo, la retórica de los que se oponían a Jesús es decir los ricos y poderosos, les hizo cambiar el sustantivo “pobre” por el de “pecador” con el objetivo de traerlo a su propio terreno ideológico. Esta retórica todavía existe cuando se trata de atribuir la responsabilidad de la miseria a los pobres mismos. Así, se les convierte en pecadores, en excluidos que no son víctimas de la injusticia del sistema sino de su propia pereza. El teólogo constata la triste realidad:

307. 19/06/77, p. 99, I-II.

308. Ver *Ibid.* p. 433.

Los pobres son también pecadores, pero casi por necesidad. Hay un segundo nivel semántico menos necesario. Jesús habla de los “pobres”. Sus adversarios utilizan el término “pecadores” y esto obliga de un cierto modo a Jesús a responder del mismo modo. El cambio de “pobres” a “pecadores” lleva consigo una ideología (política) en el sentido peyorativo: mecanismo que disimula y justifica la triste realidad. Es difícil no solo para las víctimas sino también para los beneficiarios. En toda sociedad, los “pobres” son siempre un escándalo mientras no se pueda explicar de dónde procede y cómo se justifica su pobreza³⁰⁹.

Por definición, el pecado mata. Luchar contra él es paradójicamente apoyar a todos los que sufren bajo el peso del pecado y de la injusticia; es solidarizarse con los oprimidos y correr el peligro de tener la misma suerte volviéndose víctima de ese poder extraño. Sin embargo, el sacrificio solidario es justamente lo que aporta la Salvación-Liberación al mundo, desenmascarando la inequidad del pecado oponiéndole todo el peso de la existencia. Otra paradoja es que, con frecuencia, la vida adquiere toda su gravedad y se realiza plenamente, en las fronteras de la muerte. Es este el camino que Oscar Romero eligió siguiendo el ejemplo de miles de sus compatriotas que dieron la vida para defender las de los otros. Sobrino describe a su manera este paralelo inquietante:

El pueblo crucificado lleva sobre sus hombros los pecados de sus opresores. Nada hay de retórico en afirmar que los campesinos y los indígenas cargan con lo que han puesto sobre sus hombros poderosos y oligarcas, que el tercer mundo carga con lo que han puesto sobre sus hombros los otros mundos. Esa carga los destroza y mueren como el siervo. La desfiguración del rostro del tercer mundo es el precio del maquillaje de otros mundos; su pobreza, el de su abundancia; su muerte, el de su vida³¹⁰.

Los pueblos crucificados del tercer mundo, reflejan la imagen del subdesarrollo del que son víctimas, pero al mismo tiempo la del absurdo de este mundo industrializado que se desarrolla de un modo egoísta, contaminante, insostenible y alienante para los que participan en él con entusiasmo. Ellacuría cree que la utopía que los pueblos del tercer mundo presentan actualmente, es la de la civilización de la austeridad en la que cada uno encuentra lo que necesita sin romper el equilibrio social y ecológico y la de

309. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 186.

310. Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 433-434.

la civilización del trabajo en la que se reconoce a todos un papel social dentro de la igualdad y la dignidad. Por esto, de los pueblos crucificados emana una luz poderosa que pone en duda las ilusiones de la prosperidad. Sobrino afirma hablando de los pueblos hambrientos: “La Salvación que nos aportan es tan histórica como la crucifixión³¹¹”. Es más, la Resurrección reveló la acción liberadora de Dios contra los ídolos de la opresión, pero Él se revela también a través de su silencio en la cruz. Dios no solo libera a las víctimas; Él participa también de su pasión en la historia. Por esto Sobrino habla de la proximidad de Dios que experimentan las víctimas del mundo:

Esa impotencia específica de Dios es expresión de su absoluta cercanía a las víctimas y de querer compartir hasta el final su destino. Si Dios estuvo en la cruz de Jesús, si compartió de ese modo los horrores de la historia, es que se ha consumado la cercanía de Dios a la humanidad, iniciada en la encarnación, anunciada y presentizada por Jesús durante su vida terrenal. Entonces, su acción en la resurrección no es la de un *deus ex machina*, sino que expresa las posibilidades intrínsecas de Dios y hace que la omnipotencia que aparece en la resurrección sea creíble, al menos para los crucificados, quienes desconfían de un poder que venga solo de arriba sin haber pasado de alguna forma la prueba de *estar abajo*³¹².

2.3. La Buena Nueva de la Liberación

Romero ve su misión evangelizadora como educación y concientización de las realidades mesiánicas a partir y en función de las situaciones históricas. Por esta razón, él opina que el Evangelio no debe anunciarse sin tener en cuenta el lugar en el que se predica. Su universalidad no quiere decir que el mensaje evangélico debe proclamarse ni interpretarse de una manera uniforme en cualquier momento y lugar; él debe adaptarse a las circunstancias que se presenten a las comunidades para guiar sus pasos en los caminos de la verdad. Para él, Dios dio su palabra a los humanos para que se encarne en la realidad, sin temer los oleajes que pueda suscitar. El Evangelio, Palabra de Liberación, debe apoyarse en la realidad concreta para ser eficaz. Por eso afirma:

Es muy fácil predicar un Evangelio, que lo mismo puede ser acá en El Salvador, que allá en Guatemala, en África. Es el mismo Evangelio, naturalmente, como es el mismo sol que ilumina a todo el mundo. Pero,

311. *Ibid.* p. 436.

312. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 167-168.

así como el sol se diversifica en flores, en frutas, según las necesidades de la naturaleza que lo recibe, también la Palabra de Dios tiene que encarnarse en realidades, y esto es lo difícil de la predicación de la Iglesia. Predicar un Evangelio, sin comprometerse con la realidad, no trae problema, y es muy fácil cumplir así la misión del predicador. Pero iluminar con esa luz universal del Evangelio nuestras propias miserias salvadoreñas, y también nuestras propias alegrías, y éxitos salvadoreños, esto es lo más bello de la Palabra de Dios, porque así sabemos que Cristo nos está hablando a nosotros, comunidad de nuestra Arquidiócesis reunida en esta meditación de su Divina Palabra³¹³.

Sin importar la forma en que se presente, el proceso educativo debe ser liberador y promover al humano para formar ciudadanos que puedan organizarse y trabajar por el destino colectivo. Para que el Evangelio sea realmente la Buena Nueva anunciada a los pobres, debe encarnarse en los problemas que conciernen directamente la vida de las personas y no quedarse como un simple discurso que se refiere a la moral personal. Romero denuncia ciertos sectores de la Iglesia salvadoreña que se resguardan en prédicas contra las acusaciones marxistas que tratan a la religión de opio del pueblo. Según él, la verdadera evangelización no puede realizarse fuera del proceso histórico de liberación del pueblo y hacer de este principio un criterio primordial de discernimiento en cuanto a la autenticidad de su misión.

Según el arzobispo, la Iglesia debe aprender a situarse del lado de la justicia y de las causas nobles que se ocupan de mejorar las condiciones de vida de los más necesitados. Aunque la autonomía de los dominios político y religioso debe conservarse, la Iglesia tiene sin embargo el derecho de orientar los objetivos y de criticar los medios que se da la sociedad para alcanzarlos. Esta conciencia crítica autónoma y desinteresada, es propia de esta institución. El cristiano no debe nunca subordinar los principios evangélicos a los ideales terrestres de un partido o de una organización política. Los primeros deben siempre estar por encima de los segundos. La Iglesia no debe ser nunca instrumento de propaganda política.

La evangelización promueve la práctica y la enseñanza de los valores evangélicos; posee una función proactiva y en el caso contrario, quedaría como letra muerta. El Evangelio dice que aplicar la palabra de Dios es construir sobre la roca de la verdad. La libertad que Dios ha puesto en la conciencia de cada uno debe alumbrarse a la luz

313. 04/06/78, p. 16, V.

del Evangelio, para poder discernir entre el bien y el mal, entre las verdades parciales y las verdades trascendentes. El humano debe aprender también a rechazar los falsos temores que lo mantienen lejos de los senderos de la liberación y de la Redención. Por lo tanto, hay dos caminos que se abren ante la libertad humana pero antes de tomarlos, deberíamos tal vez preguntarnos sobre el verdadero sentido de la palabra libertad. Según Romero: “La libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana; la libertad consiste en caminar por donde quiere Dios, libremente³¹⁴”.

El binomio historia-trascendencia se completa en cuanto a la libertad de actuar de cada individuo, con el par “obra-fe”. Identificándose como discípulo de Santiago, Romero recuerda que la fe sin obras no tiene vida y esto revela la espiritualidad que lo anima; las obras sin fe y sin amor no pueden dar frutos eternos y son por consiguiente obras muertas. En esto, critica la concepción luterana de la Salvación que proclama que la fe es suficiente para salvarse. Esta afirmación proviene del pensamiento paulino que pretende esto refiriéndose al respeto estricto de la ley mosaica lo cual además de ser imposible, no puede obtener la Salvación. En la era cristiana, las obras no se refieren al frío respeto estricto de la ley sino al nuevo mandamiento dado a la humanidad de amarse y por lo tanto respetarse los unos a los otros, buscando constantemente hacer la voluntad del Padre. Volviendo al apóstol Santiago, el arzobispo considera que los actos son la demostración explícita de la autenticidad de la fe y del amor que habitan en el corazón humano. En la tradición cristiana la fe consiste en creer que Cristo murió y resucitó para salvar a la humanidad. La justicia de Dios se manifestó en Jesucristo y liberó a los humanos del pecado para que actúen en favor de la liberación estableciendo la justicia de Dios dentro de las relaciones y las estructuras sociales. Romero recuerda lo que es primordial.

La justicia de Dios es liberación del hombre. De su pecado, en primer lugar, para capacitarlo a hacer la ley de Dios. Solo el hombre que se ha liberado del pecado, y que trata de santificarse en el cumplimiento de la ley de Dios, solo ése tiene derecho a hablar de una auténtica liberación; aun de las liberaciones de la tierra. Pero si un hombre cristiano se olvida de esta perspectiva eterna, de la liberación del pecado y de la gracia en Cristo, ya ha perdido su fuerza, su mística, y muchas veces esto es lo que pasa³¹⁵.

314. 04/06/78, p. 22, V.

315. 04/06/78, p. 24, V.

2.4. El Pan de la Liberación

Si el hambre es el primer signo de la opresión, el pan lo es de la liberación, de la llegada de una vida en abundancia. El hambre de justicia, de libertad de expresión y de oportunidades sociales, también traduce en algo que falta, que no funciona. El pan es el símbolo trascendente de la liberación y de la Vida³¹⁶. Sin embargo, Romero establece una distinción entre las liberaciones temporales que llenan el estómago pero que no sacian la sed que proviene de las profundidades del alma humana y la liberación integral que salvará a todos de los lazos internos y los convertirá en seres libres en cualquier circunstancia. Así, asocia todas las liberaciones con un esfuerzo constante, con un sacrificio efectivo.

Como vemos en el Éxodo, los hebreos lamentaban haber dejado Egipto y su comodidad relativa; les era difícil vivir como seres libres, como un pueblo libre. Para esto era necesario un trabajo incesante y un gran valor. Aunque parezca extraño, el ser humano se adapta bien a la esclavitud si sus necesidades básicas están satisfechas, teme a la libertad y prefiere su seguridad. De hecho, la libertad da miedo³¹⁷. Aunque las condiciones materiales que satisfacen las necesidades de base son necesarias, no deben volverse la finalidad de la existencia humana. Por esto hay que desconfiar de las liberaciones inmediatas que llenan el estómago, pero que amordazan al corazón.

Romero dice que, para alcanzar el primer estado de liberación, el que permite acceso a condiciones de vidas dignas y aceptables para todos, hay que realizar reformas estructurales como lo reivindican los sindicatos agrarios de su país. Estos deben organizarse y tener libertad democrática para lograr reformas estructurales que les permitan alcanzar un buen nivel de desarrollo humano. Dice también que un prerequisite para estas liberaciones temporales, es entender lo que Cristo afirma acerca del sentido fundamental del pan y de toda necesidad material. En efecto, Dios quiere que los humanos se unan dentro de organismos y de sindicatos para hacer valer sus derechos; Él no quiere un rebaño disperso y manipulable³¹⁸. Es justamente por eso que la humanidad y los pueblos necesitan a Cristo para unirse ya que estando Él por encima de todos, nadie puede vanagloriarse de ser el guía de una comunidad o de un pueblo; Él que es el paradigma del ser humano realizado y perfecto, señala cuáles son las necesidades fundamentales a las que debe responderse urgentemente y también, Él es

316. Ver 05/08/79, p. 137, VII.

317. Ver 05/08/79, p. 137, VII.

318. Ver 05/08/79, p. 139, VII.

el principio de unidad que gime dentro de cada uno. Permite la reconciliación interior, curar las heridas e integrar conscientemente todo el potencial humano. La dispersión externa traduce una falta de unión interna, la verdadera espiritualidad no puede ser objeto de desunión si quiere permanecer coherente con el Fundador.

El pan que Cristo ofrece, es el de la inmortalidad que inspira los anhelos legítimos en el sentido plenario de la Salvación-Liberación; por esto, la Iglesia de San Salvador dice a los hombres y a las mujeres: “No busquen la justicia solo por el pan que llena el estómago, busquen la justicia del reino de Dios, el pan que yo soy³¹⁹”. Romero señala también que el espíritu de pobreza y de desprendimiento material es la virtud que tienen los pobres al vivir su situación precaria en la fe de Dios. No están amargados ni sumergidos por el deseo de poseer, pero asumen lo que tienen. El pan verdadero de la liberación definitiva es Cristo y Él da acceso por anticipación a todas las otras liberaciones. Romero precisa:

Los hombres podrán hacer más fácil el cambio de estructuras, botar gobiernos, dar de comer, romper rejas, todo eso hay que hacerlo, ¡pero no basta! Lo que Cristo puede hacer, no lo pueden hacer los hombres todo eso y elevarlos hasta Dios. El Divino Salvador del Mundo es una invitación a elevarnos de las necesidades de la tierra a comprenderlo a Él como única solución que baja del cielo, aprehenderlo por la esperanza, por la oración, por el amor. No para esperarlo todo de Él; hay que trabajar como si todo dependiera de nosotros, pero hay que esperar de Cristo como si todo dependiera de Él. Ese es el equilibrio del verdadero desarrollo³²⁰.

La condición antropológica nueva del cristiano es la vida en el Espíritu. Esta se alimenta del Pan de la Vida eterna que es el Cuerpo de Cristo Resucitado. Romero insiste en que la renovación de las estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas, pasa por la renovación de los que actuarán en estas estructuras nuevas.

2.5. La verdadera soberanía

La soberanía auténtica que procura la libertad, es la de pertenecer a Jesucristo que no vino a encerrar al género humano sino a habitarlo con su plenitud. El misterio de Cristo, amor infinito de Dios, es la fuente divina y pura de toda liberación auténtica. Este

319. 05/08/79, p. 140, VII.

320. 05/08/79, p. 142, VII.

misterio es un proyecto, un proceso que empuja a los humanos a construir la historia en función de la Salvación-Liberación que se les ofrece. Romero advierte que el peligro es instalarse en la historia ignorando el llamamiento de amor lanzado a todos. Para el cristiano, la comunión fraterna es fuerza de liberación.

El arzobispo recuerda que “No hay que temer a los que causan la muerte del cuerpo. Si ponemos nuestros destinos en manos de Dios; si Dios permanece como Maestro de la historia, solo en Él podremos ser sus artesanos. Cristo es la piedra angular de toda civilización y esta adquiere consistencia solo por Él³²¹”. Para Romero, es evidente que Cristo debe ser el centro de la vida de los cristianos. Él es su Maestro y Guía, su Fuerza y su Valor. Una vez impregnados del Espíritu, son más atentos a los desvalidos y la llamada de la justicia se vuelve más apremiante. El ser humano sin Dios es como un desierto estéril. Al contrario, el que vive en Jesucristo es una tierra fértil que da frutos de liberación. Su colaboración en la obra de la Salvación-Liberación es preparar a los corazones a recibir la palabra de Dios que suscita esperanza y valor, corrige y orienta hacia una meta precisa, aunque esta no sea siempre evidente. Sin Dios, la vida transcurre bajo la opresión del miedo y es más fácil ceder a las manipulaciones del Anti-reino³²².

Ante Oscar Romero, la opción preferencial por los pobres, la conversión de falsos ídolos hacia el Señor verdadero de la historia que se hizo pobre y vivió entre los pobres, es una condición indefectible de la autenticidad de la fe. No se trata de reconocer a Cristo sin convicción diciendo “Señor, Señor” sino de aprender a reconocerlo en los más pobres, de desenmascarar a los ídolos y a las estructuras responsables de la situación y finalmente de hacer todo para bajar a los pueblos de la cruz de la injusticia y la opresión. Para él, el mundo necesita de los pobres, de los niños, de los seres vulnerables para convertirse, humanizarse y liberarse de uno mismo. Por eso, la opción preferencial por los pobres no es una cuestión social ni política; es la esencia misma del cristianismo, de la credibilidad de la fe. El prelado afirma citando Puebla:

Tomemos en serio la causa de los pobres como si fuera nuestra propia causa; más aún, como de verdad es: es la causa de Jesucristo que en el día del juicio final pedirá que solo se salven los que atendieron al pobre con fe en Él: “Todo lo que hicisteis a uno de esos pobrecitos marginados, ciegos, cojos, sordos, mudos, a mí me lo hicisteis”. Él nos

321. Ver 05/08/79, p. 231-232, VII.

322. Ver 09/09/79, p. 233, VII.

está dando el ejemplo: que su presencia, que todavía vive – gracias a Dios – y una Iglesia que trata de renovarse a pesar de la persecución y de la incompreensión, seguirá siendo la misma política de Dios. Esta sí es la política verdadera: la que trata a los hombres no como hombres de primera clase y de segunda clase, sino la que dice: “No puede haber acepción de personas en aquel que cree en el glorioso Señor Jesucristo, encarnado en la miseria de los hombres”³²³.

2.6. Integralidad de la Liberación

La liberación que Jesucristo ofrece concierne a todas las dimensiones de la persona humana. No se trata solo del plan material, aunque esos proyectos no pueden ignorarse dentro de tal dinámica. Romero critica la enseñanza religiosa que ha contribuido a través de los siglos a elaborar un concepto individualista de la Salvación. Se decía “salvar su alma”. Esta educación era el producto de un desinterés por la historia y por los actos necesarios para salvarse. Se creía que la salvación era otorgada con solo pertenecer a la Iglesia. Esta no es la salvación que Jesucristo ofrece sino más bien un abandono de la historia que conduce a mantener el *statu quo* y los privilegios de los ricos³²⁴.

Cristo pidió perdón al Padre por las ofensas humanas, por sus injusticias y sus pecados. Romero prosigue diciendo que la violencia verdadera que salva, es la que se hace uno mismo renunciando a deseos temporales para construir un proyecto liberador que conduzca a la Salvación eterna. En esta búsqueda de Salvación para los creyentes o de liberación para los militantes, deben considerarse dos aspectos: la dimensión histórica de la Salvación y la dimensión trascendente que presentan los proyectos de liberación auténtica. Esto es un antídoto para el conformismo de los unos y las posiciones ideológicas demasiado rígidas de los otros. Esto permite relativizar la importancia de los bienes materiales en una perspectiva trascendente. Pero el humano no es solo trascendencia y Cristo lo demostró varias veces, por ejemplo, en la multiplicación de los panes cuando se preocupó por la multitud hambrienta que había venido a oírlo.

La Iglesia de América Latina escogió el camino concreto de los que viven en la miseria y la pobreza para llegar hasta Dios. La promoción de la liberación integral de la humanidad implica para la Iglesia de ese continente, que alcance la liberación plena y

323. 09/09/79, p. 236, VII.

324. Ver 09/09/79, p. 234-236, VII.

entera de las personas y el desarrollo moral para que participe como sujeto colectivo a las tomas de decisión necesarias para construir su destino. El arzobispo advierte que el pueblo no debe ser considerado ni tratado como un menor, como una masa ignorante a la que siempre se manipula³²⁵. Para él, los ejes, histórico y trascendente, así como individual y colectivo, son indisolubles. La vocación humana a la trascendencia no puede realizarse sin el lazo que une a todos los seres humanos sobre todo a los más desfavorecidos. El lugar donde se juega la Salvación-Liberación es la historia; ella es el fermento que permite a la humanidad realizarse y no regresar a las sombras de la intolerancia, del oscurantismo. Las supersticiones de toda clase representan lo que debe purificarse en el dominio de la fe por las luces de la revelación divina y el ejercicio del pensamiento crítico. No podría haber liberación integral si la conciencia no se alumbra a la luz de la razón, subordinada sin embargo a Cristo, en el amor al prójimo.

En la realidad y en el Evangelio, el pobre es rico en fe, no cesa de dar gracias a Dios y reconoce la obra de la Providencia como una compañera de ruta en los caminos de la vida. Esta energía es la solidaridad humana suscitada por la compasión de los que dejan que el amor guie sus actos. Romero precisa que no basta ser pobre para salvarse, también hay que amar a Dios³²⁶. La interioridad, el encuentro en el silencio y la oración, son la vía real para acceder a Dios y lo propio de los humanos prudentes, verdaderos liberadores. La Salvación-Liberación que Jesucristo ofrece es una renovación que actúa suavemente por dentro para levantar al pecador en lugar de quebrarlo como una caña. Cualitativamente, esto es lo opuesto del culto al rendimiento y a la eficacia a toda costa que el sistema económico actual impone y que produce seres humanos desechables.

Dios prefiere a los pobres por su humildad de corazón. El orgulloso, lleno de su propia persona, no quiere reconocer su necesidad de salvación y liberación a través de Jesús. No reconoce sus propias deficiencias y por esto, no puede ser un liberador auténtico. Aquél que se cree perfecto o por encima de los demás, puede volverse intransigente a ultranza; su propia equivocación le prohíbe el camino de la misericordia. Al contrario, Cristo no escogió para su Reino lo que parecía victorioso a los ojos del mundo. Sus materiales de predilección son la caña rota y el tizón que apenas enciende para que nadie se enorgullezca de los frutos que provienen de su gracia. Cristo regenera la historia a partir de lo que parece débil y despreciable. Renueva al mundo por un esfuerzo constante para conducir la humanidad hacia su pleno potencial de humanización. Por esto, el arzobispo puede decir:

325. Ver 09/09/79, p. 236, VII.

326. Ver 09/09/79, p. 239, VII.

Dios viene en persona a salvarnos. Es Cristo entre las necesidades del mundo. La promoción que Cristo quiere hacer del hombre es todo el hombre en su dimensión trascendente, en su dimensión histórica, en su dimensión espiritual, en su dimensión corporal. Es todo el hombre al que hay que salvar. El hombre en sus relaciones sociales, el hombre que no considere a unos más hombres que a otros, sino a todos hermanos y con preferencia a los más débiles y necesitados. Este es el hombre integral que la Iglesia quiere salvar³²⁷.

La muerte de Jesús en una cruz simboliza el aniquilamiento total de su dignidad de ser humano. Escogió este camino para levantar a la humanidad caída y envilecida por el pecado al punto de ya no ser la imagen de Dios. Para Romero: “Así destruyó Cristo su propia dignidad, precisamente, para acercarse a lo más profundo donde había caído la dignidad del hombre y levantarla. (...) Esta es nuestra esperanza, el Cristo que se encarna y que se hace uno de nosotros. Nosotros debíamos de asumir, queridos hermanos, también la humanidad tal como está³²⁸”. La Resurrección ha inaugurado el principio de la historia nueva de la humanidad “y los pueblos pueden sentir su redención en la medida en que crean en esa vida eterna resucitada en Cristo³²⁹”.

Una vez más, no hay que confundir las dos dimensiones de esta promoción humana. Hay que guardar una cierta reserva ante los proyectos temporales que se emprenden, reconociendo que no pueden conducir al éxito completo. El paraíso no llegará a la Tierra. Los límites de la esencia humana y la inmensidad de las fuerzas que se oponen a establecer un reino de justicia, hacen relativizar el alcance de los éxitos conseguidos en las luchas temporales. Esto no quiere decir que hay que evitarlos, pero no hay que perder de vista las bases de la esperanza y de la fe bien arraigadas en Jesucristo. Tampoco hay que confundir las luchas con la trascendencia, aunque lleven en ellas una sed de absoluto. Por supuesto, el compromiso de los cristianos y de la Iglesia para transformar al mundo, se enfrenta a la gran resistencia de los que no quieren abandonar sus privilegios. Sin embargo, esta es la misión auténtica de los que viven en Jesucristo.

2.7. Cristo transfigurado

La liberación que Cristo aporta es una transfiguración de los pueblos partiendo de su realidad social. La cuaresma que es la preparación para celebrar la Redención de la

327. 09/09/79, p. 243, VII.

328. 09/09/79, p. 242, VII.

329. 09/09/79, p. 243, VII.

humanidad por Jesucristo, puede realizarse únicamente a partir de las circunstancias concretas en las que viven los creyentes que forman el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo en la historia. Sin embargo, el arzobispo considera que las privaciones que se acostumbran en cuaresma, no significan lo mismo para los pueblos del tercer mundo que viven siempre en precariedad material. Para él, la cuaresma no debe ser ocasión para hacer sacrificios suplementarios para aquellos que sufren hambre, malas condiciones sanitarias, etc. durante todo el año. Este periodo debe más bien aportar un sentido de Redención para el Viacrucis permanente que sufren estos pueblos. Según él, la cuaresma debe vivirse: “No para un conformismo falso que Dios no lo quiere, sino para que, sintiendo en carne viva las consecuencias del pecado y de la injusticia, se estimule a un trabajo por una justicia social y un amor verdadero a los pobres³³⁰”.

En la perspectiva romeriana de la salvación, Cristo transfigurado es el *sumun* de la historia de la humanidad. Así, la Historia de la Salvación que relata el Antiguo Testamento, es la prefiguración de la Salvación-Liberación que Dios quiere realizar en la historia de cada pueblo. Cristo es el centro y la meta de toda la historia de la Salvación, desde Abraham hasta el nacimiento del Hijo de Dios. Él ya está presente, ya no se necesita esperarlo, el cristiano debe vivir ahora integrándolo plenamente en su vida. Por eso, según el arzobispo los proyectos políticos deben corresponder al proyecto de Dios si quieren tener éxito y contribuir a la felicidad de la humanidad³³¹. La Iglesia se preocupa ante todo por el bien de la humanidad porque todo ser humano es criatura de Dios. El movimiento de liberación que implica el proyecto de Dios, es liberar a la humanidad de su carga existencial para promover el proceso histórico. Romero teme el precio enorme y el sacrificio que implican el camino de la guerra y la eficacia muy relativa de los logros y da sus últimos consejos.

Debían de tenerlo en cuenta todos los grupos liberadores que surgen en nuestra Patria: que la primera liberación que tiene que propiciar una agrupación política que de veras quiere la liberación del pueblo, tiene que ser liberarse él mismo de su propio pecado. Y mientras sea esclavo del pecado, del egoísmo, de la violencia, de la crueldad, del odio, no es apto para la liberación del pueblo³³².

330. 02/03/80, p. 287, VIII.

331. Ver 02/03/80, p. 291, VIII.

332. 02/03/80, p. 292, VIII.

El pecado es asesino, por lo tanto, los que quieren liberar al pueblo, deben comenzar por arrancar el odio de su corazón. Para Romero, el fin no justifica nunca los medios. Denuncia incesantemente a aquellos que se oponen por la violencia y la mala fe a la instauración de un reino de justicia en la sociedad salvadoreña. Además, él considera que la dimensión crística devuelve a todos una parte de responsabilidad en la muerte del Justo. También es el pecado individual que lo crucificó y por esto cada uno debe examinar su propia conciencia antes de acusar a los otros.

El Cristo crucificado me está predicando a mí mismo, y antes de hablar y criticar a los otros tengo que mirarme a mí mismo, que yo también he clavado a Cristo con mis pecados y que mientras no me redima y no busque la liberación de mi propia conciencia para hacerme hijo de Dios, estoy necesitando de liberación yo mismo³³³.

Además, reconocer sus pecados permite hacer la experiencia del perdón divino lo cual no es cualquier manera de vivir la liberación interior; sin ella, la evolución, el desarrollo y el crecimiento personal no pueden realizarse. Según Romero, la convicción profunda que la fe proporciona de pertenecer al Cuerpo de Cristo y de poder acceder a la vida eterna, es una motivación intrínseca para el que participa en las luchas de liberación. Por esto, el creyente es un ser libre, sin lazos materiales, que utiliza los bienes de este mundo conociendo su valor relativo: “Aquel Dios que desde su resurrección nos está diciendo que el cristiano es habitante de la eternidad, que va peregrinando en esta tierra, trabajándola, porque le tiene que dar cuenta a Dios, pero que su patria definitiva es allá donde Cristo vive para siempre, y donde seremos felices con Él³³⁴”.

La fe es la fuerza del cristiano que le impide temer salvo a Dios que es el centro y objetivo fundamental de su vida; temor de decepcionar al Ser amado, temor de perder la comunión íntima que hace brotar la luz en el alma y la alegría en el corazón; finalmente, temor de perder la amistad de Dios, meta última de la existencia. Después, viene ese pasaje extraño en el que el arzobispo afirma que los que murieron en la fe por ese ideal de justicia, continúan intercediendo desde el otro mundo por la empresa gigantesca que es la liberación de la humanidad. La comunión de los santos que se menciona en el Credo, es fuente de confianza y de alegría para los que sufren o que sienten que su vida está amenazada porque sirven a la fe en Jesucristo.

333. 02/03/80, p. 293, VIII.

334. 02/03/80, p. 294, VIII.

Porque no pensemos, hermanos, que nuestros muertos se han apartado de nosotros, su cielo, su recompensa eterna, los perfecciona en el amor, siguen amando las mismas causas por las cuales murieron, lo cual quiere decir que en El Salvador esta fuerza liberadora no solo cuenta con los que van quedando vivos, sino que cuenta con todos aquellos que los han querido matar y que están más presentes que antes en este proceso del pueblo³³⁵.

Una vez más, la palabra del arzobispo libera del miedo y de la angustia. El Evangelio es el que da su sentido definitivo a la historia. “Desde el día en que Cristo resucitó en la historia de los hombres, los hombres cuentan en su historia, con un motivo que no existía nunca ni lo tendrá nadie. Cristo vive y el que trabajó con Él vivirá eternamente³³⁶”. Romero sabe imprimir toda la claridad y la fuerza del Evangelio en el clima tenso y crítico del fin de su vida que sabe cercano. Él reafirma proféticamente el Magnificat de María sin renunciar y sin disminuir el énfasis ante el carácter despótico de la represión que se lanza contra su Iglesia y contra su pueblo: “Ha despachado vacíos a los ricos y ha colmado de bienes a los humildes, y ha despedido del trono a los poderosos cuando se convierten en ídólatras de su propio poder...³³⁷”. Él afirma que el testimonio cristiano es necesario en el proceso de liberación. Promete el apoyo de la Iglesia a todos los que buscan la justicia. Nunca emplea el término “proceso revolucionario” aunque sabe bien que esto es lo que está por suceder. Como buen pastor de su pueblo, parece reservar una voz para la negociación. Adivina de antemano cómo terminará el conflicto armado; sabe que la negociación será inevitable y que nadie saldrá ganando.

3. Presencia crística en la historia

La presencia crística se manifiesta entre otras maneras a través de los sacramentos de la Iglesia. Por supuesto, no son el único lugar para su realización ya que Dios se hizo presente a través de Jesucristo y de los sufrimientos y alegrías de los que agradecen a la vida. Sin embargo, los Sacramentos tienen el poder que les confiere la gracia porque llaman a las cosas por su nombre e inscriben un sentido en la realidad. La lectura del Evangelio y la plegaria son como los sacramentos, hacen efectiva su presencia y le dan el poder de transformar al ser humano. Sin embargo, ni practicar los sacramentos ni

335. 02/03/80, p. 295, VIII.

336. 02/03/80, p. 296, VIII.

337. 02/03/80, p. 296, VIII.

los hábitos sacerdotales garantiza la Salvación-Liberación. Son por el contrario falsos testimonios si el que los frecuenta no es caritativo ni compasivo con los débiles y con los oprimidos. Para Leonardo Boff, la Presencia de Cristo obrando en el mundo corresponde a su estructura crística. Esta estructura es anterior a Jesús histórico porque ya preexistía en la historia de la humanidad.

El verdadero cristianismo se realiza y la estructura crística emerge en la historia cada vez que el humano se abre a Dios y a los otros, que se realiza el verdadero amor, la superación del egoísmo; cuando se busca la justicia, la solidaridad, la reconciliación y el perdón. O sea que el cristianismo puede existir antes que el cristianismo y, es más, puede verificarse fuera de los límites cristianos. Dicho de otra manera, el cristianismo no se realiza únicamente en donde se profesa de manera explícita y se vive de un modo ortodoxo. Está presente en donde se asiente al bien, al amor, a la verdad y al amor. Antes de Cristo, el cristianismo era anónimo e implícito. Aunque ya existía y se vivía. Todavía no tenía nombre. Con Jesucristo, el cristianismo encontró un nombre, Jesús lo vivió de un modo tan profundo y absoluto, que se nombró por antonomasia a partir de Cristo. Existía, pero de un modo anónimo, oculto, implícito. Con Jesús llegó a su manifestación y explicitación más altas³³⁸.

El punto de la presencia crística en la historia se divide en cuatro partes.

3.1. Cristo en la historia

La llegada de Cristo en la historia, es un germen renovador para la humanidad cuyo proceso de envejecimiento modificó. Cristo transforma al mismo tiempo su sentido y su sustancia. Romero confirma que es Él quien inspira la historia y estimula un proceso renovador infatigable.

Desde hace veinte siglos todos los años esta noche, recordamos que el Reino de Dios ya está en este mundo y que Cristo ha inaugurado la plenitud de los tiempos. Ya su nacimiento señala que Dios está marchando con los hombres en la historia, que no vamos solos y que la aspiración de los hombres por la paz, por la justicia, por un reino de derecho divino, por algo santo, está muy lejos de las realidades de la tierra; lo podemos esperar, no porque los hombres seamos capaces de

338. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, p. 248-249.

construir esa bienaventuranza que anuncian las sagradas palabras de Dios, sino porque está ya en medio de los hombres, el constructor de un reino de justicia de amor y de paz³³⁹.

Romero se refiere con frecuencia a la perspectiva del Reino venidero que debe inspirar las luchas y el compromiso a favor de los más pobres por un mundo más justo a pesar de que la realidad no ofrece ninguna esperanza visible. El cristiano debe esperar contra toda esperanza, aún en la cruz, Cristo sigue creando en el poder absoluto del amor infinito de Dios, aunque todo parezca negarlo; el Reino venidero inscribe esta dinámica con la muerte y la Resurrección de Jesucristo. La visión cristiana nunca debe desesperar ni tratar de escamotear la realidad de la Salvación-Liberación que Cristo ofrece, aunque sea muy exigente y requiera numerosos sacrificios. Por esto, las luchas de liberación deben trascender la realidad de muerte, para entrever el alba de la Resurrección. El Salvador vive entonces una época clave que Romero considera como el principio de una sociedad nueva; el parto no se realiza sin dolor, pero el esfuerzo vale la pena. Aludiendo a las víctimas de la represión, afirma:

Desde la primera venida de Cristo que marca el origen del cristianismo hasta la segunda venida a la cual se refiere también San Pablo diciéndonos a los que estamos celebrando la navidad que si hoy hay alegría en el recuerdo de aquella espera de Cristo hace 20 siglos, los cristianos deben de vivir la gran alegría, la gran esperanza del que retornará para coronar la plenitud de los tiempos, a recoger todo el trabajo de su Iglesia, a recoger toda la buena voluntad de los cristianos, todo lo que se ha sembrado en el sufrimiento, en el dolor, lo recogeremos convertido ya en el reino definitivo que no se puede dejar de cumplirse. Vendrá ese reino de justicia, vendrá ese reino de paz, no nos desanimemos, aun cuando el horizonte de la historia como que se oscurece y se cierra, y como si las realidades humanas hicieran imposible la realización de los proyectos de Dios. Dios se vale hasta de los errores humanos, hasta de los pecados de los hombres, para hacer surgir sobre las tinieblas lo que ha dicho Isaías: “Un día se cantará también no solo en el retorno de Babilonia sino la liberación plena de los hombres. El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz; habitaban tierras de sombras, pero una luz ha brillado³⁴⁰”.

339. 24/12/77, p.88, III.

340. 24/12/77, p.88, III.

El Reino de Dios se inicia en los corazones³⁴¹, es una revolución de valores que conducirá a los humanos del espíritu de avaricia, rencor, celos o indiferencia, a un espíritu de misericordia que sienta en su propia carne los sufrimientos de la humanidad. Esta conversión del corazón debe acompañarse de la fe en Jesucristo Salvador del mundo como fuerza de amor en el duro trabajo de emancipación del pecado y de las estructuras que engendra. La conciencia sola no basta; al contrario, puede llevar al fatalismo mientras que la fe sin conciencia se convierte en un objeto sin sustancia que no contribuye o contribuye poco a la transformación de este mundo en ciernes. Para Romero, el amor de Dios está en el centro de la Creación y se dirige principalmente a los pobres y a los excluidos que constituyen la inmensa mayoría de la humanidad. Dios les prefiere porque saben poner toda su confianza en su poder³⁴².

3.2. Una Presencia que alumbra al mundo

El predicador en tanto que representante de Cristo, debe impregnarse del conocimiento de su Palabra y encarnarse en las realidades actuales. En el lenguaje de las ciencias sociales, se diría que el terreno debe orientar la práctica según las problemáticas humanas que se presentan al investigador. El estudio y la observación se vuelven herramientas de comprensión de la realidad y de los medios para transformarla. En gran parte, los Evangelios atestiguan la experiencia vivida por las primeras comunidades cristianas dentro del imperio romano en su praxis de la Buena Nueva, a partir de su realidad. Por esta razón, no se debe tratar de vivir un mimetismo que ya no corresponde a las realidades de la época actual sino más bien esforzarse por entender y vivir el espíritu que animaba a esas primeras comunidades.

El Evangelio, además de ser una verdadera fuente de consuelo y de inspiración para los miembros de la Iglesia de El Salvador sirve como marco interpretativo de la realidad y de la praxis que hay que seguir. Por otro lado, la realidad provee las diferentes claves interpretativas de los Evangelios. Al observar en ellos los valores éticos que encierran los ejemplos de vida y las parábolas, el creyente puede evaluar su situación personal y familiar. Tiene a su alcance los criterios de discernimiento que pueden ayudarlo a realizarse si se adhiere a ellos. También, el Evangelio ofrece al lector extraviado los caminos para regresar a Dios. El relacionar estos criterios evangélicos con las problemáticas sociales o morales, puede herir la sensibilidad de los que viven con la conciencia tranquila.

341. Ver 24/12/77, p.89, III.

342. Ver 24/12/77, p.91, III.

Para el arzobispo, la Palabra de Dios es un solvente poderoso que purifica las escorias del egoísmo y del pecado. Denuncia el materialismo de los que viven con holganza y no tienen tiempo para considerar la situación social, así como su propia responsabilidad ante ella. Es importante señalar que la crítica que hace a los ricos no es la de no practicar su religión o de no creer en Dios, sino la de haber convertido esta fe en un lugar vacío y sin sentido, puesto que ignoran o no quieren considerar la suerte del prójimo, su propio compatriota. Enseguida, Romero critica también a los idealistas que buscan la liberación económica del pueblo, sin considerar la dimensión trascendental y la presencia crística que quiere encarnarse en la historia por las intervenciones humanas al inspirarlas y darles su valor pleno.

Desde Pentecostés, Cristo se hizo presente en su Iglesia por el soplido del Espíritu. La presencia crística es la vida de Cristo que perdura hasta hoy de una manera a la vez misteriosa y concreta; también es el no aceptar que se abandone la historia a la deriva. Para el arzobispo: “Cristo vive en El Salvador, Cristo vive en Guatemala, Cristo vive en África. El Cristo histórico, Dios hecho hombre, vive en todos los años de la historia y en todos los pueblos de la geografía. Esta es la característica de este Cristo vivo y presente³⁴³”.

3.3. Glorificación del Hijo de Dios

La glorificación se produce concretamente en el momento de la Ascensión de Cristo. Sin embargo, tuvo que pasar antes por la dura prueba de la crucifixión, dice Romero. Precisemos una vez más que lo importante no es saber si esto sucedió realmente ante los ojos atónitos de los discípulos o si se trata más bien de una expresión simbólica de la fe de las primeras comunidades cristianas que reconocían en Jesús resucitado al Hijo de Dios. Reflexionaremos aquí sobre el significado que Romero atribuye a esta expresión de fe. El Pastor habla del Evangelio en un primer nivel sin referirse explícitamente a las modificaciones procedentes de los progresos en la investigación exegética. También cita las escrituras tal cual para revelar su nuevo sentido al encarnarse en la realidad actual.

En el centro del pensamiento romeriano, Cristo es la revelación integral de Dios a la humanidad. Él fue quien dio a conocer la plena voluntad de Dios y la importancia que Él da a la historia al enviar a su único Hijo. Por eso, Cristo es la medida de todas las cosas, el último criterio de discernimiento de la verdad revelada; fuera de Él, no hay

343. 02/04/78, p. 136, IV.

salvación en el sentido de lo que se opone a la Verdad de Cristo, es obra de las tinieblas. Durante esta peregrinación que es la vida humana sobre la tierra, no debe perderse de vista Aquel que inspira la marcha, quien es también su meta final. Jesucristo es la gloria de Dios, su imagen y su verdad perfecta. A través de sus milagros y sobre todo de la Resurrección, reveló el poder de Dios Amor al que se identifica totalmente. Para Romero, hay dos historias; la de Dios y la historia humana y estas dos no siempre concuerdan. La tarea del cristiano es justamente, tratar de hacer una aproximación entre ellas con el objeto de evitar los caminos de las tinieblas. Dicho de otra manera, el arzobispo considera que la historia humana dejada a ella misma sin ninguna referencia a la trascendencia y a Jesucristo, conduce a un callejón sin salida. La humanidad sin el aporte de la luz divina, no puede resolver el problema de la historia; solo lo empuja hacia adelante y lo encuentra sin cesar en su camino, cada vez más exacerbado. Romero dice que Dios tiene una visión divina, diferente y fundamental del destino humano.

No coincide con nuestra preocupación su designio salvador, El salvará a aquellos que esperan en Él, a aquellos que se entregan a sus designios, a aquellos que aman a su Cristo sin preocuparse de las fechas, de las horas, de los proyectos, de la política que los hombres construyen. El político cristiano, el sociólogo cristiano, el técnico cristiano, eso sí, debe tener la preocupación de hacer coincidir con la política de su patria, con la historia de su patria, con la técnica de su suelo, el gran proyecto de Dios para elevar lo salvadoreño hasta lo divino, para darle a nuestra historia fuerza de salvación. No habrá salvación para los salvadoreños si no ponen su esperanza y su fe en aquel que es el Señor de la historia, en aquel que es la clave de la salvación de todos los problemas³⁴⁴.

Cristo no fue glorificado para Él mismo sino para que todos los que le pertenezcan, puedan elevarse con Él hacia el cielo. A partir de la Ascensión, la presencia de Cristo para los apóstoles ya no es física sino mística y se revela a través de su Iglesia; esta Presencia tiene una ubicuidad universal y eterna como lo dijo a sus apóstoles en el momento de la Ascensión: “Estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos”. Desde aquí precisa Romero:

Cristo vive aquí, no con una presencia física limitada a un pueblecito de Palestina, Cristo vive ahora en cada cantón, en cada pueblo, en cada familia donde haya un corazón que ha puesto en Él su esperanza, donde

344. 07/05/78, p. 216, IV.

hay un torturado, hasta en la cárcel está presente en el corazón del que espera y ora. Cristo está presente ahora con una presencia mucho más viva que cuando peregrinó 33 años entre nosotros³⁴⁵.

Cristo expresa el sentido divino de la Creación. Él es la clave para interpretar no solo la historia humana sino todo el universo, todas las cosas creadas³⁴⁶. La presencia de Cristo junto al Padre atestigua la justicia final pero mientras tanto, la Iglesia es la guardiana del poder de Cristo en la historia. Representa la plenitud de su vida a pesar de que lo manifiesta de una manera imperfecta dentro de las realidades actuales.

Conclusión

Este capítulo nos sumergió en la dimensión misteriosa de la Presencia eterna de Cristo en la historia. Como lo vimos, la verdadera liberación cristiana debe pasar antes por la prueba difícil de la cruz. Para Romero, no se trata de promover una visión de sacrificio para el mundo sino de levantar a todo el que está oprimido, de desclavar de la cruz a un pueblo que sufre el calvario de la persecución, mostrándole la aurora de la liberación que la Resurrección inauguró. Así se reúnen las dos extremidades de la condición humana, la experiencia de la finitud, de la privación, del sufrimiento y la esperanza de un mundo nuevo.

La cuestión de Cristo Rey se planteó primero bajo el ángulo negativo de la justificación de los poderes establecidos, recuperando la magnificencia del Mesías. Las pretensiones de absoluto de los imperios cristianos coronaron a Jesús y lo pusieron en un trono de gloria disimulando su carácter provocador. En cuanto al ángulo positivo, la realeza de Cristo nos refiere a su Reino, al tipo de sociedad y de relaciones humanas fundadas en el amor, que vino a instaurar en este mundo. El redescubrimiento del Reino de Dios es un elemento fundamental de la Teología de la Liberación que Oscar Romero expone.

La noción de libertad es la base de la Teología de la Liberación y de las luchas de emancipación nacional o popular del siglo XX. Ella encierra un concepto histórico ambiguo. Despierta pasiones desde la Antigüedad; los poderosos tratan de recuperarlo y en Occidente lo reducen al concepto de libertad individual. Por otra parte, la interpretación aún más reductora le da una función mercantil la cual en su versión más radical, no le da ninguna importancia a la función social del dinero ni a la redistribución

345. 07/05/78, p. 218, IV.

346. Ver 07/05/78, p. 220, IV.

de la riqueza. En América Latina y en el Tercer Mundo en general, lo más adecuado sería ver la liberación como el acceso generalizado a las necesidades de base. En el pensamiento romeriano encontramos una definición de las necesidades individuales que corresponde a la de aquellos que saben hacer abstracción de ellos mismos para servir a una causa o a un pueblo. Las personas verdaderamente libres, no son las que consagran su vida al placer idólatra y superficial de los bienes de este mundo y dan como limosna de vez en cuando, lo que deben como justicia.

Aún en las situaciones más conflictivas, la presencia crística -cuando se manifiesta dentro de la mediación religiosa- aparece ante todo como un dinamismo inédito que suscita el advenimiento de un mundo mejor. Ella es la fuerza luminosa que puede experimentarse individualmente pero que también se revela en las vueltas inesperadas que da la historia cuando triunfa la esperanza haciendo retroceder las tinieblas y la muerte. Es la presencia atenta de un Dios que se hizo solidario con su pueblo tanto en la victoria como en la derrota para levantarlo cada vez de su pérdida moral o de sus percances militares. En el próximo capítulo veremos la eclesiología de la Iglesia, Pueblo de Dios tal como la entendió y practicó Oscar Romero.

V

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

El aggiornamento de la Iglesia producido por el Concilio Vaticano II y su aplicación en el encuentro del CELAM³⁴⁷ a la situación de miseria y explotación de los fieles de América Latina (Medellín 1968), imprimió un giro radical en el modo de interpretar el papel y la posición de la Iglesia en el mundo. Después del Concilio, la concepción jerárquica y vertical de la estructura eclesial, se transformó al menos teóricamente, en una horizontal apoyada en la noción del Pueblo de Dios. Algunos llaman a este cambio de verdadera revolución “copérmica”. En América Latina se empiezan a reconocer las masas populares como sujeto histórico y esto condujo al reconocimiento por los obispos reunidos en Puebla de la “opción preferencial por los pobres”. En los años setenta, lo que caracterizó a la Iglesia latinoamericana fue la difusión de las Comunidades Eclesiales de Base en los medios populares. Esto permitió fundamentalmente un cambio de actitud en las personas que participaron de esta nueva forma de hacer Iglesia. José Comblin hace resaltar a partir de su experiencia brasileña, el estado de pasividad y despojo de identidad en que estas poblaciones se encontraban tras muchos siglos de sumisión.

Desde la invasión ibérica, desde la importación de esclavos de África, las muchedumbres latinoamericanas han sido sometidas a la pasividad absoluta. La mayoría de la población, hasta el siglo pasado, estaba formada por esclavos. Pocos pueblos han sido tan reducidos a la pasividad durante tantos siglos por un número tan reducido de dominadores. Aun hoy, gran parte del pueblo latinoamericano vive en la no-acción, objeto pasivo que trata de sobrevivir en medio de sociedades manipuladas por los poderosos. Son masas de individuos aislados. Los pueblos indígenas o africanos a los que pertenecían han sido destruidos. Sistemáticamente todos los esfuerzos por rehacer lazos comunitarios han sido impedidos. No se les permite ni continuidad, ni solidaridad. Por una parte, se les quitó la memoria del pasado y, por otra, no se les permite imaginar un futuro. En la formación de comunidades hay una verdadera resurrección: las masas pasivas aprenden a actuar³⁴⁸.

347. Conferencia episcopal latina-americana

348. Comblin, “*Espíritu Santo*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 622.

Este nuevo sujeto histórico organizado, no solo invadió el sector civil, también tomó un espacio considerable en el campo eclesial. La primavera despertó en la Iglesia de América Latina a través de Comunidades Eclesiales de Base reunidas en grupos populares para leer los Evangelios, animadores de pastoral que iniciaban cooperativas y sindicatos, grupos de alfabetización para concientizar a las masas populares marginales y también todo el movimiento sociocultural que acompañaba a los creyentes al asumir su comunidad de vida y de fe. Gustavo Gutiérrez describió así la aparición de este nuevo sujeto histórico: “La irrupción del pobre en la sociedad y en la Iglesia Latinoamérica, en última instancia, es la irrupción de Dios en nuestras vidas. Esta irrupción es el punto de partida y también el eje de esta nueva espiritualidad³⁴⁹”.

Los conceptos eclesiales y teológicos de la Europa antigua, quedaron obsoletos ante esta efervescencia que reclamaba una visión orgánica de la Iglesia en donde cada miembro podía participar como piedra viva, acompañando el movimiento de Jesús en favor del Reino de paz y de justicia. Esta renovación de la Iglesia por la base, provocó un fenómeno inesperado. Aquellos que vinieron a evangelizar al pueblo creyente y pobre: los sacerdotes, las religiosas y los pastores de alto rango como Oscar Romero, Samuel Ruiz, Leonidas Proaño, Hélder Câmara y tantos más, se convirtieron ellos mismos ante tantos testimonios de vida.

Esta nueva percepción que la Iglesia tenía de ella misma, provocó un acercamiento inusitado a la verdad y puso en evidencia intereses ocultos tras falsas pretensiones de ayuda al desarrollo o de defensa de la civilización cristiana. El descubrimiento de estructuras de explotación, reveló el funcionamiento perverso de un sistema que condenaba a la mayoría a una miseria perpetua sin salida. Esta toma de conciencia acompañada de una urgencia verdadera y vital para millones de latinoamericanos, influyó en gran parte la redefinición de la Iglesia en el sentido de liberación histórica de las condiciones de vida inhumanas. Dicho de otra manera, ante lo apremiante de las acciones necesarias, la pastoral y la evangelización no podían ausentarse de la escena política ya que ahí era donde debía participar la justicia social.

Tampoco la jerarquía de la Iglesia católica podía continuar apoyando de una manera ingenua un sistema económico y político que reclamaba siempre más víctimas para el altar de las empresas, a cambio de beneficios económicos y de privilegios seculares para la oligarquía. Todas estas condiciones intra y extra eclesiales originaron la eclesiología

349. Gutiérrez, G. *Beber en su propio pozo* en CASALDALIGA, VIGIL, *Espiritualidad de la Liberación*, p. 243.

latinoamericana de la liberación que nació según Álvaro Quiroz Magana de la idea de que la Iglesia debía ser sacramento de liberación histórica.

La Iglesia es para el mundo, existe porque hay y ha de haber salvación, y se pregunta asimismo de que salvación es sacramento. No de una salvación ahistórica, individualista y escatologizante, sino de una salvación que lo es del individuo y de la colectividad; que, siendo mayor que la historia, se realiza sin embargo ya en la historia; y hoy día, en América ha de realizarse bajo la forma de liberación, ha de mediar en las realidades económicas, políticas y sociales de la existencia humana; ha de ser surgimiento de los masacrados y erradicación de la violencia institucionalizada; ha de ser real cambio, real fraternidad inscrita en las estructuras de nuestra vida social; desde ahí ha de apuntar al cumplimiento escatológico. Ahí va viviendo su misterio la Iglesia de América latina, ahí, en la presencia del Dios de Jesús, va descubriendo que será sacramento de salvación en la medida en que se haga Iglesia de los pobres y oprimidos. No solo en el sentido de que opte por ellos, viva para ellos y sea perseguida por causa de ellos -lo cual no sería poco- sino principalmente en el sentido de que vaya surgiendo a partir de ellos, de su respuesta creyente, y ellos vayan así siendo sujeto auténtico y prioritario de vida y estructuración eclesial³⁵⁰.

La novedad de este concepto que introdujo la Teología de la Liberación reside en su concepción histórica de la Salvación eterna. Según esta escuela, existe una relación entre la liberación histórica de las condiciones de vida que privan al ser humano de su dignidad y la Salvación. Surge un cambio en la economía de la Salvación con la que Romero parece estar de acuerdo según sus actos pastorales y este es que la Salvación-Liberación debe realizarse en este mundo. Según Ellacuría, la concepción paulina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo supone:

La corporeidad histórica de la Iglesia implica que en ella “tome cuerpo” la realidad y la acción de Jesucristo para que ella realice una “incorporación” de Jesucristo en la realidad de la historia. (...) Jesús fue el cuerpo histórico de Dios, la actualidad de Dios entre los hombres, y la Iglesia debe ser el cuerpo histórico de Cristo, al modo como Jesús lo fue

350. Quiroz, A. “Eclesiología en la teología de la liberación”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 262.

de Dios Padre. La continuación en la historia de la vida y de la misión de Jesús, que compete a la Iglesia, animada y unificada por el Espíritu de Cristo, hace de ella que sea su cuerpo, su presencia visible y operante³⁵¹.

La visión eclesiológica de Romero se funda en una concepción pastoral centrada en el pueblo y en las Comunidades Eclesiales de Base. Además hay que conocer más allá de las palabras, los actos de este pastor para apreciarlos en todo su valor. Él supo consultar y escuchar las manifestaciones de fe y las dificultades que sufrió su pueblo. Como arzobispo, fue infatigable en sus visitas a las comunidades más necesitadas que lo recibían siempre con alegría. Escribió sus dos últimas cartas pastorales después de consultar ampliamente al pueblo sobre diferentes temas y sus homilías dominicales eran evidentemente un compendio de las angustias de ese Pueblo de Dios crucificado a causa de su fe. Antes de convertirse en la Voz de los sin voz, aprendió a escucharles. Para esto abrió una oficina de asistencia jurídica en donde él mismo recibía los testimonios espantosos del dolor de su pueblo.

Según Romero, la misión que Cristo confió a la Iglesia continúa siendo la misma a través de los siglos. Se trata de combatir al pecado, de perseguirlo sin reposo donde sea que se encuentre y sobre todo en sus formas más crueles que son la negación de la dignidad humana por la opresión, la represión y la explotación a las cuales hay que agregar hoy toda la violencia constituida por la exclusión social. La apertura de la Iglesia hacia el mundo fue uno de los motores principales de su renovación y de su compromiso hacia los menos favorecidos. Para el arzobispo, la afirmación de su diócesis en favor de los derechos humanos y sociales a pesar de la persecución, fue un momento de gracia en el que muchos cristianos se acercaron. En efecto, una Iglesia comprometida en el mundo suscita conversiones poderosas en todos los que tienen hambre y sed de justicia. Cuando la Iglesia responde a las exigencias de la verdad evangélica, recibe la fuerza de Dios sin tener que apoyarse en los poderes terrenales. Romero se preocupa siempre por la autenticidad de la Iglesia y rechaza las falsas apariencias de las alianzas con las élites. Por eso Sobrino afirma:

De Monseñor Romero pueden decirse muchas cosas y puede decirse así que construyó una Iglesia evangélica. Pero queremos decir que, ante todo, construyó una Iglesia “real”. Esa Iglesia salvadoreña, junto a logros impresionantes, tenía limitaciones, errores y pecados, pero de

351. Ellacuría, I. “*La Iglesia de los pobres, sacramento histórico de liberación*”, *Mysterium Liberationis*, II, pp. 129-131.

lo que no se podía dudar es que era “salvadoreña”, es decir, “real”. En palabras ya citadas solía decir: “Me alegro, hermanos, de que la Iglesia sea perseguida, precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres”³⁵².

Las imágenes de las primeras comunidades cristianas que se reportan en los Hechos de los apóstoles, tuvieron una gran influencia sobre la idea que se hace el arzobispo acerca de la Iglesia. Obedeciendo a sus convicciones de fe y a su compromiso, da un espacio creciente al Pueblo de Dios guiado por el Espíritu Santo. A sus ojos, la unidad de la Iglesia es esencial, pero sin sacrificar las exigencias del Evangelio. Como dice el arzobispo Pedro Casaldáliga: “En la pastoral y en la celebración -desde la misa y la catequesis infantil a la pastoral obrera o política y las romerías de la tierra- hay que “darse” a la Gracia y a los hermanos, experimentar lo que se anuncia, ser lo que se predica, testimoniar con la propia vida el Misterio que se celebra³⁵³”. Romero recuerda que, sin embargo, la Iglesia Pueblo de Dios, no es un movimiento político sino un pueblo consciente inspirado y guiado por la fe y por el amor al prójimo. En este capítulo observaremos la esencia de esta religión viéndola como el Cuerpo de Cristo en la historia que se manifiesta como comunidad y como Pueblo de Dios. Veremos también que la persecución que se hizo a la Iglesia de El Salvador fue la respuesta de los poderes a su compromiso político a favor de los pobres.

1. La Verdadera Religión

Históricamente, la religión imperial que provenía de la cristiandad, abandonó a Jesús histórico, a su opción por los pobres, a su oposición al poder opresor con sus ídolos e inclusive a la cruz. Para comprender a Jesús universalmente, hay que verlo a través de su relación con los pobres y los oprimidos y no en la abstracción de conceptos sobre su persona. Este cambio surgió de la confusión entre el Reino de Dios y la extensión territorial de la Iglesia católica y del imperio cristiano. Por eso, Segundo subraya:

Una gran parte de lo que llamamos religión desde un punto de vista sociológico y aún la religión cristiana, no constituye la fe (antropológica) sino una ideología. Y, ciertamente, una mala ideología. En otras palabras, no es una estructura determinada de valores sino la iniciación a una magia sagrada para apoderarse de poderes divinos, en este caso de la fe de Jesús

352. Romero, O. homilía del 15/09/79 en SOBRINO, *La fe en Jesucristo*, p. 523.

353. Casaldáliga et Vigil, *Espiritualidad de la Liberación*, p. 25.

y hacerlos servir a valores preexistentes e independientes. Dicho de otra manera, Jesús cesa de ser un modelo de valores para convertirse en un instrumento falso todopoderoso por los valores o los antivalores que no tienen nada que ver con la posición que Jesús tomó ante la pregunta sobre el sentido de su propia existencia³⁵⁴.

Una de las metas que buscaba la teología popular de Oscar Romero durante su apostolado, era la configuración y la congregación de un pueblo cristiano capaz de ser solidario en la adversidad, esperando construir un futuro mejor. Esta teología da una identidad no solo cultural sino también existencial al pueblo; da una consistencia a la realidad que permite comprender los problemas concretos y aportar soluciones colectivas. Al poner en evidencia los mecanismos de recuperación por el sistema ideológico, el prelado ayuda al despertar de un pueblo consciente de sus derechos colectivos. Las Comunidades Eclesiales de Base no solo reciben esta teología; son también su materia prima, su laboratorio experimental, su lugar de encarnación y de inspiración. La Teología de la Liberación nació del contacto de pastores y teólogos con los sectores populares y se renueva continuamente observando las nuevas exigencias y los signos de los tiempos. Por eso es una teología orgánica y no solo contextual, ella quiere arraigarse en la realidad.

En Navidad de 1979, Romero se pronuncia con una lucidez excepcional acerca de la verdadera religión y del sentido que la fe debe tener para los cristianos. Defendiéndose de la acusación de hacer discursos demagógicos para agradar a la muchedumbre, afirma que la religión no debe conducir al conformismo y que es una exigencia irrevocable de justicia.

El Dios de los pobres ha asumido todo eso y le está enseñando al dolor humano el valor redentor, el valor que tiene para redimir al mundo la pobreza, el sufrimiento, la cruz. No hay redención sin cruz. Pero esto no quiere decir un pasivismo de nuestros pobres, a los que hemos mal adoctrinado cuando les decimos: “Es voluntad de Dios que tú seas pobre, marginado y no tiene más esperanza”. ¡Eso no! Dios no quiere esa injusticia social; pero si, una vez que existe se da como un tremendo pecado de los opresores, y la violencia más grande está en ellos que privan de felicidad a tanto ser humano y que están matando de hambre

354. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 76.

a tanto desnutrido. Dios reclama justicia, pero le está diciendo al pobre como Cristo al oprimido, cargando con su cruz: salvarás al mundo si le das a tu dolor no un conformismo que Dios no quiere, sino una inquietud de salvación si mueres en tu pobreza suspirando por tiempos mejores haciendo de tu vida una oración y acuerpando todo aquello que trata de liberar al pueblo de esta situación³⁵⁵.

En su labor pastoral, el arzobispo de El Salvador se preocupa constantemente por la autenticidad del papel y de la misión de la Iglesia con respecto al Evangelio y a los imperativos de la realidad humana. Los hechos lo empujan a situar a su Iglesia en la vanguardia de la sociedad y esta se convertirá en un punto de referencia universal.

1.1. La Iglesia, comunión de los hombres con Dios

Romero explica que Dios en tanto que Trinidad, es la comunión de tres personas divinas. La Iglesia es el sacramento de esta comunión en el mundo³⁵⁶. La misión de la Iglesia proviene de esta relación permanente entre Dios y ella. Esta misión implica que cada bautizado actualice la imagen de Dios en el mundo. Hay ciertas condiciones para pertenecer al Pueblo de Dios y hay que conocerlas y aceptarlas para participar en la comunión de Dios con su pueblo. Romero afirma que aquél que rechaza a sabiendas estas condiciones, se excluye de dicha comunión. La Iglesia no se identifica con el mundo, pero hace parte de él. No hace parte de ninguna ideología ni partido político, pero los ilumina con su fe y con la Revelación. Romero afirma citando a “*Evangelii Nuntiandi*” que nada que sea humano, es ajeno a la Iglesia y por esta razón, la evangelización del mundo no puede separarse de la promoción humana. Los dirigentes del mundo aprecian la situación actual que los favorece y se resisten a la evangelización. La Iglesia, Pueblo de Dios, peregrina en la Tierra y se niega a instalarse en la facilidad comfortable; su objetivo es el Reino de Dios, un Reino de justicia y paz.

La escatología de la Iglesia reconoce que la perfección de las promesas mesiánicas no ocurrirá en esta vida. La esperanza que porta, no se realizará plenamente en este mundo. Por esto Romero denuncia las mentiras ideológicas que pretenden establecer aquí el paraíso agotando todas las posibilidades que trascienden el horizonte material. Esos discursos demagógicos petrifican los sueños y las esperanzas de la humanidad, al circunscribirlos en un universo frío y racional si son regímenes socialistas o falsos

355. 24/12/79, p. 84, VIII.

356. Ver 05/06/77, p. 80, I-II.

y superficiales si son capitalistas. Según Romero, los pobres son los que pueden comprender mejor el sentido de la esperanza escatológica del Reino de Dios basado en el amor y en las relaciones fraternales. Él afirma que esta esperanza no lleva al conformismo de una vida mejor en el más allá; por el contrario, conduce a luchar en la tierra por mejorar la suerte del prójimo. Dice también que hay que ganar su cielo y que este no será el mismo para todos. Según él, en el Reino eterno hay grados diversos de participación en la riqueza y en la libertad de los bienes mesiánicos, según el esfuerzo que cada uno haya hecho. En este sentido, la Tierra es un reflejo del Cielo venidero.

La Salvación y la liberación son el resultado de un esfuerzo constante para establecer -aunque sea parcialmente- los valores y la realidad del Reino de Dios expresados en las Bienaventuranzas. Para alcanzar esos objetivos, la humanidad deberá esparcir esos bienes en los lugares recónditos que los necesitan urgentemente; este es el verdadero sentido que se debe conferir a la solidaridad internacional. Que sea conservador o no, Romero se refiere siempre al Evangelio como primer criterio de discernimiento. Establece continuamente un lazo entre los deberes en este mundo y las recompensas en la eternidad³⁵⁷.

Lo que no pasa es la eternidad y lo que vale la pena es salvarse de verdad. Salvación que ya comienza en esta tierra, porque el que aquí lucha por el Reino de Dios implantándolo en la sociedad, en la historia, será también participe del Reino de Dios en el cielo. Y el que aquí se opone, rechaza, repudia a la Iglesia, al Reino de Dios, a sus ministros, a los que lo predicán, están estorbando al Reino de Dios, y eso es persecución de la Iglesia, porque se le impide su ministerio³⁵⁸.

El arzobispo insiste siempre en lo importante que es la autenticidad de la fe. Esta no debe limitarse a prácticas externas sino concentrarse sobre todo en la interioridad de la oración y la realización de sus frutos. Se percibe tras estas afirmaciones la desilusión de Romero ante las castas privilegiadas que practican un culto vacío y sin relación alguna con sus actos sociopolíticos. Los miembros de esta clase confunden el ser y el poseer. Son lo que poseen. Solo existen para ellos y para sus familiares en sus luchas por mantenerse por encima del pueblo. La oligarquía católica no pertenece al pueblo, sin embargo, representa la mayoría en Roma. Ahí está el falso legalismo de los fariseos que se ocupan más de la moral individual de cada uno que de reformas estructurales

357. Ver 21/08/77, p. 189, I-II.

358. 21/08/77, p. 191, I-II.

urgentes y profundas que podrían reorientar el destino de su nación. Romero denuncia otro modo erróneo de adorar a Dios que consiste en un dios espiritualista, desencarnado que no mira hacia la historia y la realidad. Cita como ejemplo la parábola del Buen Samaritano y dice a propósito de ella: “Cristo no justificó esa piedad falsa que se desentiende del hombre³⁵⁹” y agrega que la Iglesia que predica un dios desencarnado, un evangelio que no se ocupa de las cosas terrenales, está en el error.

El verdadero culto a Dios tiene que ser este: el que encarna ese temor, ese amor, esa adoración, esa fe a lo absoluto, a lo trascendente, en la historia del tiempo, en el momento que se vive. Y desde la fuerza de Dios que trasciende nuestra debilidad, se hace omnipotente la voz de la Iglesia para fustigar, para no dejar pasar el pecado de los hombres que ofenden a Dios. Sería falso dios aquel que predicara a Dios y lo elogiara y no le importara que los hombres injustos pecaran contra él. Estos son falsos conceptos de Dios de nuestra fe³⁶⁰.

Prosiguiendo en esta línea, Leonardo Boff considera patológica una religión cuyo único objeto de fe, sea ella misma. Hace un análisis incisivo de las desviaciones posibles en la mente del creyente o en la manera de administrar los sacramentos. La religión como mediadora explícita del contenido de la fe, debe interpretarse con ojo crítico. Describe así lo contrario de lo que la religión debería ser:

Esta religión se caracteriza por la creencia en la salvación automática si se observan ritos y se practican concretamente las normas socio religiosas. A este nivel, los ritos y los símbolos se viven mágicamente, es decir, con solo recitar exacta y mecánicamente, se obtiene un resultado infalible. Los símbolos no evocan ya al misterio, lo remplazan como un ídolo y lo fragmentan en misterios múltiples. A nivel psicológico, la religión se transforma en instrumento compensador de frustraciones humanas y creador de un sentimiento falso de seguridad. Ejerce una simple función psíquica y no conduce ya al misterio de Dios. Desde el punto de vista intelectual, pretende una gnosis que encierra el misterio en fórmulas y dogmas que se conservan en un purismo preocupado ante todo por la letra. En cuanto a la ética, cae en el legalismo y el fariseísmo y trata de justificarse preocupándose excesivamente de realizar obras. A través de

359. 21/05/78, p. 252, IV.

360. 21/05/78, p. 252, IV.

estas formas, la religión ya no es una mediación por la fe, se presenta como la estructura final de la persona religiosa. Como ya no conduce a la fe, a la libertad ni al misterio trascendente, oprime la conciencia³⁶¹.

Esta religión deformada, no conduce hacia la Salvación ni tampoco hacia el Dios de Jesucristo. El verdadero Dios que se reveló a Moisés en el arbusto ardiente, es el que está presente en el pueblo. Es un Dios vivo, dinámico que inspira la vida. Esta Presencia en la historia y a través de los sucesos humanos, permite la esperanza en el futuro a pesar de las amenazas de destrucción que se agolpan en el horizonte. La fe en un Dios de vida sirve como trama interpretativa de los signos de los tiempos, permite descubrir esta Presencia y su acción benéfica que se revelan poco a poco a la conciencia del creyente a través de la oración. Por esto, según Romero, el Dios vivo es el Dios de la historia; Él la acompaña y la guía secretamente. Sin embargo, necesita a los seres humanos para construir la historia, historia de redención y no de perdición.

1.2. El Banquete de Dios con los hombres³⁶²

En las plazas públicas, la Iglesia es la mensajera del gran Banquete de Dios, pero muchos renuncian a participar en ella. Este anuncio público es la predicación del Evangelio y sus exigencias. El banquete que Dios prepara para todos los pueblos es de felicidad, de justicia y de destrucción de la ignominia. Romero compara a los ricos que rechazaron la oferta del Señor con los que la aceptan, la gente del pueblo. Hay que tener un alma de pobre para escuchar la invitación del Señor y corresponder humildemente, permaneciendo desprendido de los bienes materiales para ser libre como Pablo que dice desde su prisión (Fil 4, 19-20) “Puedo soportar todo por la fe en Aquél que me reconforta.” La autonomía ante los bienes materiales hace sentir al creyente la necesidad inmensa que tiene de Dios. Los ricos deben tener alma de pobre para abandonar a sus ídolos y entrar en el Reino de Dios; las falsas apariencias no lo satisfacen. La conversión de corazón es la vestimenta necesaria para entrar en el banquete del Señor.

1.3. Jesús, Amo de la verdadera religión

Cristo es el Templo eterno donde vive el Espíritu Santo. Si Este habita en el corazón del creyente, su carne misma se convierte en la presencia de Dios en el mundo. La comunidad es el nuevo Templo de Dios y por lo tanto, las relaciones entre sus miembros son sagradas. Según Romero, estas relaciones son como las que unen a una familia en

361. Boff, L. *Église : Charisme et Pouvoir*, Paris, Lieu Commun, 1985, p. 178-179.

362. 15/10/78, p. 241, V.

la que cada uno asume su parte de responsabilidad y se ocupa del bien de los otros sin tratar de aprovecharse del hermano como ocurre en las relaciones comerciales. Estas últimas rompen la reciprocidad que origina el espíritu de comunión y de comunidad.

Lo importante es que la práctica religiosa no esté vacía de sentido y de compromiso. Los actos cotidianos deben reflejar al Espíritu que anima a quien actúa. Cristo está permanentemente con los creyentes y no deja de estarlo al atravesar el umbral de la Iglesia para retornar a casa. Cristo denuncia la hipocresía de los fariseos quienes pretextando falsamente seguir la ley, no observan el espíritu de la ley que consiste en amar al prójimo. Romero recuerda que el culto del templo que Cristo denunció y que es una tentación permanente para los fieles, tenía tres grandes omisiones: a) No brindaba o no vivía un verdadero espíritu de comunión con Dios; b) Por eso, no permitía un acceso auténtico al mensaje de la Revelación y c) Un culto así, no contiene obras que puedan demostrar la realidad del amor a Dios.

La interioridad es la actitud que corresponde a esta vida que busca aproximarse a Dios con un corazón sincero. El prelado no quiere que el pecador se pierda sino que se convierta. Esta relación de intimidad, de interioridad con Dios, llena al espíritu humano de Su amor. Por esto, la religión no debe limitarse a una práctica externa como los cultos paganos. Insiste con fuerza en que la Iglesia no debe permanecer ajena a las angustias de este mundo refugiándose en prácticas tradicionalistas ajenas a los conflictos de la historia. La Revelación de Dios sigue manifestándose a través de los signos de los tiempos que son las esperanzas y las angustias de los hombres y de las mujeres en cuanto a su futuro y al sentido de su existencia. La misión evangelizadora de la Iglesia es revelar el significado de las Escrituras dentro de la actualidad y también denunciar las perversiones, los desequilibrios, las confusiones, las miserias y las violencias provocadas en el mundo por el pecado. El mensaje debe incluir también todo el poder profético que la verdad exige a fin de que la Iglesia conserve su fuerza de Salvación-Liberación. Hay que renunciar a muchas esperanzas terrestres, aprender a liberarse de ilusiones y reconocer los falsos compromisos que causan un mal más importante que el que pretenden evitar. Cristo llama a una espiritualidad actual, otros dirían hoy a una mística del compromiso.

Santiago, jefe de los apóstoles en Jerusalén cuando Pedro se ausentó para una misión³⁶³, estableció la preponderancia de los actos como expresión de una fe que no debe ser un

363. Ver Richard, P. Taller de formación du CEBI, 27-28 de maio del 2000, Divinópolis, M.G. Brasil sobre: *O movimento de Jesus depois da ressurreição, Uma interpretação libertadora dos Atos dos Apóstolos*, São Paulo, Edições Paulinas, 1999 (1998), p.220

culto sin realizaciones palpables. O sea que la oración y los sacramentos vienen después, así como el acto teológico a nivel conceptual; todo esto no da acceso a la Salvación-Liberación si no se acompaña de gestos concretos. Están ahí para inspirar, alentar y orientar los actos humanos, pero en ningún caso para remplazarlos. Romero hace un paralelo entre las exigencias de las obras que la epístola de Santiago presenta y las de la opción preferencial por los pobres detallada en Puebla. Cristo con su preocupación constante por los pequeños y los débiles, supo demostrar que el invertir los criterios de este mundo, es el signo distintivo de la Salvación-Liberación que Él ofrece. Jesús propone a la humanidad relaciones de ayuda mutua y de inclusión y no de exclusión y de dominio. La presencia y el contacto permanente con los pobres representa para los ricos, un camino importante hacia la Salvación-Liberación ya que esto les permite realizarse humanamente y romper la aureola de riqueza que los aísla. Sin embargo no hay que ver en la realización de las obras una concepción arcaica de la Salvación como por ejemplo: “Si quieren obtener el perdón, hagan caridades”. Romero hace una llamada efectiva a la austeridad de vida para las clases dirigentes y a compartir sus bienes en lugar de identificarse con las élites americanas y europeas más bien que con su propio pueblo.

En fin, todas las situaciones humanas de la pobreza, del sufrimiento, de la marginación. Todo eso, queridos hermanos, es la mina de donde está la riqueza para no profesar una religión sin obras. ¡Qué cerca esta esa mina y qué despreciada está por muchos! No sirvamos al pobre con paternalismo: de arriba abajo, socorrerlo. No es eso lo que Dios quiere, sino de hermano a hermano. Es mi hermano, es Cristo y a Cristo no le voy yo de arriba abajo, sino de abajo a arriba, a servirle. (...) Este cinco, este colon, esta tortilla, este pedazo de costal que le voy a dar para su frío, esta camisa que me sobra en mis roperos, recíbela Tú, Señor, porque a ti te la doy³⁶⁴.

La autenticidad de la Iglesia reside justamente en su capacidad de comunión con el mundo de los pobres según el mensaje y la vida de Jesús. La verdadera Iglesia es la que Dios quiere hoy. La verdadera identidad de la Iglesia y de la religión auténtica, se basa en los pobres y en la opción preferencial por ellos. Sobrino precisa que la comunión se realiza siempre alrededor de un centro y este es cada vez más el mundo de los pobres que revela la verdadera esencia del mundo en el que vivimos³⁶⁵.

³⁶⁴. 02/09/79, p. 219, VII.

³⁶⁵. Ver Sobrino, J. “Comunión, conflicto y solidaridad eclesial”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 218.

El Evangelio debe vivirse de tal forma que se convierta en una realidad histórica y social. La responsabilidad de cada creyente reside en la interpretación de los hechos de su vida personal y familiar a la luz de las Escrituras. El cristianismo no es una invención humana; es la obra de Dios puesto que es Él quien tomó la iniciativa de salvar a la humanidad. Las religiones falsas forjan dioses que reclaman lo que les conviene; por el contrario, la fe cristiana vigila que los cristianos sepan en toda circunstancia, responder al llamado de la voluntad divina y reconozcan las trampas que el Mal siembra en sus caminos. El cristianismo es un compromiso con Jesucristo y el cristiano no debe evitar esfuerzo alguno para responderle, dice Romero³⁶⁶. La autenticidad de la fe depende de la idea que el humano tiene de Jesús y la manera de corresponderle. También de esta imagen dependerá la manera de ver la misión de la Iglesia en el mundo. Es el Jesús histórico que revela a la humanidad la identidad de Dios como Padre misericordioso.

2. El Cuerpo de Cristo en la historia

Según Sobrino, la Iglesia no es un evento fortuito en la historia de la Salvación-Liberación; es la consecuencia directa de la Resurrección de Cristo en la historia³⁶⁷. A partir del hecho histórico de la Kénosis de Cristo, la Iglesia debe también experimentar esta humildad, no solo al interesarse en los pobres a través de obras de caridad sino fundiéndose con ellos, haciéndose pobre entre los pobres para reinterpretar la historia y la realidad a partir de su perspectiva existencial. La Iglesia los considera prioritarios para liberarlos de su estado de postración porque la Buena Nueva se destina ante todo a ellos. Los cristianos organizados y conscientes de su vocación histórica y escatológica, son la levadura de la masa humana sometida a la opresión económica, a la exclusión social y a la alienación cultural. Los pobres son los más aptos para recibir y entender el mensaje evangélico de liberación debido a sus condiciones materiales que les impiden creer en seguridades falsas. Por esto, prosigue Sobrino, la Iglesia de los pobres es la verdadera, la que corresponde mejor al espíritu de las primeras comunidades cristianas³⁶⁸, no porque los pobres estén eximidos de pecado ni porque posean siempre la verdad sino porque son los privilegiados de Yahvé y del Jesús histórico. En efecto, Dios escogió implantarse entre ellos y fue a ellos a quien Jesús anunció su mensaje de liberación (Lc 4,18).

366. Ver 19/02/79, p. 37, IV.

367. Ver Sobrino, J. *Resurrección de la verdadera Iglesia, Los pobres, lugar teológico de la ecclesiología*, p. 96.

368. Ver *Ibid.* p. 104-105.

Si se busca producir frutos en abundancia, esta condición de pobre en el Señor, debe ser coherente con actos valerosos inspirados en las virtudes cristianas. Dios no se complace en los pecados de los pobres y ellos pueden vivir una primera experiencia de liberación abandonando los caminos tortuosos del vicio y esforzándose por orientar sus vidas y construir su comunidad, siguiendo los criterios evangélicos. Precisa Sobrino: “Porque en los pobres aparecen sin equívoco, la misión fundamental de la Iglesia y la voluntad de Dios en el mundo³⁶⁹”. Por esta razón, no puede haber pluralismo ético entre las diferentes iglesias cristianas y la Iglesia de los pobres. A pesar del pluralismo en las expresiones de fe, esta última incluye a todas. Por otro lado, la Iglesia de los pobres permite discernir la autenticidad de la predicación y de la praxis evangélica. Añade el teólogo:

Lo primero que hace la Iglesia de los pobres es poner nombre concreto al amor y al pecado. Desde ellos se hace transparente la supremacía del amor, como núcleo de la santidad, tantas veces predicada por la Iglesia. Ellos desenmascaran, en primer lugar, un amor sin dialéctica que no sea praxis del amor contra el pecado del mundo; desenmascaran el falso universalismo y pacifismo de un amor cristiano, encubierto en declaraciones universales sobre el amor, pero que no toman en cuenta la situación concreta de los diversos grupos sociales, que no meramente coexisten, sino que están en lucha y contradicción³⁷⁰.

Sobrino acentúa la urgencia de poner en obra un amor efectivo que trabaje reformando las estructuras sociales porque ellas niegan su dignidad humana a dos tercios de la humanidad. El ingreso masivo de los pobres en la Iglesia de América Latina ha puesto en evidencia la originalidad de sus identidades culturales y en especial su manera de captar lo sagrado y de afirmar su especificidad. Así, no solo la Iglesia se encarnó en esta realidad social precaria sino también la Palabra del Evangelio liberadora que el Espíritu Santo viene a alumbrar. Antes de ser universal, la Iglesia auténtica debe pasar por la mediación local, estructurada como comunidad de fe consciente de su destino histórico.

Es primordial explicar una cierta ambivalencia que existe en la expresión del término “Corpus Christi”. Tradicionalmente, la Iglesia representa a Cristo en la Tierra por la celebración de la Eucaristía. En la Teología de la Liberación, esta presencia salvadora está representada ante todo por el pobre, es decir la masa oprimida por estructuras

369. *Ibid.* p. 112.

370. *Ibid.* p. 117.

injustas provenientes del pecado de egoísmo y de la codicia humanas. Después de convertirse a las clases populares, Romero cambió su concepción clerical de la Iglesia por una concepción del Reino de Dios por establecer según las necesidades urgentes del tiempo presente. Este reposicionamiento se explica en primer lugar porque la mayoría de los creyentes de América Latina son pobres e inversamente, la mayoría de los pobres son creyentes. En segundo lugar, muchas poblaciones viven en condiciones de miseria extrema sin ninguna comodidad material dentro de sociedades donde se exhibe sin vergüenza alguna un lujo desprovisto de compasión. En cuanto a los pobres, ellos deben aprender a encarnar a Cristo en la historia descubriendo en el Evangelio sus exigencias morales y espirituales. A partir de su fe, deben unirse en un solo cuerpo, extirpar de ellos el pecado que los divide y trabajar solidariamente por la llegada del Reino de Dios.

¿Cómo piensa Romero conciliar esta nueva primavera de la Iglesia latinoamericana deseada por Dios y la fidelidad a la tradición? Para él, el Cuerpo de Cristo en la historia es el pueblo creyente de El Salvador, verdadero servidor herido de Yahvé. El rostro humillado del Servidor herido, el cuerpo flagelado de las poblaciones pobres y creyentes, son la referencia evangélica de los hombres de este tiempo. Los pueblos que padecen el calvario de la miseria y de la opresión son el Cuerpo de Cristo que sigue sufriendo en la historia. La tarea de todo aquél que se considera discípulo de Cristo o por lo menos ser humano, es la de bajar de la cruz ese Cuerpo glorioso que forman los pueblos oprimidos de la Tierra.

La muerte del pobre en un mundo que no ha sido nunca tan rico como ahora, es el centro de la preocupación de la Teología de la Liberación; es lo más apremiante por resolver si la academia no quiere perderse en debates intelectuales irrelevantes. El Tercer Mundo lanza a la fe y a la conciencia la interrogación más crucial: “ ¿Estaba desnudo y me vestiste, tenía hambre y me diste de comer³⁷¹? » Los pobres alumbran de una manera distinta la realidad del pecado estructural y permiten ver los Evangelios con una mirada nueva. Aportan un criterio de discernimiento irrefutable: ¿A quién favorece el poder? Partiendo de los pobres, ¿Cómo juzga Jesús estas estructuras y la actitud de los que las hacen funcionar? Si se ve al Servidor de Yahvé como luz de las naciones y como parte del pueblo pobre, es lógico deducir que son los pobres los que juzgarán al mundo. El asociarlos con la imagen del Crucificado, da una nueva perspectiva para entender la realidad de la injusticia y de los sufrimientos no solo como intolerable sino también como algo que Dios repele.

371. Retomada por Gustavo Gutiérrez como paradigma irrevocable de nuestro tiempo, Julio 25, 2000, Congreso de la SOTER, Belo Horizonte, Brasil. Conferencia no publicada.

A los pobres se les priva de vida puesto que mueren antes de tiempo; el anuncio del Reino a los pobres es por lo tanto el anuncio de la satisfacción de sus necesidades de base para que puedan acceder a una vida digna. Por eso dice Ellacuría “La Iglesia es Cuerpo histórico de Cristo en cuanto que es Iglesia de los pobres y es sacramento de liberación, asimismo en cuanto es Iglesia de los pobres³⁷²”.

3. Las Comunidades Eclesiales de Base

La visión eclesiológica de la Iglesia de El Salvador en aquellos años, procede de una concepción orgánica que considera a cada familia y a cada comunidad como una célula en la que se arraiga el Cuerpo de Cristo en la historia. Cada una tiene su personalidad propia, de ahí provienen la diversidad de los carismas y la riqueza del conjunto del Pueblo de Dios. Romero y la Iglesia latinoamericana a través de sus documentos de Medellín y Puebla consideran la familia como el lugar primordial para la transmisión de la fe y como elemento donde se estructura toda comunidad humana, incluyendo las parroquias. Si vamos a las fuentes de la Iglesia en el libro de los Hechos de los Apóstoles, las primeras comunidades se reunían en casas particulares en las que todos los miembros de una misma familia y sus amigos, se habían convertido al Evangelio de Jesucristo, según el testimonio de Cornelio. (He 10,1-48) En aquella época, las casas y las familias sirvieron de estructuras de base sobre las cuales la Iglesia se apoyó para expandirse. Estos núcleos pequeños favorecían la convivencia ya que todos los miembros se conocían y frecuentaban también fuera de los momentos de culto. Las Comunidades Eclesiales de Base son en cierta manera una extensión de esta Iglesia doméstica para el vecindario que reagrupa varias células familiares y son una manera concreta de ser Iglesia, un retorno al origen, una “eclesiogénesis” como lo llaman algunos autores latinoamericanos. Este nuevo modelo eclesiológico fue rápidamente víctima de represión por parte de los regímenes totalitarios debido a su expansión fenomenal y a su función crítica que ejerce ante las estructuras injustas. Para introducir el tema capital del renuevo de la Iglesia de América latina, veamos esta reflexión pertinente de Oscar Romero sobre la dimensión comunitaria de las CEB y su compromiso para transformar la historia. Esto hace parte de su última carta pastoral:

Vivir en comunidad no es cuestión de opción sino de vocación. El cristianismo exige, por vocación, la formación de comunidad. No se concibe el cristianismo sin relación con los hombres, hermanos con

372. Ellacuría, I. *Conversión de la Iglesia al reino de Dios, Para anunciarlo y realizarlo en la historia*, p. 208.

quienes concretizamos el amor fraterno que predicamos. Desde luego, que ya en el campo de las formas concretas de comunidad, no hay nada revelado. Ni siquiera las comunidades religiosas son modalidades reveladas de comunidad. Es el momento histórico y la realidad que se vive la que irá dando las formas concretas de las comunidades que exige el momento. (...) Una comunidad cristiana de base no tiene una finalidad en sí misma, de lo contrario dejaría de ser fermento, dejaría de ser Iglesia y se convertiría en una secta. La finalidad de la comunidad cristiana es la extensión del Reino de Dios. O puede proponerse a los grupos cristianos como un lugar de refugio tranquilo y alienante, sino como la profundización y la intensificación de un compromiso. Así nos la da a entender el Evangelio cuando nos propone la figura del fermento, de la sal y de luz³⁷³.

Leonardo Boff recuerda que estas Comunidades Eclesiales de Base nacieron de grupos de lectura bíblica que decidieron estructurarse para asumir sus funciones pastorales en la comunidad³⁷⁴. Insiste en la separación esencial que debe existir entre el pertenecer a una comunidad de fe y la afiliación a un grupo político; los dos son complementarios pero distintos. Romero aborda esto en su carta pastoral *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* que data de agosto 1978. Participar en círculos bíblicos y en las CEB, genera en estas personas sometidas al silencio por siglos de opresión, un aprendizaje inestimable del espíritu crítico y de la toma de la palabra. Las primeras comunidades cristianas nacieron de la aceptación de la Buena Nueva. Estas deben a su vez volverse misioneras de Cristo en el mundo y difundir la noticia de la nueva liberación como semillas de vida. El teólogo brasileño Marcello Azevedo en su obra sobre las Comunidades Eclesiales de Base³⁷⁵, las describe bajo tres ángulos: teológico, pastoral e institucional.

Teológicamente explican y valoran bajo nueva luz elementos bíblicos y aspectos de la tradición y de la doctrina de la Iglesia. Pastoralmente crean y agilizan un proceso de evangelización y desarrollo de la fe y de la vida cristiana que responde a las necesidades de la mayor parte de la población. Institucionalmente representan un paradigma de

373. Romero, O. *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, San Salvador, Arzobispado de San Salvador, août 1979, p. 61-62.

374. Ver Boff, L. *Église : Charisme et Pouvoir*, p. 17.

375. Azevedo, M. *Communautés ecclésiales de base, L'enjeu d'une nouvelle manière d'être Église*, Paris, Le Centurion, 1985, 236 p.

organización eclesial que se distingue de los modelos anteriores y que tiende a repercutir cada vez más en la totalidad institucional de la Iglesia. Las Comunidades Eclesiales de Base son, pues, un elemento clave para la vida eclesial latinoamericana y para su adecuada comprensión en el actual momento histórico³⁷⁶.

Como lo recuerda el documento de Puebla (N.º 96), las CEB se expandieron sobre todo en los años 70: “Las Comunidades Eclesiales de Base que eran en 1968 (Medellín) solo una experiencia balbuciente, maduraron y se multiplicaron sobre todo en ciertos países. En comunión con sus obispos, se volvieron focos de evangelización y motor de liberación y de desarrollo³⁷⁷”. Ser miembro de una comunidad en un ambiente hostil o no, representa para el individuo un lugar de pertenencia y de identidad que le ayuda a encontrar su lugar en el mundo. El individuo aislado, sin referencia con ningún grupo, duda de su propia existencia social; para él, su presencia o ausencia de la sociedad no tiene eco ni significación alguna; el sentido mismo de su vida está en peligro. Al origen, la Iglesia misma se veía como una comunidad que compartía un conjunto de creencias, de valores y un estilo de vida solidario. Las CEB no tienen la pretensión de ser la única manera de vivir como parte de la Iglesia; el calificativo eclesial representa un lazo con la Iglesia jerárquica y su comunión con el pastor. Son la expresión misma de una Iglesia que quiere definirse partiendo de la base de un modo cordial dentro del cual todos deben asumir un papel en la tarea colectiva de evangelización, de conversión del mundo y de sus estructuras.

Finalmente, el término *base*, se refiere a la participación popular, a una Iglesia a cuyo interior se dan relaciones cercanas y donde los humildes tienen su lugar y pueden por fin expresarse y ser escuchados. Las CEB están formadas por laicos, personas sencillas, frecuentemente analfabetas, que poseen sin embargo la sabiduría popular que proviene de una vida de observación, de lucha y de resistencia organizada. Los que se identifican a la opción preferencial de la Iglesia de América Latina a favor de los pobres, hacen también parte de la base. Dentro de esta posición sociológica que resulta de estructuras injustas, las CEB se caracterizan por su labor en favor de la justicia. Esto les da una dimensión política que provoca a veces afrontamientos con el poder opresor.

Además, estas tres dimensiones: comunitaria, eclesial y de base, deben mantenerse dentro de una relación dialéctica de equilibrio para preservar la originalidad y la

376. Azevedo, M. “Comunidades eclesiales de base”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 245.

377. Azevedo, M. *Communautés ecclésiales de base*, p. 54.

autenticidad de las CEB. Azevedo cita a Enrique Dussel que lo expresa así: “Será necesario mantener en dialéctica constante estas tres partes: ser pobre con los pobres, vivir la vida comunitaria, como ministro liberador del mundo. Si una parte falta, el grupo se vuelve una secta, en partido político o en consagración del statu quo³⁷⁸”. La sencillez de las personas de la base y la calidad tangible de su fe les permite -cuando se deshacen de un cierto oscurantismo contrario a sus propios intereses- volverse los hombres y mujeres nuevos que Jesucristo desea. En este sentido, convertirse al Dios de Vida significa la entrada al mundo de los vivos. El Pueblo de Dios, aunque aparece como algo mínimo dentro de la humanidad, es el germen para renovar al mundo: sal, luz y fermento de Salvación-Liberación. Por eso, Oscar Romero explica el primer objetivo de la evangelización que decidió perseguir en su diócesis:

Yo quiero ratificar que la razón de ser de mi predicación, de nuestras reuniones y de nuestras reflexiones cristianas en torno de la palabra de Dios, tienen esta finalidad, de que cada día nos vayamos constituyendo más como pueblo de Dios, como seguidores de Cristo, sintiéndonos de verdad germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Que el mundo, que nuestra patria, sepa sentir en los grupos cristianos no gente sospechosa, sino gente que de verdad sea luz del mundo y sal de la tierra³⁷⁹.

Comunidad y comunión son términos muy cercanos; el segundo explica el sentimiento que se percibe al interior del primero. Para el arzobispo, la Iglesia es una comunidad de vida que difunde la Buena Nueva. Esta comunidad debe confrontarse con la vida actual ya que su finalidad es propagar la vida. La Palabra de Dios es una Palabra de Vida que se opone al reino de las tinieblas y de la muerte, a todo lo que envilece y disminuye la dignidad humana. Azevedo lo expresa así: “La perspectiva que caracteriza a las Comunidades Eclesiales de Base en el tratamiento de la Biblia es la articulación de lo que se lee con lo que se vive³⁸⁰”. La comunidad recibe el Evangelio de la verdad para anunciarlo después; su mensaje es como la luz que alumbraba y que todos deben ver. El contacto con una comunidad de la verdad es comunitario; uno se convierte de sus pecados para entrar en esta nueva vida de comunidad. Se trata para el arzobispo, de una conversión comunitaria.

378. *Ibid.* p. 86.

379. 29/10/78, p. 260, V.

380. Azevedo, M. “Comunidades eclesiales de base”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 250.

Una comunidad es un grupo de hombres y mujeres que han encontrado en Cristo y en su evangelio la verdad, y la siguen y se unen para seguirla más fuertemente. No es simplemente una conversión individual, es conversión comunitaria, es familia que cree, es grupo que acepta Dios. Y como grupo, cada uno siente allí que el hermano lo fortifica y que en los momentos de debilidad se ayudan mutuamente y, amándose y creyendo, dan luz, son ejemplo; de tal manera que el predicador ya no necesita predicar, cuando hay cristianos que han hecho de su propia vida una predicación³⁸¹.

En otra homilía, Romero considera a las Comunidades Eclesiales de Base, esenciales para difundir el mensaje de evangelización de la Iglesia: “Por eso insisto tanto, queridos hermanos, en que haya más y más comunidades de base. No es un invento de nuestros últimos tiempos, es la gran necesidad de que los cristianos se conozcan, se amen, vivan juntos concientizándose en esta energía divina³⁸²”. El Pastor reconoce que cuando las comunidades se reúnen orando ante la Palabra, hacen efectivo el amor cristiano a través del sostén mutuo y de la organización colectiva. La mayéutica que ahí se produce, proviene de la expresión de problemas comunes que por eso exigen soluciones comunes.

Él mismo llama a esas comunidades, células vitales de la Iglesia³⁸³. Consciente que estas nunca ocuparán todo el espacio en la institución eclesial; las CEB representan focos de evangelización y de comunidades proféticas que manifiestan ante el mundo el ideal de la vida cristiana³⁸⁴. Finalmente, estas comunidades han permitido realizar el poder evangelizador de los pobres cuando incitan a la conversión de la Iglesia a un modo de vida más modesto³⁸⁵. Reciben esta fuerza de su pertenencia al pueblo y de su inserción en las clases populares a las cuales quieren representar con su identidad social y eclesial.

Hasta ahora apenas hemos vislumbrado el vasto tema de las Comunidades Eclesiales de Base. Ellas estuvieron siempre muy presentes durante toda la vida pastoral de Oscar Romero y fueron con frecuencia sus antenas en la sociedad civil cuando escribía sus homilías o sus cartas pastorales. También serán la conciencia crítica de la Iglesia y de Romero cuando les parezca demasiado conciliadora con los miembros de la Junta

381. 29/10/78, p. 266, V.

382. 14/05/79, p. 259, IV.

383. Ver 24/12/78, p. 67-68, VI.

384. Ver 10/09/78, p. 176, V.

385. Ver 11/11/79, p. 424, VII.

Militar que existían desde el golpe de Estado de 1979. Estos hechos confluyen con las ideas de Azevedo sobre el cambio de polo introducido por esta nueva manera de hacer Iglesia desde abajo.

El modelo anterior a las Comunidades Eclesiales de Base se centraba en el sacerdote, en la parroquia y en sus capillas dispersas, en el sacramento, en la persona individual y en la salvación del alma. (...) El modelo de las CEBs está centrado sobre el laicado, la comunidad, sobre la Palabra, la salvación y la liberación integral de la persona humana total, a nivel individual y social. De destinatarios del proceso, espectadores en buena parte pasivos de la iniciativa y el desempeño del clérigo, los fieles se convierten en sujetos activos de su propia evangelización³⁸⁶.

4. Pueblo de Dios

El Pueblo de Dios es el gran conjunto que comprende la comunidad de las comunidades. Esta noción permite que los cristianos pertenezcan a un conjunto más amplio dentro del cual deben trabajar. Este es un nuevo modelo de Iglesia que se construye a partir de la gente humilde de la sociedad. La Iglesia, Pueblo de Dios asume la cultura popular; dentro de ella, la misión clerical es menos jerárquica y más de animación y convocación a la comunidad que aprende a reconocerse como Iglesia, participando en su expansión y en su expresión. Todo esto hace que el pueblo se vuelva realmente Iglesia y que los ministros ordenados pertenecen plenamente a ese pueblo.

Antes de ir más lejos en el tema de la Iglesia Pueblo de Dios, definamos más sustancialmente el sentido de la palabra *pueblo* según las ciencias sociales y el uso que se le da en América latina. Este sustantivo se refiere a las clases subalternas que forman la mayoría de los pobres de ese continente, la plebe, en el sentido romano. Actualmente, *pueblo* puede significar un conjunto de personas que pertenecen a la misma cultura y en un sentido más amplio, puede referirse al conjunto de ciudadanos de una nación, aunque esto tiende a ocultar la realidad de la lucha de clases. En efecto, ¿La élite que construye la economía del país ignorando los intereses superiores de su nación pertenece o se considera como pertenecientes al pueblo? De más en más, el fenómeno de las transnacionales da origen a una categoría de gente que se consideran apátridas y, dentro de una burguesía mundial, juran fidelidad solo al dinero. Así se despoja a los pueblos de la posibilidad de dirigir su destino y de construir su identidad.

386. Azevedo, M. “Comunidades eclesiales de base”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 254-255.

Como en la época de las colonias, las decisiones que les conciernen se toman a mil leguas de distancia sin preocuparse de su opinión ni de su bienestar. En ese caso, los que constituyen el pueblo son los que viven en su territorio.

El pueblo para Romero no debe ser una masa de gentes adormecidas y manipulables sino un conjunto organizado y consciente de su destino histórico y colectivo. Desde finales del siglo XX, a este conjunto se le llama sociedad civil con el fin de presentarse como fuerzas populares independientes de los diferentes partidos políticos. El Pueblo de Dios formado por los creyentes se inspira en la trascendencia de la revelación divina, que orienta su labor según los grandes principios que gobiernan el Reino de Dios y la felicidad de los humanos. Leonardo Boff lo describe así:

Todos son llamados a ser pueblo, no solo la clase desfavorecida; esta es el pueblo realizado en la medida en que dejando de ser una masa, elabora la conciencia de ella misma, traza las grandes líneas de un proyecto histórico de justicia y de participación para todos y no solo para ella y experimenta prácticas para tratar de realizar lo más posible esta utopía (...) El pueblo se vuelve Pueblo de Dios en la medida en que formando comunidades de bautizados, de fe, de esperanza y de amor, animadas por el mensaje de fraternidad absoluta de Jesucristo, se proponga realizar concretamente un pueblo de seres libres, fraternos en el que cada uno puede expresarse. Esta realidad histórica es el producto no únicamente de un proceso social hacia más igualdad; significa teológicamente la preparación y la anticipación del Reino de Dios y de su pueblo escatológico³⁸⁷.

En el Concilio Vaticano II se adoptó la expresión “Pueblo de Dios” para ampliar la concepción clerical de la Iglesia. En la arquidiócesis de San Salvador la imagen del Pueblo de Dios se asoció al pueblo creyente, consciente y organizado. Para las élites del clero, se trataba no únicamente de un cambio de nombre y de lugar sino de una verdadera participación por parte de las comunidades, en el poder de evocación y de unificación que se encuentran en el Evangelio y en los sacramentos. Boff comentaba: “Para decirlo claramente, esta apelación contiene una exigencia de participación consciente y de organización comunitaria en un proyecto³⁸⁸”. O sea que quien puede transformar la realidad y estructurar la identidad de un conjunto de comunidades, es pueblo y pertenece al pueblo eclesial o social. Las élites y su cultura hegemónica han

387. Boff, L. *Église : Charisme et Pouvoir*, p. 205-206.

388. Boff, L. *E a Igreja se fez povo, Eclesiogenèse : A Igreja que nasce da fé do povo*, p. 52.

pisoteado por mucho tiempo este principio de unidad entre los pueblos porque quieren salvaguardar su interpretación hegemónica de la historia en favor de sus intereses privilegiados.

Incidentalmente, esta visión se opone a la de una Iglesia cortada en dos, separada entre clérigos y laicos en donde los primeros gobiernan a los segundos y estos se contentan con recibir el mensaje y los sacramentos sin acceder a ninguna clase de participación o de toma de decisiones, por lo menos expresando su realidad dentro de la liturgia. Para el arzobispo, Cristo es la piedra angular de los valores fundamentales sobre la cual se erige la comunidad cristiana. La verdadera Iglesia, la que se hizo Pueblo de Dios, está hecha de piedras vivas. Reconozcamos que este nivel de conciencia se alcanza raramente en una diócesis. No se trata de una bella expresión para satisfacer el orgullo de los cristianos sino de un proyecto de sociedad por construir. Se constata su realización, aunque perfectible, en algunas cuantas diócesis que se beneficiaron durante algún tiempo de la presencia de un pastor animado y motivado, por ejemplo, la de San Cristóbal de las Casas en México, de Riobamba en Ecuador y naturalmente, la de San Salvador. Ahí, los miembros de esas Iglesias Pueblo de Dios aprendieron a constituirse partiendo de su identidad autóctona y de su idiosincrasia. A ese punto, si la diócesis está bien organizada, el nombramiento de un obispo sucesor más tradicional afecta poco la visión de la fe popular.

Por ejemplo, en San Salvador, más de cuarenta años después de la muerte de Oscar Romero, los fieles se inspiran en de su palabra, del conjunto de sus homilias, difundidas ampliamente y reconocidas como referencia de fe para el pueblo. Este no acepta ya la prédica de un obispo que trate de restringir el alcance de las exigencias evangélicas ante la historia y predique el Evangelio sin tomar en cuenta los problemas sociales y económicos que vive. El criterio último y el paradigma de la autenticidad que anuncia el Evangelio es para cientos de miles de salvadoreños, la palabra del arzobispo que dijo, aun sabiendo su vida amenazada : “ Es posible hacer callar al que pronuncia la palabra verdadera pero no se puede acallar la verdad misma que es palabra de vida eterna”. Romero hizo que su pueblo fuese Pueblo de Dios y decía:

No son piedras muertas materiales, cada hombre con sus cualidades, con sus carismas, con su grado de santidad es una piedra viva. Estamos construyendo un templo y cuando un cristiano muere, esa piedra es colocada en el templo de la gloria. El esplendor de Dios ilumina ese

santuario hecho con hombres de las canteras de la tierra, iluminadas con luz de espíritu, con sangre de bautismo que es sangre de Cristo. ¡Qué bello destino el de la vida humana! Cada hombre es una piedra viva³⁸⁹.

Para este pastor, el bautismo no es un título de nobleza sin compromisos; al contrario, con él va una obligación de fe y de sinceridad que hace del cristiano un miembro del Pueblo de Dios. Este sacramento como todos los otros, confirma una actitud interna que el cristiano no puede sustituir de manera alguna. La visión antropológica de Oscar Romero descentra al individuo de sí mismo en el sentido físico y material, con el fin de conducirlo a través de los otros para que se reencuentre él mismo en su centro. En muchos ejemplos de actos de altruismo a lo largo de la historia, para realizarlos, los humanos tuvieron que romper la cáscara de los intereses propios para incluirse en algo más global y grande que ellos mismos. Así se accede a lo universal.

Según la epístola de Pedro (I Pie 2, 4-9), la Iglesia Pueblo de Dios es raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada y pueblo de redimidos para hablar de las maravillas del Señor³⁹⁰. Romero proclama que esta raza elegida está formada por todos los bautizados, sin tener en cuenta sus orígenes étnicos o sociales y forman una diáspora en medio de otros pueblos que aún no viven como bautizados. El bautismo los hizo miembros de esta nueva nación de la cual Cristo es el Soberano. El pueblo tiene también una función sacerdotal puesto que en todo lo que hace, rinde culto a Dios. Por eso Romero afirma:

Misa no solo se celebra el domingo en catedral, misas es la del hombre que hace de su vida un culto al Señor. Nunca de sus labios una mentira, nunca en su conciencia un resentimiento, un odio; en su profesión más humilde que sea, a la gloria de Dios. Y así está celebrando misa el hojalatero, el carpintero, el barrendero, la señora de mercado, el estudiante, el profesional. Cuantas categorías de vida que están escuchando esta palabra. Y yo les digo, hermanos, todos ustedes son sacerdotes que celebran su misa en su propia profesión, en su propia vida. No pierdan el sentido divino de su existencia³⁹¹.

389. 23/04/78, p. 184, IV.

390. Ver 23/04/78, p. 184, IV.

391. 23/04/78, p. 186, IV.

Todos los problemas y los sufrimientos humanos pueden ofrecerse y vivirse como un culto a Dios que continúa viviendo en la carne de los humanos todo lo que se opone a la vida plena. Así, hay que trabajar con ahínco ya que esto es un servicio que se puede realizar para servir al Altísimo. Ser cristiano, dice Romero, es realizar en el mundo un servicio de santificación y de humanización para la gloria de Dios y la Salvación del mundo.

4.1. Dimensión comunitaria de la Salvación-Liberación

En el pensamiento romeriano, la Salvación-Liberación es la garantía última de la sobrevivencia del género humano. Es más, no se excluye a nadie: el llamado es para todos. Esto es posible porque el perdón siempre es accesible aunque alguien haya perseguido a la Iglesia y ultrajado la dignidad humana, como Pablo de Tarso. El Concilio Vaticano II recuerda que la Salvación no es individual. El llamado individual es para formar un pueblo, una comunidad de creyentes abierta al mundo para evangelizar con actos y con palabras. La Iglesia de San Salvador trabaja para despertar las conciencias a fin de construir el bien común para que la fe no sea una palabra hueca. Romero explica que el bien común es el sentido de humanización de todas las instituciones. El pueblo no es una masa de embrutecidos; debe aprender a ser conciente de él mismo y de su misión histórica que consiste según “*Populorum Progressio*” a pasar de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas. Así, el arzobispo apoyándose en el pensamiento de Pablo VI dice:

Más humana el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Mas humanas también el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza.” Es admirable que el espíritu de pobreza está puesto aquí por la Iglesia entre las condiciones más humanas. El ser pobre, vivir con espíritu de pobreza no es infra desarrollo, es desarrollo humano. Cuando más vive un hombre el espíritu de pobreza, es más humano; y cuanto más sea víctima de la avaricia, es menos desarrollado moralmente³⁹².

Según Romero, la Iglesia además de tener la responsabilidad de conducir al Pueblo de Dios hacia la Redención, constituye la matriz de todo el pueblo a partir de la cual, se

³⁹². 15/01/78, p. 153, III.

puede edificar a la nación sobre bases sólidas. Para ello, no intenta sustituir a los poderes temporales sino despertar la conciencia de los creyentes para formar un solo pueblo en la tarea de construir el bien común en una perspectiva espiritual e inmanente³⁹³. El bautismo del Espíritu consiste en dejar en el corazón de aquél que lo recibe, la renovación interior alejándolo del pecado. El Espíritu trabaja para erradicar el pecado del alma de los individuos, del pueblo y de la sociedad. Sin embargo, la misión de la Iglesia encuentra numerosas resistencias porque el pecado es rey en las costumbres y en las estructuras sociales. Solo el poder de Cristo permite construir una nación basándose en la verdad; ahí el pecado no predomina, se le relega al olvido de la vergüenza. La presencia de Cristo en el mundo -dice Romero- se refleja a través de una fraternidad auténtica construida con Él.

4.2. El Pueblo ungido por el Espíritu

El pueblo de Dios está constituido por los creyentes que laboran juntos para que Cristo reine en la sociedad, partiendo del ejemplo de sus vidas. Son profetas en el mundo, trabajan para mejorar las condiciones de vida y la humanización de las estructuras que deben servir al pueblo en vez de que este las sirva. Pertenecer al Pueblo de Dios, es ser discípulo del Bien no en el sentido fariseo sino para hacer avanzar lo que es justo y noble buscando el bien común a partir del Amor de Dios. Romero dice al respecto:

Ustedes que no son religiosos, ni sacerdotes del altar pero que son sacerdotes en el mundo, son profetas en el mundo, son reyes que deben de trabajar para que el imperio de Cristo reine en la sociedad, en las estructuras, en el mundo. Y tienen que anunciar como los profetas, como pueblo profético ungido por el Espíritu que ungió a Cristo las maravillas de Dios en el mundo, animar lo bueno que en el mundo se hace y también denunciar enérgicamente lo malo que en el mundo se hace. Para eso son los profetas, para anunciar y animar la bondad y para denunciar y condenar la maldad. Y esto lo va comprendiendo cada vez más este pueblo que lleva la unción poderosa del Espíritu Santo para que no solo miren al obispo y a los sacerdotes a ver qué hacen, sino que ellos mismos se sientan responsables de esta Iglesia profética, regia y sacerdotal³⁹⁴.

393. Ver 15/01/78, p. 154, III.

394. 07/04/77, p. 12, I-II.

La misión sacerdotal del Pueblo de Dios consagra al mundo, la misión profética anuncia la Presencia de Dios en el mundo y la misión real consiste en depositar todo a los pies de Cristo. Los sacerdotes asumen entre otras cosas, el ministerio de la Palabra de Dios, o sea que lo que dicen tiene que concordar con el verdadero sentido de esta Palabra. Están subordinados a ella y no pueden manipularla según su voluntad. El ministerio exige una conversión permanente para descubrir la voluntad de Dios expresada en las Escrituras y en la realidad³⁹⁵. Romero denuncia la predicación vacía, desinteresada de los problemas humanos que, por eso mismo, no transmite el verdadero significado de la Palabra de Dios. Según él, los sacramentos dados por el ministro de Dios, no tienen sentido si no les precede un anuncio auténtico de la Palabra de Dios.

4.3. Proyecto de Dios para salvar al pueblo

El proyecto que la Iglesia defiende es el Reino de Dios y este se establece en la fe en Jesucristo, una fe consciente de sus exigencias. Romero compara un ciego de nacimiento con su patria que marcha en la oscuridad y se tropieza. Él anhela que la fe dé la vista a la nación. La fe en Jesucristo da un sentido a la vida personal y colectiva ya que como dice Romero, no se vive de conjeturas ni de eventos sino de fe³⁹⁶. Según él: “El Pueblo de Dios es liberado en Cristo para ser liberador de todos los hombres³⁹⁷”. Constituir una comunidad de fe formada de individuos y de familias liberadas, permite liberar a una nación de las cadenas de la alienación que la mantienen esclava del pecado. Se llega a esta liberación a través de la fe en Él que salva y es el único que puede dar la vista a los ciegos, el Único que puede decir al pueblo: “Levántate y anda”. Para Romero:

El ciego es la humanidad pidiendo al hijo de David: redención, luz para sus ojos. La figura profética que volverá la vista a los ciegos, y volverá el oído a los sordos, y resucitará a los muertos, y predicará a los pobres, es el que va allí platicando con el pobre, con los ciegos: curando no tanto por hacer prodigios, sino por hacer presente la gran promesa de que está ya el liberador entre nosotros³⁹⁸.

Dios permanece firme en su promesa de Salvación-Liberación y por esto, siempre queda algo en el pueblo de creyentes. Jesús salva del pecado que destruye la comunión humana entre ella y con Dios. El sacrificio grandioso de Cristo, es para redimir los

395. Ver 07/04/77, p. 14, I-II.

396. Ver 28/10/79, p. 375, VII.

397. 28/10/79, p. 378, VII.

398. 28/10/79, p. 378, VII.

pecados y devolver la vista a los ciegos³⁹⁹. Hay que estar libre de pecado para poder entrar en la filiación divina que permite acceder a la vida eterna ya desde esta vida. Israel es un ejemplo de pueblo consagrado a Dios que prefigura al Pueblo de Dios. La Iglesia es un pueblo mesiánico que anuncia las realidades últimas hacia las cuales camina toda la historia. La tarea de ese Pueblo es llevar al mundo entero el Reino de Dios. El Concilio dice que, aunque quede una pequeña minoría, esta es sin embargo una promesa de esperanza, de Salvación y de unidad. Romero considera que lo que impide la realización del Reino, es la poca fe y el escaso ardor de los cristianos. El Pueblo de Dios se vuelve Corpus Cristi en la historia y Él trae la Salvación-Liberación al género humano. La construcción del Reino presupone y acompaña a la del Pueblo de Dios.

El pertenecer a ese Pueblo mesiánico no libera de las obligaciones hacia el pueblo en el que el creyente vive su vocación cristiana y que le proporciona criterios de discernimiento para que se realice en el mundo la voluntad de Cristo. Romero agrega: “Solo a los que se santifican en esta vida del pueblo de Dios, verdaderamente sería una minoría, pero en esa minoría está el germen de la salvación de todo el pueblo⁴⁰⁰”. La curación del ciego (Mc 10, 42-52) revela también la preocupación que tiene Cristo no solo de salvar a la humanidad del pecado sino de liberarla también de las duras condiciones que son su consecuencia. Por eso la evangelización concierne también las condiciones materiales que impiden realizar plenamente la vocación de hijos de Dios. También, el Pueblo de Dios reza por la Salvación-Liberación de todo el pueblo. El cristiano es responsable de ayudar a los que no viven en la gracia divina, a que accedan a ser hijos de Dios y así pertenezcan al Pueblo de Dios para salvarse y liberar a toda la sociedad. Por esto, la misión de evangelizar no es exclusiva de la jerarquía, pertenece a todos los bautizados.

5. La comunión de los santos y de los mártires

La santidad ilustra el amor que ayuda a transformar la historia. Esta santidad no es una ingenuidad política, se basa en la búsqueda constante del bien para las clases más necesitadas, incluyéndolas en todos los sectores de la sociedad como lo exige su dignidad humana. Por eso, Boff dice: “Hay que oponer la liberación a la opresión como una acción común de todos los oprimidos y de los que asumen su destino para crear una sociedad en la que haya más posibilidades de vida para todos⁴⁰¹.” Romero advierte que

399. Ver 28/10/79, p. 379, VII.

400. 28/10/79, p. 383, VII.

401. Boff, L. *E a Igreja se fez povo*, p. 37.

este ideal evangélico puesto al servicio de la acción política, lleva a la persecución y al martirio. Por eso, el que sigue este camino debe armarse del valor de los místicos que no temen ni la muerte ni la exclusión por parte del poder. Él opondrá su tenacidad a la opresión de las estructuras; una conducta intachable a la corrupción, el amor del prójimo a los intereses mezquinos y así sucesivamente. Esta actitud fundamental encarnada por el camino de la santidad política significa también un cambio de posición social y una adaptación a la vida más austera, en que el militante del Reino aprende rápidamente a dirigirse a lo esencial. Así es como puede nacer un verdadero sentimiento de solidaridad, de comunión y de interdependencia en el trabajo de organización. También opina Boff:

Esta santidad política atestigua del misterio sacrosanto de Dios y de su misterio derivado en la Iglesia. Los hombres de buena voluntad acogen este misterio porque lo escuchan y porque se sienten llamados a una admiración que los fascina, los eleva a una dimensión trascendente que llamamos el Misterio de Dios. El misterio cristiano se vuelve creíble aún en sus dimensiones estrictamente misteriosas porque da un sentido de plenitud a la existencia que permite soñar en grande en la sociedad y abre perspectivas adelante y hacia arriba, en dirección al destino último de la historia que solo puede ser el Reino del Padre para los cristianos⁴⁰².

En el recorrido pastoral y teológico de Oscar Romero, la cuestión de los mártires es fundamental. El lector percibe desde el principio de su mandato episcopal, cuál será la línea dominante de su pensamiento teológico. El leitmotiv de sus discursos y del compromiso pastoral de toda la arquidiócesis, será la defensa de la vida humana. Cuando los escuadrones de la muerte asesinan a un sacerdote, Romero recuerda a todos que la vida es un don de Dios y nadie tiene derecho de atacarla. Aquí aparece la noción de excomunión: el asesino y el Pueblo de Dios no pueden compartir el banquete eucarístico si el crimen no ha sido expiado por un sincero arrepentimiento. Finalmente, hace esta conclusión sorprendente para aquellos que no conocen el ideal heroico del mártir:

En cada sacerdote asesinado hay un nuevo impulso de esperanza, de alegría y de fervor en el que vive el sacerdote. (...) Vamos a sepultar a un hermano nuestro, no nos batimos en derrota; sentimos que falta un soldado en nuestras filas, pero sentimos que cualquiera tiene que llenar ese espacio que ha quedado, porque esta predicación de la palabra y

402. *Ibid.* p. 38.

del magisterio tal como lo quiere la Iglesia de hoy, como la Iglesia de siempre, es una exigencia como aquella que hacía a los profetas temblar ante su tremenda misión, pero serle fieles a Dios y no traicionar jamás a su mensaje⁴⁰³.

La persecución que sufre la Iglesia, despierta fuerzas espirituales que parecían indiferentes hasta entonces. El arzobispo llama a la unidad de la Iglesia y de los cristianos en esos momentos de persecución y de calumnia. Deplora sin embargo que esta situación no despierte los mismos sentimientos en todos los miembros del episcopado en el país. A fines de 1977, Romero traza una primera evaluación. Invocando una bendición que sea de verdadera paz, pide al Pueblo de Dios que tome conciencia de la misión pacificadora que debe ejercer. El año ha sido de crucifixión y de persecución y paradójicamente, un periodo muy fecundo en el plan eclesial. El prelado lo califica de verdadero tiempo de las catacumbas en el cual las Comunidades Eclesiales de Base deben ocultarse para sus reuniones. Esto evoca la experiencia de los primeros cristianos que vivían perseguidos por el Imperio romano.

Romero afirma que el Evangelio es una exigencia incontestable y no solamente tranquilidad y paz de espíritu. “No se puede vivir un Evangelio demasiado angelical, un Evangelio de conformismo, un Evangelio que no sea paz dinámica, un Evangelio que no sea de dimensiones exigentes para las cosas temporales también⁴⁰⁴”. Anunciar el Evangelio y denunciar lo que se opone a él, requiere mucho valor. El valor de oponerse y entrar en la trama conflictiva de la realidad actual, de ser denigrado y detestado, a veces al punto de ser asesinado. Es el seguir a Cristo lo que da fuerza para mantenerse firme en la proclamación de la verdad.

También cita la Bienaventuranza de los perseguidos: “Bienaventurados aquellos que serán perseguidos y calumniados por mi causa”. Nótese la versión diferente cuando dice “por mi causa” y no “por causa mía”. A sus ojos, las Bienaventuranzas son un texto subversivo ya que da buenas noticias a los que sufren esperando su liberación. Hace resaltar que paradójicamente, el camino de las Bienaventuranzas es el camino de los mártires.

Es por ese camino que Alfonso Navarro⁴⁰⁵ entro a la felicidad del cielo que ahora disfruta para decirnos, entre aquella nube de testigos que dice

403. 12/05/77, p. 42, I-II.

404. 31/12/77, p. 114, III.

405. Sacerdote asesinado en El Salvador en 1977

el Concilio, que el Evangelio no miente, el Evangelio dice la verdad; es el mundo mentiroso y sensual y pecaminoso, injusto, el que no dice la verdad. ¡Pobrecitos los que viven en la mentira y bienaventurados los que viven en la verdad!⁴⁰⁶

El prelado cita el Concilio Vaticano II que reconoce en el martirio uno de los atributos más grandes de la santidad pero que no se ofrece a todos. Él mismo dice que el martirio es una gracia muy especial. Reconoce que servir a Cristo puede implicar el dar su vida si necesario. A sus ojos, este testimonio último de la verdad es una luz que ilumina a toda la comunidad. Sobrino describe las características del mártir moderno que apareció como fenómeno inusitado en la Iglesia Latinoamericana y sobre todo en El Salvador. Para este teólogo, el elemento más revelador de estos hombres y estas mujeres excepcionales, es que no murieron por defender una institución sino por el rostro de Cristo oprimido representado por millones de seres humanos.

Los mártires latinoamericanos no son mártires por nada concreto eclesial, sino por la causa de la humanidad, son mártires de los pobres. Si Tomas Becket, como ejemplo, fue asesinado sobre el altar por defender los legítimos intereses y la libertad de la Iglesia, monseñor Romero fue asesinado por defender los intereses de los pobres, no los de la Iglesia. Los nuevos mártires son, pues, mártires del reino, mártires de la humanidad. (...) El martirio es la forma más acabada de la santidad hoy, que vamos a llamar santidad política. La llamamos “política” porque el martirio se produce en nombre de la sociedad, de la ciudad, de la *polis*. Unos, los que defienden el antireino, dan muerte a otros, los que defienden el reino. Y ese reino tiene una configuración histórica y social. Por anunciar este y atacar el antireino- no solo por ejercer misericordia hacia individuos o pequeños grupos- se asesina a los mejores seres humanos y cristianos. Si algo muestra que el amor de los mártires ha sido político es, como en el caso de Jesús, su martirio. Y si se duda que el amor cristiano tiene que ser político, los mártires, como los testigos por antonomasia de la fe, nos lo recuerdan⁴⁰⁷.

El martirio tiene un significado sacramental porque se refiere a algo absoluto, al punto de relativizar la importancia de su propia vida en función de valores y de convicciones

⁴⁰⁶. 11/05/78, p. 226, IV.

⁴⁰⁷. Sobrino, J. «*Espiritualidad y seguimiento de Jesús*», en *Mysterium Liberationis*, II, p. 468-469.

superiores. Revela el carácter del que no vive en función de sí mismo sino orientado hacia un ideal más grande que él, universal. En ese sentido, dar un sentido a su vida es sustraerse de uno mismo y de las preocupaciones personales para darle un sentido superior. El arzobispo constata que el mártir da a la Iglesia una gran credibilidad fundada en la justicia y en la verdad. Durante un servicio por el aniversario del martirio de un jesuita, el arzobispo habla con su auditorio sobre la esperanza, de la certidumbre de la resurrección que es la orientación y la certeza del auténtico cristiano. “Rutilio como hombre hubiera muerto hace un año, pero como cristiano no puede morir. Lo ha iluminado la luz inmortal de Cristo; en su conciencia hay un compromiso con el que se encontró con él como el ciego de nacimiento⁴⁰⁸”. El compromiso que este sacerdote hizo de todo corazón con el Señor de la Vida, lo llevó a darse completamente a la obra redentora. Romero recuerda el carácter irrevocable de esta misión:

Quiero ser el cristiano que entregó una esperanza del verdadero progreso de esta sociedad, que no encontrará en la tierra un paraíso pero que ya quiere reflejar en la tierra ese paraíso hacia el cual camina. Es un Reino de Dios que ya se trabaja entre los hombres y que los hombres no quieren aceptar y que es necesario, aunque se muera mártir, predicarlo, anunciarlo⁴⁰⁹.

Este compromiso, esta ejecución del proyecto redentor no es una escapatoria del sufrimiento ni de los desafíos por afrontar. Es por el contrario una encarnación plena y entera con los riesgos que implica. Para Romero, el radicalismo del compromiso cristiano, solo se puede comparar con la dimensión trágica de la historia. De hecho, el anuncio de la justicia que Dios exige como prueba tangible de conversión se afronta tarde o temprano con todo lo que niega la dignidad humana. Esta negación se encarna concretamente en las estructuras de injusticia y opresión que poseen todos los mecanismos necesarios para mantener los intereses idólatras. El hombre de Iglesia asocia estos últimos con la obra de las tinieblas porque son contrarias al plan divino. Dice al hablar del Padre Grande con su pueblo:

Ustedes le enseñaron la imagen verdadera del Cristo que Ignacio de Loyola enseña y que no se aprende únicamente en el retiro espiritual sino conviviendo aquí donde Cristo es carne que sufre, aquí donde Cristo es cosa, donde Cristo es persecución, donde Cristo es hombres que

408. 16/03/78, p. 69, IV.

409. 16/03/78, p. 69, IV.

duermen en el campo porque no pueden dormir en su casa, donde Cristo es enfermedad que sufre por consecuencia de tantas intemperies y de tantos sufrimientos; aquí es Cristo con su cruz a cuesta, no meditado en una capilla junto al viacrucis, sino vivido en el pueblo; es Cristo con su cruz camino al Calvario⁴¹⁰.

El pueblo masacrado es el pueblo crucificado con el que la Iglesia se identifica plenamente y con el que debe ser solidaria. Aquí se revela el Cristo que sufre con el pueblo el cual será crucificado todos los días mientras reine la injusticia; un Cristo víctima, pero también consolador, solidario de los pequeños y de los débiles, de aquellos que cargan un yugo inhumano y no merecido. Por esto, el que se identifica con el pueblo oprimido haciéndose solidario por amor y por sed de justicia, se humaniza al mismo tiempo, pero tiene que beber en la fuente del amor de Cristo para no caer en el odio de los opresores. El arzobispo describe a Cristo como aquél que humaniza a la humanidad comenzando por la base. Interpela a su corazón haciéndose vulnerable, desnudo y necesitado.

6. La Iglesia perseguida

Este término se refiere en general a la Iglesia que está en tierra de misión y que es perseguida por anunciar la Buena Nueva de Cristo en regiones donde la mayoría no es cristiana. Sin embargo, en América Latina se revisó el tema partiendo de la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base y de los sacerdotes implicados en difundirla. Oscar Romero habla frecuentemente de persecución en sus prédicas y se refiere a ataques repetidos del gobierno contra los diferentes sectores de la Iglesia. Concretamente, este compromiso en favor del Reino de Dios y su mediación histórica que son los pobres, provocó la persecución contra los sectores más militantes de la Iglesia salvadoreña. Jesús y los profetas fueron también perseguidos porque molestaban a los poderes que los juzgaban subversivos. La Palabra de la Verdad es causa de persecución porque funda un orden nuevo en un mundo caótico. Según Sobrino, los criterios más determinantes para saber si hay una verdadera persecución de la Iglesia de Jesucristo son:

Cuando por cualquier medio se dificulta o impide su triple misión de anunciar, denunciar el pecado y realizar el reino. Y se destruye la misión de la Iglesia cuando se dificulta, ataca o destruye la finalidad de su misión: la creación de una sociedad fraternal, la creación del incipiente reino de

410. 16/03/78, p. 71, IV.

Dios, es decir, de una sociedad en la que se puede llamar a Dios “Padre” porque los hombres son en verdad “hermanos”; cuando se imposibilita el trabajo y la reflexión de sus comunidades, de modo que estas no puedan ser ya asamblea convocadas por la palabra de Dios y para responder a esa palabra. Podemos deducir que perseguir a la Iglesia significa atacar y dar muerte a los destinatarios de esa misión, a los hombres, y más en concreto a los destinatarios privilegiados, como son los pobres y oprimidos. Perseguir a Jesús hoy, es perseguir a su cuerpo histórico, a la masa de hombres que le representan privilegiadamente en su miseria y pobreza, según el antiguo grito de Jesús a Pablo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9,4)⁴¹¹.

La Iglesia no solo se identifica con Cristo sino también con la imagen de Dios que está presente en todos los humanos. Por eso considera cualquier ultraje a la dignidad humana como una persecución a la Iglesia misma. El asesinato, la violencia y la tortura ofenden no solo porque son miembros de ella sino porque se trata de imágenes sagradas del Redentor. Por otra parte, los que pisotean así la dignidad y la libertad humanas, no pueden pretender ser miembros de la comunión de la Iglesia ya que no adoran al Dios de vida. El espíritu de Pentecostés es el de la verdad; esta certidumbre da fuerza y valor a los apóstoles para anunciar el Evangelio. Ser fiel a la verdad, lleva con frecuencia a la persecución de la Iglesia. Romero admite que esta no ha sido siempre fiel a su misión lo cual depende de su parte humana y no cambia nada a la Verdad fundamental de su mensaje ni al Espíritu que sigue guiándola.

La persecución confirma la verdad del mensaje evangélico que está ahí para despertar a la humanidad del letargo suscitado por los ídolos. Lo propio de la función profética no es dar un mensaje que agrade sino uno que denuncie las injusticias, no importa de dónde vengan. La verdad es una acusación permanente contra la mentira y los ultrajes a la dignidad humana; hace sufrir a los que la rechazan, pero es sin embargo esencial para curar al cuerpo social partiendo del alma de cada uno. La Buena Nueva es una fuente de esperanza para aquellos que viven bajo la bota de la injusticia y de la explotación. La verdad ataca a la corrupción, a la raíz del mal; se dirige a un objeto concreto. El pecado la detesta y la rechaza con calumnias y trata de acallarla por todos los medios posibles. Romero dice: “La Iglesia es la sal del mundo y naturalmente que donde hay

411. Sobrino, J. *Resurrección de la verdadera Iglesia*, p. 250-251.

heridas tiene que arder esa sal⁴¹²». El pecado desata la persecución para no ponerse en evidencia. El arzobispo lo compara con los insectos que huyen a la luz del día.

La comunicación de la verdad por el Espíritu de Dios, exige a cambio un testimonio de ella. En el caso concreto de El Salvador, se trata de rechazar la violencia, la corrupción y la violación de la dignidad humana. El objetivo de denunciar al pecado, es la conversión del pecador y no su condena. El predicar la verdad permite identificar a los que creen verdaderamente en un Dios de Vida. Ciertamente, algunos se retiran heridos en su orgullo e incapaces de reconocer sus errores. Por el contrario, algunos que estaban distantes vienen a consolarse junto a la Luz de la Verdad⁴¹³.

Romero estima que los ataques contra la Iglesia originaron vocaciones y compromisos abundantes y son la consecuencia de una opción evangélica, la opción preferencial que consiste en ir hacia Cristo abandonado en la orilla del camino, hacerse hermano de los pobres para defender con ellos su dignidad de hijos de Dios. Los mártires dejan una herencia rica que debe cosecharse para guardar viva la esperanza y el testimonio eterno de aquellos que se mantuvieron erguidos en nombre de la justicia. Olvidar la ofrenda del sacrificio es la peor de las enajenaciones porque banaliza el don de uno mismo y la trascendencia de la justicia, hace aparecer como absurda la causa que sirvieron y borra los testimonios de sentido que legaron.

La persecución exhibe el odio del que la comete y trata de destruir el amor. El legado de las víctimas y de los testigos de la verdad parece subversivo porque encierra la semilla de la libertad. El que persigue no se contenta con asesinar, quiere también apagar hasta el recuerdo del profeta. Los autócratas y sus colaboradores manchan así la historia, hacen desaparecer las auroras de la libertad humana, relativizan lo que es absoluto. Con la Resurrección, la víctima triunfa sobre la muerte, impregna la conciencia histórica con la Luz de la Verdad alumbrando las sombras de los poderes del mundo. Como la Cruz, la sangre inocente es una reclamación permanente contra la injusticia y la tiranía, persigue al asesino hasta el fondo de su conciencia, ahí donde el humano y la bestia se distinguen. Perseguir al justo es una profanación que mancha el alma del que la comete; solo un arrepentimiento sincero podrá restituir la integridad de su alma.

La violencia hacia los justos y los inocentes proviene de aquellos que usurpan la historia para sus propios fines y que rechazan la emergencia de otros temas históricos.

412. 29/05/77, p. 74, I-II.

413. Ver 14/03/77, p. 1, I-II; 05/03/78, p. 67, IV.

La riqueza, el poder y los conocimientos proporcionan en sí una fuerza social que determina el lugar de cada uno; el objetivo es poseer no solo lo necesario sino elevarse por encima de los demás mediante la riqueza, para dominar. La fortuna es la medida que los separa de la miseria y determina el número de esclavos virtuales o de asalariados reales que los oligarcas podrán ofrecerse dentro de esas relaciones de dominio y poder.

La persecución se dirige al mensajero de una conciencia liberadora pero también a los que reciben el mensaje. Por esta razón, la violencia va más allá del círculo clerical y se extiende a todo el Pueblo de Dios que trata de vivir de un modo coherente con su fe⁴¹⁴. Durante el mandato de Romero, se prohíben reuniones de las Comunidades Eclesiales de Base en El Salvador. El estado de sitio prohíbe también reuniones y lugares de discusión; así se construyen el miedo y el terror que hay que inculcar al pueblo. La estrategia de los perseguidores comienza por la calumnia en los medios oficiales, la defensa de los culpables es el ataque; por eso las élites salvadoreñas se escudan en mantener la tradición de piedad religiosa de sus ancestros acusando a la Iglesia de hacer política. Romero les recuerda que la Iglesia nos es un museo preservador de tradiciones huecas desde hace mucho tiempo y pregunta: “¿De qué sirve ir a misa todos los días si se deja morir de hambre a los obreros?”

Romero compara el pecado a una serpiente que salta para morder al que trata de descubrirla⁴¹⁵ y explica que el Reino de Dios y el Anti-reino no pueden cohabitar; luchan constantemente para ganar el favor de los corazones; el primero por la Salvación de los humanos y el segundo para satisfacer los intereses idólatras de los poderosos. Estos últimos, para ganar o someter el prestigio y la fama del profeta, halagan antes de perseguir y calumniar. La amabilidad encubre las peores hipocresías. Se trata de domesticar concediendo favores, de hacer una brecha en la certeza profunda que habita al que quiere revelar la verdad; siguen después las amenazas y el chantaje. El temor principal de los poderosos, es que esta palabra de verdad pertenezca a todos y no solo a uno. En ese caso, serán derrocados de su trono. Esta Palabra anuncia a la humanidad la liberación de toda esclavitud y es esto lo que perturba tanto a los dueños del mundo que viven satisfechos en estos días de matanzas. Es lo que permite a Romero afirmar:

Liberación quiere decir redención que quiere libertar al hombre de tantas esclavitudes. Esclavitud es el analfabetismo. Esclavitud es el hambre, por no tener con qué comprar comida. Esclavitud es carencia de techo,

414. Ver 06/08/77, p. 158, I-II.

415. Ver 25/11/77, p. 338, I-II.

no tener dónde vivir. Esclavitud, miseria, todo eso va junto. Y cuando la Iglesia predica que Cristo ha venido a redimir a los hombres, y que en fuerza de esa redención no deben de existir esclavitudes en la tierra, la Iglesia no está predicando subversión, ni política, ni es comunista. La Iglesia está predicando la verdadera redención de Cristo, que no quiere esclavos, que quiere que todos los hombres seamos redimidos, que ricos y pobres nos amemos como hermanos, que la liberación tiene que llegar a todas las situaciones y que no exista en este mundo una esclavitud... ninguna. Ningún hombre tiene que ser esclavo de otro ni de la miseria ni de nada que suponga el pecado en el mundo. Este es el contenido de esta revelación, de esta doctrina, de esta evangelización⁴¹⁶.

La evangelización trata de formar comunidades de mujeres y hombres libres. Por el contrario, el individualismo significa a corto plazo la asimilación al reino del pecado y la desintegración de la trama social y de una identidad nacional viable. Por esta razón, el dispersar a las comunidades, es perseguir a la Iglesia. Trata de prohibir la frecuentación de la Palabra eterna que hace al alma inmortal, dice Romero⁴¹⁷.

Los blancos preferidos de las fuerzas de represión en El Salvador, son las Comunidades Eclesiales de Base porque las creen células revolucionarias en ciernes que esparcirán el *cáncer comunista*. Por su parte, el arzobispo incita a profundizar las Escrituras en grupo. Dice que el Evangelio provee criterios para formar una conciencia crítica auténticamente cristiana que se ejercen partiendo de la realidad. Es justamente este espíritu comunitario y la organización de una sociedad alternativa lo que molesta a los partidarios del orden establecido⁴¹⁸. Él opina que perseguir a la Iglesia es un sacrilegio contra la persona misma de Cristo; es no solo atacar a Dios sino también a su pueblo y esto es un ultraje para la comunidad.

La procesión de 18 sacerdotes asesinados en El Salvador entre 1977 y 1989, se agrega a la sangre vertida por los miles de víctimas de la represión. Romero califica esto de comunión de amor que hace que en un país en donde se asesinan obreros, campesinos, estudiantes, profesores, demócratas y militantes de los derechos humanos, es normal que los sacerdotes hagan también parte de las víctimas. Esto demuestra que ellos no se sustrajeron al trabajo de apertura democrática, de defensa de la dignidad humana

416. 25/11/77, p. 342-343, I-II.

417. Ver 25/11/77, p. 344, I-II.

418. Ver 24/09/78, p. 200, V.

y de promoción de justicia social; al contrario, hacían parte del movimiento para despertar la conciencia popular. Por eso dice de una manera triunfal: “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas de su pueblo...⁴¹⁹”. También según Romero, hay una institucionalización del pecado que ataca sistemáticamente a la Iglesia en su trabajo de evangelización, de organización y de concientización de las clases desfavorecidas. Según él, la conversión de América Latina pasa obligatoriamente por la lucha en favor de una sociedad más justa e igualitaria⁴²⁰.

La honestidad es una consecuencia de la fidelidad a la verdad, pero se tropieza frecuentemente con la hipocresía y la mentira. El amor por la verdad debe ser muy sólido para no ceder al mal que conspira contra ella. La razón principal de la persecución reside en la actitud del justo que es un reproche permanente hacia los pecadores. Estos desprecian al justo e intentan aniquilarlo. Así, ellos se condenan solos porque desprecian el camino de la justicia y de la verdad. La persecución es el ideal trascendente del cristiano que no se somete a las órdenes del pecado y de la muerte. Su resistencia a la opresión engendra la represión. La fibra del cristianismo encuentra fuerza y determinación al afrontar la adversidad. Por el contrario, los verdugos no tienen ideal y no retiran gloria alguna al hecho de torturar y asesinar personas indefensas; por el contrario, destruyen su propia humanidad al mismo tiempo que destruyen los cuerpos de sus víctimas. Para Juan Luis Segundo, el martirio no debe ser un acto suicida sino una acción coherente con el fin perseguido.

El mártir de una causa no desea morir y puede percibir su muerte probable como un fracaso que lo pone en duda. Tal vez hubiera podido realizar su ideal sin morir y en ese caso, él es inapto. Morir por descuido es un acto estúpido que no corresponde realmente al martirio. Pero al contrario si el salvar su vida significa renunciar al menos en parte al ideal de base, su muerte no es ya un fracaso sino un deber. Dicho de otra manera, es la estructura de valores que lo exige y es la eficacia misma de este testimonio que le confiere tal estructura⁴²¹.

419. 30/06/79, p. 37, VII.

420. Ver 20/07/79, p. 97, VII.

421. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 24.

El ideal del cristiano reside en la esperanza escatológica del que venció la muerte. Defender la justicia donde reina el pecado, conduce a la difamación y al sufrimiento por lo menos interior, de aquél que anuncia esta Palabra verdadera que es el único camino hacia la Salvación-Liberación del mundo⁴²². La paradoja del creyente, es que debe sufrir por decir la verdad, aunque sea inocente. “Los inocentes no se avergüencen de ser inocentes, ni se escandalicen de sufrir. Son las flores puras que en este valle de fango y de pecado Dios está cultivando. Son víctimas santas que Dios necesita para su purificación⁴²³”. Los pecadores quieren culpar a Dios de sus pecados y de sus injusticias, pero Él puede extraer de la víctima inocente, una flor que se explayará en su Reino. En la concepción romeriana, Dios santifica el dolor del justo y del inocente, es el fin último de la teología del bautismo que es la incorporación a la muerte y a la Resurrección de Cristo.

El arzobispo aconseja al pueblo ofrecer al Señor sus penas y sufrimientos para que Él le dé la fuerza y el valor de proseguir una liberación que sea realmente trascendente y que dé frutos de eternidad. Insiste en que la liberación debe buscarse por amor y nunca con un espíritu de venganza o de odio. El servicio a los otros, es la manera de asumir la autoridad en la Iglesia; servir Dios con humildad es reinar, dice Romero⁴²⁴.

Conclusión

El Pueblo de Dios representa un paradigma nuevo que desea construir la Iglesia a partir de la base. Este modelo, trata de recuperar la primera energía de las comunidades eclesiales desde una visión de fe centrada en la encarnación de los valores cristianos en los problemas actuales. Esta eclesiología predomina en América Latina no por el número sino por su creatividad y su arraigo en las realidades de exclusión. La radicalidad en su interpretación de los Evangelios nace de un deseo profundo de encontrar ahí inspiración, fuerza y valor.

La religión verdadera se encarna en los problemas cotidianos que se viven en relación con el mensaje de verdad de Jesucristo, transformando así la realidad social desde las posibilidades que ofrece el presente. Para Romero, la religión verdadera es un nuevo descubrimiento perenne de su sentido original que fue ocultado a través del tiempo por un aparato ideológico de legitimación del poder. El fundamento de la fe y de los actos de los cristianos, debe seguir siendo el Jesús histórico.

422. Ver 23/09/79, p. 280, VII.

423. 23/09/79, p. 281, VII.

424. Ver 23/09/79, p. 284, VII.

El arzobispo enseña que la Iglesia es también el Cuerpo de Cristo en la historia. Esto implica ser y actuar de un modo coherente con el “ethos” histórico que Jesús de Nazaret propone. La Kénosis convoca permanentemente al cuerpo eclesial y a los fieles a encarnarse tangiblemente en los pobres en lugar de tratar de elevarse buscando la amistad de los ricos y de los poderosos. Es solo a partir de esta conversión social que la Iglesia podrá ser realmente el Cuerpo de Cristo en la historia y aprenderá a discernir los mecanismos de los poderes opresores para revelar al mundo las estructuras del pecado. A través de su misión evangelizadora, la Iglesia lleva la luz de su Palabra a las clases populares y las escucha para descubrir ahí los signos de los tiempos y tratar de remediar a sus problemas. Ella interpela también a los poderosos del mundo para que liberen de sus garras a los pueblos cuyo desarrollo impiden. Es muy importante entender que esta acción en tres tiempos no debe realizarse de un modo paternalista como sucede tantas veces.

El Cuerpo de Cristo en la historia es también el paradigma de los pueblos pobres que son sacrificados en el altar de los poderosos de este mundo. Es un rastro fundamental del pensamiento de Monseñor Romero como en la Teología de la liberación, asociar a los pueblos hambreados con la imagen del Crucificado. Admitir que Jesucristo murió en la cruz para liberarnos, implica interrogarse seriamente sobre los intereses cómplices que nos ligan a las cruces de este mundo. La batalla ideológica que se juega desde hace mucho, invade el dominio religioso como lugar de legitimación del poder o de interpelación crítica de la realidad.

Las Comunidades Eclesiales de Base son una manera nueva de ser Iglesia que ha hecho sus pruebas en América Latina y en otros lugares. En especial en El Salvador, contribuyeron a redefinir el ejercicio del poder en el seno mismo del cuerpo eclesial. Formadas principalmente por laicos que aprendieron poco a poco a asumir la dirección, las CEB se dieron con el tiempo, estructuras autónomas, un poco como las de la JOC⁴²⁵ o de los Movimientos de trabajadores cristianos. Mostrando su iniciativa y su autonomía para buscar financiamiento, formaron cooperativas de desarrollo inspiradas siempre en el ideal y en la Palabra evangélica. Son ellas quienes representan de manera más explícita la herencia espiritual de los mártires de esta Iglesia perseguida.

La definición conciliar del Pueblo de Dios, es decir, que la Iglesia es el conjunto de los bautizados, puso en tela de juicio el ejercicio del poder dentro de la institución. Esta redefinición que implica una nueva identidad y una percepción nueva que la

425. Juventud obrera cristiana

Iglesia tiene de ella misma, se apoya en dos premisas: a) Se invitó a los miembros del pueblo de bautizados a comprometerse en el terreno de la evangelización y a asumir explícitamente su pertenencia a la Iglesia. b) Se convidó a los miembros del clero a ejercer su ministerio de un modo crítico en el seno del pueblo en el que residen. No deben ya considerarse superiores al pueblo sino manifestar su pertenencia a él preocupándose de sus condiciones de vida como si fueran las de ellos.

Esta Iglesia que marcha tras el Verbo está consciente de los riesgos reales que esto implica. Una Iglesia profética ante un poder totalitario, accede al camino del martirio para atestiguar sobre la verdad. La Iglesia perseguida es el Pueblo de Dios, pero también sus representantes oficiales, sus pastores y sus guías. Esta visión del martirio y del sacrificio no implica que hay que aguantar pasivamente los sufrimientos e injusticias del mundo; se inscribe por el contrario en una dinámica de lucha y resistencia a favor de una sociedad más justa y humana. La Iglesia prosigue la obra de Jesús al anunciar el Reino de fraternidad que no puede asentarse en la exclusión social ni el acaparamiento de las riquezas.

La cosmovisión romeriana del orden natural incluye el Cielo y la Tierra en donde cohabitan las dimensiones terrestres, históricas y eternas de la Salvación-Liberación; para el arzobispo, esos planos son indisolubles. El combate entre el Bien y el Mal, entre el pecado y la gracia, entre el Anti-reino y el Reino de Dios, se juega aquí mismo y conocerá el desenlace en el Juicio final cuando se realice la condena o la salvación de los individuos y de los pueblos. Este juicio está desarrollándose ya en el corazón de la historia y a pesar de las tribulaciones del pueblo, la suerte del mundo está en las manos de Dios, promete Romero. Paradójicamente, en el momento en que la muerte cree vencer, surge la Resurrección. Entonces el Señor es el Maestro y el Juez de la historia y la conduce con frecuencia a pesar de ella, hacia el destino redentor.

El prelado ve con lucidez los errores actuales y pasados de la religión católica. Para él, la Iglesia debe como el profeta, anunciar la voluntad y el juicio de Dios que el mundo acoge raramente bien, como lo demostró la muerte de Jesús. Él se rebela contra una religión conformista que no denuncia a fin de preservar sus privilegios sociales. A sus ojos, es evidente que la Salvación-Liberación depende de los actos del cristiano, lo que en situación de persecución quiere decir, dar su vida por la Iglesia y por el Reino de Dios. Romero enseña la gracia “cara”, la que exige los sacrificios más grandes y no matiza lo que es la identidad cristiana. Misteriosamente, esta se vive en la alegría y en

la amistad, en la profundidad del instante presente, en el corazón y la gravedad de la historia en que se juegan la Salvación para algunos, la condena para otros. En Romero, la religión no es la única vía de acceso a Dios; queda subordinada al ejercicio de la justicia y al respeto de la vida humana. La Salvación-Liberación comporta ahora una exigencia de solidaridad hacia los pobres y los oprimidos y por esto posee un carácter inalienable.

VI

La función profética

La función profética que la Iglesia latinoamericana puso en marcha a partir de Medellín y Puebla, fue un anuncio de la voluntad divina con respecto a las realidades sociales y una denuncia del pecado como traba para el establecimiento del Reino de Dios. El profetismo es un tema relacionado con el martirio. El profeta anuncia la esperanza, denuncia el pecado social y reclama la conversión de la humanidad y la transformación de las estructuras injustas. Proclama la justicia y el juicio de Dios que son fuente de esperanza para los pobres y los oprimidos.

Oscar Romero es a la vez profeta en una sociedad en crisis y analista de la función profética; esto es, él mismo puede juzgar el impacto profético que tiene su palabra sobre el pueblo y poner a prueba los criterios que expone subsecuentemente. Como lo escribió Pedro Casaldáliga al día siguiente de su asesinato, en su corona de santidad está inscrito “Pastor, profeta y mártir” ya que la Palabra verdadera resuena en Romero como en la época de los profetas y corresponde de manera inédita a la realidad.

Ellacuría dice que la utopía cristiana de caminar hacia el Reino de Dios, debe orientar al profetismo. La utopía influye la historia al orientar los actos humanos en un sentido preestablecido, hacia un determinado proyecto histórico, es lo que permite construir algo duradero. La utopía cristiana en vía de realización, corresponde a la aproximación histórica del Reino de Dios. El anuncio profético aclara las contradicciones que hay entre la situación histórica y el proyecto de Dios. Aunque ningún proyecto pretende realizar plenamente ese Reino, debe haber una adecuación entre esos dos términos para revelar la orientación de fondo del primero con respecto al segundo. La utopía es la proposición concreta del profetismo que permite saltar los obstáculos de la coyuntura actual; ella es el objeto de la predicación profética, su polo positivo mientras que el negativo es la denuncia de las estructuras pecaminosas y del imperio de la muerte. Jesucristo reveló el apogeo del mensaje profético; cada uno debe sin embargo identificar las mediaciones históricas de su época que corresponden al mensaje de igualdad, fraternidad y paz universal.

En este capítulo, definiremos la personalidad del profeta, opuesta al sistema idólatra. Después veremos la comunicación como acto profético que incluye una dimensión

política y otra escatológica. Finalmente, contemplaremos la trascendencia de la libertad cristiana.

1. ¿Qué es un profeta?

Empezamos el capítulo tratando de aproximar la identidad del profeta y su misión en el mundo, con el pensamiento de nuestro autor. Según él, un profeta es ante todo alguien que trata de inspirar a la sociedad acorde el Proyecto de Dios y que justamente por eso, debe denunciar todo lo que se le opone. Esta acción doble, provoca el rechazo de los que sacan provecho de la injusticia y que tienen intereses asociados con sus estructuras. La función profética da lugar a polémicas porque descubre los intereses ocultos de las personas. Ella es principalmente de orden social porque trata de defender los intereses de los débiles y de los pobres dentro de un sistema que los desconsidera. Según Jung So Mung, el profeta preconiza una fe absoluta en un Dios de la vida que se opone a todo sistema idólatra, que, por definición, es opresor.

La fe anti idólatra recupera la fuerza trascendente y liberadora de Dios y pone en evidencia el poder idólatra del Capital en cuyo nombre se asesina al pueblo. Esta fe fortifica la esperanza en un Dios liberador contra toda esperanza mundana. Nuestra fe en el Dios de Jesucristo exige que anunciemos el Reino de Dios confrontando a los ídolos del sistema de opresión; que denunciemos los mecanismos de muerte que funcionan tratando de restablecer la “normalidad del mercado”; que denunciemos la sacralización idólatra del mercado y del Capital que se construyen con frecuencia con elementos cristianos. Nuestra fe en el Dios de la vida exige que el anuncio de Su Reino sea histórico, que se realice a partir de los “signos de los tiempos”⁴²⁶.

La religión puede ser un obstáculo al anuncio del profeta cuando ella rechaza el esfuerzo permanente de la autocritica partiendo del principio de intereses ligados que Romero expresa así: “¿Con quién me siento bien?” es decir, ¿Quién se beneficia de la actividad pastoral o profesional de cada uno? Aunque el profeta deba con frecuencia pronunciar palabras que desagradan a los ricos y a todos los que están bien con sus pecados o con su indiferencia, es el portador de la Buena Nueva para aquellos que viven en un régimen de explotación y de opresión. Él es quien anuncia la liberación y el retorno de la amistad con Dios, único modo de construir un futuro diferente, verdadera

426. Sung, J. *A Idolatria do Capital e a Morte dos Pobres*, p. 135.

fuente de unidad. Para Juan Luis Segundo, los profetas del Antiguo Testamento hacían contrapeso al poder de la monarquía porque no se empeñaban en agrardarle con sus palabras ni en atraer sus favores.

Es conocido que, ante la autoridad de la monarquía siempre ambigua con respecto a la religión y manipuladora de la razón de Estado, los profetas de Israel ejercieron una función crítica con respecto a la religión y a la política aún en el exilio. La función religiosa no solo vigilaba la pureza de la fe judaica también representaba aún más que el poder real, un poder que provenía de Yahvé. Aunque no siempre fue fácil distinguir los verdaderos profetas de los falsos (cf. Dt 18,19-22), el estar frente a uno de ellos significaba tomar posición ante Yahvé. También tenían una función política ya que antes del exilio, los profetas hacían contrapeso a la autoridad civil en nombre de Yahvé señalando sus límites, sus crímenes y sus omisiones⁴²⁷.

Según el mismo autor, en Israel se apagó poco a poco la función profética después del regreso del exilio y la tentativa fallida de restauración de la nación. La interpelación al gobierno nacional parecía haber perdido sentido bajo el dominio extranjero. El profetismo cede su lugar a la literatura sapiencial, un género literario nuevo menos conflictivo que hace hincapié en la observación y la reflexión de las experiencias de vida⁴²⁸.

Sin embargo, Pablo Richard precisa este análisis exegético agregando hacia la misma época la redacción de los libros apocalípticos entre 167 a.C. y 96 d.C. como documentos proféticos, aunque diferentes en algunos aspectos. Según él, el género apocalíptico es propio de las comunidades judías (libro de Daniel) o cristianas (Apocalipsis de Juan) que sufren persecución por su expresión religiosa por parte del sistema político y/o económico vigentes. El género profético interpela al poder para cambiar una situación injusta; por el contrario, el apocalíptico se dirige a los que viven clandestinamente con el objeto de mantener viva su esperanza en la victoria. Este último pertenece a una conciencia oprimida que trata de liberarse con nuevos mitos para derrocar simbólicamente a los mitos fundadores del poder vigente. El lenguaje apocalíptico traduce una pérdida de comunicación entre la comunidad profética y los que tienen

427. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré, Dos sinóticos a Paulo*, p. 125.

428. Ver *Ibid.* p. 126.

el poder ridiculizando o despreciando las llamadas en favor de la justicia⁴²⁹. Romero recurrirá a la expresión apocalíptica cuando condene las exacciones del gobierno. Volveremos sobre esto cuando veamos la dimensión escatológica de la función profética del cristiano.

1.1. El Profeta, presencia de Dios en la sociedad

La acción del profeta proviene de la iniciativa de Dios; nadie puede volverse profeta por sí mismo. A través de la conciencia que Él despierta en el corazón del elegido, Dios empieza el proceso del anuncio de la voluntad divina en relación con una situación histórica concreta. Esta iniciativa comprende tres protagonistas: el inspirador, el mediador y el oyente que constituye el conjunto del pueblo; así, el Espíritu Santo envía el profeta al pueblo para atraerlo al camino recto o para estimularlo en su ruta. Romero distingue en esta iniciativa, tres elementos: la vocación, la consagración y la misión⁴³⁰.

La misión profética responde a una necesidad social preponderante y trata de enseñar al pueblo la voluntad de Dios que debe realizarse en la historia. Esta función no es exclusiva de la religión judía; los humanos han tratado desde siempre de conocer e interpretar la voluntad divina. Los que escribieron el Antiguo Testamento encontraron en él una conspiración favorable para instaurar un Reino de justicia y de paz entre los humanos, basado en la adoración del Dios vivo. Las personas de bien -aunque tengan una religión natural- con la ayuda del Espíritu, han logrado discernir el camino de la espiritualidad hecha de obras y de compasión agradables a Dios⁴³¹. Por otra parte, la relación íntima del profeta con Dios, le permite afirmar que habla en su nombre. El Espíritu de Dios transforma la materia bruta de la persona para que sea capaz de realizar esta misión. Esta parece inalcanzable para el entendimiento humano, va más allá de sus capacidades intelectuales y de su valor. Por eso, el elegido que aún no es profeta; rechaza con frecuencia la misión tal cual lo hicieron numerosos personajes bíblicos tales como Jonás, Moisés, Isaías y otros.

El primer peligro que corre el profeta, es el de ser adorado como un Dios, pero los que se mostraron dignos de ese nombre, comprendieron a tiempo que esto era contrario a su misión. Otra tentación, es la de sentirse superior a los demás debido a la esencia de la revelación divina pero el profeta sufre un tormento que le impide olvidar la humildad; esta y la fe son sus atributos primordiales, insiste Romero. San Pablo escribe que el

429. Ver Richard, P. *Apocalypse, Reconstrução da esperança*, p. 23-69.

430. Ver 08/07/79, p. 57, VII.

431. Ver 08/07/79, p. 60, VII.

poder divino actúa sobre la debilidad humana (II Cor 12.8) de tal manera que Dios puede convertir a cualquiera en profeta, aunque esté enfermo, sea pobre o ignorante. La fuerza de Cristo es la que habita a la criatura de Dios. Por otro lado, la acción del profeta le lleva a la marginalidad; se le excluye de la sociedad bien pensante y a veces, hasta su familia lo reniega.

Según el prelado, cada uno es profeta ahí en donde vive: en la familia, en el trabajo, en su comunidad, etc. La misión profética es una exigencia de la fe y del bautismo para que ellos no sean vanos. Esta misión consiste en vivir en conformidad con la verdad que Jesucristo ofrece y en oponerse al pecado que gangrena la sociedad. El profetismo es la encarnación de la Palabra de Dios en el mundo actual, representa la esencia de la vocación divina inscrita en cada uno. Ser cristiano es responsabilizarse de este mundo sin dar la espalda a las realidades sociales, políticas, económicas, culturales y medio ambientales.

El arzobispo ve a las Comunidades Eclesiales de Base como grupos que responden favorablemente al despertar profético. La conciencia crítica que manifiestan pertenece al estado de espíritu que trata de realizar su vocación trabajando para transformar la sociedad y los individuos. El profetismo implica también que la Iglesia debe aceptar la crítica y ser capaz de evaluar su posición en la sociedad⁴³². Los que actúan de un modo profético, son los bautizados y los profetas, ellos hacen que Dios esté presente en el mundo. Está noción se asocia con la de santidad que podría corresponder a la honestidad y la práctica de las virtudes cristianas. Para Romero: “El profeta habla con obras más que con palabras, pero cuando habla, su presencia atrae o rechaza, según la sociedad que lo escucha⁴³³”. Pero, ¿Por qué el rechazo de la misión profética es tan común? Es porque los profetas no buscan agradar sino denunciar el pecado en la sociedad; este no es inocente, pertenece al sistema idólatra y tiene medios para justificarse y defenderse⁴³⁴.

El pecado en América Latina es concretamente la injusticia generalizada hacia la mayoría y los ultrajes consecuentes hacia la dignidad humana. Este mensaje profético encontró eco en los que tienen sed de justicia y dio una gran credibilidad a la Iglesia de San Salvador. Algunos la acusaron falsamente de tomar una posición política de izquierda. Al contrario, la Iglesia criticó las ideologías de derecha y de izquierda que

432. Ver 08/07/79, p. 63, VII.

433. 08/07/79, p. 63, VII.

434. Ver 08/07/79, p. 64, VII.

reducen el ser humano a la perspectiva unidimensional de consumidor y productor; negando toda trascendencia y la libertad de escoger su propio destino.

1.2. Cristo nos confió una misión profética

Cristo escogió a los apóstoles y esta elección les da la autoridad que se apoya en la certeza de trabajar en comunión con Dios y de hacer Su voluntad y no la de ellos. La autoridad de esta misión proviene de la identificación del mensajero con Aquél que lo envía o sea que calumniarlo o despreciarlo, equivale a calumniar y despreciar a Dios mismo, según dice Romero. Esta misión profética adquiere un sentido comunitario en el Nuevo Testamento: “Él los envió de dos en dos” (Mc 6,7) o sea que la Salvación-Liberación es comunitaria; nadie se salva solo, esto se puede lograr con la comunidad.

Otra característica del profeta es que vive el espíritu de pobreza preconizado en las Bienaventuranzas⁴³⁵. En las sociedades modernas, el desprendimiento de los bienes materiales es un acto profético. El profeta confía más en la Providencia que en la seguridad financiera, pero esto no le impide ser frugal. Él no anuncia el Reino de Dios contra remuneración; esto no quiere decir que el obrero no merece su salario, sino que lo que se busca, es de difundir y profundizar el entendimiento del Reino de Dios en lugar de su bien personal. El espíritu de pobreza, el ascetismo o el desprendimiento material, lleva a la liberación interior lo cual permite acceder a lo esencial y adquirir un discurso liberado de los intereses propios del dinero⁴³⁶. El profeta no se deja comprar; es incorruptible y permanece fiel a la verdad hasta sus últimas consecuencias.

El espíritu de pobreza abre la puerta de las relaciones fraternales entre los pobres en lugar de relaciones de caridad vertical y paternalistas que no siempre son desinteresadas. Aquél que vive el espíritu de pobreza evangélica en su corazón y en su carne, es capaz de relaciones igualitarias y de compartir la miseria y el sufrimiento de sus prójimos. Como conoce la precariedad, sabe lo que significa el hambre y se identifica solidariamente con todos los que la padecen. Es únicamente a partir de este encuentro entre el que encarna proféticamente su misión de bautizado y los necesitados, que puede brotar un sentido de fraternidad y de comunidad profética. Este espíritu de pobreza que Cristo enseñó es la base de una revolución social en la que lo justo y el bien serán considerados a partir de abajo, del bien común de la mayoría.

435. Ver Mc 6,8-9.

436. Ver 15/07/79, p. 77, VII.

En la perspectiva romeriana de la Salvación-Liberación: “El progreso siempre ha sido un ideal del hombre, pero se convierte en egoísmo y en fuentes de rivalidades cuando no los anima este sentido de la virtud. Es una virtud cristiana el espíritu de pobreza, al que tenemos que convertirnos todos⁴³⁷”. La opción preferencial por los pobres definida durante el encuentro de los obispos latinoamericanos en Puebla en 1979, corresponde a este llamado profético de Cristo. La conversión al espíritu de pobreza no es una expresión sin sentido; equivale a condiciones de vida simples que manifiestan una voluntad de vivir juntos. Romero insiste en que, al contrario, la riqueza aísla y la opulencia es una ofensa permanente para los que no alcanzan a vivir decentemente⁴³⁸. Para ser eficaz, la acción profética no debe ejercerse individualmente sino con todo el Pueblo de Dios. Su mensaje es ante todo el convertirse en Jesucristo y esto permite liberarse del pecado y dar frutos principalmente de orden social. Intrínsecamente, el mensaje profético se opone al Anti-reino y a la entronización de ídolos en tanto que instigadores de reglas de vida y de modelos en las relaciones sociales y humanas.

1.3. La Iglesia, comunidad profética

En septiembre 1978, Romero presenta a la diócesis su tercera carta pastoral que concierne las relaciones de la Iglesia con las organizaciones políticas populares. La carta se concentra en la identidad y la misión de la Iglesia. El arzobispo siente la necesidad de clarificar el objeto de su misión, sus contornos y sus límites ante las críticas que le llegan tanto de la derecha como de la izquierda. La primera considera que se avanza demasiado y la segunda, que no se implica suficientemente en el debate político. El papel de la Iglesia en El Salvador es delicado ya que es difícil aparecer justo e independiente. La misión de la Iglesia auténtica es servir al mundo sin tratar de protegerse. Este servicio es una condición sine qua non de su renovación permanente. La relación entre la Iglesia y muchos organismos populares es filial, dado que la conciencia y la necesidad de organizarse en conformidad con el Evangelio, surgió en las Comunidades Eclesiales de Base. Es justamente esto lo que reprochan a la Iglesia las oligarquías y la derecha salvadoreña que ven en todas las comunidades embriones de brotes revolucionarios.

La Iglesia de San Salvador no tiene vergüenza alguna de esto; al contrario, reconoce la paternidad que corresponde a los deberes y responsabilidades de los creyentes que se implican para mejorar la sociedad. Para Romero, el despertar de las conciencias de

437. 15/07/79, p. 78, VII.

438. Ver 15/07/79, p. 79, VII.

muchos dirigentes populares brotó de los objetivos que el Concilio fijó de modo que, renovar la Iglesia es también cambiar al mundo tratando de hacer presente y palpable la gracia divina. A sus ojos, el derecho de organización es inalienable; por eso la Iglesia apoya las reivindicaciones justas del pueblo, aunque se reserva el derecho de criticar los medios y los fines de todas las organizaciones, sean cristianas o no. Dice también que la Iglesia debe conservar siempre su identidad, así como el mensaje de redención que le es propio si quiere permanecer fiel a su misión y continuar alumbrando la realidad partiendo de la trascendencia de su liberación. La Iglesia denuncia al pecado -de donde sea que provenga- para hacer que la población y los organismos populares busquen más que liberaciones parciales e immanentes sin excluirlas. Para el arzobispo, la Iglesia representa ante todo un grupo de hombres y mujeres que se alimentan de la Palabra de Dios⁴³⁹. Oponiéndose a las críticas que se le hacen, reafirma lo que considera que es su misión fundamental como pastor:

Lo que quiero decir aquí en el pulpito de la Catedral, es qué es la Iglesia. Y desde esa Iglesia apoyar lo bueno, felicitarlo, animarlo; consolar a las víctimas de los atropellos, de las injusticias; y también con valentía denunciar el atropello, las torturas, el desaparecimiento, la injusticia social, eso no es hacer política. Eso es construir Iglesia y cumplir el deber de la Iglesia desde su propia identidad. Yo siento la conciencia bien tranquila y es mi llamamiento a todos ustedes para que construyamos la verdadera Iglesia, y a esto nos ayuda precisamente la palabra de Dios⁴⁴⁰.

Esta función profética que para él es primordial, se relaciona con la de dar testimonio a Cristo y a su mensaje encarnándolos en una comunidad profética. Romero asocia ante todo este papel a la célula familiar que hace reproches al pecado y a la injusticia a través de un modo de vida sano. Según él, una familia donde hay amor y afecto, que comparte y se ayuda, es un ejemplo de esperanza en una sociedad llena de violencia y de odio. Este es el sentido profético que atribuye a la familia para que encarne en este mundo el sentido de la misión divina. Romero cita a Pablo VI:

Supongamos, dice el Papa Paulo VI en la exhortación sobre la evangelización del mundo actual, que un grupo de cristianos se proponen vivir con autenticidad el evangelio en que creen, ese grupo, por sí solo, ya es un gran interrogante en el mundo. ¿Qué clase de gente es esta,

439. Ver 10/09/78, p. 176, V.

440. 10/09/78, p. 176, V.

qué espera, qué aman, quiénes son? Y así comenzó el cristianismo. Allá en Jerusalén, nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles, se iban agregando, porque los veían como se amaban, como alababan a Dios. La comunidad donde no había desigualdades sociales, donde el que tenía compartía con el que no tenía; y donde no se avergonzaba nadie de ser pobre, ni nadie se enconchaba por ser rico. Este testimonio de la caridad y del amor: la comunidad profética anunciaba con su sola presencia lo que Dios quiere de los hombres cuando nos ha hecho sociables⁴⁴¹.

Concretamente en El Salvador, la Iglesia, los fieles y los pastores deben ser una comunidad profética que anuncia el Evangelio de paz y de justicia. Por otra parte, la denuncia profética trata de convertir a los pecadores y enderezar la situación. No es un mensaje de odio, de rencor o de condena y mucho menos un llamado a la violencia.

2. La comunicación como acto profético

La Revelación de la Voluntad y de la Presencia divinas que actúan en la historia y en la experiencia humana, debe comunicarse en un lenguaje accesible. La comunicación es el punto de partida de esta Palabra que se actualiza respetando ciertos parámetros. La dificultad en esta etapa está en la recepción y la interpretación de lo revelado porque fundamentalmente, el mensaje intenta provocar una renovación en el entendimiento humano. La Revelación implica un cambio de comportamiento en el que la recibe porque el contenido se refiere al sentido mismo de la existencia y a las aspiraciones humanas más profundas de vida en plenitud.

La fe es la respuesta a esta Revelación y favorece la adecuación entre la percepción del mensaje y el nuevo comportamiento que suscita. Ella permite la integración y la implantación de la Revelación que exige un cierto nivel de adhesión. La conversión implícita al testimonio de fe lleva al creyente a su opción fundamental, a lo que estructura esquemas de identidad que pertenecen a un conjunto más grande que él mismo, que lo engloba y lo supera. Esta metamorfosis o catarsis lleva al sujeto a actuar de un modo coherente con la interpretación que hace de la realidad en términos de proposiciones positivas o negativas. Ahí es donde reside el sentido de la existencia, aquello que no es negociable, aunque cueste la vida, escribe Segundo⁴⁴². Según él, en el ser humano está inscrita la búsqueda de sentido que precede a la fe en Dios y que prepara a recibir con

441. 10/09/78, p. 177, V.

442. Ver Segundo, J. "Revelación, Fe, Signos de los tiempos", *Mysterium liberationis*, I, p. 450.

más autenticidad la verdad revelada. Para este teólogo uruguayo “La fe y la ideología son dimensiones humanas complementarias⁴⁴³”. Ellas se encuentran en el límite de la trascendencia, en el dominio de la utopía de valores aún no realizados donde la ideología no se ha arraigado todavía excepto por el deseo de construir un mundo diferente. Él hace también la distinción entre la fe antropológica y la fe religiosa. La primera toca los valores y el sentido absoluto que el humano da a su existencia independientemente de tal o cual religión.

La fe antropológica es la dimensión del deber ser, del valor que quiere imprimirse a la realidad para que responda a nuestras expectativas de felicidad. El valor no debe nada a esta realidad que emana de nuestra decisión, más bien la juzga. Por otro lado, la ideología que es la otra dimensión, representa lo que conocemos de la realidad actual que se impone a nuestra experiencia ignorando juicios y valores. El objeto de la ideología, es lo que es; el de la fe, es lo que debería ser. La fe está hecha de valores reconocidos en testimonios que nos inspiran confianza; la ideología proviene de los hechos que la experiencia proporciona⁴⁴⁴.

Para evitar toda interpretación fundamentalista, la Palabra de Dios contenida en las Escrituras, no debe verse como respuestas prefabricadas que se aplican a todas las situaciones humanas. El esfuerzo de interpretación debe concentrarse en la dirección que indica para que guíe y apoye la acción moral. Se trata de una pedagogía divina que enseña cómo aprender dando también un lugar a la experiencia de la libertad. Segundo explica: “La pedagogía es un proceso de aprendizaje en segundo grado. Y su verdad no está en la verdad intemporal del primer nivel donde las informaciones se suman, sino en el segundo nivel de aprendizaje en que los factores para buscar y hallar la verdad se multiplican⁴⁴⁵”. Concluye diciendo que la verdad es lo que nos humaniza.

Los signos de los tiempos corresponden a la manifestación presente de la Voluntad Divina, es decir, a lo que es justo. En este sentido, las injusticias que los profetas denuncian, son anti-signos. La liberación que consiste en pasar de condiciones de vida miserables a condiciones más decentes, es un signo de los tiempos. Esto último expresa una diferencia notable con respecto a la situación anterior y representa un nuevo paradigma para todos los que aspiran a la liberación. Por otro lado, lo que permite

443. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 23. .

444. *Ibid.* p. 26.

445. Segundo, J. “Revelación, Fe, Signos de los tiempos”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 454.

evaluar la justicia o la injusticia implicada en una cierta situación, proviene de un esquema interpretativo formado de valores humanos y del carácter absoluto que tiene la dignidad de la persona. De esto último procede la capacidad de indignación que hace temblar a la conciencia. Este fenómeno se sitúa en el tiempo y en el espacio; por ejemplo, la condición femenina no evoca lo mismo en el siglo XIX o en el siglo XX, en Europa o en África. El proceso de liberación se inicia cuando el oprimido se da cuenta de la situación de injusticia de la que es objeto. Por eso, dice Romero: “No se puede desear la liberación si no se tiene conciencia de la opresión⁴⁴⁶.” Los signos de los tiempos tienen un carácter trascendental que permiten al oprimido darse cuenta de que la situación que vive es contraria a la voluntad divina. Esto le ayuda a escapar del fatalismo y a caminar con confianza los senderos del futuro sabiendo que Alguien marcha con él.

La Palabra en el Antiguo Testamento es mucho más que un sonido, es la expresión de una voluntad actuando en la transformación de la historia; se trata de una afirmación del poder de Dios que trasciende y transforma la realidad. Desde un punto de vista antropológico, es primordial establecer la importancia de la palabra y de su aplicación dentro del proceso de concientización y de liberación como instrumento de autodeterminación; los que dominan, privan a los pobres de este privilegio. Comblin sitúa con mucho tino el contexto del silencio de las masas populares y después su apropiación de la palabra pública como instrumento de afirmación y de liberación. En efecto, con frecuencia es a partir de una toma de palabra organizada y reflexiva en grupo, como los pobres toman confianza en ellos mismos y fe en su capacidad de escapar de manera colectiva a la fatalidad que el sistema impone.

Los dominadores saben que la libertad comienza por la palabra y por eso censuran las palabras. Todos saben que la sociedad está basada en la injusticia, pero nadie lo dice, porque el miedo es más fuerte. América Latina se acostumbró al silencio de las masas. El indígena, en presencia del dueño blanco de la tierra, parece que no sabe hablar: se hace lo más tonto posible. Sabe que, si por casualidad tiene la razón, será castigado más severamente por la verdad que dice que por una mentira. Miente porque el dueño espera de él que mienta y lo castigará si no miente. Así, el trabajador negro en el campo tiene que ser ignorante y confesar su ignorancia. Tienen que confesar que solo el patrón sabe y solo el patrón tiene el derecho de saber y decir. De ahí la extraordinaria impresión

446. 03/12/78, p. 11-13, VI.

de liberación que viven los pobres cuando empiezan a hablar, cuando empiezan a decir la verdad, a decir lo que ocurre realmente, a contar la historia real de los hechos. La palabra es la primera expresión de rebelión contra la dominación⁴⁴⁷.

Esta toma de palabra se origina con frecuencia dentro de las Comunidades Eclesiales de Base, partiendo de una lectura popular de la Biblia. La mayéutica que se genera, causa un despertar con respecto a la realidad de injusticia que se percibe con una mirada nueva. Estas personas son fundamentalmente creyentes y la idea que tienen de Dios determinará en gran parte la idea que se hacen de la vida; fatalista, si se trata de un Dios que confina a la resignación y a la espera de una vida mejor en el más allá, o más bien progresista, si se trata de un Dios misericordioso que reconforta a la viuda y al huérfano y que pone en guardia a través de sus profetas a todos los que atacan la dignidad de sus criaturas. Es por esto que, tomar la palabra en las Comunidades Eclesiales de Base a partir de una lectura liberadora de las Escrituras, transforma psicológicamente a los más humildes. Como lo afirma el sociólogo brasileño Ivo Lesbaupin:

En la comunidad, las reuniones y celebraciones, el hecho de ser reconocido, de poder expresar su opinión y de que esta se valora, provoca una reacción fundamental en la persona; descubre que ella es “alguien” y que, aunque sea un simple trabajador pobre y sin instrucción, sus ideas se toman en cuenta. Como lo había descubierto Paulo Freire desde el fin de los años 1950, el trabajador “aprende a decir su palabra” - y empieza a creer en él mismo, a tener autoconfianza, a creer en su capacidad de decir y de hacer⁴⁴⁸.

Partiendo de la palabra popular libertadora, se llega a la proclamación de los Evangelios, a la homilía y a su interpretación que se producen según Romero en circunstancias concretas y esto, desde los principios de la Iglesia. La razón es muy simple y a la vez misteriosa; es que esta Palabra quiere encarnarse en las verdades de la vida. En efecto, el Evangelio no se anunció en un nirvana espiritual; por el contrario, desde sus orígenes se enfrentó a rechazos y críticas. El Evangelio dice el pastor, es a la vez un criterio de discernimiento y un factor de división que no debe dejar a nadie indiferente. No se trata de una información cualquiera entre tantas otras sino de un llamado verdadero

447. COMBLIN, J. “Espíritu Santo”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 625-626.

448. Lesbaupin, I. “Comunidades que lutam pela Justiça”, *CEB's Povo de Deus, 2000 anos de Caminhada, Texto –Base, 10º Encontro Intereclesial*, p. 88.

a la conciencia, de una “convocación”. Se refiere al sentido y al objetivo último de la existencia, aún más allá de la muerte. En este sentido, el Evangelio determina la opción fundamental de cada individuo a través de la aceptación o del rechazo de la persona histórica trascendente de Jesucristo. El primer sermón de Pedro reportado en los Hechos de los Apóstoles, es revelador de los dos polos intrínsecos de la predicación. En esta se anuncia la esperanza “Cristo ha resucitado” y denuncia al pecado “Ustedes lo mataron” o sea que el anuncio del Evangelio mueve a las conciencias sin mantenerlas medio adormecidas en un sueño irresponsable ante los imperativos de la historia. Para el arzobispo, la prédica eficaz tiene que ser “provocante” para suscitar una reacción.

Una Iglesia que no provoca crisis, un evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué evangelio es éste? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación. Y aquellos predicadores que, por no molestar, por no tener conflictos y dificultades evitan toda cosa espinosa, no iluminan la realidad en que se vive, no tienen el valor de Pedro de decirle a aquella turba donde están todavía las manos manchadas de sangre que mataron a Cristo: “¡Ustedes lo mataron! Aunque le iba a costar también la vida por esta denuncia, la proclama. Es el evangelio valiente, es la buena nueva del que vino a quitar los pecados del mundo⁴⁴⁹.

En el pensamiento romeriano, la evangelización se inspira en los grandes principios de la fe cristiana y del magisterio de la Iglesia, pero corresponde también en sus realidades concretas, al contexto histórico de cada pueblo al que se interpela. Sin embargo, aunque el mensaje no sea objetivamente igual para los auditores del Tercer Mundo, la evangelización debe referirse a las exigencias éticas fundamentales que conciernen la dignidad de la persona humana y su vocación de servir el Reino de Dios en emergencia o en disolución, en diferentes situaciones históricas. De hecho, la Palabra de Dios revela posibilidades reales únicamente si se buscan y se perciben los signos de los tiempos como realidades posibles. Según Ellacuría: «La Palabra de Dios es viva y creadora, pero lo es respecto de una historia siempre nueva. Por otro lado, solo será viva y creadora si es capaz de decir cosas nuevas a cualquier situación histórica realmente nueva⁴⁵⁰.»

449. 16/04/78, p. 162, IV.

450. ELLACURÍA, Ignacio, *Conversión de la Iglesia al reino de Dios*, p. 266.

La comunidad eclesial de base da consistencia a la Palabra; en ella el Espíritu puede suscitar una dinámica de resurrección. Dicho de otra manera, esta Palabra proviene de un contexto histórico que trata de transformar; esto es sin embargo imposible si la recepción del mensaje es individualista. Para Romero, solo una comunidad de pobres entiende bien el sentido radical de esta Palabra en toda su plenitud. Los pobres saben muy bien lo que implica vivir privaciones permanentemente, esperando ser liberados porque sufren de injusticia y opresión, frutos del pecado que provoca la muerte. Como lo muestran las Bienaventuranzas, la Palabra se dirige particularmente a ellos (Lc 6, 20-26). También a partir de ellos se construyen los proyectos de Salvación-Liberación en una perspectiva global donde todos quepan.

Para los apóstoles, la evangelización prosigue al anunciar el Reino y la realización de los signos de su proximidad. La característica de la obra misionera que este mensaje contiene, es una dinámica de expansión que proyecta a la Iglesia en el mundo y le prohíbe encerrarse en ella misma⁴⁵¹. La evangelización es también un anuncio explícito de la vida y del nombre de Jesús de Nazaret como Hijo de Dios enviado para librar al mundo del pecado y llevarle la Salvación-Liberación; esto no puede realizarse a voz baja y sin mencionar el nombre del Hijo del Hombre. La evangelización debe acompañarse de un testimonio de vida fidedigno al servicio de la Palabra y fiel a Jesucristo; esto puede realizarse únicamente a partir de la esencia misma del mensaje que es el amor expresado con predilección a los oprimidos. El amor califica esta proclamación de testimonio y de praxis como principio dinámico de la acción cristiana en este mundo. Sin embargo, Segundo recuerda que los pobres que son destinatarios del Reino de Dios, no los son a causa de sus virtudes personales.

Es claro que Jesús no se dirige a un grupo social o religioso que se haya preparado de manera especial para recibir a Dios o que tuviese las disposiciones religiosas necesarias para eso, a un pequeño grupo de gentes especialmente piadosas, escogidas entre la masa destinada a la perdición. Las disposiciones internas no tienen nada que ver con la elección de Jesús; Él interpela a los pequeños, a los marginales, a los lisiados, a los desfavorecidos, a las pobres personas víctimas de injusticia, a la categoría de personas que no conservan ya esperanza alguna en el mundo para anunciarles que Dios los ama. Es necesario insistir en que esta opción, esta proclamación no tiene nada que ver con el valor moral,

451. Ver SOBRINO, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, p. 272-273.

espiritual o religioso de esas gentes. La opción proviene tan solo del horror que el Dios de Jesús siente ante el estado actual del mundo y la decisión divina de venir a restablecer la situación a favor de aquellos para quienes la vida es más difícil⁴⁵².

2.1. La Palabra de Dios en el mundo de hoy

Como dice Romero, el juicio humano es falible y debe por lo tanto apoyarse en la Palabra de Dios. Si bien Ella precisa con su luz los sucesos más importantes de la actualidad, cada uno debe interpretar su vida personal y familiar sirviéndose de los mismos criterios de discernimiento que el Evangelio provee. Esto corresponde a la fe y al amor que son fuente de esperanza, compasión, fraternidad y misericordia; sentimientos que deben presidir el entendimiento y la concordia entre los pueblos y las personas.

La Palabra restablece la igualdad entre los humanos como base de los actos cristianos; consagra la supremacía de ese principio y relativiza todas las demás pretensiones de verdad absoluta que los poderes temporales presentan en sus discursos de auto proclamación. Por ejemplo, las relaciones económicas son el lugar privilegiado para las relaciones de injusticia entre los miembros de una sociedad. Yahvé, Dios de justicia, se opone a estas relaciones económicas injustas que sumen a la mitad del género humano en la miseria. Otra consecuencia de la injusticia económica es fragmentar la unidad del pueblo para hacer de ella una masa de gentes manipulables. El profeta Amós denuncia estas situaciones de explotación (8, 4-7) que aún se producen a nivel nacional e internacional y esto es lo que crea según Medellín, la miseria de las masas, esta no es la situación natural de estos pueblos. Dicho de otra manera, la economía capitalista no es un producto de la evolución, aunque algunas ideologías pretendan lo contrario sino de la explotación y despojo de los pueblos por el gran capital.

También, según la interpretación de Amos por Romero, la injusticia social es la negación de la Alianza con Dios que exige construir un mundo en el que hay lugar y comida para todos; un lugar no solo para habitar sino también para crecer, educarse y realizarse, contribuyendo al mismo tiempo con toda la sociedad. Se trata de relaciones dentro de las cuales se reconoce el pleno valor de cada uno y en las que quienes tienen posiciones jerárquicas saben escuchar a los más humildes, para ordenar la sociedad, usando como instrumento una dinámica de participación popular, para resolver los problemas

452. Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 155.

efectivamente. Según la jerarquía que concibe Romero, los dirigentes deben actuar ante todo por el bien del pueblo, pero conforme al plan de Dios. El pueblo debe también someterse a la voluntad divina si no quiere perderse y dispersarse. La sumisión a Dios debe interpretarse aquí como obediencia a la verdad revelada por Cristo y resistencia a las fuerzas de muerte del sistema idólatra, que desvía la vocación humana hacia sus propios fines.

Justamente, el laico es el que vive inmerso en las realidades de este mundo; por eso debe dar testimonio de los valores profundos que lo habitan y relativizar los bienes temporales y al mismo tiempo, hacer nacer la solidaridad entre aquellos que lo rodean. Romero confiesa que se vive un cristianismo de mala calidad puesto que en las sociedades modernas se da más importancia a los bienes materiales que al ser humano. Según él, la injusticia generalizada de la que es víctima América latina, no corresponde a lo que pretende ser, es decir un continente en donde la gran mayoría es católica y cristiana. Así, el proyecto de alianza con Dios debe corresponder a una cierta línea de conducta social y personal; si no, la fe está hueca, vacía y no tiene credibilidad alguna ante el mundo. Dice que el Señor tiene que ser la piedra angular de la civilización, no solo al que visitamos en el templo cada semana sino también Aquél a quien cruzamos en la calle todos los días.

El primer polo de interpretación de la voluntad divina que juzga la historia, es su Palabra; el otro es el reconocimiento y la interpretación de los signos de los tiempos que deben ser reconocidos e interpretados. Según Romero, esto exige acercarse a los que sufren, cambiar de posición social ya que, sin contacto con el mundo del sufrimiento, no se puede aprender a situar las urgencias de este tiempo⁴⁵³. El sufrimiento no pertenece a una categoría social; pertenece a todo el género humano, pero se le estigmatiza en algunos lugares específicos por razones que las ciencias sociales revelaron en el siglo XX. Es un cortejo de miserias sociales que permite que una engendre otra y que hace que los ricos digan sin dificultad alguna que los pobres son los primeros responsables de sus condiciones de vida inhumanas. Con respecto a esto, las élites no quieren reconocer que ellas mismas sirven un sistema económico que no cesa de desarticular la sociedad y la familia. Para Romero, las cuentas que Dios pedirá a los unos y a los otros, no son una amenaza para ir al infierno sino una fuente de esperanza para las víctimas y las familias de las víctimas de la represión.

453. Ver 30/10/77, p. 295-297, I-II.

2.2. La semilla de la Palabra de Dios

Como ya vimos, el problema de coherencia entre los actos cristianos y la esencia de su mensaje; se opone a la prédica de un Evangelio de conveniencia, incapaz de disipar el letargo. Así la Palabra de Dios comprende al mismo tiempo la alocución, la voluntad y la acción. Se trata de una Palabra proactiva que realiza lo que anuncia, que construye la historia y hace presente la Salvación-Liberación⁴⁵⁴. Denuncia lo que impide realizar el Reino y la Salvación e incita a la práctica de las virtudes cristianas porque la Salvación-Liberación concierne tanto la vida espiritual, que la vida corporal y social⁴⁵⁵.

Romero critica las lecturas fundamentalistas de la Biblia que proclaman exactamente lo contrario de la actualización de las Escrituras en relación con las realidades actuales, no en el sentido de una acomodación sino en el sentido de permitir la realización -aunque sea parcial- de las premisas de ese Reino de justicia, de amor y de paz tal como lo deseaba Jesucristo. “Los ciegos ven, los cojos caminan, se purifica a los leprosos, los sordos oyen, los muertos resucitan y la Buena Nueva se anuncia a los pobres (Mt 11,5)”. La prédica no debe nunca ser desencarnada porque si es así, se esteriliza el poder dinámico de la Palabra que es semilla de vida y esto no es una figura alegórica. La Palabra puede transformar la realidad cuando se le toma en serio porque la vuelve transparente al quitar la sombra del pecado y de la mentira. Romero dice que evangelizar es: a) Llevar los criterios evangélicos a la conciencia humana para que esta renueve su compromiso; b) Dar un testimonio de vida que sea coherente con la enseñanza; c) Anunciar el contenido de esta Revelación sin tener miedo de afirmar su identidad cristiana y su pertenencia a la Iglesia.

Es crucial alimentar la práctica evangelizadora partiendo de los sacramentos que le dan fuerza y coherencia⁴⁵⁶. Aquí los sacramentos aparecen en segundo lugar en la práctica cristiana, ellos vienen a confirmar un compromiso de fe que ya está presente. Este movimiento evangelizador debe multiplicarse de modo que todo el que recibe la Buena Nueva lo anuncie a su vez a otros. Romero atribuye esta función de irradiación a las Comunidades Eclesiales de Base. En este sentido, la actividad profética queda asociada a la evangelización de este mundo. La semilla de la palabra de Dios debe producir frutos en aquellos que la reciben. El primer fruto es la certeza de que a pesar de las persecuciones y de los sufrimientos que los creyentes soporten, vivirán un día en la

454. Ver 16/07/78, p. 65, V.

455. Ver 16/07/78, p. 67, V.

456. Ver 16/07/78, p. 74-75, V.

gloria de Cristo resucitado. Para el arzobispo, esta revelación del hijo de Dios es el principio de la liberación y de la vida plena.

2.3. La Palabra Nueva

Romero empieza su homilía del 18 de febrero 1979, alegrándose de tener ante él un pueblo consciente de su misión profética. La Palabra de Cristo está viva como su Espíritu; actúa como principio dinámico de transformación de la historia. Esto hace de ella una Palabra encarnada que alumbró la historia y es garantía de esperanza.

1) Una Palabra encarnada en la historia

En el pensamiento romeriano, Dios toma en cuenta los sucesos y las circunstancias para anunciar la Salvación-Liberación. Su Palabra no es un lenguaje extemporal; describe las malas tendencias de los humanos que los llevan a la ruina histórica y la renovación espiritual y moral necesaria para que la cohesión social de las naciones perdure. Solo la fe salva, a condición de que permanezca al servicio del proyecto de humanización del Dios de la vida. Aunque a veces los fieles sufran derrotas y los opresores parezcan triunfar, es solo por un tiempo, hasta que venga el Juicio de Dios según la esperanza de los profetas. Los tiempos cambian; ya no estamos en Babilonia, pero la Palabra de Dios no cambia porque sigue anunciando la misma verdad: Dios está presente con su pueblo y espera su hora para liberarlo.

Los Evangelios que son la referencia en lo que concierne a la vida de Cristo interpretada por las primeras comunidades cristianas, son una Palabra orgánica y viva. Se escribieron partiendo de la vivencia de fe de esta Iglesia primitiva. Romero asocia esta experiencia con la de las Comunidades Eclesiales de Base que meditan en común la palabra de Dios relacionándola con sus vivencias. Además, esta palabra es un principio activo en la boca de Cristo y de los apóstoles que realizan milagros: Él dijo al paralítico “¡Levántate y camina!” Es una orden que parece imposible para el entendimiento humano porque proviene de un poder sobrenatural; es la Palabra del Dios vivo que actúa por ese medio para transformar la historia. Por otro lado, para comprender aquella potencia, no hay que detenerse únicamente en la letra de la Palabra sino también tratar de entender su significado para ver de qué manera hace sentido hoy día. Citando la segunda epístola a los Corintios (1,18-19), Romero señala que esta Palabra encarnada en la vida y en los actos de Cristo hecho hombre, no contiene las ambivalencias del género humano. En efecto, no vacila ni en su mensaje de Liberación ni en su misión de Salvación y es sin duda una de las características de la autoridad que se le otorga.

2) Cristo es la Palabra nueva que alumbró la historia

Romero sostiene que la historia necesita ser interpretada en un sentido teológico. Pero, la acción de Dios en el mundo dependerá en buena parte de la respuesta de fe que los seres humanos le otorguen. La increencia significa la pérdida del espíritu de fraternidad que Él suscita, del principio de unidad intrínseco a cada uno, ya que el poder del pecado reside en un espíritu de división, o sea que perder la fe significa disolver la comunidad que Dios quiere salvar. La pérdida del sentido de la trascendencia histórica que incluye el pasado, el presente y el futuro, conduce a la perdición. En esta óptica, el papel de los profetas, a partir de la Palabra de Dios, es reanimar esta fe y esta esperanza antes de que se apaguen, pues el anunciarla, es ya la realización de la Salvación-Liberación anticipada⁴⁵⁷. En este sentido, perder la fe es más simplemente, perder la capacidad de creer que un otro mundo es posible. Aquí se percibe la fe como un sentimiento de apertura al otro y al Todo; es la negación de la fatalidad y de la resignación.

Romero define la conversión no solo como un regreso a Dios sino también como un retorno al otro, al prójimo. Es un proceso que implica una doble conversión: una hacia la fe en Jesucristo y la otra hacia su mediador presente en el que sufre de deficiencias causadas por la pobreza y la marginalidad. Estas dos dimensiones son complementarias; la mediación del pobre lleva al conocimiento de Cristo mientras que la conversión a Dios exige que lo reconozca en los oprimidos del mundo como realidad palpable de su Presencia y como criterio de autenticidad de la fe. Esto implica en nuestro autor una conversión a la realidad social sin la cual, la religión es solo un objeto que compensa la necesidad de amar y de ser amado. Así, la historia se vuelve una exigencia de conversión que implica la búsqueda del bien y la renuncia a los ídolos.

La civilización del Amor deseada en Puebla, es un llamado a renovar a América Latina en conformidad con el Evangelio sin subordinación a intereses extrínsecos al bien común. En la óptica romeriana, este continente debe responder a su vocación cristiana partiendo de su idiosincrasia para volverse al fin lo que debe ser. La Iglesia de Medellín y de Puebla es una Iglesia autóctona que aprende a desarrollarse partiendo de sus propios carismas en comunión con la Iglesia universal. Romero afirma citando proféticamente Puebla:

Ya es tiempo de que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen, que no obstaculicen nuestro progreso, que no nos exploten sino, al contrario, nos ayuden con magnanimidad, a vencer las

457. Ver 18/02/79, p. 153, VI.

barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales⁴⁵⁸.

3) Una garantía de esperanza en la historia

Cristo es una Palabra que interpela a la historia; la esperanza que Él le insufla, es histórica y no solo trascendente. La promesa de Salvación-Liberación que Él trae, se está realizando de una manera misteriosa y velada. El amén del humano a Dios, es aceptar la vocación que lo llama, la misión que se le confía, así como las consecuencias y las pruebas que de ellas nacen. Es la misma Palabra que Jesús acepta pronunciar ante el sacrificio que se le exige con el fin de sellar esta promesa eterna a través de una alianza definitiva⁴⁵⁹. Por eso, la religión y el ejercicio de la Palabra no deben nunca huir de la realidad dándole la espalda a la historia y cerrando los ojos ante los signos de los tiempos. Esto implica una cierta jerarquía de valores interpretativos en donde la dignidad humana ocupa el primer lugar. Para Romero, la Iglesia es fermento de unidad de todos los cristianos para edificar la ciudad terrestre.

Ustedes, los cristianos políticos; ustedes, los que tienen capitales y son cristianos; ustedes: los sociólogos, los técnicos, los profesionales; ustedes tienen la llave de la solución; pero la Iglesia les da lo que no pueden tener ustedes: la esperanza, el optimismo para luchar, la alegría de saber que hay solución, de que Dios es nuestro Padre y nos va impulsando. Porque así como para curar al paralítico necesitó hombres que lo subieran al techo y lo pusieran frente a Cristo, también Cristo y Dios podrían hacer, ellos solos, la salvación de nuestro pueblo; pero quieren, también, tener camilleros, hombres que le ayuden a llevar este paralítico que aquí se llama la república, la sociedad, para que lo pongamos: con manos de hombre, con soluciones de hombre, con pensamientos de hombre, frente a Cristo que es el único que puede decir: “He visto tu fe, levántate y camina”. ¡Y yo creo que nuestro pueblo se levantará y caminará!⁴⁶⁰ »

3. La dimensión política de la fe

La dimensión política de la fe es uno de los ejes mayores del pensamiento de Oscar Romero. Al contrario de lo que dicen aún muchos creyentes, el arzobispo no disocia

458. 18/02/79, p. 155-156, VI.

459. Ver 18/02/79, p. 157, VI.

460. 18/02/79, p. 159, VI.

estos dos elementos pues sabe muy bien que la fe debe orientar el trabajo de los que organizan la vida en la sociedad y que la ciudad de Dios y la de la humanidad están unidas estrechamente. En el plano hermenéutico, la dimensión profética es una de las fuerzas del Antiguo Testamento como palabra crítica dirigida a los gobernantes del pueblo. La función profética es donde lo religioso en cuanto determinante fundamental del ser humano, toca a lo político y ahí abandona su papel de apoyo ideológico del régimen⁴⁶¹.

Con respecto a esto, Juan Luis Segundo comenta que la intervención de Dios tal como se reporta en la Biblia, consiste con frecuencia en hacer estallar conflictos latentes para poder llegar a soluciones duraderas. Nota también que la interpretación de las Escrituras sufre de la ausencia de la llave hermenéutica de la política y que uno se confina con demasiada frecuencia a una mirada moralizadora que juzga solo a los individuos poniendo rara vez en duda las estructuras establecidas⁴⁶². Para Azevedo, la dimensión política de la fe es imprescindible porque está presente en todas las dimensiones de la vida. Admitir lo contrario, es aceptar vivir una fe desvinculada, alienante y sin alcance⁴⁶³. En este aspecto, el autor subraya el aporte que hicieron las Comunidades Eclesiales de Base en favor de la promoción humana.

La percepción integral del hombre en el plano individual y social, así como la comprensión del enraizamiento histórico, la encarnación del misterio de Jesucristo y, por tanto, de la fe cristiana, llevan a las Comunidades Eclesiales de Base y a las teologías de la liberación a ser conscientes de la importancia de la dimensión política, tanto para la persona humana como para la perspectiva apostólica de la misión en la edificación del reino. (...) En la perspectiva de la fe cristiana, que establece una relación estrecha entre el proyecto histórico y el destino escatológico de la vida humana, lo político no puede menos que formar parte necesariamente del empeño humano para configurar, según la inspiración y los valores evangélicos, la propia realidad social. Las Comunidades Eclesiales de Base han crecido en la conciencia del alcance político de su fe y del significado político de su presencia y acción en el mundo⁴⁶⁴.

461. Ver Da Silva G. “*Hermenéutica Bíblica*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 185.

462. Ver Segundo, J. *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 232.

463. Ver Azevedo, M. *Communautés ecclésiales de base, L'enjeu d'une nouvelle manière d'être Église*, Paris, Le Centurion, 1985, p. 176.

464. Azevedo, M., “*Comunidades eclesiales de base*”, *Mysterium Liberationis*, II, p. 262.

En este terreno, la derecha religiosa sigue muy activa en el seno de las principales denominaciones cristianas, desde allí busca la legitimación de su poder y una descalificación de sus adversarios. Para nosotros, la izquierda no debería dejar tan fácilmente su derecho legítimo de hablar de espiritualidad y del sentido último de la vida, porque sus propuestas engloban muchos más que la simple lucha política; implican una visión determinada del mundo y de la existencia. En este sentido recordamos que la espiritualidad participa de la ideología que ella enriquece con su reserva de sentidos. Este campo de batalla no debe ser abandonado al beneficio de los que utilizan la religión como garante de su *statu quo*.

Podríamos añadir al papel de interpelación a la conciencia social que juegan las Comunidades Eclesiales de Base en nombre de los valores evangélicos, el de la sensibilización de los clérigos a la realidad secular y a los retos éticos de la sociedad. En esta perspectiva, las CEB son la conciencia activa no solo en la ciudad terrestre sino también en la Iglesia que debe resistir a la tentación de replegarse en su doctrina y en los sacramentos.

3.1. La misión de la Iglesia

El arzobispo afirma que la Iglesia no hace política partidaria, pero cuando se ataca al altar que constituye la persona humana, sus representantes deben denunciar tal sacrilegio⁴⁶⁵. La liberación que la Iglesia anuncia, trasciende los horizontes históricos incluyendo en sus dimensiones el respeto de los derechos humanos y la promoción de la justicia social. La Iglesia anuncia el Evangelio de la liberación a partir de su visión espiritual del ser humano, entendido como ser de razón y de relación que vive y crece dentro de una comunidad. Ella considera las condiciones materiales, como esenciales para el desarrollo de la persona en un medio sano y dinámico, pero su mensaje no se limita al aspecto socio económico. No es una ciencia que prevé y calcula, es conocimiento íntimo del alma humana que no vive únicamente de pan y de juegos.

Los cristianos forman el Cuerpo de Cristo; cuando uno de ellos sufre las violencias de la persecución por un Reino de justicia, de amor y de verdad, todo el Cuerpo sufre. Por eso, la tortura o el asesinato de un cristiano o simplemente de un ser humano, de una víctima inocente, concierne directamente a la Iglesia y a toda la humanidad. Romero afirma citando a Vaticano II: “Deber de la Iglesia es dar su juicio moral incluso sobre materias referentes al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de

⁴⁶⁵. Ver 08/05/77, p. 29, I-II.

la persona o la salvación de las almas⁴⁶⁶". Para él, la Iglesia no está con ninguna clase social, ella está con aquél que sufre. Pero pronto, los hechos lo convirtieron a la clase más oprimida. La liberación que anuncia la Iglesia no es solo trascendencia, esto sería contrario a la esencia del Evangelio que es la promoción de los más débiles como garantía de progreso para todo el género humano.

El arzobispo condena al marxismo porque no reconoce la sed de trascendencia y la búsqueda de sentido para el ser humano, que las religiones manifiestan. Esta ideología le parece una negación antropológica que lleva rápidamente a considerar al individuo como un objeto y niega todas las dimensiones subjetivas del alma humana. Reconoce sin embargo el valor del marxismo no en cuanto *praxis* política de una cierta ideología sino como esquema de análisis socio económico que ayuda a identificar mecanismos de explotación del humano, intrínseco al sistema capitalista.

Romero critica también los regímenes de economía de mercado⁴⁶⁷. Califica a los que siguen esta ideología de adoradores del dinero que terminan por tener un corazón de piedra a causa de sus ídolos. La Iglesia condena las idolatrías del capitalismo y del comunismo. Ellas corresponden a ideologías materialistas a las que opone el cristianismo y su doctrina social como única y verdadera solución alternativa que puede conducir a la humanidad, con amor, a su plena realización. El prelado rechaza con esto una religión superficial y sacramental; denuncia también las acusaciones falsas de marxismo que la propaganda atribuye a todos los que trabajan por la dignidad humana. Estas acusaciones traducen el rechazo de un análisis social de la realidad que las hace prisioneras de un a priori dudoso que con frecuencia sirve solo para ocultar intereses culpables.

La Iglesia de San Salvador se compadece de los dolores y angustias de quienes viven privaciones y estrecheces. Se posiona de esta condición existencial y se identifica plenamente con ella o sea que el destino de los más pobres la afecta en su esencia. Por esto quiere colaborar para mejorar las condiciones sociales de toda la población. Romero está consciente de que este compromiso de la Iglesia con la promoción y la dignidad humaniza esta sociedad en crisis, a punto de estallar⁴⁶⁸. El combate que persigue su diócesis se inspira de las grandes líneas del Evangelio. Su trabajo consiste

466. 08/05/77, p. 28, I-II.

467. Ver 22/05/77, p. 59, I-II.

468. Ver 24/07/77, p. 139, I-II.

no únicamente en reclamar reformas y compartir riquezas sino también en promover la participación y las acciones de los pobres que son los primeros responsables de su destino. Ellos deben salir de su estado de postración, tomar conciencia de su dignidad de hijos de Dios y unirse a partir de esta premisa. Él mismo dice:

La Iglesia no puede dejar de promover al hombre, para decirle: “No te duermas eres hijo de Dios, trabaja tu dignidad, sé artífice de tu propio destino, trabaja en tu propio bien común”. La Iglesia no puede dejar, no puede renunciar a esta misión de promoción que el Evangelio mismo le obliga a predicar y tiene que despertar la verdadera conciencia del hombre que ha estado muy marginado y que ha sido cómplice del pecado social⁴⁶⁹.

La dimensión política del mensaje de la Iglesia se dirige sobre todo al pecado social de una clase contra otra, pero toma en cuenta también el pecado personal como causa de la falta de responsabilidad individual de los desfavorecidos con respecto a su propia promoción humana y comunitaria. La exclusión política y la falta de libertad de expresión y de asociación, son otros pecados sociales que Romero denuncia. Acaparar el poder y el dinero, es negar el carisma propio a la vocación de cada uno.

3.2. La educación liberadora

El cristiano no debe perder de vista el horizonte escatológico de su fe; esta le permite relativizar las pruebas y los beneficios de este mundo transitorio. Debe saber orientar su historia personal hacia Dios, viviendo la dimensión trascendental de su esperanza en el corazón de la inmanencia. Esta visión cristiana debe transmitirse con sentido crítico de discernimiento de los eventos, de la información recibida y de los valores que la sociedad trata de inculcar⁴⁷⁰. Bajo esta perspectiva, la educación liberadora tratará de transformar las estructuras económicas nacionales e internacionales para que sean más equitativas para los pueblos y los individuos. A sus ojos, la enseñanza no debe uniformizar la cultura, esto conduce a la alienación y al mimetismo; tiene que abrirse al pluralismo cultural. La educación actual promueve un espíritu competitivo y de consumo en lugar de un espíritu de servicio y de cooperación. Se enseña poco la búsqueda del bien común como fundamento auténtico de la democracia y de la cohesión social. La Iglesia, a través de su trabajo evangelizador, promueve la educación de la humanidad hacia los

⁴⁶⁹. 24/07/77, p. 143, I-II.

⁴⁷⁰. Ver 22/01/78, p. 155, III.

verdaderos valores que permiten el desarrollo de todos como sujetos y protagonistas de la historia⁴⁷¹. Ella no aprueba una educación que lleve al conformismo y al fatalismo; quiere, al contrario, engendrar una nueva civilización para este continente. Por eso dice:

También quiere la Iglesia para América Latina una educación personalizante, una conciencia en cada niño y en cada joven de su propia dignidad humana, de su sentido de libre autodeterminación y de un sentido comunitario. Nadie vive para sí solo, como caracol, sino que debe de vivir abierto para los demás: sentido comunitario⁴⁷².

La Iglesia tiene el derecho y la obligación de educar al pueblo de bautizados y esto acarrea consecuencias para toda la sociedad. El éxito de la vida cristiana depende de la congruencia entre la fe y la vida. Dios está presente en la historia y el creyente debe servirle a través de su vocación, del llamado interior, desde la posición que ocupa en la familia y en la sociedad. En este sentido, la conversión significa un cambio de dirección, una orientación nueva que afecta todas las dimensiones de la vida. El llamado a la conversión, al cambio de vida, es también un despertar para la conciencia. Por esto, la Iglesia solo anuncia el Reino de Dios como Cristo mismo lo hizo y este anuncio empieza por un llamado a la conversión para ser liberado y salvado, pero también para permitir el surgimiento de un mundo mejor. El Pueblo mesiánico que procede de esta conversión al Reino de Dios es un germen de unidad, de esperanza y de Salvación⁴⁷³. Esta elección exige una inserción en el mundo y una colaboración con las reivindicaciones justas, aunque para ello, el creyente tenga que asociarse a los no creyentes. Así, el creyente atestigua la presencia de Dios obrando en su corazón y en la historia.

4. Dimensión escatológica

La teología contempla la historia de la humanidad buscando el plan divino de la Salvación-Liberación, desde sus orígenes hasta el fin. La escatología evoca la imagen de Cristo resucitado realizando por anticipación la Salvación-Liberación a través de su carne humana divinizada. Si bien es primordial tener una idea de los orígenes de la vida (protología), el destino último de la Creación y del ser humano se definen también por su fin (escatología) que ilustra al humano sobre la razón misma de su existencia. No se trata aquí de un fin abrupto en el sentido temporal sino de una transmutación de

471. Ver 22/01/78, p. 157-158, III.

472. 22/01/78, p. 159, III.

473. Ver 22/01/78, p. 165, III.

parámetros que engloban los contornos de lo real para introducir ahí y reconocer la trascendencia actuando en la Creación. Leonardo Boff lo explica así:

Nosotros descubrimos el destino futuro de la humanidad y de la materia en Jesús glorificado. Por esta razón, el rostro de Cristo transfigurado tiene un valor de conocimiento y antropológico inestimable y absoluto. Opera una revolución en la manera de interpretar la realidad; no podemos contentarnos ya con analizar el mundo a partir de la creación “in illo tempore” sino que debemos comprenderla partiendo de la escatología, del futuro presente en Jesús resucitado. (...) Para comprender el principio, debemos partir del fin. El plan de Dios se vuelve transparente y comprensible solo si se le analiza a partir de su realización y de su fin. Con respecto al objetivo final, el comienzo (la creación del mundo) y lo de en medio (la creación de la humanidad) resaltan como etapas de un plan más amplio que llegó a su apogeo con la Resurrección de Jesús⁴⁷⁴.

La escatología no pertenece a la cronología humana si se excluye el tiempo en el que Jesús compartió la condición de mortal. Ella la trasciende y engloba como una fuerza de gravedad que influye el desarrollo histórico en un sentido predeterminado. Querer escapar de él, es ir contra la gracia y actuar contra las fuerzas de la evolución que tienden a divinizar la materia elevándola hacia Dios para ceder al principio de muerte y de decadencia. Boff escribe acerca de esto en un libro más reciente:

La escatología no es un tema teológico entre tantos, es ante todo una característica que colorea todos los otros temas. Todas las verdades teológicas tienen una connotación escatológica, es decir, encierra una dimensión presente e histórica y contiene al mismo tiempo una dimensión futura y terminal del Reino de Dios. Es esto lo que significa la escatología: algo ya presente pero aún no completamente realizado que se concretizará perfectamente solo en la plenitud definitiva de Dios⁴⁷⁵.

La escatología aparece como un punto fijado en la eternidad que da sentido a la existencia indicándole su finalidad, su objetivo definitivo. Esta dimensión es misteriosamente, uno de los motores más poderosos de la historia. Esta pide la colaboración humana pero parece imposible escapar de ella. La escatología cristiana corresponde a la manifestación

474. Boff, L. *Jésus-Christ Libérateur*, Paris, Cerf, 1985 (1972), p. 207.

475. Boff, L. *O Rosto Materno de Deus*, Petropolis, Vozes, 1978, p. 32.

profética de la voluntad divina; se le puede calificar de inmutable aunque está velada en sus mediaciones históricas. Boff cita a Karl Rahner que agrega a estas definiciones los atributos de plenitud y perfección que están ausentes de la realidad terrestre pero que aparece en la escatología:

Como formula Rahner, la escatología no es un reporte anticipado de los hechos futuros sino la transposición en modo de plenitud de lo que vivimos actualmente de un modo deficiente. Por esto, la vida eterna, el sentido radical del ser humano, el amor divino, la justicia perfecta, el encuentro radical, la liberación, etc, no son realidades que comienzan con la muerte. Están ya anticipadas dentro de la historia.(...) Una concepción verdadera de la escatología engendra un dinamismo crítico de una extrema actualidad política. Ella nos obliga a asumir seriamente situaciones concretas de liberación porque a través de ellas, el futuro absoluto y la liberación completa se hacen presentes⁴⁷⁶.

La predicación tradicional que prevaleció durante muchos siglos era un discurso escatológico fundado en el miedo a la condena eterna. Romero lo retoma, pero con un espíritu diferente al asociarlo a la defensa de los derechos humanos y a la exigencia de la justicia social. Los pecados y los méritos rebasan el cuadro de la moral individual para acceder a una conducta consciente de la realidad histórica conforme al proyecto de Dios. No se trata ya de someterse a los caprichos de un Juez severo y distante sino de instaurar un Reino de paz fundado en la justicia.

En efecto, los peligros que acechaban al ser humano en la época premoderna alimentaban las imágenes de Purgatorio y de Infierno. Ahora los temores de la humanidad se centran en su propia locura más bien que en la llegada poco probable de un “Dios ex máquina”. El ser humano actual está solo ante él mismo, con riesgo de caer en su propio abismo. La humanidad puede encontrar la unidad y la cohesión necesarias para su supervivencia, en Dios, principio de vida. Romero no abusa del género apocalíptico anunciando el fin del mundo inminente, pero pone en guardia contra las tinieblas que oscurecen la conciencia provocando insensibilidad, falta de compasión y crueldad contra víctimas numerosas de tortura y ejecución sumarias. Es el contexto en el que ejerce su ministerio pastoral, lo que evoca el apocalipsis: cada mañana, se encuentran cadáveres en las calles, atestiguando de la injusticia total que impera en el país.

476. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 82-83.

En la perspectiva de Pablo Richard⁴⁷⁷, el género apocalíptico recurre al fin de la historia que es la escatología, para suscitar esperanza en los oprimidos y hacer un juicio definitivo sobre las estructuras y sus dirigentes que no quieren oír la llamada de los profetas y quieren instaurarse ellos mismos como dueños absolutos del presente y del futuro. En este sentido, el arzobispo utiliza un discurso apocalíptico al denunciar las peores exacciones contra los derechos humanos. Lo usa de un modo juicioso, sin excesos para que los poderosos y la clase oligárquica entiendan que han transgredido los límites admisibles para mantener o extender sus privilegios. Dado que el discurso apocalíptico tiene un carácter definitivo y se refiere al fin, parece poco claro para los que lo reciben como una condena. Este lenguaje puede parecer abusivo en la boca de un pastor porque representa la ruptura social que se produce más allá de la comprensión humana. En una de sus últimas homilías, Romero declara que “ese grado de violencia es inadmisibles y se sitúa más allá de cualquier política ya que toca el corazón mismo de Dios⁴⁷⁸”. Con respecto a esto, Richard distingue la praxis profética de la apocalíptica:

El profeta actúa dentro del mundo existente. Lo apocalíptico condena el orden en vigor y anuncia la construcción de otro nuevo. El profeta es el hombre de Dios en el ambiente político y religioso de su época; trata de realizar el plan de Dios en este mundo. Lo apocalíptico surge cuando este mundo está ya destruido o cuando Dios va a destruirlo porque está muy corrupto. Lo apocalíptico reconstruye el plan de Dios en la conciencia, empleando visiones, símbolos y mitos, para construir así un mundo nuevo. Tanto para el profeta como para el apocalíptico, el mundo es histórico; lo que cambia es la perspectiva. El profeta trata de reconstruir el mundo que está en la tierra y el apocalíptico trata de reconstruir la conciencia de la esperanza para construir un mundo diferente dentro de la misma historia⁴⁷⁹.

Como ya hemos visto, Romero utiliza mucho mitos y símbolos de la fe popular para suscitar esperanza y proponer un mundo nuevo haciendo un llamado a la buena voluntad de todos. La ruptura efectiva que ilustra el género apocalíptico trata de hacer surgir una nueva racionalidad demostrando que los antiguos esquemas de referencia del poder son obsoletos y que inevitablemente, surgirán nuevos paradigmas. El apocalipsis es un momento de crisis y por lo tanto de análisis en el cual se ponen en duda los

477. Ver Richard, P. *Apocalipse, Reconstrução da esperança*, p. 23-67.

478. 16/03/80, p. 348-349, VIII.

479. *Ibid.* p. 24.

antiguos esquemas que han gobernado al mundo. Bajo este ángulo, es posible trazar un paralelo entre la época de las primeras comunidades cristianas que conocieron la persecución de los romanos y que originó una cierta visión apocalíptica de la realidad, y las Comunidades Eclesiales de Base de El Salvador que tuvieron que vivir su fe en una atmósfera de clandestinidad en la época de Romero. Esta correlación reforzó de una manera determinante la dimensión escatológica del pensamiento del obispo. En este sentido, la escatología no es una huida del mundo en un éxtasis milenarista sino un arraigamiento en la realidad partiendo de la visión de fe inspirada en la lucha de las organizaciones populares. Por esta razón, la ruptura en el cuadro de legitimación del poder en el caso de la Iglesia salvadoreña, era completa⁴⁸⁰.

4.1. La Parusía

Este término se refiere al retorno de nuestro Señor Jesucristo. En las epístolas a los Tesalonicenses, se habla de los problemas que esto origina; los miembros de las primeras comunidades cristianas creían que este regreso era inminente; ya no se ocupaban de tareas materiales y esto no ayudaba a construir la Iglesia ni las comunidades. Según San Pablo, la espera de la Parusía debe por el contrario incitar a los creyentes a redoblar el ardor en el trabajo de evangelización y a permanecer alertas, siempre dispuestos a llevar una vida santa para encontrar al Señor. Así, (Tes 5.2) “El día del Señor, otro término que significa Parusía, vendrá como un ladrón”. El apóstol convertido recuerda que los creyentes son hijos e hijas de la luz y no de las tinieblas, por lo tanto, no deben cometer actos que los podrían avergonzar el día de ese encuentro; deben velar y permanecer sobrios.

Romero habla de esto en el Adviento de 1978. También este periodo es de espera de Cristo no en cuanto juez escatológico sino como el pequeño que va a nacer en Belén. Dios viene visitar a los humanos tomando la forma de un niño frágil y dependiente que necesita ser acogido y amado. En su mente, el acogimiento de Dios responde a una necesidad intrínseca de comunicarse con lo inefable porque solo en Él el ser humano descubre su verdadera vocación. Así, la segunda epístola de Pedro presenta un Dios misericordioso: “Si demora, es porque espera el arrepentimiento y la conversión de todos para que nadie se pierda⁴⁸¹”. Dios preparó para la humanidad una Tierra y un cielo

480. En nuestros primeros encuentros con la comunidad salvadoreña, la percepción de esta ruptura semántica en la expresión de los símbolos de la fe cristiana con su lectura correspondiente de la historia, fue para nosotros una re interpretación de los criterios de nuestra propia fe ante las luchas de compromisos políticos.
481. Ver II Pie 3, 9.

nuevos y por esto no hay que quedar arrodillados ante los ídolos de este mundo que morirán con él⁴⁸². El arzobispo advierte:

La segunda carta de San Pedro es la que expresa con lenguaje más apocalíptico, la destrucción de los elementos. Tomado, sin duda, de apocalipsis contemporáneos no precisamente cristianas que intuían un fin de las cosas materiales, y hablaban de un cataclismo y de unos incendios del cielo y de los elementos. No es necesario tomarlo al pie de la letra. Lo que nosotros hemos de captar en ese lenguaje oriental, fantástico, de incendios y apocalipsis, es una gran realidad: lo que existe en el tiempo tiene un valor relativo, con el tiempo, se acabará. Solo los cielos nuevos y la Tierra nueva que Dios tiene prometidos, son el verdadero paraíso. Donde se estabilizará para siempre el encuentro de Dios con los hombres. ¡Hacia allá caminamos! Desde aquí, desde la tierra, en un encuentro que ya lo hemos de hacer nuestro, en nuestro propio corazón, en nuestra propia vida, en nuestro propio hogar. ¡Ya debe de ser un dios que se encuentra!⁴⁸³

Mientras se espera la Parusía, Romero invita a todos a reconocer el valor relativo de los bienes del mundo y de las satisfacciones que causan. Este desprendimiento da una libertad que permite comprometerse con la historia por el advenimiento del Reino de Dios. En el contexto litúrgico del Adviento, Romero deplora que la Navidad se haya convertido en una fiesta exclusivamente comercial, despojada de su sentido verdadero de encuentro con Dios que es la única condición de felicidad para el género humano. Dios escogió encarnarse para salvar al género humano en las condiciones concretas de la existencia. Según él, hay que preparar los caminos del corazón, de la vida y de su biografía, para que este encuentro grandioso se produzca. No se trata de esperar el fin de los tiempos porque ya está presente entre los humanos el que viene a salvarlos. Esta certeza puede transformar la existencia dándole una orientación precisa, una auto determinación ante los lazos del pecado susceptible de originar una historia nueva.

Además, el Evangelio es mucho más que una historia, es la Presencia misma de Cristo en el mundo, su Palabra viva. El Salvador visita a la humanidad, pero esta le tiene que acoger para que su presencia sea efectiva. La vida cristiana es un proceso de aprendizaje infinito, una evolución constante de las actitudes y del carácter de este encuentro con

482. Ver 10/12/78, p. 27, VI.

483. 10/12/78, p. 28-29, VI.

Dios. Para el arzobispo, la parábola de las diez vírgenes expresa la previsión que deben tener los discípulos de Cristo, aquellos que aceptan seguirlo. “Es el discurso escatológico. Nos está diciendo: estad preparados porque a la hora que menos penséis será el encuentro del novio a la novia que está en el destierro, a la Iglesia⁴⁸⁴”. Los cristianos en cuanto Iglesia y Pueblo de Dios, viven en la espera de la Parusía del Señor. La muerte es el momento de este encuentro y llegará como un ladrón; por esto, hay que estar siempre preparados. Romero agrega que esta noche de vela es la historia⁴⁸⁵.

4.2. La Iglesia escatológica

La palabra “escatológico” -ciencia de las cosas últimas- nos evoca que la Iglesia señala al hombre, al pueblo, las cosas últimas, su destino, hacia dónde camina, como hombre, como patria, como comunidad; lo escatológico constituye en la teología actual uno de los temas más importantes. Y diría, hermanos, que la escatología, esa ciencia, ese saber, esa experiencia, esa esperanza que el cristiano lleva de las cosas últimas, da a nuestra Iglesia una dinámica muy original, la dinámica de la esperanza, que solo puede nacer de una fe muy grande⁴⁸⁶.

La fe en Jesucristo, contiene dos ejes: el primero es el de la realidad humana en donde hay que unirse para encarnar la fuerza transformadora de la historia; el segundo es la esperanza escatológica que nos enseña a no atarse a los bienes de este mundo sino a estar activos y tener la mirada fija en la eternidad. Esta esperanza corresponde a la de un mundo mejor que se realizará plenamente solo en el Reino futuro. La perspectiva escatológica permite al creyente establecer su “telos”, su destino último hacia el que camina; al contrario, los orígenes y la memoria histórica permiten desarrollar el sentimiento de pertenencia y de arraigo en la historia de la solidaridad humana. Estas dos dimensiones complementarias, la memoria que asienta el compromiso en la historia y la fe que determina el sentido, son indispensables para la aparición de la humanidad y de la civilización nueva. En este sentido, la escatología como finalidad última, da acceso al relativismo temporal.

484. 12/11/78, p. 295, V.

485. Ver 12/11/78, p. 295, V.

486. 06/11/77, p. 308, I-II.

4.3. La Perspectiva eterna

La dimensión de eternidad que se predica, permite establecer una cierta distancia sana con relación al tiempo, elevándose a partir de criterios diferentes de los del mundo actual y permitiendo contemplar serenamente el futuro. Según Romero, la perspectiva de la eternidad eleva al humano y le permite contemplar el fin último y trascendente de la existencia. Por ejemplo, la violencia empieza con frecuencia por el odio, puerta de entrada del pecado que envenena las relaciones personales conflictivas. Por esto, la Iglesia no puede apoyar la utilización de la violencia para vencer eficazmente la opresión política y económica. La perspectiva eterna permite ver que el uso de una fuerza ciega y desmedida no arregla nada. El ciclo de la violencia se rompe únicamente a través del diálogo. En esta homilía, Romero posiciona a la Iglesia como mediadora de los partidos en pugna teniendo en cuenta la esencia profunda de la disputa que proviene de la injusticia. Él sabe bien que la verdadera paz tiene que establecerse a partir de la justicia. Partiendo de esta base, la Iglesia trabaja enseñando valores y humanizando a los pueblos a través del Evangelio; la esencia de su autoridad moral proviene de la razón y no de la fuerza. No se trata de una lógica fría de exclusión sino de armonía humana que consiste en no hacer a los otros lo que no queremos que se nos hagan. Cristo la eleva diciendo (Jn 15,12): “Ámense los unos a los otros como yo los he amado”.

El trabajo de promoción humana que la Iglesia realiza con las clases obreras y campesinas no promueve una insurgencia violenta sino una apropiación de su propio destino. El problema es que quienes amasan fortunas explotando a la humanidad, usurpan este derecho fundamental. Tal autodeterminación del pueblo implica por supuesto exigencias políticas a través de una reforma de estructuras y de leyes para que estas sean congruentes con el bien común. En cierto modo, identificarse con Jesús de Nazaret implica redefinirse. La definición de Cristo sobre sí mismo, se sitúa a la base de los actos morales del creyente y la perspectiva eterna que orienta su vida, es lo que lo define. Los procesos liberadores de la Tierra deben interpretarse y evaluarse partiendo de los fines que se persiguen concretamente y no ideológicamente; la ideología se utiliza para esconder las verdaderas intenciones. Romero deplora que para muchos que se definen a partir de la materia, el dinero es la única finalidad.

Según los profetas del Antiguo Testamento, el olvido de la perspectiva escatológica que consiste en vivir solo para gozar inmediatamente de los bienes terrestres, lleva al castigo divino⁴⁸⁷. En el Día del Señor se realizará la justicia Divina, se condenará a

487. Ver Mal. 4,1-2.

los que viven en el pecado y se justificará al pueblo oprimido. Según los profetas, ese día traerá la liberación, pero llegará cuando menos se le espere, cuando todo parecerá perdido, dice Romero.

La Parusía, el segundo advenimiento de Cristo, expresa esta espera para los pueblos. Afirma la certeza de que aún después de la muerte, Dios restablecerá la justicia. El arzobispo ofrece a sus fieles la esperanza de la Parusía como una linterna al principio de las catacumbas, cuando la represión y la persecución reinaban. Así, la vida cristiana se sitúa entre estos dos puntos de tensión que son la encarnación de Cristo en la historia humana y la espera de la Parusía, del juicio eterno. Esta tensión obliga a velar, a no olvidar en medio de una vida fácil y confortable. Romero recuerda que las dos epístolas a los Tesalonicenses son las que explican mejor el verdadero sentido de la escatología cristiana. Estas confirman que los deberes temporales son una exigencia irrevocable para entrar en el Reino⁴⁸⁸.

4.4. Dimensión escatológica de las Bienaventuranzas

En los evangelios, el materialismo es el olvido de Dios. El *resto de Israel* son los miembros del Pueblo de Dios que hacen patente el espíritu de las Bienaventuranzas (Lc 6, 20-38). Los que permanecieron fieles, son los destinatarios privilegiados del mensaje profético; solo ellos pueden interpretarlo de manera positiva. Anunciar la caída de un imperio o de un sistema económico no puede ser buena noticia para los adeptos del régimen en vigor. Para ellos esto significa el fin de sus privilegios y la obligación de trabajar como los demás para ganar el pan.

Romero insiste en la importancia de hacer una lectura de la Biblia que sea popular, relacionada con los eventos presentes. Así, ese resto de Israel no se salvará de la deportación a Babilonia, pero sabrán interpretar su sentido, lo cual les permitirá guardar la esperanza y mantenerse vivos como colectividad. En aquella ocasión, los ricos y poderosos fueron rebajados; su pena fue su propia ruina mientras que, para los pobres de Israel, objetivamente, su situación no empeoró tanto; solo cambiaron de amos, conocían ya el trabajo duro y las privaciones. Por esto, los pobres guardan la esperanza de restablecer el reino de Israel sobre bases justas. Sofonías pregona: (2,3: 3, 12-13) “En medio de ti, dejaré un pueblo pobre y humilde”. Esta pedagogía del pequeño resto indica que hay que buscar la calidad de la vida cristiana en lugar de las asambleas de gran aparato que dan a la Iglesia la ilusión de haber concluido su misión⁴⁸⁹.

⁴⁸⁸. Ver 13/11/77, p. 321, I-II.

⁴⁸⁹. Ver 29/01/78, p. 175, III.

El mensaje de las Bienaventuranzas se asienta en la esperanza escatológica porque constituye una inversión de los valores del mundo. Ahora, los pobres y los que sufren son los destinatarios privilegiados del Reino de los Cielos para restablecer la justicia y por eso son bienaventurados. Para Romero es muy importante definir quién es exactamente ese pobre que Lucas proclama bienaventurado en su Evangelio; él no se detiene en la idea del pobre de espíritu como lo describe San Mateo. A menudo se utiliza la cuestión que concierne la pobreza de espíritu como objeción a la Teología de la liberación. Sobrino cita con respecto a esto, al teólogo hindú G.M. Soares-Pradhu:

La exégesis occidental, que forma parte de la inmensa producción ideológica de una sociedad opulenta e intensamente consumista basada en principios diametralmente opuestos a los de Jesús, se ha inclinado por la primera opción y ha intentado sistemáticamente espiritualizar la comprensión evangélica de pobre... Esta tendencia a espiritualizar a los pobres y las bienaventuranzas, que atraviesa todas las diferentes denominaciones y hace coincidir a exegetas que difícilmente se pondrían de acuerdo en casi nada más, es una buena indicación del grado en que las corrientes exegeticas están de hecho determinadas por el espíritu de la época⁴⁹⁰.

La liberación que Cristo aporta, incluye la liberación de las miserias materiales; la pobreza se vuelve entonces disponibilidad, capacidad de apertura a lo trascendental. Por esto es tan importante cultivar la renuncia a los bienes materiales guardando tiempo y recursos para vivir solidariamente y así, encontrar efectivamente a Dios. Romero dice con respecto a esto: “El pobre es aquel que no tiene suficiencia en sí mismo y hasta corre el peligro de hacerse servil, porque hay un sentimiento psicológico de incapacidad, de inseguridad. Esta inseguridad psicológica del pobre es la que Cristo quiere aprovechar para abrirlo a la esperanza del que todo lo tiene, para el que nada es imposible: Dios⁴⁹¹”.

Bienaventurados los que lloran no por ellos mismos partiendo de una vanidad agraviada sino porque la injusticia y el pecado del mundo los afligen. Aquí se ve la paradoja del cristiano que vive alegre a pesar de las pruebas y se niega a alegrarse por el pecado del mundo. Guarda un espíritu crítico. Sabe vivir en la inocencia, pero sin equivocarse ante falsas apariencias. La sed de justicia hace parte también del espíritu de las Bienaventuranzas. Romero asocia esto a la victoria definitiva de Dios contra la maldad

⁴⁹⁰. Sobrino, J. *Jesucristo liberador*, p. 154.

⁴⁹¹. 29/01/78, p. 176, III.

humana que dificulta el acceso a lo divino y la comunión entre los miembros de la gran familia humana. El misericordioso sabe perdonar y no guarda odio en su corazón; esto es la máxima generosidad que pueda existir. La mención de un corazón puro se refiere a la sinceridad que permite amar desinteresadamente. Los artesanos de paz son los que trabajan por la reconciliación en lugar de calumniar. Los perseguidos por ser justos, arriesgan sus vidas por defender a los que no saben o no pueden defenderse. Los cristianos no se complacen ni se satisfacen de bienes materiales porque esperan otra cosa más grande y pura. Su riqueza reside en Jesucristo que les da sabiduría, amor, paz y serenidad⁴⁹². Romero explica que el camino propuesto por las Bienaventuranzas, es una revolución moral de gran alcance. Este espíritu es una subversión de los valores mundanos, una inversión de paradigma, un nuevo modo de mirar la vida a partir de los más débiles y por este es el único modo de humanizar al mundo. El espíritu de las Bienaventuranzas hace caminar a la humanidad hacia un nuevo horizonte de la historia; enseña que todo es posible si la humanidad sigue a Cristo.

4.5. Una comunidad que espera activamente el regreso de Cristo

Dios salva en la historia; la Salvación-Liberación se realiza actualmente en la vida de aquellos que creen en Él en cuanto entran conscientemente en ese proceso para activarlo más. Esto corresponde a las disposiciones del corazón, pero también a las exigencias de justicia dentro de las relaciones humanas. El Pueblo de Dios vive esperando activamente el regreso de Cristo activándose a través de la evangelización y de la promoción de la dignidad humana para que haya más vida y más posibilidades de vivir con dignidad en el mundo. Esta espera exige una respuesta común para realizarse y también para transformar las estructuras que alienan y oprimen a la humanidad. Para Romero, no se trata de una salvación individual, de un “sálvese quien pueda” sino de un acto consciente que resulta de una conversión a Dios partiendo del mundo de los pobres. Esta dimensión colectiva invita a los creyentes a hacer tangible la presencia del Verbo en este mundo lo cual implica un vivir juntos que corresponde a la palabra pueblo. También necesita una solidaridad efectiva en cuanto al destino, una apertura, un proyecto común, una preocupación constante por el prójimo y un criterio de discernimiento que busca incansablemente el bien y la unión de la comunidad. No se trata de destinos yuxtapuestos que funcionan de un modo anárquico, es decir sin principios, sino de un proyecto de sociedad que derroca la dinámica actual de exclusión-dominación.

⁴⁹². Ver 29/01/78, p. 178, III.

La espera activa que vive esta comunidad es una tensión permanente que nutre su celo y su unidad. Esto hace parte del misterio cristiano de ignorar el día y la hora de esta venida que es para la mayor parte de la gente el instante de su muerte. Romero insiste en los tormentos eternos que sufrirán los que no se convirtieron a tiempo; vivir esperando al Señor implica situar su vida según los bienes últimos⁴⁹³. Por eso hay que ser activo, como se explica en la parábola de los trabajadores de la viña. El verdadero cristiano no vive según las metas de este mundo, que son, buscar riquezas, vanidad y gloria, sino según las del Reino venidero. La espera activa es lo contrario de una espiritualidad desencarnada que da la espalda a la historia. El discípulo de Cristo en su trabajo o en su profesión está consciente de que hay una sanción divina para todos sus actos; olvidar esto sería retroceder en la marcha hacia Dios y la espera de su Reino. Romero precisa que la contemplación pertenece al más allá y que por ahora, hay que trabajar para destronar al pecado de este mundo.

La vida cristiana debía ser como aurora del siglo nuevo. La vida cristiana llena de esperanza, llena de fe, llena de santidad, debía de reflejar a los hombres que no todo se termina en esta tierra, que hay un Reino de Dios hacia el cual caminamos y seremos felices, donde habrá justicia y amores consumados, sin peligros de profanación; pero mientras tanto no somos más que un vislumbre, una aurora, un anuncio⁴⁹⁴.

Los creyentes no viven en el temor paralizante de Dios; por el contrario, la certeza de su regreso glorioso les da fuerzas para ayudarse a vencer el espíritu de conformismo y de abandono. Cristo es su valor; en Él, nos les faltará nada; viven con la certeza de la Resurrección victoriosa, dice Romero. El progreso terrestre y el del Reino no son iguales, sobre todo cuando el primero busca únicamente enriquecer a una minoría. El verdadero progreso consiste en establecer la justicia; debería medirse el avance de un país no según el P.I.B., sino según la distribución efectiva de las riquezas disponibles. Los bienes de justicia tienen una cualidad trascendente debido a su naturaleza; adquieren perennidad y repercuten en la historia humana produciendo numerosos frutos de vida y de conversión. Sin embargo, el pecado humano afecta al progreso del mundo y no se identifica al proyecto de Dios.

493. Ver Mt 25,31-46.

494. 19/11/78, p. 308-309, V.

5. Trascendencia de la libertad cristiana

Dios quiere esencialmente que el ser humano no actúe por imposición, lo cual esteriliza el dinamismo creador, sino por amor y convicción en su búsqueda del Reino de Dios. Así, Jesús se presenta con una libertad soberana que no le permite actuar de manera egoísta, sino con una gran disciplina para salvar a todos los que lo desean. Juan Luis Segundo que asocia la libertad individual al libre arbitrio dice: “Está claro que cuando aplicamos el libre arbitrio a la obtención de un valor o de la felicidad lo cual es un término que los comprende todos, que cada acción con intención positiva es limitativa en cuanto al resultado. Dicho de otra manera, escoger un camino es abandonar todos los otros⁴⁹⁵ .”

El individuo que se encierra en sí mismo, se encuentra con una libertad sin sentido, que le impide determinarse tomando conscientemente un camino. Boff por su parte repite que los humanos son seres determinados y que su libertad está delimitada siempre por el contexto histórico y por las condiciones sociales en las que viven. Él asocia la búsqueda existencial de la libertad a una cierta apropiación de la conversión que permite a los humanos el constituirse partiendo de una opción fundamental a pesar de las contingencias que la historia le impone.

En primer lugar, el ser humano vive en una determinación. La situación lo precede. Entra en un mundo ya decidido, hecho y por mejorar; en un camino ya recorrido y por hacer todavía. Esto es lo que constituye la determinación y también la fatalidad personal, en un sentido positivo. En segundo lugar, emerge el vigor original del “ser espíritu” que se auto-determina ante la determinación en la que ya está. El término “auto” expresa la fuerza propia y libre a través de la cual el humano se plantea una nueva determinación (“sobre determinación”); él puede, sea asumirla o criticarla o rechazarla. La libertad consiste en auto realizarse dentro de su determinación existencial, social y política. Es poder comprometerse. Esto solo puede hacerlo el que es libre en nombre de una finalidad. Puesto que está siempre dentro de una determinación, se somete a ella, la sobre determina, la asume o la rechaza⁴⁹⁶.

495. Segundo, J. *A História perdida e recuperada de Jesus de Nazaré*, p. 15.

496. Boff, L. *Teologia do Cativo e da Libertação*, p. 107.

Sobre este mismo tema, Sobrino señala que vivir en el Resucitado da acceso a un grado inesperado de libertad, no para entregarse a todos sus caprichos sino para realizar la vocación de criatura de Dios. “La libertad refleja el “triumfo” del Resucitado no porque aleje de nuestra realidad material, sino porque nos introduce en la realidad histórica para amar sin que nada de esa realidad sea obstáculo para ello. El hombre libre, cristianamente hablando, es el que ama y a fin de cuenta solo ama, sin que ninguna otra perspectiva le desvíe del amor⁴⁹⁷”. A propósito de esto, Oscar Romero dio muestras de una libertad ejemplar para amar a los pobres de su pueblo de un modo indefectible hasta asumir consciente y plenamente el sacrificio de su propia vida. Parece haber una correlación implícita entre la noción de libertad cristiana y la capacidad de afrontar sus temores. Los héroes y los mártires comparten el mismo espíritu de libertad y de valor que los hace ofrecer el don supremo por amor a los otros y a la verdad. Así sobre-determinan a través del ejemplo de libertad el sentido de su existencia.

Más concretamente, Ellacuría⁴⁹⁸ denuncia las libertades que el sistema capitalista ofrece mientras que objetivamente el 50% de los habitantes del planeta no puede acceder a la educación ni a un trabajo que les permita participar por lo menos de una manera mínima en la sociedad de consumo. En este sentido, la libertad no es un bien individual que se desarrolla perjudicando al bien común; ella tiene que liberar al conjunto de la sociedad de todo lo que la oprime, la enajena en su dignidad humana y la obstaculiza en su vocación de criaturas de Dios. De otro modo, la libertad individual se ejerce a expensas de la mayoría representada por los desheredados del Tercer Mundo. Para ser auténtico, afirma inspirándose en Kant, la libertad perseguida debe ser aplicable a todo el género humano. Resalta rápidamente que el nivel de consumo de los países ricos es contrario a la moral porque objetivamente, es imposible generalizarlo sin destruir irremediabilmente los recursos del planeta. Por eso los teólogos y los filósofos sostienen que la libertad auténtica proviene de la justicia; de hecho, ella no puede existir de una manera aislada, sin tener en cuenta el problema fundamental de liberar al humano del pecado, de la ley y de la muerte.

Comblin sugiere que aún dentro de la Iglesia, el ejercicio del poder tiene que descentrarse de él mismo para lograr comunicar un “cristianismo de libertad” en lugar de un “cristianismo de autoridad”⁴⁹⁹. Este teólogo recuerda que la expresión “Reino de Dios” que Pablo tradujo al griego, está relacionada con la palabra “libertad” como

497. Sobrino, J. *La fe en Jesucristo*, p. 147.

498. Ellacuría, I. “*Utopía y profetismo*”, *Mysterium Liberationis*, I, p. 415-419.

499. Ver Comblin, J. *Vocação para a Liberdade*, p. 17.

lo vemos en la epístola a los Gálatas: “Cristo nos liberó para que podamos vivir como personas libres” (5,1). Esta palabra se refiere ante todo a la liberación de la esclavitud, de la ley para los judíos y del pecado para los paganos. Según el mismo autor: “La ley para san Pablo contiene una función pedagógica para el aprendizaje de la libertad”⁵⁰⁰. Así, el motor de libertad que inauguró Jesús de Nazaret, es el amor que invita al género humano a trascender sus límites y sus diferencias. Por eso, para que la libertad florezca, el individuo o los pueblos que quieran adquirirla, deben pasar por un esfuerzo de conversión y de autocrítica. Ella representa el crecimiento y la apertura, busca el bien y quiere realizarlo. La trascendencia de la libertad cristiana es el camino de la santidad que conduce a la nobleza del corazón. Esto es lo que justifica la expresión de la teología paulina: “Ser libre es ser hijo o hija de Dios”⁵⁰¹. Comblin agrega:

La verdad los liberará”, dice san Juan (8,32). La libertad es lo que el ser humano debe saber, su razón de ser, su vocación. No se trata de una libertad teórica sino de la razón de ser de la vida, el objetivo final de la existencia. Jesús afirma que hay una sola verdad. La verdad es la vocación humana y esta verdad está en Jesús. Él tiene la llave y puede decir: “Soy la verdad” lo cual es el objetivo final de la humanidad, lo que explica todo. El resultado de esto es la libertad. La libertad orienta todo⁵⁰².

5.1. Vocación para la libertad

La paradoja de la condición cristiana revela la verdadera esencia de la libertad perseguida. Esta no ofrece ninguna otra seguridad que aquella de un trabajo sin fin; es una conquista permanente del esfuerzo humano del cuerpo y del espíritu. La libertad es una vocación, una llamada para liberarse uno mismo para ir hacia los otros. La base en el pensamiento cristiano, es el amor y la compasión y se sitúa en el polo opuesto de la pretendida libertad que se entiende como una ausencia de responsabilidades. El cristiano es responsable de sus actos ante Dios y esto es justamente lo que le hace libre ante el pecado que lo enajena y encadena a sus pasiones que son: “el deseo, el rencor y la ignorancia” que corresponden a los deseos de la carne en Gálatas (5, 19-21)⁵⁰³, dice Comblin. Justamente, la esencia de esta libertad no es dejar libre curso a esas pasiones sino aprender a canalizar la fuerza bruta que encierran hacia objetivos más nobles y conformes con el esfuerzo trascendente de liberación que Cristo ofrece. Según Romero, esta es la esencia paradójica de la liberación cristiana:

500. *Ibid.* p. 51.

501. *Ver Ibid.* p. 54.

502. *Ibid.* p. 55.

503. *Ibid.* p. 46.

Nos ha llamado a sufrir, y aquel que no tuvo pecado es Cristo, es el que más ha sufrido. (...) Porque a esto nos llama el Señor: a sufrir. Pero a sufrir mientras se hace el bien. ¡Miren qué contraste, qué política la de Dios! De modo que el premio para hacer el bien no va a ser estar bien yo. (...) Por eso les digo, una liberación que no quiere ser comprada a base de dolor, de sufrimiento, es una pura mentira. No existe un paraíso en esta tierra. La liberación completa será más allá de nuestra muerte, pero ya tiene que comenzar a realizarse en esta tierra. Y es necesario desinstalarse. Me da pena hermanos, que en esta hora que el pueblo ya no aguanta una situación haya tanta gente indiferente porque prefieren como los de Egipto seguir comiendo las cebollas de Egipto; y protestan contra Moisés porque en el desierto sufrían el camino de su liberación: “¿Para qué nos has sacado de Egipto? Aunque éramos esclavos estábamos mejor, comíamos carne, teníamos ollas”. Así es la situación de muchos, prefieren estar bien ¿Hasta cuándo? Y no la liberación definitiva que supone un sufrimiento, un paso por un túnel oscuro como fue la pasión de Cristo. Y San Pedro nos anima, es una pasión breve. Breve es el sufrimiento, pero hay que aceptarlo con toda la alegría con que Cristo se abraza a su cruz y camina al Calvario y cae y en vez de quedarse caído se levanta tres veces, hasta que lo claven en una cruz porque sabe que solo entonces se consuma la redención⁵⁰⁴.

El mensaje evangélico molesta porque es un llamado, una convocación. La responsabilidad humana es personal, pero refiere siempre a los demás porque en el Cuerpo de Cristo, todos son responsables los unos de los otros. Para Romero, el sufrimiento que es con frecuencia una consecuencia de la injusticia, es una palanca poderosa de Redención. Una de las razones por la que hay tanto desequilibrio en el mundo, es que muchos se niegan a llevar su carga y la hacen llevar por otros mientras que ellos acaparan poder, saber y riqueza. A sus ojos, la vocación cristiana es un camino duro y lleno de sacrificios para poder responder a las esperanzas del Ser amado. Esta visión presupone un contexto en el que aquél que es fiel al Evangelio, se arriesga a la persecución y la inseguridad. Más allá de esta situación especial, hay que constatar que el sufrimiento y la muerte hacen parte de la condición humana. Este es el significado que Romero le da a la cruz para que, en el momento de la última prueba, el cristiano sepa ofrecer a Cristo el valor de su dolor y de su vida entera.

504. 16/04/78, p. 173, IV.

5.2. Exigencia de la liberación

El término liberación en su contexto latinoamericano no procede originalmente del medio teológico; en efecto, su resonancia proviene del ambiente social y político. Según Libanio, el concepto de “liberación” se reactualizó en América Latina a través de la “teoría de la dependencia” de los países en vía de desarrollo en relación con los desarrollados⁵⁰⁵. La “liberación” se introdujo en el universo del pensamiento teológico de los sesenta últimos años como un signo de los tiempos que la inteligencia cristiana ya no podía ignorar. El deseo de independencia y de desarrollo, originó una toma de conciencia sobre la necesidad de liberarse de estructuras económicas y políticas represivas y enajenantes. Su entrada en el mundo de las letras, la historia, la filosofía y la cultura permitió aprehender el verdadero sentido de la historia. La teología a su vez, recuperó esta conciencia emergente para interpretarla en relación con la fe en un Dios liberador que acompaña la larga marcha de la historia de la humanidad, haciendo hincapié en lo bueno y lo verdadero que luchan para implantarse en las relaciones humanas.

El terreno propiamente dicho de la liberación está constituido por un eje personal y otro comunitario; los dos están comprendidos en un punto de vista global que incluye la inmanencia de la trascendencia y viceversa. La comunidad se libera por el bien del individuo y este último renuncia a su pecado para entrar en la lucha política de transformación estructural. Según Libanio, este grado de liberación social se sitúa en el tercer nivel que integra al individuo. Debe estar precedido de la liberación del mundo de la superstición religiosa causado por la ignorancia y la del mundo psicológico que comprende el miedo, los deseos y el rencor.

Aquél que rompe las barreras de sus complejos, de sus neurosis, de sus represiones internas y destrona a los tabúes y las tradiciones para alcanzar la liberación, chocará con los límites de las estructuras sociales. Al principio, en el momento de la euforia, le parece que podrá liberarse de las estructuras opresivas de la tradición creando estructuras democráticas. Pero estas mismas se muestran opresivas poco a poco para las clases populares⁵⁰⁶.

505. Ver Libânio, J. *Teologia da Libertação, Roteiro didactico para um estudo*, São Paulo, pp. 147-149.

506. *Ibid.* p. 144.

Para el arzobispo, la liberación del pecado y la liberación social, van juntas, ninguna puede realizarse plenamente sin la otra. Por eso considera que la conversión debe preceder el compromiso contra la opresión de las estructuras. Para él, la conciencia social hace parte de la fe en Jesucristo. “Nadie puede decir que ama a Dios a quien no ve, si abandona al hermano que está a su lado”. La relación de estas dos dimensiones de la vida humana, social y espiritual es indispensable para la construcción de un mundo más humano. Separar la fe de los actos es un divorcio que quita toda credibilidad al Evangelio que es ante todo una fuerza transformadora. El Evangelio es un tesoro que debe dar fruto; su acción se dirige al mundo que aspira a una liberación que parece inalcanzable, escribe Puebla.

La carencia de los bienes esenciales a la vida es un mal que ofende a Dios y que los profetas denunciaban como una ruptura de la Alianza. Esta última se realizó sobre una base comunitaria y aspira a la salvación histórica de una comunidad, de un pueblo. La pobreza dentro de una nación revela una injusticia ya sea nacional o internacional; aún más, cuando la pobreza convive con la riqueza, la primera es una condena para la segunda. En el Evangelio de Lucas, (6,20) el reino de los Cielos está destinado a los pobres y podrá ser accesible a los demás en la medida en que se muestren solidarios con los primeros. Los ricos viven satisfaciéndose sin preocuparse de los demás. Aunque tengan a veces gestos de caridad para calmar su conciencia, esto no pone en duda su opción fundamental. Para Romero, la pobreza es el fruto de la injusticia social y del pecado. Los pobres son el camino de la Iglesia para tratar de restablecer la justicia o por lo menos, de no aceptar la avaricia de los ricos. Los pobres son la llave para comprender la fe cristiana, gracias a ellos se pone en evidencia la perversidad de un sistema que solo sirve a algunos.

También, la pobreza representa una actitud de humildad y apertura hacia Dios. La Teología de la liberación no aboga por una pobreza material en la que falten bienes esenciales para sobrevivir. Esta actitud interior se manifiesta con frecuencia en las personas sencillas que no fundan sus anhelos en la adquisición de la riqueza. El espíritu de pobreza consiste en tener conciencia de que los bienes materiales son transitorios. Este espíritu es también la actitud de darse a los demás lo que crea una verdadera comunidad. El sermón de las Bienaventuranzas debe interpretarse a través del contexto histórico del dominio romano. Romero dice que no hay que espiritualizar las Bienaventuranzas para que no pierdan su tono mordaz. La liberación de la opresión llegará, pero se debe hacer según el espíritu de las Bienaventuranzas, partiendo de una

actitud humilde y solidaria que pone su confianza en Dios. La verdadera liberación es imposible si se hace con dominación, orgullo, autosuficiencia y egoísmo. “La pobreza es una fuerza de liberación porque además de ser una denuncia contra el pecado y de ser una fuerza de espiritualidad cristiana, es, en tercer lugar, un compromiso⁵⁰⁷”, declara el arzobispo.

De esta reclamación profética y de esta disponibilidad de corazón, debe nacer el compromiso del pobre y del rico a favor de un mundo más justo que podrá vivir en paz. Se trata de una opción social que consiste en no desear la riqueza y optar por un modo de vida simple en el que no trata uno de alejarse a causa de un espíritu elitista. El cristiano que quiera ser el fermento dentro de la masa, debe adentrarse en ella. Romero expresa radicalmente esta exigencia al afirmar: “El cristiano que no quiere vivir este compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano...”⁵⁰⁸. Se trata de una solidaridad eficaz que lleva a tener el mismo destino que los pobres.

El carácter cristiano de la liberación se revela a través de Jesús histórico; Él no discrimina y ayuda a los que están cautivos. Ya sea un problema moral o de salud, Jesús trata de aliviarlos sin importarles los orígenes sociales o si pertenecen o no al pueblo elegido. El carácter integral de la liberación cristiana se refiere a todas las dimensiones de la persona humana y sirve como criterio de discernimiento a proyectos políticos, aun los que se pretenden liberadores, aunque omitan algunos aspectos de la riqueza de la libertad humana. Así mismo, reconoce la necesidad urgente de abolir estructuras de dominio y explotación, porque la liberación cristiana comprende toda la persona. Se trata de romper las cadenas internas: el pecado personal, las creencias enajenantes y todas las neurosis acumuladas en el alma humana. Otra característica fundamental de la liberación cristiana es que no excluye a nadie y actúa en el terreno común del pueblo y de los pobres que constituyen la mayoría de los excluidos y por esta razón, el lugar efectivo de un mundo nuevo.

5.3. La Iglesia, un servicio de liberación personal, comunitaria y trascendente

El 23 de marzo de 1980 fue la última presentación pública de Oscar Romero, la víspera de su muerte. En cierta manera constituye su testamento político y espiritual. En ella afirma que, aun en el momento de las pruebas y de la persecución, la esperanza del pueblo cristiano es la Redención. En este sentido, la Cuaresma representa una larga

⁵⁰⁷. 17/02/80, p. 239, VIII.

⁵⁰⁸. 17/02/80, p. 240, VIII.

catequesis para ayudar a los cristianos a comprender el proyecto de la Salvación-Liberación. Según él, el proyecto histórico que encarnará mejor el proyecto divino, será el que tenga mayores posibilidades de éxito. Por eso, los creyentes desde la Palabra divina tienen la obligación de referirse a la realidad y afirma: “Nadie tome a mal que a la luz de las palabras divinas que se leen en nuestra misa iluminemos las realidades sociales, políticas, económicas, porque de no hacerlo así, no sería un cristianismo para nosotros. Y es así como Cristo ha querido encarnarse para que esa luz que Él trae del Padre, se haga vida de los hombres y de los pueblos⁵⁰⁹”.

El Evangelio debe predicarse dentro de las realidades conflictivas de la historia. Cristo es el camino que lleva a Dios, pero para tomar ese camino, la conversión es esencial. La historia de los pueblos debe llegar a ser el reflejo de la Historia de la Salvación-Liberación porque cuando el humano busca esta armonía, encuentra la felicidad. En el Antiguo Testamento Israel es el modelo del pueblo que encuentra a Dios en el corazón de su historia. Esta homilía desarrolla el tema difícil de la liberación bajo tres aspectos complementarios: personal, comunitario y trascendente.

Romero constata que “La dignidad de la persona es lo primero que urge liberar”⁵¹⁰. En el episodio de la mujer adúltera a quien se le quería lapidar, Jesús elige el perdón y la misericordia antes que la ley. “Dios no salva el pecado, pero si la dignidad de una mujer sumergida en el pecado⁵¹¹”. Interpela la conciencia de cada uno: “Que el que esté libre de culpa, lance la primera piedra”⁵¹². La Salvación-Liberación empieza por arrancar al pecado de cada uno para permitir el redescubrimiento de la autoestima que está alterada a causa de la conciencia enajenada. La Redención empieza por la recuperación de la dignidad humana y entonces, por la capacidad de indignación moral ante la injusticia. Para Jesús, el ser humano no está subordinado a la ley. Cristo está por encima de todo: de la ley, del pecado, de las convenciones, de las riquezas, y sitúa a la persona en el centro de todos los esfuerzos liberadores. Romero que se considera como el pastor de un pequeño núcleo de la población salvadoreña, dice: “Dios quiere salvar todo el pueblo⁵¹³”. Este núcleo no representa a todos los bautizados sino a todos los creyentes que decidieron vivir su fe plenamente, encarnando los valores evangélicos.

509. 23/03/80, p. 359, VIII.

510. 23/03/80, p. 361, VIII.

511. 23/03/80, p. 361, VIII.

512. (Jn 8,7)

513. 23/03/80, p. 364, VIII.

Dios renueva la historia con su Presencia como lo hizo al regreso del exilio en Babilonia. Los pormenores nunca se repiten porque la historia de la Salvación-Liberación siempre es nueva y por eso la gente no debe instalarse en las tradiciones sino más bien encarnar la fe en las realidades que cambian. También, los proyectos históricos de los humanos no deben quedarse en instituciones ni en proyectos políticos fijos en el tiempo sino por el contrario, comprenderlos como un proceso permanente de la humanidad que marcha hacia el Reino de Dios. La identidad cristiana consiste en reflejar y encarnar los valores del Reino dentro de las relaciones humanas, de las leyes y de las estructuras. Los proyectos humanos que no se fundan en esos valores, son empresas efímeras. Estos valores son: respeto de la dignidad humana, realización de la voluntad de Dios y establecimiento del reino de Cristo entre los humanos. Este paradigma del Reino de Dios da a la Iglesia una gran libertad de expresión para decir a cada uno lo que está bien y lo que está mal, porque el único interés que debe defender es el del pueblo.

Desde esta perspectiva, “la trascendencia da a la liberación su verdadera y definitiva dimensión⁵¹⁴”. Esto es primordial y nunca se debe renunciar. La trascendencia es mirar el proyecto de Dios como criterio de discernimiento para encontrar soluciones a problemas concretos de la humanidad. Se trata de evitar parches, soluciones a corto plazo. Este es el horizonte que el prelado propone a los proyectos históricos para que sean auténticos y eficaces. La perspectiva “reinocentrista” crea una distancia con la maraña de la complejidad social y, partiendo de una concepción cristiana del ser humano y de la sociedad, permite una visión más global. Por lo tanto, es importante buscar una cierta compatibilidad entre las alternativas sociales y el proyecto global del Reino, partiendo de una perspectiva trascendente que hace abstracción por un momento de las contingencias de la historia. Romero establece tres criterios para poder participar en esta lógica divina: a) Reconocer que Dios es el protagonista de la historia y que el ser humano no puede controlar todo; b) Partir de la Redención del pecado que es el origen de todos los problemas y encontrar una solución para vencerlo en lugar de desplazarlo a otros lugares; c) Nunca renunciar a Cristo como camino y meta de la verdadera liberación. Esta es una de las consecuencias nefastas de adentrarse en la política para muchos cristianos⁵¹⁵. A continuación, el arzobispo hace esta profesión de fe con matices proféticos.

Hermoso el momento en que el hombre comprende en que no es más que un instrumento de Dios. Tanto vive cuanto Dios quiere que viva.

514. 23/03/80, p. 367, VIII.

515. Ver 23/03/80, p. 368-369, VIII.

Tanto puede, tanto Dios quiere que pueda. Tanta inteligencia tienes, solo la que Dios te ha dado. Poner todas esas limitaciones en las manos de Dios, reconocer que sin Dios no se puede hacer nada. De allí, queridos hermanos, que, en un sentido trascendente de esta hora en El Salvador, es orar mucho, muy unidos con Dios. Y hay gente que está trabajando por la liberación uniéndose con Dios. (...) ¡No está vencido nadie, aunque lo pongan bajo la bota de la opresión y de la represión, el que cree en Cristo, sabe que es un vencedor y que la victoria definitiva será de la verdad y de la justicia...!⁵¹⁶

Para Romero, “Cristo es el modelo y la fuerza del verdadero liberador⁵¹⁷”. El liberador se identifica plenamente con los sufrimientos de su pueblo, al punto de olvidar su propia persona. Así, Cristo asume las consecuencias del pecado y de las debilidades de su pueblo para salvarlo; considera una gloria el salvar a su pueblo. Cristo trajo la vida, da su vida para que los humanos puedan acceder a la vida eterna. Es lo que hace decir a Romero: “No vamos solos en nuestro esfuerzo liberador, el Eterno Sacerdote va con nosotros y nosotros podemos acudir a Él para capacitarnos y ser de verdad los liberadores que esta hora necesita la patria⁵¹⁸”.

Conclusión

Este capítulo permitió aclarar la concepción que Oscar Romero tenía sobre la función profética del cristiano, fundada en la fe en Jesucristo y sobre la proclamación de la Palabra verdadera en favor de la justicia. El prelado atribuye este papel a todos los cristianos, ellos son testigos y mensajeros de Cristo resucitado en un ambiente de muerte y opresión marcado por el pecado del sistema idólatra. Ante el paroxismo de los hechos, Romero pone en evidencia las mentiras del aparato ideológico hasta las instancias más altas del imperio capitalista, interpelando al presidente de Estados Unidos de América para que ya no abastezca de armas a un régimen tirano.

La avidez de los ricos y poderosos busca un número cada vez mayor de víctimas para poder mantenerse y esto lleva a Oscar Romero a utilizar un estilo apocalíptico en el que los mártires participan de la gloria eterna y los verdugos se queman en el infierno. Esta retórica vieja del mal absoluto aplicada a una situación histórica muy

⁵¹⁶. 23/03/80, p. 368-369, VIII.

⁵¹⁷. 21/10/79, p. 373, VII.

⁵¹⁸. 21/10/79, p. 374, VII.

cruenta, despoja al poder político y militar de toda legitimidad y da esperanza a miles de cristianos militando en una vida de fe encarnada en las Comunidades Eclesiales de Base. El género apocalíptico expresa la construcción de una nueva conciencia fuera de ese contexto en el cual la expresión y la realización del Reino de Dios son imposibles.

Partiendo de los signos de los tiempos, el profeta ya sea individual o colectivo, proclama la verdad con respecto a sistemas de explotación y de exclusión que niegan la dignidad humana e impiden la expansión del Pueblo de Dios como sujeto histórico consciente de su misión doble de evangelización y de humanización. También ejerce una función crítica para revelar los mecanismos ideológicos que se erigen contra Dios y contra la instauración de un Reino de justicia en el cual las relaciones de dominio serán remplazadas por una dinámica fraternal. Por el contrario, la ideología trata de esconder las inmundicias del poder haciendo que las víctimas se sientan responsables de sus propios crímenes contra la humanidad.

La comunicación como acto profético que trata de transformar la realidad partiendo de la conversión de los corazones y del despertar de las conciencias, es el vector principal de la función profética. Se ejerce tomando en cuenta una exégesis histórico-crítica, de la mediación socio analítica y del público que la recibe. Se realiza de manera proactiva tratando de impactar al auditorio, aunque algunos se escandalicen. En este sentido, la toma de la palabra por los pobres reunidos en Comunidades Eclesiales de Base, corresponde a una praxis de liberación que trata de despertar las conciencias, recuperar la memoria histórica de resistencia popular, denunciar las estructuras injustas porque se oponen a la voluntad divina y reforzar la cohesión del conjunto comunitario en vista de un proyecto común. Romero las considera por esto como proféticas.

La dimensión política se interesa en especial en la mediación histórica en el contexto de insurrección de la época de Romero. Trata de establecer un discernimiento entre la afirmación de la fe cristiana y el ejercicio de la democracia. Las dos dimensiones están relacionadas para evitar las trampas de una fe desencarnada que se interesa poco en la historia y de una concepción política opuesta a la moral y al respeto de los derechos fundamentales de la persona que pretende justificarse con la razón de estado.

La escatología mantiene la relación entre las contingencias de la realidad y el ideal del proyecto de sociedad que corresponde mejor a los designios del Reino de Dios. La perspectiva escatológica permite entender el mundo partiendo de otro ángulo diferente

al de la racionalidad operacional que busca resultados inmediatos a corto plazo. Esta dimensión constitucional de la realidad fue revelada por Cristo y continúa presente en la inmanencia. Como actitud existencial, suscita soluciones insospechadas a problemas aparentemente insolubles, partiendo de la realidad global de la Historia. Inscribiéndose en la continuidad, su relación con el tiempo presente la erige con densidad creadora. Gracias a su amplia mirada, logra extirparse de la actualidad para aprovechar todas las posibilidades reales teniendo en cuenta el camino recorrido. Aunque contempla el fin de la historia, no trata de precipitarlo, está esperando, al acecho, en vela, con paciencia y valor.

La trascendencia de la libertad cristiana consiste en determinar valores y comprometerse eficazmente a realizarlos. No se puede negar la importancia del condicionamiento social pero el ser humano posee recursos para negarse a someterse a lo inadmisibles. Cuando un número significativo de individuos accede a ese nivel de conciencia, la ideología dominante entra en crisis de legitimidad y descubre su relación esquizofrénica con la realidad. Se le pone en duda a partir de la base misma y pierde progresivamente toda credibilidad, se fisura a partir del interior. Comienza entonces el proceso de Salvación-Liberación. Mientras que sus raíces sean más profundas en el imaginario colectivo y se comprenda mejor lo que está en juego, los frutos del esfuerzo liberador serán más auténticos y durables.

La función profética que la trascendencia de la libertad cristiana ejerce, está hecha de interrogaciones, de espíritu crítico hacia las estructuras y los valores de este mundo y de proposiciones de paradigmas nuevos que puedan derrocar símbolos representativos del orden establecido. Esta libertad no es individualista lo cual la privaría de determinación positiva; está orientada hacia el servicio y la liberación de los demás. Esta liberación es definitivamente la meta que la función profética busca para acceder a la libertad sin exclusión para el mayor número posible de humanos.

VII

Las exigencias históricas de la salvación-liberación

Este último capítulo quiere ser una síntesis analítica de los puntos principales de las homilias de Oscar Romero con respecto a las exigencias históricas de la Salvación-Liberación. Hemos visto con él, hasta qué punto este plan incluye la dimensión política y social en la cual los pobres son el sujeto histórico que da vida al proyecto del Reino de Dios. La Salvación-Liberación se inicia en el camino de la conversión y esto implica una revisión de los criterios de la fe y de las actitudes sociales hacia los despojados. Las relaciones humanas que apoyan esta visión antropológica, presuponen lazos de cooperación y excluyen una dinámica de dominación que corresponde a la ley del más fuerte. Las liberaciones humanas se insertan en la liberación final llevada por Cristo quien las asume todas en la medida que trabajen por el bien de la humanidad en el respeto de la dignidad humana.

La predicación de Romero opone el pecado presente en toda sociedad, a la importancia de tener una idea clara sobre la salvación buscada. El Antiguo Testamento le sirve de tela de fondo para explicar la intención de Dios de formar un pueblo que participe colectivamente en la edificación de un Reino de justicia y de paz. El arzobispo insiste en la importancia de tener una visión clara de la persona y de la misión del Jesús histórico y del Cristo resucitado que prosigue su obra en la historia. Según él, la redefinición de la intención divina y del proyecto de Salvación-Liberación, implica una restauración de la vivencia eclesial concebida como la presencia orgánica y mística de Cristo en la historia. Finalmente, el cristiano y el pueblo conscientes de esta misión, se vuelven heraldos de Dios por sus actitudes y su palabra profética.

1. La tiranía, encarnación del Mal

En un lenguaje un poco maniqueo, Romero describe al Anti-Reino como la representación del Mal que establece su dominio sobre el mundo. Según él, este corresponde al principio de muerte que gobierna todas las formas de imperialismo económico, cultural y político, del que la oligarquía salvadoreña constituye el último eslabón. Partiendo de una realidad histórica inhumana, el pastor revela la presencia de signos de los tiempos opuestos a la voluntad divina y a su proyecto de Salvación-Liberación. Él no quiere ya apoyar un régimen político edificado sobre el miedo y la tiranía y lo afrenta con

palabras proféticas de tono apocalíptico que manifiestan la profunda ruptura entre las libertades democráticas y la vileza de la represión militar.

El paradigma irrevocable de discernimiento ético que aplica a la realidad, será la suerte del ser humano pobre como sujeto histórico organizado y las masas populares víctimas de la indiferencia y de la opulencia de los ricos. Su estandarte principal será la defensa de la vida y de la dignidad humana atropellada por medio de secuestros, torturas y ejecuciones arbitrarias. Romero trata a través de sus palabras de reconstruir el verdadero sentido de la historia, deformado por el sistema de propaganda ideológica y por la complicidad silenciosa de los medios de comunicación.

Según su punto de vista, la denuncia del pecado hace parte integrante del trabajo de evangelización. La originalidad del arzobispo reside en que en sus prédicas incluye conceptos recientes en aquella época como la idolatría y el pecado estructural. No renuncia sin embargo a utilizar la definición más tradicional del pecado como un instrumento poderoso para liberar por un lado a los pobres para que aprendan a erguirse colectivamente y a ocuparse de su destino común; por otro a los ricos para que emprendan el camino del desprendimiento material si aspiran a la salvación y finalmente a los dirigentes políticos populares que pretenden querer liberar al pueblo de la miseria y de la opresión. Estos últimos según Romero, deben convertirse para ser libres y poder así liberar al pueblo.

Con frecuencia, el pastor hace alusiones alegóricas para referirse a los reinos de la tierra que sirven al Anti-Reino utilizando la corrupción, la delación y la mentira como instrumentos de ejercicio del poder. Aquí, el pecado es realmente mortal. Recuerda -como una verdad fundamental- que el pecado está inscrito en la naturaleza humana y que tiende a erigirse en sistema, cristalizándose en las mentalidades y en los corazones antes de convertirse en el alma misma de las leyes que gobiernan las sociedades. De hecho, la racionalidad operacional puede utilizarse con los propósitos más inhumanos si no es consciente de los valores y de los intereses en que se funda.

La definición de pecado y la noción del Mal que de esto deriva, dependen en gran parte de la noción que tenemos de la Salvación. En efecto, a nivel personal, el pecado vuelve al ser humano ciego e insensible al mal que provoca; oscurece la conciencia independientemente de toda argumentación para justificarse. Por eso utiliza la mentira, oprimiendo la verdad. Romero denuncia entre otras cosas al pecado de omisión que

abre el camino a las fuerzas mortales obrando en toda sociedad. Según él, a largo plazo, la única manera de erradicar el pecado para prevenir el deterioro moral de un pueblo, es el trabajo de evangelización y de promoción humana.

El prelado revela también el papel perverso del pecado estructural, que no surge de manera fortuita; al contrario, representa el resultado de un esfuerzo organizado para proteger y favorecer un grupo de intereses determinados. En algunas circunstancias su impacto es tan fuerte, que anula en el individuo todo trabajo de concientización y establece de hecho la emergencia de una contracultura mórbida, la exaltación del Anti-reino como subproducto del sistema dominante. Reduce como ya se sabe, el ejercicio del libre arbitrio y del desarrollo moral. El pecado estructural al que todos colaboran corresponde a la lógica de exclusión y de explotación inherentes a todo sistema de dominación. Por esta razón, el juicio que se hace sobre las estructuras, los regímenes y las ideologías que los apoyan, se hará en función de la vida de los pobres.

En este mismo orden de ideas, el obispo denuncia el carácter sacrificial de la idolatría, identificándola con la sed insaciable de poder y de dinero. A pesar de que los ídolos son fabricados por los seres humanos, estos lo olvidan rápidamente y les atribuyen poderes sobrenaturales. De un modo más prosaico, los ídolos tienen un sistema de intereses entrelazados que les permite hacer coerción a los humanos para que los sigan. Así, exigen todo lo que necesitan para mantenerse e incrementar su poder. Una vez establecido, el sistema idólatrico se vuelve absoluto e inmutable porque cuenta con el consentimiento de la mayoría y ha penetrado las diferentes clases sociales destruyendo su alma, el sentido de sus valores y el espíritu de resistencia.

Romero califica los ídolos de mortales, en el sentido que generan muerte, porque petrifican el corazón de los que los adoran volviéndolos insensibles al destino de los pueblos y de los humanos vencidos. Por otro lado, lo que permite a ofertas idólatras tan parciales volverse absolutas, es su promesa de salvación que no es de la misma naturaleza que la Salvación cristiana salvo si se usurpa su contenido, lo cual es siempre posible. En efecto, la salvación que ofrecen los ídolos es un bien parcial e inmediato como el dinero, el poder, el placer sexual y la gloria la cual es la cumbre del reconocimiento social o inclusive a veces la “ciencia” presentada como verdad absoluta a la que debe someterse ya que lo contrario sería una herejía.

Para este hombre, la fe en un Dios de Vida se define en oposición a un sistema idólatra que produce la esclavitud, la exclusión y, a fin de cuentas, la muerte de la mayoría de

los seres humanos del planeta. El ídolo está subyugado por un conjunto de valores opuestas al Reino de Dios y diabólicas (día-bolos, que divide) en sus mediaciones efectivas y simbólicas. Las idolatrías principales de las que habla en sus sermones son el individualismo, la riqueza, el poder y la lujuria. La idolatría bajo todas sus formas aleja de Dios porque el ser humano adopta una serie de valores contrarios a las exigencias primordiales de la Salvación-Liberación. Esta condiciona y pervierte la capacidad de creer en el verdadero poder de transformación de la historia, el principio esperanza.

Para retomar una cierta imagen bíblica, los ídolos petrifican, paralizan y obstruyen la visión de quienes les adoran. Por esta razón Romero denuncia el carácter idólatrico de los antivalores de este mundo para devolver la perspectiva de un Dios Liberador y Salvador. La idolatría conduce a la aniquilación del pueblo y de la vocación humana a la libertad. Impide reconocer el rostro de Cristo y aquellos que lo buscan deben mantenerse en alerta para desenmascarar todas las representaciones falsas que pueden introducirse en la psique humana; el esfuerzo tiene que ser permanente puesto que los ídolos se metamorfosean con el objetivo de desviar a su favor el poder de la imaginación.

La muerte es el producto del pecado puesto que por acción o por omisión priva de condiciones de vida saludable a millones de personas. No se trata aquí de la muerte natural sino prematura y causada por la avaricia del sistema y por la codicia humana. El imperio de la muerte es uno de los elementos que Romero debe interpretar; su presencia masiva en la sociedad indica una situación anormal y caótica de un poder dispuesto a sacrificar muchas vidas para mantenerse cueste lo que cueste.

El pecado reina donde la muerte es presente y la pobreza extrema es otro signo de su presencia que se llama injusticia. El hambre y la miseria son formas supremas de pobreza; provocan la muerte de los que las sufren y someten a los más pobres a todas formas de esclavitud que sirvan para mantener el sistema. El homicidio ilustra la dinámica intrínseca del pecado en la sociedad salvadoreña; Romero deplora: “Es el aire que respiramos”. El asesinato es la ofensa suprema al carácter sagrado de la vida y su sanción es la excomunión. Incluye también la tortura en el acto asesino. Recordemos que a Jesús mismo lo aprehendieron soldados, después lo torturaron y finalmente las autoridades romanas lo condenaron a muerte. El arzobispo establece este paralelo sin dificultad.

El misterio del Mal actúa en la historia como un principio dinámico orientado hacia el polo negativo. Esto presupone como perspectiva interpretativa, que la historia

representa un movimiento permanente y que se orienta en un eje predeterminado por su carácter escatológico; esta se construirá en función del bien y del mal, de acuerdo con los principios y los valores que la edifiquen. Romero explica la presencia de esas dos dinámicas; afirma que la neutralidad y la pasividad son inaceptables aquí; ya sea que se trabaje por lo mejor o se deje a los demás construir torres de Babel con el propósito de crear relaciones de dominación cada vez más pesadas. Como siempre, el punto principal es la definición del “Bien” y del “Mal” dentro de un discurso ideológico que intenta describir la realidad según sus intereses.

Desde un punto metafísico, el pastor reafirma la existencia del Mal y de Satán, pero refiriéndose a la realidad y no a supersticiones antiguas. Lo que podemos percibir tras estas palabras, es el trabajo de propaganda del régimen de Seguridad Nacional que endemonia todo lo que es sinónimo de progreso social o de cambio que provenga de la base. Ante las atrocidades cometidas por las fuerzas del orden, él reafirma el principio supremo del carácter sagrado de la vida humana ante la pretensión de mantener un régimen que se representa solo a sí mismo. El espíritu del Mal aparece contrario a la naturaleza humana, divide y bloquea el acceso a la Salvación-Liberación. Este espíritu es un proyecto maléfico pues se interesa solo en él mismo. El prelado denuncia las tentaciones de abandono y de renuncia que hacen parte de la estrategia del Mal, así como la indiferencia y la apatía de los que ceden a estas tentaciones.

2. El proyecto de Salvación-Liberación

Nuestro acercamiento hermenéutico de la Historia de la Salvación-Liberación se elaboró desde el ángulo de la liberación de los pobres para formar un pueblo de acuerdo con criterios como el monoteísmo, la ley de Moisés y la exclusión de las relaciones injustas de dominio. En esta perspectiva, el Antiguo Testamento sería el testimonio popular de la Presencia bienhechora de lo divino a través de las pruebas, pero también en la cotidianidad. En esta teología, la pedagogía divina de la Alianza explica las principales etapas de intervención de la gracia para constituir y consolidar el pueblo de Israel como arquetipo de comunidad fraterna. El Antiguo Testamento contiene los obstáculos inherentes a la Salvación-Liberación y enseña cómo el pecado, la esclavitud, el miedo, la envidia, y la idolatría, se oponen a la fundación de una nación santa.

De facto, los ídolos representan la inseguridad de los dirigentes del pueblo ante la incertidumbre económica y política. La idolatría es el verdadero opio del pueblo; este prefiere seguir durmiendo en vez de asumir valerosamente su destino histórico. El

problema no está en tener o no la certidumbre de la obra de esta Presencia sino en negarse a creer en ella o a interpretarla erróneamente. En los pasajes bíblicos lo que prevalece es el sentido histórico y no la historicidad de los hechos mismos. El proyecto de Salvación-Liberación está por supuesto inscrito en una perspectiva colectiva; ella sola puede influir eficazmente el curso de la historia. El Pueblo de Dios la asume conscientemente e invita, generación tras generación, a redescubrir su sentido. El trabajo hermenéutico de interpretación de la realidad y de búsqueda de la voluntad divina está inscrito ya en el esfuerzo de redacción de los diferentes autores bíblicos que escribieron muchos siglos después de los hechos que relatan y se esforzaron por encontrar el hilo conductor de la gracia *in acto*.

Del mismo modo, Romero interpreta las Escrituras a partir de la realidad de su país; hace paralelos sorprendentes entre el Éxodo y la cautividad de Babilonia y la historia contemporánea de su pueblo. Con la recuperación de esos mitos él evoca el poder de Dios quien, con la ayuda de los seres humanos de buena voluntad, lucha constantemente contra las fuerzas de disolución y de decadencia. Suscitando una toma de posición ante la historia, el pastor establece una dinámica de unidad y de esperanza ahí donde los salvadoreños eran objeto de persecución; los alienta a perseverar ante las pruebas y les recuerda que Dios escucha sus clamores y vendrá pronto a socorrerlos, a castigar a sus verdugos y a sus jefes y aún si la liberación no sucediese en la historia, promete que Dios vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

El arzobispo quiere suscitar la responsabilidad y el despertar de la conciencia que deben venir con la convicción de la fe. Él ve la Salvación-Liberación como un proyecto histórico que muestra la predilección de Yahvé por los pequeños y los débiles, las víctimas y los oprimidos; de aquellos que no tienen más que la fe para defenderse. La historia oficial reporta los hechos depurados de los imperios victoriosos; por el contrario, la historia de la Salvación-Liberación da importancia a la derrota y a la experiencia de la fe de las personas humildes y tiene en cuenta lo que algunos llaman el reverso de la historia; donde se revela la presencia Divina. Esta dimensión pone en juicio la legitimidad de la opresión como contraria a la justicia divina, por eso es considerada por las autoridades como subversiva. Los imperios y los reinos siempre han pretendido tener un poder absoluto, así como ser la representación de lo sagrado. El reto teológico que plantea se sitúa justamente en el cuestionamiento de la sacralización del poder cuando se realiza por la profanación de la imagen divina inscrita en cada ser humano. Romero rehabilita el sentido de lo sagrado revelado en Jesucristo no como respaldo del poder sino como apoyo al oprimido y orientación definitiva de la historia.

La exégesis histórico-crítica revela incoherencias e improbabilidades numerosas en las crónicas del Antiguo Testamento las cuales eran sobre todo un esfuerzo de unificación de las diversas narrativas del pasado, consideradas como experiencias de Salvación-Liberación vividas por diferentes tribus proto-israelitas en los principios de su historia. Él las interpreta bajo este ángulo sin evacuar la magia de su poder evocador, recuperando su contenido simbólico y haciendo un paralelo con la realidad de muerte que vive su pueblo. Ahí se aprende que el origen de toda nación no es una raza o un clan sino un conjunto de valores compartidos representados por un ideal que estructura y orienta el desarrollo de una cierta identidad común. De esta manera, si el pueblo es una gracia de Dios, permanece como un principio dinámico en construcción.

La salvación histórica es un lugar de discernimiento en lo que se refiere a la liberación de los oprimidos; es bajo este ángulo que se debe evaluar el carácter salvador y liberador de un proyecto histórico. Esto es lo que permitirá a la humanidad avanzar hacia un grado mayor de autonomía respetando a todos sin excluir o victimar a nadie y será el criterio determinante de esta evaluación. Para Romero, el juicio crítico de la historia implica esta capacidad de discernimiento realizado desde las masas, hoy día constituidos por los pueblos del Tercer Mundo. Para actuar concretamente en la resolución de problemas reales, hay que tener siempre presente el sentido de la historia que está inscrito en la trascendencia del proyecto de la Salvación-Liberación.

Por eso, Romero tiene ciertas reservas escatológicas hacia los proyectos humanos que no deben volverse absolutos ni objetos de fe. Aquí en la Tierra, nunca se podrá alcanzar el Reino en toda su plenitud trascendental ya que todo proyecto humano lleva consigo el sello del pecado. Una vez más, es muy importante tener una mirada crítica no solo sobre la realidad social sino también sobre el objeto mismo de la fe. Según él, en la solución de todos los problemas humanos, se debe considerar a Cristo como el alfa y el omega. El ser humano debe situarse ante Él conforme a su opción fundamental sobre la orientación que quiere dar a su existencia y a la interpretación que hace de la historia. Para realizar esto, es determinante el concepto que tenga de Cristo, de lo divino o simplemente de lo sagrado, de lo absoluto.

La salvación histórica representada por los proyectos políticos de la Tierra, debe preservar su relación con la trascendencia lo cual mantiene una distancia con sus actos para no perderse en los meandros de la inmanencia. Para ser auténtica, la liberación histórica no debe transigir con las estructuras opresivas del pecado que se apoyan en

la mentira, la corrupción y la injusticia. La trascendencia no es ajena a la historia, sino que la impulsa más allá de sus límites y de sus condicionamientos humanos. En consecuencia, la trascendencia se revela en las liberaciones parciales que reflejan un cambio de actitud ante ciertas situaciones de injusticia y de opresión. La intervención divina se produce a través de cambios históricos inesperados, como por ejemplo el regreso del Exilio a Babilonia, que fue la consecuencia de la invasión de un poder extranjero que liberó los exiliados sin que ellos lo hayan procurado. Esta intervención divina, se revela en eventos que afectan millones de personas y los incita a unirse de manera irresistible hacia un cambio positivo. Por esto es fundamental observar los signos de los tiempos donde se manifiesta aquella Presencia misteriosa in obra.

3. El Jesús histórico

La definición de la identidad cristiana tiene que pasar por la definición del Dios en quien pretendemos creer. Es primordial con respecto a la autenticidad de la fe y su eficacia histórica. Aunque no tenemos un acceso directo al Jesús histórico, las narrativas de los evangelios nos permiten situar el Hombre socialmente. En un mundo sacralizado alrededor de las nociones del Templo y del poder Imperial, Jesús expresó una voz discordante que era aquella de la predilección de su Padre por los oprimidos. También, se tomará en cuenta la dimensión política de la vida y de las prédicas de Jesús histórico con el objetivo de captar toda la riqueza de sentido revelada en los textos evangélicos y las interpretaciones que hicieron las primeras comunidades cristianas. El Nazareno denunció también la manipulación ideológica de la religión como medio para legitimar las injusticias sociales y la opresión estructural. Él no solo tropezó con las fuerzas demoniacas que obran en la historia, sino también con las mediaciones históricas del Mal encarnadas en los poderes absolutos de su época. Este retorno al Jesús histórico quiere ser también una recuperación de su mensaje en cuanto anuncio del Reino de Dios y denuncia del Anti-reino.

Ya hemos visto que la fe en este Hombre presupone una decisión ética que depende de la opción fundamental de cada uno. Si se quiere seguir su ejemplo, hay que reconocer que Jesús no permaneció pasivo ante la injusticia y la miseria humanas; para los teólogos de la liberación esto representa la vertiente conflictiva de la fe que suscita grandes controversias con respecto al orden establecido, cuando adopta una posición crítica ante los dirigentes y las estructuras de injusticia. La reconciliación de la cruz que provoca la Resurrección al disociar este hecho de las estructuras opresivas que causaron su muerte, dejó durante siglos la impresión de que Jesús fue víctima del pecado anónimo

de los seres humanos. Esta percepción del pecado universal, culpabilizó a los que en realidad eran víctimas. Para el arzobispo, la cruz marca una separación histórica entre las víctimas y los verdugos.

La recuperación del Jesús histórico y de su contexto sociopolítico en cuanto a la opción por los pobres, nos hace considerar el rostro nuevo de la Virgen latinoamericana. Ella aparece dispuesta a compartir las penas y esperanzas de su pueblo. Como su Hijo, María asume la función de arquetipo humano, de modelo ejemplar de mujer de Dios, comprometida con la historia para permitir la venida del Reino mesiánico y la derrota del Antireino. El arzobispo hace resaltar que María también conoció la marginalidad y la exclusión y reconoce en ella la imagen de una mujer activa en la liberación de su pueblo, colaboradora del plan divino en la obra de la Salvación-Liberación.

Del otro lado, si la Virgen tiene un poder auténtico de consolar, el fervor popular fue desgraciadamente manipulado por la derecha religiosa coronándola como reina y evitando evocar las palabras del Magnificat. Romero resituía rápidamente a la Virgen junto a los perseguidos y recuerda a todos que la Virgen de Guadalupe se apareció a un indígena, pobre y despreciado. A sus ojos, María representa el ideal de una Iglesia comprometida codo a codo con el pueblo. En sus sermones, Ella no es ni etérea ni sumisa, tiene una personalidad patriótica que sufre las angustias de la patria y espera la venida del Liberador. Esta percepción inédita de María como defensora de los derechos humanos, acompaña el desarrollo de la identidad feminista como un concepto nuevo de la mujer en la familia y en la sociedad. Esta nueva definición pone en duda también la imagen patriarcal que las Escrituras y la Iglesia tradicional propagan.

El Cristo de la Kenosis es el Dios hecho hombre que Romero presenta como semejante al último campesino que frecuenta su catedral. En su boca, el recuento de Natividad tiene otra resonancia ya que describe a Jesús no solo como pobre sino como el último de ellos. El poder del mito vinculado a las realidades del sufrimiento y de la exclusión, es preponderante en el universo semántico de Oscar Romero. Aun actualmente, este cambio de percepción de la persona histórica de Jesús de Nazaret como Salvador del género humano, es una fuente de inspiración en la vida y en el compromiso de numerosos cristianos en toda América Latina.

Romero enseña que la Encarnación del Verbo implica una pedagogía y unas actitudes humanas que sean agradables a Dios. Estas se realizan en Jesús a través de las relaciones

fraternales que tuvo con los humildes y de la denuncia profética de los abusos de los poderosos. La liberación que Jesucristo ofrece, requiere -para acceder al camino de la verdadera felicidad de los hijos de Dios- un esfuerzo de humildad, de austeridad y de abnegación. En lo referente a lo material, se debe buscar una manera sencilla de vivir para poder liberar la mente y el corazón con el fin de cumplir la voluntad del Creador y construir la comunidad humana según sus principios solidarios y espirituales. Sin embargo, el encuentro con el más pequeño no debe ser condescendiente; las relaciones de igualdad liberan el alma humana de sus pretensiones a considerarse perfecta. La Encarnación se realizó entre los pobres mostrando la preferencia de Dios por los más débiles; por los que dependen los unos de los otros para sobrevivir. Porque el espíritu comunitario no puede nacer en un mundo de autosuficiencia; por esta razón Cristo escogió vivir con los más susceptibles de oír su llamada de liberación y de fraternidad.

La esperanza mesiánica revela la situación colectiva de opresión y de alienación de un pueblo vivida en un momento de su historia. La desilusión proviene de esperanzas desproporcionadas, de un sentido crítico equivocado y de la miopía escatológica que otorga a los seres humanos lo que pertenece a Dios. Aunque Jesús no atribuye a su misión un carácter político, esto no quiere decir que Él desprecie las reformas políticas urgentes y necesarias en estos ámbitos, pero que su perspectiva abarca la totalidad de la realidad, incluyendo la política y la economía. Cristo no buscaba el poder y no lo aceptó cuando se lo ofrecieron; al contrario, Él se unió siempre a los más débiles para denunciar los abusos de los poderosos, quienes necesitaban convertirse.

Paradójicamente, Jesucristo revela todo su poder mesiánico al doblegarse en la cruz, venciendo así las resistencias humanas no por la fuerza y la violencia sino asumiendo la ingratitud del Mal para liberar a la humanidad. La dificultad del esfuerzo de conversión y de liberación reside en transformarse, abandonar certidumbres y aceptar conscientemente el riesgo que comporta el seguimiento de la verdad. Romero explica que es aquí donde muchos renuncian y prefieren desaparecer ante el único reto importante de su vida. Él presenta un Mesías completamente identificado con las miserias humanas. Así reconoce al pueblo que marcha a través de la historia con la cruz a cuestas, que soporta las penas de la existencia y que a veces es crucificado por los poderes de la injusticia y de la opresión. Recordemos que la cruz era reservada para aquellos que no eran ciudadanos del imperio, que no tenían libertad de expresión ni el derecho a la vida. Por otra parte, la cruz sitúa al ser humano en una disyuntiva fundamental de su existencia a saber: ¿Está a favor de las víctimas o de los verdugos, por omisión o ignorancia, en esta Historia de Salvación-Liberación?

En el centro mismo de la Historia, Jesús crucificado establece un criterio irrevocable de justicia. Ahora las víctimas inocentes encontrarán apoyo y consuelo con la certidumbre de que participan en su Victoria. En cuanto a los verdugos, ellos serán juzgados por Dios y tendrán que responder por cada una de sus ovejas. Así, la dimensión trágica de la historia adquiere un carácter escatológico que da un alcance eterno a cada gesto generador de vida o de muerte. Romero insiste en el valor efímero de los bienes terrenales y recuerda que no vale la pena perder la salvación por ellos haciéndose servil del Anti-reino y de los poderes de muerte que lo acompañan. A través de la Cruz, Jesús invierte los criterios de poder que reinan en la historia instaurando así un nuevo *ethos* que está al servicio de los otros aún a través del poder. En su expresión histórica, la cruz representa la afirmación de la fidelidad a Dios como espíritu de solidaridad con las víctimas. La fe no debe ser separada de la historia en cuanto preocupación común de la realización de un pueblo. Romero afirma que una fe privatizada es cortada de su sustancia y de su verdadero poder de renovación del mundo. Además, querer separar la política de la vida y de la muerte del Hombre de Nazaret, es privarla de toda su carga profética.

La Resurrección en cuanto intervención divina inesperada, confirma la veracidad del mensaje anunciado por Jesús. La tumba vacía interroga sin cesar a los seres humanos y es al mismo tiempo un motivo de esperanza para todos los oprimidos de la Tierra. El Dios de la Vida se manifestó y se declaró a su favor con la condición de no mirar a la cruz de un modo intemporal. Para Romero lo importante es poder captar el sentido liberador de la Resurrección como el repudio divino de la injusticia y del mal que se hace al inocente. Frente al entusiasmo extraordinario provocado por la Resurrección no se debe olvidar su significado profundo que es la confirmación de la presencia del Reino de Dios en la historia. Para el arzobispo, la búsqueda de la Salvación no debe conducir a la huida del mundo y de los desafíos que nos presenta; al contrario, la Resurrección abre la puerta de la esperanza que tienen aquellos que luchan por propiciar un mundo mejor.

El anuncio de la Buena Nueva, el esfuerzo multiplicador del trabajo de evangelización, siempre será una exigencia de la fe cristiana. La misión pastoral corresponde a una práctica de liberación que intenta resucitar a las víctimas abandonadas a la orilla del camino de la competición y del rendimiento. Esta práctica será conflictiva porque los sacrificados tienen su razón de ser: sirven para perpetuar las relaciones de dominio, pero ella será la prueba de que algo nuevo está naciendo y que el Reino de Dios se acerca.

4. El Cristo trascendente

Por mucho tiempo, la adoración de Cristo resucitado ha ocultado el objeto principal de su misión que es el anuncio del Reino de Dios como renovador de la historia y de las sociedades. La visión de fe que se ha transmitido desde hace siglos, da poco lugar al Hombre de Nazaret. Las clases populares lo volvieron a descubrir gracias al estudio de las Escrituras en los círculos de lectura bíblica y a las Comunidades Eclesiales de Base. Durante muchos siglos, la imagen de Cristo Rey ha representado una divinidad muy cercana al poder que ayudaba a perpetuar el orden establecido. Su Reino de justicia fue cambiado por el del imperio; por sustitución, el Reino de Dios ha sido convertido en cristiandad. Romero no plantea el tema de Cristo Rey desde una postura ideológica sino más bien teológica; le considera como el que viene a fundar su Reino en la Tierra y explicita bien la distinción entre la Iglesia y el Reino de Dios que rebasa los límites estrechos de ella. Siguiendo su tendencia, el prelado recupera la tradición popular de Cristo Rey para engendrar una nueva perspectiva de fe.

La comparecencia ante Pilato representa a los ojos de Romero dos interpretaciones antagónicas del poder. Jesús no es indiferente al destino de los seres humanos y rechaza las estructuras que se yerguen sobre el dominio y la injusticia; su Reino se apoya en esa verdad de la que se burla Pilato. Cristo vino para reestructurar las relaciones de autoridad entre los individuos. Según Romero, los dirigentes deben tener una relación de trascendencia en su interpretación de los hechos históricos y en sus decisiones donde Dios debe ser visto como el Bien Supremo, cuya voluntad se expresa en la auténtica felicidad de los seres humanos. Esta noción del bien común en la conducta de los pueblos, busca la unidad de los corazones a través de un proyecto colectivo conforme a las expectativas de la verdad y del amor al prójimo. Para los líderes, la humildad es la actitud fundamental para entender la realidad, los colaboradores y las perspectivas divinas.

En nuestra época, la identificación con Cristo ya no se hace únicamente a través de los tormentos de la cruz o de la magnificencia de su trono celeste; las CEB descubrieron de nuevo en Él su aspecto humano que lo convierte en un compañero de ruta que encarna las aspiraciones del pueblo a la libertad. De esta manera, Jesús histórico trasciende el cuadro de su época y los cristianos aprenden a reconocerlo en la mirada risueña del camarada. Pero Romero resguarda la esencia sobrenatural de Cristo que trasciende como Señor de la historia. Según él, la fe cristiana se compone de equilibrio y de paradojas en los que se reúnen a la vez la debilidad y la fuerza, la humildad y la gloria,

el sufrimiento y la Resurrección, el cuerpo y el espíritu, el Jesús histórico y el Cristo cósmico. Según esta óptica, la teología no debe renunciar a ninguno de esos aspectos si quiere permanecer joven y abierta al cambio permanente en la interpretación del depósito de sentido que constituye la Palabra de Dios.

Dentro de esta dialéctica de Salvación-Liberación, Romero no renuncia a las exigencias de la justicia ni esquiva el peligro de la condenación eterna. El cielo y el infierno están presentes en su universo semántico y promete el uno a aquellos que ultrajan la dignidad de los hijos de Dios y el otro a aquellos que rompen las cadenas de la alienación y de la explotación. A pesar de que la teología europea abandonó el argumento de la condenación eterna, es pertinente constatar la carga profética de este discurso; a nivel simbólico si bien es importante identificar el ideal que se busca, también lo es el saber a qué se opone uno. En cierta manera, la imagen del infierno cristaliza en la mente del pueblo la abominación de todo lo que envilece al ser humano.

Oscar Romero demuestra que aquél que se compromete a seguir al Señor, debe buscar a las víctimas de este mundo; a través de ellas se revelan los pecados humanos y la trascendencia divina. En este sentido, los pobres aparecen como mediadores de la Salvación-Liberación tal como fue prefigurado en el Servidor sufriente de Isaías. De un modo más pragmático, se puede afirmar que una vez que han roto las cadenas de la alienación que proviene de la cultura dominante, ellos tienen en sus manos las soluciones a sus problemas y a la escasez de recursos. Por esta razón, el trabajo de evangelización, si es inspirado en la trascendencia de esta Presencia crística, debe arraigarse en la realidad cotidiana de las personas. Esto implica una buena dosis de escucha y de comprensión, así como un esfuerzo permanente de análisis social. Esta misión debe despertar a las realidades mesiánicas como dinámica que participa en la construcción de la historia. Entonces, si la Palabra trasciende las realidades humanas es para mejor ilustrarlas según sus necesidades presentes. Por eso la predicación nunca debe ser un discurso que da la espalda a la realidad social que vive la gente. La opción preferencial por los pobres, es el criterio que evalúa la autenticidad de la fe y la profundidad de una conversión. Esta opción es determinante y por lo mismo, irrevocable porque a través de ella se evalúa la credibilidad de la elección de Jesucristo.

La Presencia de Cristo en la Historia se manifiesta a través de la Iglesia y de sus sacramentos, pero estos no son los únicos lugares de su Revelación. A través de Jesús, Dios demuestra su solicitud por los seres humanos; su proximidad revela una renovación

de la Historia que deja de ser prisionera de un principio de decadencia. Con la muerte y la Resurrección de Jesucristo, la esperanza aparece como el nuevo principio inscrito en la Historia; en esto reside la fuerza del cristiano. Para descubrir esta Presencia y manifestarla a los seres humanos, es importante mantener esta dialéctica entre el análisis de la realidad, la observación de los signos de los tiempos y la interpretación liberadora de la Palabra de Dios; por lo menos esta fue la praxis de liberación que encarnaba el arzobispo de San Salvador.

5. La eclesiología de la Liberación

El concepto del Pueblo de Dios deriva de una comprensión orgánica de la Iglesia en donde cada miembro debe asumir su propia responsabilidad para convertirse en una piedra viva. Al acercarse a la base, los evangelizadores entendieron que en realidad eran los pobres con sus vivencias los que los evangelizaban; esta perspectiva invirtió la visión jerárquica del cuerpo eclesial. O sea que la conversión de una parte importante de la Iglesia tradicional al mundo de los pobres dio lugar no solamente a un nuevo modo de ser Iglesia, sino también de vivir la fe de forma comprometida con los problemas del tiempo actual.

Aquellos que se interesan en los fenómenos religiosos y han visitado las diócesis más activas de América Latina, se maravillan al observar la vitalidad cultural y el nivel de organización y creatividad que tienen. Muchos occidentales procedentes de países más desarrollados descubrieron la fe en un Dios liberador que se opone a los ídolos de la muerte. A pesar de la influencia de la cultura capitalista dominante, se puede observar que un núcleo sólido ha sabido preservar la unidad de la fe en relación con su idiosincrasia y esto permite que los teólogos y las Iglesias del continente intervengan en el debate público sin ser estigmatizados como no representativos en su análisis de la realidad.

La encarnación de la Iglesia de San Salvador en el mundo de los pobres y esto hasta la muerte, es un modelo de valor eclesial para la Iglesia universal. Romero manifiesta su confianza en el Espíritu que guía a su pueblo; este no busca apagar el fuego sino orientarlo hacia la construcción del Reino de Dios. Él no ve a la Iglesia como una entidad separada de la sociedad en la que está implantada y flotando por encima de la realidad. Cada Iglesia nacional, sostiene el arzobispo, debe tener una personalidad propia. Ella puede surgir únicamente de la cultura en la que está implantada y de su conocimiento del pueblo del que hace parte. A partir del Vaticano II, la Iglesia ya no

quiere ser una copia de la liturgia romana o de una cultura elitista y tiene el deber moral de reflejar el alma del país en el que lucha por encarnarse, ser fidedigna y ser escuchada.

Para el arzobispo, los pobres deben ser de nuevo como hace veinte siglos, el epicentro a partir del cual se realiza la edificación y la expansión el Pueblo de Dios. Es ahí donde se manifiesta el Jesús histórico obrando en la fraternidad de las gentes sencillas con su fe a toda prueba. Inspirándose en la Kénosis y en el ejemplo de la humildad de la vida y de la predicación de Jesús de Nazaret, la Iglesia debe abandonar todo aparato inútil que deberá después defender pagando con compromisos enormes a los que la financian. Su razón de ser no reside en los sacramentos ni en la defensa de la institución sino en el anuncio de la Buena Nueva de la Liberación que debe concretizarse con actos. La Resurrección expresa la realidad mesiánica de los que viven en Jesucristo; ellos ya no temen la muerte física y por eso trabajan resueltamente por erradicar el pecado de los corazones y de las estructuras.

Romero no se cansa de repetir que la solidaridad con la causa del pueblo, ha hecho que la Iglesia de San Salvador denuncie las estructuras injustas y que, por eso, se la persiga por subversión del orden establecido. Esta identificación de Cristo con la gente de la calle, le deparó el mismo destino que el de los no ciudadanos, es decir la desaparición en manos del poder. La encarnación en el mundo de los pobres, ha hecho que la Iglesia conozca los efectos perversos del pecado estructural que mantiene en la miseria a la mayor parte de la humanidad. Esta apertura al mundo real la proyecta en un dinamismo permanente de renovación, a la vez que le impide refugiarse en la verdad incólume de sus dogmas, para penetrar en el esfuerzo dialéctico de comprender las fuerzas que agitan al mundo moderno. La Iglesia, Pueblo de Dios se construye desde la base; los laicos, conscientes de su misión de bautizados deciden abandonar una actitud pasiva hacia la sociedad. Esta concepción proviene de un modelo igualitario en el que el poder eclesial se autodefine como servicio a la comunidad. Este nuevo paradigma se confronta con el modelo anterior, donde cada uno mantenía su rango tanto en la iglesia como en la sociedad. Las reuniones de las CEB permitieron también intercambios en los que no se escuchaba únicamente la palabra del sacerdote. Romero participó en esta nueva modalidad de ser Iglesia escuchando al pueblo reunido alrededor de la Palabra.

En América Latina, el término “pueblo” se refiere a la mayoría pobre y oprimida en oposición a la aristocracia dominante de la clase oligárquica. En caso de que los padres del Concilio no se hayan percatado, anotamos que se trata de una palabra con significado

social y contenido polémico. La Iglesia Pueblo de Dios corresponde semánticamente a la expresión “Iglesia de los pobres”. Por el contrario, la famosa opción preferencial de Puebla a favor de los pobres representaba para Romero la opción preferencial por el pueblo que deseaba ver organizado. Para él, esta palabra designa la conciencia de un destino histórico común y no las masas de personas sonámbulas y manipuladas perpetuamente por los poderosos.

La Iglesia, en tanto que Pueblo de Dios, significa también el resurgimiento progresivo de los laicos y sobre todo de las mujeres que ocupen funciones de responsabilidad y que ya no estén confinadas a puestos subalternos e infantiles ante el clero que rige los sacramentos, la verdad y la salvación. Pero sería un error creer que todas las diócesis tienen la conciencia de un pueblo organizado como una Iglesia de piedras vivas. Hay que evaluar con discernimiento la vitalidad de una Iglesia local y esto no tiene nada que ver con las proclamaciones de verdades sublimes que provienen de Roma. Los éxitos, los fracasos y el espíritu de cada comunidad, deben evaluarse en su propio terreno.

Dios quiere salvar a todos los pueblos haciéndolos conscientes de su vocación trascendental en la historia. La Iglesia es el fermento del Reino que quiere establecerse en este mundo. La Salvación-Liberación a la que se puede acceder convirtiéndose a Jesucristo, debe llevar al trabajo de evangelización y de promoción humana. Este es otro elemento clave en la hermenéutica de Romero es decir que los esfuerzos de evangelización y de liberación no pueden disociarse y aún menos oponerse de manera que la evangelización debe realizarse a través de las tres mediaciones; socio-analítica, hermenéutica y práctica. Esto dará origen al sentido liberador de la historia y de las Escrituras.

La santidad política aparece como la nueva condición a la que accedieron aquellos que murieron defendiendo la libertad y la justicia. Esta se atribuye a las personas rectas y honestas que se opusieron valerosamente a los dictámenes de los poderosos que querían prohibir las libertades democráticas de asociación y de expresión, atacando los derechos humanos con legislaciones abusivas y prácticas totalitarias. En el cristianismo, los mártires accedían a la santidad muriendo en defensa de la fe, pero aquí se trata de una nueva definición de la santidad que se traduce en un humanismo que ensancha las fronteras de este testimonio. En efecto, si Jesús histórico está presente en un hermano que sufre y es por amor que asumo su defensa corriendo riesgos, la muerte es entonces un testimonio de fe. Romero evoca el pasaje del Credo sobre la comunión de los santos

y de los mártires para reafirmar que aquellos que murieron luchando pacíficamente por los derechos humanos y la justicia social, viven ya en la eternidad y desde allá siguen intercediendo por la liberación. Más aún, en El Salvador la vocación política de muchos, brotó del ideal evangélico que los incitó a actuar por amor al pueblo. Lo que justifica el compromiso del cristiano con la historia, es el amor y no la ambición.

La exigencia de la verdad ante las fuerzas de las tinieblas, es a veces terrible; Jesús tuvo que afrontarla en el Monte de los Olivos: “Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”. Muchos salvadoreños respondieron fielmente a la verdad y esto revela un valor grande y puro. La profundidad de la fe que la Iglesia y el pueblo de El Salvador demostraban, forjó la personalidad de Oscar Romero. Él no se fortificó solo; pertenecía a un grupo de hombres y mujeres que decidieron libremente ofrecer sus vidas para liberar al pueblo que amaban. La Iglesia de El Salvador tuvo que afrontar la persecución sin huir, permaneciendo firme en la tempestad. El clero percibiéndose como parte del Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo en la historia, se dio cuenta de que la persecución no apuntaba solo hacia sus ministros sino a todos los miembros que forman el pueblo de los bautizados. Al mismo tiempo, la fe hizo ver a Romero, que se atacaba a Cristo mismo a través del cuerpo de las víctimas de la represión. Una vez más, gracias a la lectura histórica y política de la cruz de Jesús, se nota que los motivos de persecución no han evolucionado desde la época de los romanos. Aún en nuestros días, la defensa de los intereses del poder terrestre y el miedo a la verdad, matan a los que se empeñan en liberar a sus semejantes.

A los ojos de Romero, la persecución confirma la autenticidad del mensaje que molesta a los poderes del Mal y rechaza las mentiras cómplices. La herencia de las víctimas de la represión merece y exige perdurar como testimonio de la verdad. Olvidarlas sería perder el sentido de la causa inmortal por la que sacrificaron sus vidas, sería caer en lo insignificante y negar que la vida implique una fuerte carga de trascendencia, puesto que se puede ofrecer libremente. Por esto mismo, muchos teólogos de la liberación afirman que la memoria de los mártires es inmensamente subversiva. La emoción que suscita contiene una luz poderosa que puede retirar el velo de la conciencia humana. Por el contrario, el olvido de los mártires provoca una esquizofrenia histórica profunda y una amargura en el corazón de los que los amaron; esto empequeñece la causa por la que dieron su vida y cierra el paso a un futuro diferente del que dictan los poderosos.

6. La actualización de la función profética

Después del asesinato de Oscar Romero, algunos autores latinoamericanos y europeos pretendieron afirmar que su persona había actualizado la función profética con un vigor tal, que se tenía que remontar a los tiempos bíblicos para encontrar tal correspondencia entre la expresión de la voluntad divina y la actualidad trágica de la historia. La función profética se somete a las exigencias de la verdad, denunciando el pecado del mundo y rechazando todo compromiso con él que incita a la pasividad, a la resignación y a la complicidad del silencio. Jesús denunció a los tibios y les prometió su rechazo.

Tal como lo afirma este pastor al describir la vida de los grandes profetas como Juan Bautista, Isaías o Elías, el hombre de Dios que asume las exigencias de la Palabra, es blanco de las furias de los poderosos y de aquellos que los sirven. El profeta rechaza las estructuras injustas y la mentira institucionalizada; molesta a los mercaderes del templo que venden lo que queda de la identidad del pueblo y ataca todo aquello que profana la creación y la imagen de Dios en este mundo, para restablecer el lugar verdadero de lo sagrado que hay que respetar como fundamento del sentido. Tal como Elías, el verdadero profeta destruye los ídolos que se erigen en lugar del verdadero Absoluto.

Según el arzobispo, el profeta percibe y anuncia la trascendencia de la realidad presente; revela el sentido oculto de las cosas y el verdadero alcance del pecado como elemento destructor de los seres humanos y de la sociedad. Reafirma la supremacía de Dios en un mundo que se encierra en perspectivas inmanentes y recibe el valor y la inspiración de Dios en Él que cree más que en sí mismo. Para él, la relación de las Escrituras con el tiempo presente es clara, de ahí extrae la energía, la sabiduría y la fuerza, para continuar su misión. La expresión profética deja huellas en la mente de las personas y las marca de manera indeleble. El hombre de Dios que expresa la verdad, recibe el rechazo de los que profesan los antivalores de este mundo; derrumba simbólicamente el orden establecido y propone una actitud revolucionaria en un mundo acostumbrado a la indiferencia; él proviene del margen de la sociedad y no busca el poder. Llama a los justos para convertirse y despierta la esperanza en el corazón de los afligidos.

Romero generaliza la función profética que se ejerce ahí donde la virtud se opone al pecado. Ser una nación santa y un pueblo de profetas, corresponde a una misión permanente que exige una vigilancia de cada instante, encarnando un espíritu de libertad. En la mente de Romero, las Comunidades Eclesiales de Base representan comunidades proféticas porque quieren establecer el espíritu y los valores del Reino

de Dios en la sociedad. Ellas aportan una conciencia solidaria y forman un cuerpo espiritual de manera que, atacando a una de sus partes, se ataca también al amor de Dios que las une. Concretamente, el espíritu crítico hacia los impactos y los intereses de las clases dominantes es propio de la personalidad profética que actúa siempre por el bien de toda la sociedad partiendo de los más débiles. La función profética se inspira en el Jesús histórico y trata de establecer una relación con el espíritu de las Bienaventuranzas. El Pueblo de Dios se construye a partir de la base, lugar de predilección del liberador, que debe a su vez liberarse de su conciencia alienada por el sistema idólatra. Los profetas creen en el poder transformador de cada acto y reconocen ahí la trascendencia utilizando símbolos susceptibles de crear un nuevo ethos colectivo. Es como el poder de las hormigas que se alimentan de migas y terminan ocupando su espacio soberano.

Todos deben implicarse social y religiosamente en la Salvación-Liberación, porque la salvación es colectiva. Por esta razón, algunos organismos populares asumen una función profética en la sociedad denunciando al que daña a los más débiles y reclamando las reformas estructurales necesarias. La Iglesia y los cristianos comprometidos hacen parte también de la fracción que interviene en la función pública para sacudir la desidia o para oponerse a reformas que favorecen únicamente a los ricos. La especificidad de la función profética es elevar las reivindicaciones populares inmediatas para armonizarlas con la voluntad de Dios, actuando así con una perspectiva sagrada reafirmando valores inalienables. Este trabajo permite recuperar la identidad real de Cristo, liberándolo del secuestro ideológico que proviene de una cierta derecha religiosa.

El profeta da testimonio a través de sus actos y de su palabra. El Pueblo profético es una presencia y una revelación de Dios en el corazón del mundo; hace su Palabra creíble actualizándola en su práctica de liberación. La evangelización, esto es la enseñanza, la difusión y la encarnación de la Palabra de Dios en la realidad histórica, es el principio vital del Pueblo profético. La virtud y la santidad de las familias y de las comunidades están ligadas a su testimonio de vida; la función profética busca la conversión de los pecadores y la restauración de la justicia. La comunicación como acto profético, debe estar atenta a la recepción de su mensaje; el contenido profético busca transformar una situación o una actitud nefasta; lo que lo distingue de otros mensajes, es la relación entre la fe y la justicia. Desde un punto de vista secular, el profeta es el que interpela a la conciencia. Él no utiliza argumentos falsos para convencer o para imponer su punto de vista ya que su mensaje es universal.

Nadie puede interpretar la palabra bíblica sin tener en cuenta su género, trabajo, ingresos, estudios, idioma, país, orígenes étnicos, época, etc. Esta Palabra está activa, es la narración de acciones pasadas, así como una invitación para actuar por el Reino de Dios. Para ponerla en práctica, hay que hacerlo en conjunto puesto que se trata de transformar al mundo según su visión. Su dinámica pneumatológica se realiza solamente -Cristo lo ha dicho- si dos o tres personas se reúnen en su Nombre. Entre más perciba la comunidad el sentido radical del Evangelio a partir de una cierta libertad frente a las cosas materiales, más posibilidades tendrá de emprender un proceso de liberación, fruto del esfuerzo común. La interpretación de los signos de los tiempos es propia al ejercicio de la Palabra profética pero solo puede realizarse auténticamente en los lugares de exclusión del poder, del saber y del poseer. Esta Palabra destruirá los nudos engendrados por el aparato ideológico si se expresa desde lo esencial, sin rodeos; si no se vende, ni regatea con los objetivos fundamentales.

Romero afirma que, en una sociedad pluralista, el punto de vista teológico puede, con otras perspectivas, permitir la afirmación de una opinión crítica simbólica en lo que concierne a la dirección temporal de los asuntos mundanos. Renunciar a ello sería optar por una posición hipócrita que disocia las exigencias éticas de la fe, de las prácticas políticas y esto incluye todas las facetas de la existencia. Todo se puede analizar desde el punto de vista teológico y político en busca de las motivaciones y de los intereses sobre los que aquellas se apoyan. La dimensión política guía al esfuerzo de interpretación hermenéutica de la Biblia tratando de captar los intereses que pudieran influir en sus relatos. Esto quiere decir que deben tomarse en cuenta los hechos históricos, geopolíticos, sociales y culturales, que estaban vigentes en el momento de su redacción. Para Romero, asumir la dimensión política de la fe quiere decir asentarse en la realidad partiendo de la afirmación de la voluntad divina; es considerar la dimensión sagrada de la realidad como camino hacia la Salvación-Liberación y es preservar lo auténticamente humano.

Cristo escogió su existencia en la realidad concreta de la Historia e invita a cada uno a discernir éticamente dónde sitúa sus acciones. A sus ojos, la presencia efectiva entre los pobres permite escuchar el reclamo de justicia proveniente de este mundo. No se trata de un lugar cualquiera sino del centro de interpretación que revela a los profetas las luchas de intereses entre la vida y la muerte. Es a partir del mundo de los excluidos desde donde el ser humano debe aprender a descifrar, si los duelos políticos son contrarios o favorables a la realización, siempre perfectible, del Reino de Dios. Sin

embargo, esta lectura de la realidad hecha desde la política nunca debe hacer olvidar al profeta su relación con la trascendencia. Debe, por el contrario, preservarse de una interpretación unívoca y exclusivamente materialista de la realidad tal como se presenta en los esquemas pseudocientíficos de análisis que muestran tanto como esconden. Estos esquemas hacen el mismo error que los sistemas idólatras cuando pretenden poseer toda la verdad en su campo de competencia; esto les hace secuestrar las posibilidades de la realidad y su potencial de engendrar un futuro diferente.

Ante los ojos de Romero, las libertades de organización, de asociación y de expresión, son esenciales porque permiten una participación auténtica del pueblo en los debates democráticos que conciernen su futuro; defender esas prerrogativas de la sociedad civil es una de las dimensiones políticas cruciales de la fe. El arzobispo, solo se atribuyó un papel de vocero en este aspecto porque las libertades de expresión eran suspendidas. Él considera esas libertades fundamentales como una necesidad vital para las clases obreras que deben aprender a reclamar sus intereses al unísono en el seno de una sociedad que no reparte las riquezas. Para él, la misión de la Iglesia no es política, pero ella no puede permanecer indiferente ante la suerte que se depara a sus miembros y al pueblo en general. El compromiso político que se toma en nombre del prójimo, es una vocación; sin embargo, los cristianos son libres de adoptar o no tal o cual tendencia política y sus acciones no implican a la Iglesia como institución. Aunque existe una relación entre la política y la fe, sus expresiones deben permanecer distintas y nunca se deben confundir con una política partisana.

La dimensión escatológica representa la otra cara de la función profética del cristiano que Romero describió. Aquella perspectiva trata de relacionar la praxis histórica con la dimensión trascendente en la historia. La escatología no pertenece propiamente a la cronología humana; ella la penetra y la trasciende para revelar la presencia de la gracia que actúa de un modo misterioso y velado. La escatología contiene al mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro. Como un conjunto de coordenadas, incluye en su movimiento y reclama la participación humana. La función profética contribuye a despertar un nuevo “cronos” que se evalúa desde entonces a partir del fin y de su proximidad con el presente. La relación con el tiempo se dilata y se acelera; el profeta calcula el camino que le queda por recorrer y se detiene para contemplar la gracia en acción. En la escatología, lo divino se vuelve palpable y lo humano adopta su verdadera consistencia; los símbolos aparecen más claros, adquieren otra perspectiva, la realidad se hace transparente y los ídolos del pecado son arrojados con los deshechos de la

historia. Es en la comprensión de la psique humana que fabrica sus propios mitos y símbolos, donde se puede anticipar el futuro de la humanidad. La incapacidad de entender los abismos interiores que motivan los actos de los humanos o que los paraliza, es un real peligro de extravío. Los paraísos y los infiernos posibles dependen de esta percepción del mundo con respecto al bien y al mal que lo habitan. Aquí, la función profética endereza los valores que influyen en los actos y descalifica las quimeras que conducen el progreso tecnológico hacia la destrucción de los seres.

El discurso apocalíptico implica una ruptura del diálogo entre el profeta o la comunidad profética y la sociedad en la que evolucionan. Desde una visión escatológica que muestra la imposibilidad de persistir en este camino, el profeta apocalíptico pronuncia una sentencia definitiva contra las estructuras de injusticia y los que las dirigen. Él expresa también el desapego de un mundo que ha dejado de renovarse y reafirma la preponderancia de Dios en el desarrollo de la Historia. En la profecía apocalíptica hay una ruptura en el campo semántico que proviene del deseo de concordancia entre la fe y la realidad. El lenguaje apocalíptico puede parecer subversivo, revolucionario o esquizofrénico, discordante con la realidad según se interprete y según las condiciones de su elaboración. En el caso de la historia de El Salvador de los años 70, son más bien el gobierno y las fuerzas armadas los que perdieron contacto con la realidad.

La escatología constituye una visión cristiana de los problemas; es contraria al materialismo y al individualismo que busca solo su propio bien. Las Bienaventuranzas representan la expresión de la escatología cristiana, de nuevos valores y de una nueva relación con el tiempo y con la realidad que Cristo vino a establecer. Las comunidades cristianas deben empaparse de esta mística profética y escatológica de las Bienaventuranzas. Su espera de Cristo es activa y se realiza en un nuevo modo de vida donde todo es puesto en común.

La trascendencia de la libertad corresponde a la actitud del cristiano que asume hasta sus últimas consecuencias las exigencias de su función profética integrando la dimensión política de la fe y escatológica de la historia. Romero no solo habló de libertad y del proceso de liberación, sino que también se ha convertido en su símbolo gracias a la determinación que supo dar a su existencia. A sus ojos, la libertad no coincide con el camino de la facilidad y del ausentismo político; requiere por el contrario la fe en Dios y valor para vivir plenamente su opción existencial hasta el fin. Solo son libres las mujeres y los hombres que llegan a salir del ego para entrar en Dios quien les revela entonces toda la trascendencia de la vocación cristiana.

Conclusión

Empezamos el análisis de las homilias de Monseñor Romero desde la perspectiva antinómica del Anti-Reino, para demostrar eso a lo que él se oponía. La ilustración del punto opuesto permite definir mejor el contenido objetivo de la evangelización como práctica liberadora. La Historia de la Salvación-Liberación relata la aventura de un pueblo que experimentó la presencia de Dios a su lado. Los altibajos de aquella Presencia reflejan la debilidad de aquellos que se dejan seducir por los ídolos, así como la capacidad infinita de resistir de aquellos que pusieron su fe en el Señor de los ejércitos, Yahvé. Romero insiste en que la Salvación-Liberación tiene un carácter colectivo e histórico porque es en conjunto como la humanidad se salva.

La teología romeriana presenta un Jesús encarnado como base de la nueva espiritualidad que asumieron las CEB de El Salvador hasta la fecha. De hecho, en la canonización de Oscar Romero se perfila el reconocimiento de esta manera inusitada de ser Iglesia en el tercer mundo de nuestra época. Gracias a la palabra profética del arzobispo, Jesús nació en el corazón de los salvadoreños, se convirtió en uno de ellos y participa en sus éxitos y en sus dificultades. De ahora en adelante, Él anuncia la Salvación eterna, pero, ante todo, la necesidad de convertir en realidad el Reino terrestre mediante un esfuerzo colectivo.

El Cristo Liberador y Salvador es precisamente Él que se hizo semejante a los humanos para divinizar su carne en el momento de la Resurrección. A pesar de que llena el corazón de alegría, no hay que ceder a una interpretación desencarnada del texto de los evangelios y de la vida de Jesús que subordina la historia a un simple papel de figuración. La Salvación-Liberación de los seres humanos, se juega en este mundo, dice Romero, según la actitud y la postura que hayan tenido hacia los más pequeños. Por esta razón, la eclesiología que él defiende, asume una encarnación en la realidad social abandonando la posición privilegiada para ponerse al servicio de la evangelización y de la organización de las comunidades más desfavorecidas. Por otra parte, muchos ciudadanos de la clase media y de las élites intelectuales, escucharon el llamado que la Iglesia de El Salvador lanzó para construir la unidad del país a partir de la base.

La Palabra como función profética, participa en esta dialéctica de denuncia de las incoherencias entre la realidad y el plan de Dios y hace despertar en la conciencia del grupo, la importancia de construir un futuro donde quepan todos. Por su reflexión y su análisis de la realidad, provoca el cambio convocando a los cristianos a actuar de

manera decisiva en las estructuras sobre las que tienen el poder de influir. En su trabajo de evangelización, aquella palabra deberá guardar el equilibrio entre las exigencias de las necesidades materiales y la trascendencia del proyecto de Dios, entre el “yo” de la dignidad humana y el “nosotros” como parte de un cuerpo social, así como una proposición de la fe que permite evaluar el carácter escatológico o fútil de los retos políticos en vigor. La Palabra profética es una búsqueda de la verdad, una afirmación del sentido trascendental de la historia y una defensa de lo que es justo y útil al progreso de la humanidad.

Pueblo de Dios, Jesús histórico, Pueblo pobre, Iglesia Pueblo de Dios, Iglesia Pobre, Cuerpo de Cristo en la historia, Pueblo crucificado, Iglesia perseguida, Servidor sufriente de Yahvé; todos estos elementos hacen parte de una misma trilogía en la visión soteriológica de Oscar Romero y se influyen entre sí en el proceso dialéctico incesante que se manifiesta en la acción por el Reino de Dios en este mundo y en la oposición al poder del Anti-Reino. Jesús–Pueblo-Iglesia constituyen un tríptico dentro del cual una nueva percepción de Cristo modifica la comprensión de la Salvación y de la Historia, en la que la Iglesia esforzándose por encarnar las realidades mesiánicas ante los pobres, termina por redescubrir el rostro del Nazareno y donde Él se deja percibir en la conciencia emergente de este nuevo sujeto histórico que es el pueblo. La Iglesia de El Salvador descubrió una manera auténtica de ser cristiano en este mundo identificándose plenamente con el pueblo como representante de Cristo que continúa sufriendo los tormentos de su pasión en la historia actual. Romero advierte que la historia de la Salvación-Liberación aún no ha terminado, sigue escribiéndose. La inmanencia, la trascendencia y la fe asumidas conscientemente, son las llaves que dan acceso a la transformación de la historia.

El camino de la Salvación-Liberación está siempre abierto para aquellos y aquellas que lo buscan con un corazón sincero; en este sentido, la perdición es un rechazo obstinado hacia el reconocimiento de la necesidad que tienen los seres humanos de ser salvados. En ciertos momentos, este llamado se hace más imperioso y para que sea escuchado, el hombre debe esforzarse por salir del aislamiento y del sueño en los que los ídolos lo mantienen encerrado. La Salvación-Liberación solo es posible a través del camino de la encarnación solidaria donde el creyente aprende a reconocer en el rostro del otro, aquel de su hermano en Jesucristo. También es necesario un ardiente deseo de participar en la construcción del Reino integrándose en la red de grupos comprometidos. La indignación ética es una clara percepción de la existencia de la injusticia en el mundo;

es la marca distintiva de los que pueden aún conmoverse ante el sufrimiento humano y que tienen el valor de levantarse para rechazar lo inadmisible.

El Reino de Dios, más que un lugar, es una manera de ser y de pensar; más que un destino, es un camino, un horizonte de valores siempre perfectibles en cuanto a la justicia, pero real y presente en el amor que une a la humanidad. Todo esto constituye la fraternidad, pero para mantener su ser y sus actos alineados con los de Cristo, debe desconfiar del pecado que divide, de la mentira ideológica y del poder de los ídolos. Siguiendo el ejemplo de Romero, hay que tener una visión clara de la historia, una comprensión creativa de los mitos y de los símbolos, una participación en la sociedad arraigada en la fe de una comunidad, inspirada en el Jesús histórico y en la Iglesia apostólica, llegar a construir con una palabra y con gestos proféticos, el dominio efectivo de la Salvación-Liberación.

Conclusión

Es primordial definir las exigencias intrínsecas de la fe, puesto que, en cuanto esquema de referencia, ella constituye la base de la definición del ser y del actuar éticos. Con respecto a esto, no creemos en la existencia de un mundo sin dios, sin absoluto y sin una concepción mínima del Bien y del Mal. Lo queramos o no, el ser humano buscará siempre una verdad que pueda consolarlo ante la realidad objetiva de su muerte que caracteriza su angustia existencial. Independientemente del camino que recorra, siempre construirá argumentos justificativos que brinden un poco de coherencia al mundo y a los hechos que lo rodean.

Nuestro primer objetivo era abarcar toda la obra teológica de Romero para llegar a hacer una síntesis global de su contenido, como motor de una nueva conducta cristiana. Su teología y su práctica pastoral utilizan el poder evocador de los mitos y de los símbolos en el sentido de una mayéutica de la conciencia popular. A propósito, no habrá que subestimar el poder de las creencias como instrumento de movilización o inmovilización de una colectividad. Aquí empieza el trabajo hermenéutico de liberación de las conciencias prisioneras del fatalismo que los ídolos imponen y el llamado para actuar solidariamente bajo la égida de un sueño común. Por el trabajo de construcción de una identidad colectiva, relacionada con la perspectiva del Reino de Dios, se elabora una nueva manera de ser, simbolizado por la expresión paradigmática: “Pueblo de Dios”. Gracias a su mirada trascendente sobre la historia contemporánea de su país y a una interpretación a veces política de las Escrituras, Oscar Romero logra cristalizar en la mente de su auditorio una percepción nueva de la realidad. Esta se apoya en el sentimiento de pertenencia a un destino común conforme a la voluntad de Dios.

Por otro lado, las Comunidades Eclesiales de Base constituyen una mediación histórica que ha ayudado a la Iglesia latinoamericana a dar a conocer la Palabra y a organizar al Pueblo de Dios a partir de la base. Estas comunidades han servido como lugar de pertenencia y de intercambio dentro de la red eclesial. Descubriendo los mecanismos de opresión de la realidad con la metodología de Paulo Freire, han actuado transformando y organizando conscientemente las estructuras de las que aprendieron a apropiarse. Culturalmente, gracias a las CEB nació una nueva identidad litúrgica que proviene de un trabajo de recuperación del poder evocador de los símbolos. Aquella puesta en escena, inspiradora del actuar de las CEB, descubrió un instrumento de liberación de la conciencia alienada por los símbolos dominantes o sea que al descubrir el valor

simbólico del acto litúrgico como expresión artística de la conciencia solidaria y de la fe trascendente del Pueblo de Dios, lograron desarticular los mitos de legitimación del poder opresor.

Entre todo lo estudiado, resalta la existencia real de una fuerza negativa actuando en la historia: esto permite que la conciencia humana ejerza mejor su libre albedrío sin tropezar con los primeros obstáculos del pecado y de la idolatría. En este sentido, le ayuda también el conocimiento de la verdadera naturaleza que Romero atribuye a la trascendencia de la libertad cristiana. También, entender la historia como un proyecto y una invitación para proseguir solidariamente el sueño de Dios, es una fuente de inspiración para el bienestar de la sociedad y de los pueblos. El pastor expresa continuamente su preocupación por sensibilizar al pueblo frente a la dimensión trascendental de la historia, a cuyo interior los gestos de amor o de rechazo están marcados con el sello de la eternidad. Para él, no hay verdaderamente separación entre la carne y el espíritu, entre la Salvación y la Historia y vivir según estos principios, es ser portavoz de una mística de la liberación. De esta visión de la Presencia de Dios que brota de la fe, nace una nueva comprensión de la Salvación-Liberación en cuanto acto solidario para servir a los desfavorecidos, quienes constituyen la mayoría de la humanidad. Esta nueva percepción determina en gran parte la coherencia y la credibilidad de la fe.

En Romero, el rostro de Cristo adquiere una determinación nueva, se define desde la imagen del pobre percibido colectivamente como Servidor sufriente de Yahvé. El prelado recuerda a todos aquellos que lo buscan, que Él vive en el corazón de los humildes que creen en Él y que actúa de una manera palpable en el seno de las comunidades que viven y se reúnen en su Nombre. El redescubrimiento del Jesús histórico aunado a una lectura política de los evangelios que reconoce el juego de los intereses idólatras que intervienen en el drama de su vida, permite considerar una manera nueva de ser cristiano y de seguir a Cristo. En el pensamiento de Oscar Romero, la conversión a los pobres es un *telos* sobre el que debe fundarse la conducta cristiana.

La teología romeriana es una fuente inagotable de sentido proveniente de los evangelios y de la sabiduría popular; invita a hacer cosas nuevas a la luz de los temas inusitados que surgen de la realidad. El arzobispo nos propone los hechos reveladores del sentido de las Escrituras partiendo de la carga explosiva que contienen las numerosas injusticias que multiplica el mundo contemporáneo donde se eclipsan la primacía de la verdad y del bien detrás de los intereses del poder y del dinero. A la luz de estas consideraciones,

la identidad histórica de Jesucristo que los teólogos de la liberación proponen, es mucho más convincente y estimulante. Ya no se trata de un Cristo sobre el que se pueden proyectar nuestros deseos y ambiciones personales. Jesús viene para congrega a los humanos no solo en tanto que creyentes sino también como participantes de su proyecto histórico de liberación y de inclusión de todos en la gran familia de los hijos e hijas de Dios. Para los cristianos, la divinidad de la condición humana y el reconocimiento del carácter sagrado de la vida revelada en Jesucristo, constituyen el *ethos* fundamental de su fe. Independientemente de la expresión simbólica de cada cultura, es la esencia misma de lo sagrado que se debe buscar. Por esto mismo, en este mundo profanado por los valores materiales, hay que aprender de nuevo a amar la Creación por lo que es, don de Dios a toda la humanidad.

Referencias

Romero, Oscar A.: Corpus de investigación

Mons. Oscar A. Romero, Su Pensamiento, San Salvador, *Publicaciones Pastorales del Arzobispado*, 1980 a 1989:

Tomo I-II, 14 de marzo- 25 de noviembre 1977, pp. 344

Tome III, 27 de noviembre de 1977- 5 de febrero 1978, pp. 194

Tome IV, 12 de febrero - 28 mayo 1978, pp. 282

Tome V, 04 de junio- 29 de noviembre de 1978, pp. 336

Tome VI, 03 de diciembre 1978 - 17 de junio 1979, pp. 414

Tome VII, 21 de junio - 25 de noviembre 1979, pp. 494

Tome VIII, 22 de noviembre 1979 - 24 de marzo de 1980, pp.388

The Easter Church, p.52-62, En *Archbishop Oscar Romero, Voice of the Voiceless, the Four Pastoral Letters and Other Statements*. New York: Maryknoll, 1985, p.p 198

La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la Historia, p. 67-89. En Sobrino, Jon; Martín Baró, Ignacio y Cardenal, Rodolfo. *La Voz de los Sin Voz, La Palabra Viva de Monseñor Oscar Arnulfo Romero*. San Salvador: UCA editores, 1980, p.p 467

Iglesia y Organizaciones Politicas Populares, p. 91-121. En Sobrino, Jon; Martín Baró, Ignacio y Cardenal, Rodolfo. (1980). *La Voz de los Sin Voz, La Palabra Viva de Monseñor Oscar Arnulfo Romero*. San Salvador: UCA editores. p.p 467

Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país, Cuarta Carta Pastoral de Monseñor Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador, San Salvador: *Arzobispado de San Salvador*, agosto 1979, pp. 70

“*La dimension politique de la foi à partir des pauvres*”, p.77-95. En *Oscar Romero, archevêque de San Salvador; Assassiné avec les pauvres*. París: Cerf, 1981, pp. 236

Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Su Diario, del 31 de marzo 1978 al 20 de marzo 1980, San Salvador: Arzobispado de San Salvador, 1989, pp. 472

L'amour vainqueur, Paris : Cerf, collection Épiphanie, 1990, pp. 256

Arquidiócesis de San Salvador, *Mons. Oscar Arnulfo Romero. Arzobispo y Mártir, su muerte y reacciones*. San Salvador: *Publicaciones pastorales del Arzobispado*, 1982, pp. 628

Brockman, James R. *Monseigneur Romero, Martyr du Salvador 1917-1976*, Paris, Le Centurion, 1984, (*The word remains: a life of Oscar Romero*, New York, Orbis Books, Maryknoll, 1982.), pp. 319

Cardenal, Rodolfo. (1985). *En fidelidad al evangelio y al pueblo salvadoreño. El diario pastoral de Mons. Oscar A. Romero. Revista Latino Americana de Teología*. San Salvador: UCA, vol.2, p.p 3-83.

Carranza Oña, Salvador. (1992). *Romero-Rutilio, vidas encontradas*. San Salvador: UCA Editores. p.p 161

Carranza, Salvador. (1990). *Mártires de la UCA, 16 de noviembre de 1989*. San Salvador: UCA Editores. p.p 457

Cavada Diez, Miguel. *Predicación y profecía. Analysis de las homilias de Monseñor Romero. Revista Latinoamericana de Teología*, San Salvador: UCA, mayo-agosto 1995. p.p 36

Delgado, Jesús. (1986). *Oscar A. Romero, Biografía*, San Salvador: UCA Editores, *colección Teología Latinoamericana, Volumen 14*. pp. 205

Eaton, Helen May. (1994). *La Autoridad de Monseñor Romero en la lucha del Pueblo Salvadoreño*, San Salvador: Editorial Guayampopo. p.p 39

Erdozain, Placido et Barth, Maurice. (1982). *El Salvador, Oscar Romero et son peuple*, Paris: Karthala. p.p 163

López Vigil, María, *Piezas para un retrato*. San Salvador: UCA Editores, 1993, p.p 399

Maíz, Equipo de educación, *Monseñor Romero. El pueblo es mi profeta*, San Salvador: Equipo de Educación Maíz, 1994, p.p 245

Revista Latinoamericana de Teología, N.º 19. San Salvador: Universidad Centro Americana, enero-abril 1990. p.p 106 Número especial por el décimo aniversario del martirio de Monseñor Romero.

Sobrino, Jon. *Monseñor Romero, cristiano y salvadoreño*. *Revista Latinoamericana de Teología*, N.º 49. San Salvador: Universidad Centro Americana, enero-abril 2000. p.p 25-36.

Sobrino, Jon., Martín Baró, Ignacio y Cardenal, Rodolfo. *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Oscar Arnulfo Romero*. San Salvador: UCA editores, 1980, p.p 467

Sobrino, Jon. (1990). *Monseñor Romero*. San Salvador: UCA editores, *Colección Teología latinoamericana, Volumen 13*. p.p 213

Tesis y disertaciones de Maestría

Alfonso, Milagros Uriz, S.F.B. (1990). *La misión Pastoral de la Iglesia vista por Oscar Romero*, Thèse de doctorat, Barcelona- Espagne: Facultad de Teología de Cataluña.

Burns, J. Roberto. (1986). *Resucitar con los pobres, la moral. Una Interpretación de la Palabra de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise. Madrid: Universidad de Comillas

Carrier, Yves. (1996). *L'itinéraire pastoral de Mgr Oscar Arnulfo Romero*, Mémoire de maîtrise. Québec: Université Laval

Cavada Diez, Miguel. (1993). *Predicación y Profecía, Análisis de las homilias de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise. San Salvador: Universidad Centro Americana, p.p 189

Diaz-Guerrero, Bazarra. (1980). *Opción y muerte de un profeta, Síntesis del pensamiento de Mons. Romero*, Mémoire de maîtrise. Caracas, Venezuela, p.p 115

Eaton Helen-May. (1991). *The Impact of Archbishop Romero's Alliance with the Struggle for Liberation of the Salvadoran People: A discussion of Church-State Relations*. Master's Thesis. Waterloo. Ontario- Canada: Wilfrid Laurier University.

Greenan, Thomas, (1996). *El Pensamiento Teológico-Pastoral en las homilias de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise. Madrid-Espagne: Université Pontificia Comillas. p.p 260

Guerra Reyes, Victor Manuel. (1999). *La Concepción del Reino de Dios de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise. San Salvador-El Salvador: Universidad Centroamericana. p.p 106

Mejia Celaya, Juana Lucila. (1998). *La Vocación Profética de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise: Santa Fe-Mexico D.F.: Universidad Iberoamericana. p.p 129

Nolasco Castellanos, Nelson Evelio. (1998). *La Eclesiología en el pensamiento de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise, Bruxelles. Belgique: Lumen Vitae. p.p 153

Pereira Tercero, Flavio José S., *Concreción histórica de la ecclesiología del Vaticano II en el Pensamiento de Monseñor Romero*, Mémoire de maîtrise. San Salvador-El Salvador, Universidad Centro Americana. p. 113 pp.

Zarinelli, Jose Pacifico Berra, S.J. (1999). *Monseñor Romero: Su Significado para la Eclesiología*, Mémoire de maîtrise. San Salvador-El Salvador: Universidad Centro Americana, 1990. p.p 188

Libros de referencia

Antoine, Charles. (199). *Guerre froide et Église catholique, l'Amérique Latine*. Paris: Cerf. p.p 355

Azevedo, Marcello, s.j (1986). *Communautés ecclésiales de base, L'enjeu d'une nouvelle manière d'être Église*, Paris: Le Centurion. p.p 236

Boff, Clodovis. (1998). *Teoria do Método Teológico*, Petrópolis, Brasil, Vozes. p.p 758

Boff, Clodovis y Pixley, Jorge. *Les Pauvres choix prioritaire*, Paris, Cerf, collection Libération, 1990 (1986), pp.240

Boff, Clodovis. *Théorie et Pratique, La méthode des théologies de la libération*, Paris, Cerf, collection Cogitatio Fidei, N.º 157, 1990 (1979), p.p 408

Boff, Leonardo. (1986). *A Trindade e a Sociedade*. Petrópolis: Editora Vozes, coleção Teologia e Libertação, série II: O Deus que liberta seu povo, Tomo V. p.p 296

Boff, Leonardo. (1986). *E a Igreja se fez povo, Eclesiogenêse: A Igreja que nasce da fé do povo*, Petrópolis: Editora Vozes. p.p 200

Boff, Leonardo. (1985). *Église: Charisme et Pouvoir*. Paris: Lieu Commun, p.p 289

Boff, Leonardo. (1980). *Teologia do Cativo e da Libertação*. Petrópolis-Brasil: Editora Vozes. p.p 300

Boff, Leonardo. (1978). *O Rosto Materno de Deus*. Petrópolis: Editora Vozes. p.p 270

Boff, Leonardo. (1972). *Jésus-Christ Libérateur*, Paris : Cerf,1985 (), p.p 269.

Casaldáliga, Pedro y Vigil, José María. (1993). *Espiritualidad de la liberación*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, Colección Puerta Abierta, p.p 360

CELAM. (1987). *Medellín, Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina*. San Salvador: UCA Editores, p.p 161

CELAM. (1979). *Puebla, La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, San Salvador: UCA Editores. p.p 280

De Sivatte, Rafael. (1997). *Dios camina con los pobres, Introducción al Antiguo y al Nuevo Testamento*. San Salvador: UCA Editores, colección Teología latinoamericana, Volumen 22. p.p 341

Église Catholique Romaine. (1967). *Vatican II, les seize documents conciliaires*. Montréal: Fides. p. 671

Ellacuría, Ignacio. (1985). *Conversión de la Iglesia al reino de Dios, Para anunciarlo y realizarlo en la historia*, San Salvador: UCA Editores, colección Teología latinoamericana, volumen 5. p.p 303

Ellacuría, Ignacio y Sobrino, Jon. (dir.). (1990). *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Tomos I-II, San Salvador: UCA Editores, colección Teología Latinoamericana, volumen 16, p.p 642 y 690

Hinkelammert, F. (1995). *Sacrifícios humanos e sociedade ocidental: Lúcifer e a Besta*, São Paulo: Edições Paulus. p.p 232

Libanio, João Batista, s.j, (1985). *Escatologia Cristã*. Petrópolis: Editora Vozes, coleção Teologia e Libertação, série III: A Libertação na História, Tomo X, p.p 302

Libanio, João Batista, s.j., (1985) *Fé e Política, Autonomias específicas e articulações mutuas*, São Paulo: Edições Loyola, coleção Fé e Realidade, N.º 17, p.p 208

Mester, Carlos. 1998 (1974), *Por Trás Das Palavras, Um estudos sobre a porta de entrada no Mundo da Bíblia*. Petrópolis: Editora Vozes, 8º ed. p.p 262

Pablo VI, (1967). *Sur le développement des peuples, Populorum Progressio*. En *Trois encycliques sociales*, collection Politique. Paris: Seuil, p.p 255

Pixley, Georges V. (1983). *Êxodo, Grande Comentário Bíblico*. São Paulo, Edições Paulinas 1987, México. p.p 254

Richard, Pablo. (1999). *O Movimento de Jesus depois da ressurreição, Uma interpretação libertadora dos Atos dos Apóstolos*. São Paulo: Edições Paulinas. p.p 222

Richard, Pablo. (1999). *Apocalipse, Reconstrução da esperança*. Petrópolis: Vozes. p.p 294

Schillebeeckx, Edward. 1994 (1989). *História Humana, Revelação de Deus, (Mensen als verhaal van God)*. São Paulo: Edições Paulus. p.p 338

Secretariado de CEBs (1999). Para o 10º Intereclesial, *CEB's, Povo de Deus, 2000 de caminhada, Texto-Base*, Paulo Alfonso. Bahia-Brasil: Editora Fonte de vida. p.p 238

Segundo, Juan Luis. (1991)., *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré, Dos Sinóticos a Paulo*. São Paulo: Edições Paulus, 1997. p.p 672

Sobrino, Jon. (1999). *La Fe en Jesucristo, Ensayo desde las víctimas*. San Salvador: UCA Editores, *colección Teología latinoamericana, volumen 24*. p.p 613

Sobrino, Jon. (1991). *Jesucristo liberador, Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*. San Salvador: UCA editores, *colección Teología latinoamericana, volumen 17*. p.p 455

Sobrino, Jon. (1989). *Resurrección de la verdadera Iglesia, Los pobres, lugar teológico de la ecclesiológia*. San Salvador: UCA editores. p.p 343

Sobrino, Jon. (1982). *Jesús en América Latina, Su significado para la fe y la cristología*. San Salvador: UCA editores, *colección Teología latinoamericana, volumen I*. p.p 192

Sung, Jung Mo. (1989). *A Idolatria do Capital e a Morte dos Pobres, Uma reflexão teológica a partir de dívida externa*. São Paulo: Edições Paulinas. p.p 155

Este libro se terminó de imprimir
en Editores Publicidad, en febrero de 2022.
Para su elaboración se utilizó Propalcote 250 g en la carátula
y bond avena 90 g en páginas interiores.
Fuente tipográfica para el texto Times New Roman 10 pt.



YVES CARRIER

Es Canadiense de expresión Francesa, laico y padre de tres hijos. Desde temprana edad compartió con el pueblo más humilde en algunos países de América Latina donde, alternó sus años de estudios con un trabajo de presencia en el terreno. Entre otros, acompañó en El Salvador y en Guatemala a la población desplazada por el conflicto armado.

Adelantó su formación en la Facultad Jesuita de Filosofía y Teología (FAJE) en Belo Horizonte Brasil. Es además Doctor en Teología de la Universidad Laval en Quebec – Canadá y ha publicado varios libros sobre los inicios de la Teología de la Liberación en Brasil y Chile.

Desde 2009 trabaja como Director del Centro de Animación y Participación para un Mundo Abierto (CAPMO, por sus siglas en francés), un organismo de educación popular y de defensa colectiva de los derechos sociales en la ciudad de Quebec.



Uniclaretiana
Fundación Universitaria Claretiana



Editorial
Uniclaretiana

ISBN: 978-628-95019-0-2



9 786289 501902